

DAD

CIÓN



LA
MADRE
DE DIOS



BT599

V4

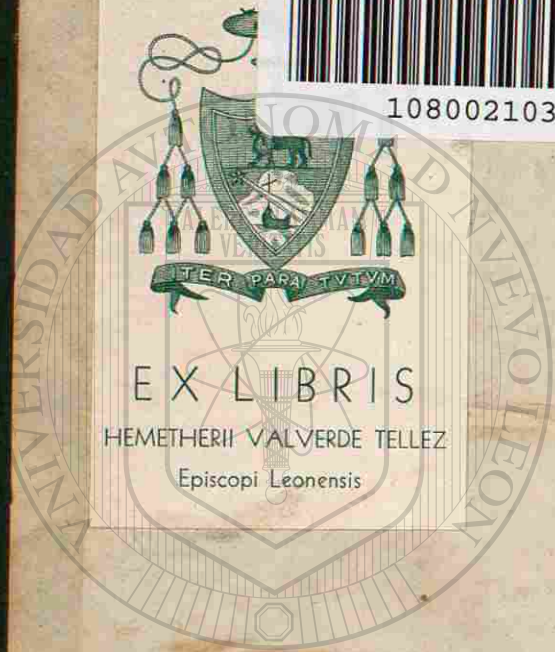
C. 1

98795





1080021033



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



onsin
versit

AV
2

LA MADRE DE DIOS
MADRE DE LOS HOMBRES.

—
POR EL P. R. JOAQUIN VENTURA

GENERAL QUE HA SIDO
DE LOS CLERIGOS REGULARES.

*Anotada por el Dr. José Guadalupe Romero,
abogado de los Tribunales de la República, Ca-
tedrático de Derecho Natural y de Derecho
Canónico de el Seminario Tridentino y Canó-
nico Doctoral de la Santa Iglesia Cate-
dral de Michoacan.*

MORELIA: 1856:

—
IMPRENTA DE I. ARANGO
Calle del Veterano núm. 8.

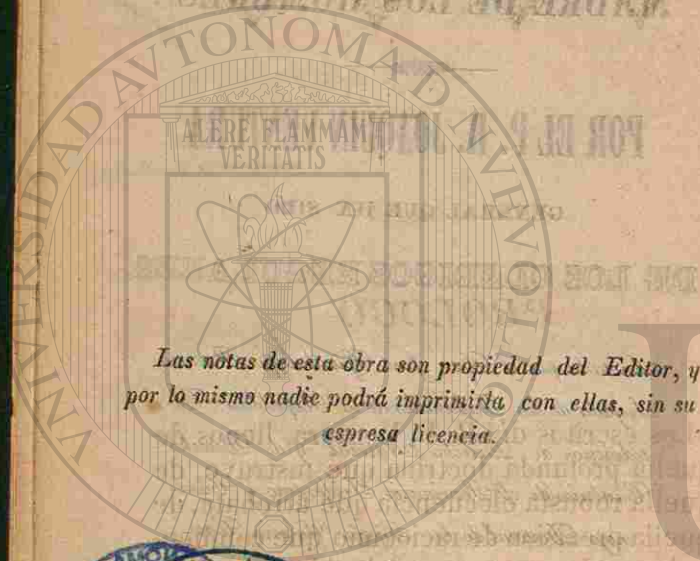


Capilla Alfonso
Biblioteca Universi

45392

BT 599

V4



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Los escritos del R. P. Ventura, llenos de aquella profunda doctrina que instruye, de aquella robusta elocuencia que arrebató, de aquella precisión de raciocinio que comben-

PROLOGO.

ce, han sido casi todos traducidos á nuestro hermoso idioma; pero ninguno se ha hecho tan raro como el de „LA MADRE DE DIOS MADRE DE LOS HOMBRES” que á juicio de varios sabios Europeos, es la obra maestra de aquel ilustre escritor. Agotadas dos ediciones de la traducción Española, emprendemos esta tercera, ilustrándola con notas sacadas de las producciones de los más célebres escritores Católicos con el fin de

008795

confirmar las proposiciones y doctrinas del R. P. Ventura con la autoridad de esos teólogos tan distinguidos y de amplificarlas con pensamientos ortodoxos, bellos y poco conocidos: finalmente tuvimos tambien el objeto de presentar á los eclesiásticos un material muy escogido para elogiar á María Santísima Nuestra Señora y para explicar á los fieles los títulos que tiene para que todos la consideremos, con buen derecho, como á nuestra verdadera madre y para que seamos mirados por ella como verdaderos hijos ¡Cuan felices seriamos nosotros, si nuestro trabajo contribuyese á extender en el clero y pueblo Mejicano la devocion, el respeto y el amor que debemos á la madre de N. S. J. C, que es tambien nuestra tierna y dulce madre!

INDICE

de los Capítulos.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I. página.....	1
CAPITULO II. pag.....	6
CAPITULO III. pag.....	14
CAPITULO IV. pag.....	20
CAPITULO V. pag.....	28
CAPITULO VI. pag.....	34
CAPITULO VII. pag.....	51
CAPITULO VIII. pag.....	57
CAPITULO IX. pag.....	61
CAPITULO X. pag.....	70
CAPITULO XI. pag.....	79
CAPITULO XII. pag.....	83
CAPITULO XIII. pag.....	88
CAPITULO XIV. pag.....	95
CAPITULO XV. pag.....	103
CAPITULO XVI. pag.....	111

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I. pag.....	123
CAPITULO II. pag.....	129
CAPITULO III. pag.....	136
CAPITULO IV. pag.....	141
CAPITULO V. pag.....	150
CAPITULO VI. pag.....	156
CAPITULO VII. pag.....	162

VIII.

CAPITULO VIII. pag.....	169
CAPITULO IX. pag.....	178
CAPITULO X. pag.....	183
CAPITULO XI. pag.....	193
CAPITULO XII. pag.....	209
CAPITULO XIII. pag.....	220
CAPITULO XIV. pag.....	228
CAPITULO XV. pag.....	237



IX.

INDICE

de las notas que se refieren á los capítulos de esta obra.

NOTA 1.^a RELATIVA AL CAP. I.

Jesus al morir obra las mas grandes maravillas: designio de la providencia al conducir á María al pié de la cruz: testamento de Jesus Crucificado: pag. 249.

NOTA 2.^a RELATIVA AL CAP. II.

Aprecio que hace Jesus Crucificado de la virginidad al escojer por madre una vírgen: San Juan mereció por su virginidad y por su fidelidad á Jesus Crucificado que este le dejase á María por madre: pag. 250.

NOTA 3.^a RELATIVA AL CAP. III.

Admirables medios de la Providencia para unir las madres con sus hijos. Cualidades de una madre, su ministerio y sus funciones en la familia. Los hombres deben tener una madre en el órden espiritual: pag. 253.

NOTA 4.^a RELATIVA AL CAP. IV.

Jesus Crucificado debió comprendernos en la donacion que hizo de María á S. Juan por madre: razones por las que el Salvador en ciertas ocasiones se olvida al parecer de María y le dá el nombre de muger: pag. 256.

X.

NOTA 5.^a RELATIVA AL CAP. V.

Dificultades que hay para conciliar la realidad de la filiacion de S. Juan con la nuestra: se responde á esta dificultad: varias interpretaciones de los Padres y Doctores de la Iglesia sobre el doble sentido de las palabras de los libros santos; pag. 258.

NOTA 6.^a RELATIVA AL CAP. VI.

Otra regla de San Agustin en la interpretacion de los libros santos, y su aplicacion á las palabras que Jesus Crucificado dirigió á María y á San Juan: pag. 259.

NOTA 7.^a RELATIVA AL CAP. VII.

La nueva alianza fué celebrada lo mismo que la antigua en forma de Testamento: formalidades y substancia del Testamento de Jesus Crucificado en el Calvario: pag. 260.

NOTA 8.^a RELATIVA AL CAP. VIII.

El amor que Jesus Crucificado nos tiene se manifiesta por el legado que nos hace de su madre: con este legado cumple la promesa que nos habia hecho de no dejarnos huérfanos y pone el sello á la obra de la redencion: pag. 263.

NOTA 9.^a RELATIVA AL CAP. IX.

Los verdaderos fieles forman un solo cuerpo con Jesus Crucificado. Siendo Jesus Crucificado hijo de María, los fieles unidos á él se hicieron en el mismo

XI.

Calvario verdaderos hijos de María. Las sectas separadas del Catolicismo no conocen este misterio y cuan desgraciadas son por esto: solo los Católicos que forman la verdadera Iglesia tienen á María por madre: pag. 266.

NOTA 10.^a RELATIVA AL CAP. X.

Continuacion de la materia precedente. Figuras del antiguo Testamento que confirman esta doctrina: pag. 269.

NOTA 11.^a RELATIVA AL CAP. XI.

Al conferir Dios á María la dignidad de madre de los hombres le dió tambien el corazon y el afecto de madre: pag. 271.

NOTA 12.^a RELATIVA AL CAP. XII.

Sentimientos de indecible ternura de que se animó el corazon de María á vista del ejemplo que Jesus Crucificado le ofreció de su infinita caridad para con los hombres. Impresion profunda que las palabras de Jesus Crucificado hicieron en el corazon de María Amor que hicieron nacer en él para con nosotros: pag. 272.

NOTA 13.^a RELATIVA AL CAP. XIII.

María ejerce en la tierra el ministerio de madre respecto de la Iglesia; y lo ejerce continuamente en el cielo: Como le conviene el título de madre de Misericordia: pag. 275.

NOTA 14.^a RELATIVA AL CAP. XIV.

Así como J. C. diciendo á María *Hé ahí á tu hijo*, le inspiró para con la Iglesia los tiernos sentimientos de una madre; del mismo modo al decir á San Juan *Hé ahí á tu madre*, inspiró á los fieles los sentimientos de un afecto filial, respecto á María. Conformidad maravillosa de todas las naciones católicas en su amor y veneración á María: pag. 278.

NOTA 15.^a RELATIVA AL CAP. XV.

El culto de María es una señal de la verdadera fé. Los hereges no entienden este misterio de amor. pag. 284.

NOTA 16.^a RELATIVA AL CAP. XVI.

Misterios que encierran estas palabras de Pilatos: *ved aquí al hombre: ved aquí á vuestro Rey*: La verdadera humanidad está solo en J. C. Misterios que encierran las palabras del título de la Cruz. *Jesus Nazareno Rey de los Judíos*: Admirables relaciones que hay entre estas palabras y las de N. S. J. C. *Hé aquí á tu madre: Hé aquí á tu hijo*. Cuales deben ser los verdaderos hijos de María: pag. 285.

NOTA 17.^a RELATIVA AL CAP. I. DE LA SEGUNDA PARTE.

Hay dos especies de paternidad, la una de naturaleza y la otra de adopción. Las dos pertenecen á Dios que por naturaleza es padre de su verbo y por adopción es padre de los hombres. El Padre Eterno asoció á María á una y otra: pag. 297.

NOTA 18.^a RELATIVA AL CAP. II. DE

LA SEGUNDA PARTE.

Solo el amor pudo obligar á Dios á adoptar á los hombres por hijos. El sacrificio de su hijo fué una condicion necesaria para esta adopción. Dios consintió en él y de este modo se hizo rigurosamente nuestro Padre: María se conformó á los mismos sentimientos por la salvacion de el mundo, y de este modo se hizo rigurosamente nuestra madre: pag. 300.

NOTA 19.^a RELATIVA AL CAP. III. DE

LA SEGUNDA PARTE.

La ofrenda que María hace de su hijo comenzó en secreto en el momento de la Encarnacion y se manifestó en público el dia de la Purificacion. Desde este momento comienza á ser nuestra madre: pag. 302.

NOTA 20.^a RELATIVA AL CAP. IV. DE

LA SEGUNDA PARTE.

Cuadro de las penas interiores de María durante la vida de N. S. J. C: pag. 303.

NOTA 21.^a RELATIVA AL CAP. V. DE

LA SEGUNDA PARTE.

Relaciones misteriosas entre el Paraiso terrenal y el Calvario: pag. 305.

NOTA 22^a RELATIVA AL CAP. VI. DE
LA SEGUNDA PARTE.

María debe ser espectadora de la muerte de J. C. Su viaje al Calvario y su encuentro doloroso con su hijo: pag. 305.

NOTA 23^a RELATIVA AL CAP. VII. DE
LA SEGUNDA PARTE.

Sola la vista de los tormentos de su hijo basta á María para participar de sus dolores. Alusiones y figuras del antiguo testamento que confirman esta doctrina: pag. 308.

NOTA 24^a RELATIVA AL CAP. VIII.
DE LA SEGUNDA PARTE.

Las madres, en los males que suceden á sus hijos padecen mas que si los sufriesen ellas mismas. Dolores agudos de María durante la crucifixion de su hijo: pag. 310.

NOTA 25^a RELATIVA AL CAP. IX. DE
LA SEGUNDA PARTE.

Fortaleza sobrehumana con que sufre María la crucifixion de J. C. De este modo concurre á la expiacion del pecado, como Eva habia concurrido á su consumacion: pag. 313.

NOTO 26^a RELATIVA AL CAP. X. DE
LA SEGUNDA PARTE.

Fortaleza admirable de María durante la agonía de su hijo; ella renueva la ofrenda que habia hecho de su vida por la redencion del mundo: muerte de J. C. pag. 314.

NOTA 27^a RELATIVA AL CAP. XI. DE
LA SEGUNDA PARTE.

El sacrificio de Isaac, figura del sacrificio de J. C. en el Calvario: consecuencias morales de esta doctrina: pag. 317.

NOTA 28^a RELATIVA AL CAP. XII. DE
LA SEGUNDA PARTE.

J. C. quiso ser crucificado para hacerse el hombre de todos los dolores. El asoció á sus sufrimientos extremos é incomparables á María, cuyos sufrimientos se hicieron por lo mismo extremos é incomparables: pag. 318.

NOTA 29^a RELATIVA AL CAP. XIII. DE
LA SEGUNDA PARTE.

El rey de los Martires llamó á María al pié de la Cruz para que fuese la reina de los martires. Circunstancias particulares de el martirio de María y su admirable fortaleza. pag. 320.

XVI.

NOTA 30^a RELATIVA AL CAP. XIV.

DE LA SEGUNDA PARTE.

María había concebido á Jesus sin concupiscencia y le habia parido sin dolor; pero experimentó cruelmente la pena de parir con dolor, al dar á luz espiritualmente á los hijos de los hombres. pag. 322.

NOTA 31^a RELATIVA AL CAP. XV. DE

LA SEGUNDA PARTE.

Cumplimiento de la profecía de Isaías que anunciaba que una muger daría á luz á todo un pueblo. Deberes que resultan á los Cristianos hácia Jesus y María, de los misterios que se han expuesto y explicado en esta obra. pag. 323.

Indulgencias concedidas por varios Sumos Pontífices á los devotos de María Santísima de los Dolores. pagina 327.

LA MADRE DE DIOS

MADRE DE LOS HOMBRES.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

EL misterio de Jesucristo crucificado es, dice San Pablo, un motivo de escándalo para el Judío obstinado y un objeto de locura y de desprecio para el ciego Gentil; mas para el cristiano, á cuyos ojos brilla la luz de la fé, es la obra maestra de la sabiduría y de la omnipotencia de Dios. Y en efecto, como observa San Agustin, en tanto que la humanidad visible sufría los tormentos mas crueles en la persona de Jesucristo crucificado, la divinidad que estaba invisible y oculta, obraba las mas grandes maravillas. Jesus crucificado, colmado de ignominias y víctima de los mas atroces tormentos, ordena y dirige todos los acontecimientos, domina como señor la voluntad perversa de sus enemigos, dispensa la gracia y dispone de su reino celestial con una libertad absoluta y una autoridad omnímota; y mientras que agoniza como el último de los hombres, manifiesta una independencia y un poder propios tan solo de Dios.

Entre los numerosos prodigios de este poder divino, que Jesucristo obró en el discurso de su pasión,

NOTA 30^a RELATIVA AL CAP. XIV.

DE LA SEGUNDA PARTE.

Maria habia concebido á Jesus sin concupiscencia y le habia parido sin dolor; pero experimentó cruelmente la pena de parir con dolor, al dar á luz espiritualmente á los hijos de los hombres. pag. 322.

NOTA 31^a RELATIVA AL CAP. XV. DE

LA SEGUNDA PARTE.

Cumplimiento de la profecía de Isaías que anunciaba que una muger daría á luz á todo un pueblo. Deberes que resultan á los Cristianos hácia Jesus y María, de los misterios que se han expuesto y explicado en esta obra. pag. 323.

Indulgencias concedidas por varios Sumos Pontífices á los devotos de María Santísima de los Dolores. pagina 327.

LA MADRE DE DIOS

MADRE DE LOS HOMBRES.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

EL misterio de Jesucristo crucificado es, dice San Pablo, un motivo de escándalo para el Judío obstinado y un objeto de locura y de desprecio para el ciego Gentil; mas para el cristiano, á cuyos ojos brilla la luz de la fé, es la obra maestra de la sabiduría y de la omnipotencia de Dios. Y en efecto, como observa San Agustin, en tanto que la humanidad visible sufría los tormentos mas crueles en la persona de Jesucristo crucificado, la divinidad que estaba invisible y oculta, obraba las mas grandes maravillas. Jesus crucificado, colmado de ignominias y víctima de los mas atroces tormentos, ordena y dirige todos los acontecimientos, domina como señor la voluntad perversa de sus enemigos, dispensa la gracia y dispone de su reino celestial con una libertad absoluta y una autoridad omnímota; y mientras que agoniza como el último de los hombres, manifiesta una independencia y un poder propios tan solo de Dios.

Entre los numerosos prodigios de este poder divino, que Jesucristo obró en el discurso de su pasión,

se nota dice San Juan Crisóstomo, el que obró para reformar el sexo mas frágil, queriendo manifestarnos de este modo que habia venido para reformarlo todo asi como lo habia criado todo. Este sexo en efecto, tenido por el mas tímido, el mas delicado y el mas débil, se mostró de repente el mas intrépido, el mas animoso y el mas fuerte.

Los apóstoles, esceptuando uno solo, habian abandonado á su divino Maestro y habian huido precipitadamente. Los discípulos se hallaban separados y dispersos como un tímido rebaño al que han arrebatado su pastor. Entre tantos hombres como él habia alimentado, instruido y curado, ni uno solo se atreve á declararse por él. Aquel mismo Pedro, que al principio habia jurado sufrirlo todo por él y morir con él, le niega en el momento del peligro, y jura que no le conoce ni tiene nada de comun con él.

Mas por un trastorno del orden natural digno de ser notado, en tanto que los hombres tiemblan, se alejan y se ocultan, dice Eutimio, unas cuantas mugeres no se asustan, y ellas solas permanecen constantemente fieles á Jesus. Estas almas generosas no se avergüenzan de participar de la ignominia de la cruz: ni de manifestar públicamente la mas viva adhesion y la piedad mas tierna respecto al Crucificado, previniendo asi la constancia y la generosidad de los mártires que habian de confesar un dia á Jesucristo en medio de los tormentos, y condenando de antemano la bajeza de esos cristianos que se ruborizan de él y le niegan por decirlo asi, por un miserable respeto humano. El odio de los fariseos no las acobarda, el furor del pueblo no las detiene, el poder de los magistrados no las intimida, ni la licencia de los soldados las amedrenta. Llenas de valor parece que provocan la rabia ciega y la venganza cruel de los enemigos de Jesucristo, ver-

tiendo lágrimas públicamente por la suerte de un sentenciado; y con esta manifestacion de su dolor condenan públicamente la injusticia y la barbarie con que han tratado á su Maestro y Señor. Nada, dice Cornelio de la Piedra, puede arrancarlas de junto á él; nada es capaz de decidir las á abandonarle. Desde el pretorio de Pilatos hasta el cima del Calvario no le han perdido de vista ni un solo instante; llorosas y desoladas le han seguido constantemente. Ved aqui que tambien quieren asistir á su muerte, deseosas de admirar sus últimos ejemplos, de recibir sus últimas lecciones, de meditar sus últimos misterios y de recoger su último suspiro, prontas á sufrirlo todo por él, y aun á morir si es necesario con él.

Cuando elevaron la cruz y suspendieron entre el cielo y la tierra al augusto mediador que se interponia entre Dios y los hombres, estas mugeres intrépidas, se colocaron sobre la sangrienta montaña, tan próximas á Jesus crucificado como les permitió la insolente soldadesca. Allí, con los ojos fijos en aquel lastimoso objeto, se pusieron como observa Cornelio de la Piedra, segun el testo griego, á contemplar inmóviles y absortas en sus sentimientos de compasion y de dolor, de ternura y de piedad, los horores de aquella escena tan patética; la paciencia, la bondad, la calma y la dulzura de parte de Jesucristo, y una rabia infernal y una barbarie inaudita de parte de sus verdugos.

Entre aquellas almas generosas y fieles á Jesucristo se hallaba Maria, su santísima y amabilísima madre. Maria es conducida al pie de la cruz, no solo por su amor de madre, sino tambien por su celo de coredentora; no solo para ser testigo de los grandes misterios que van á ser consumados por su Hijo, sino tambien para tomar parte en ellos, y cooperar con su amor y con su dolor á el ser que

Jesucristo nos va á dar con su sangre y con su muerte. En esta solemne circunstancia tiene un ministerio personal y un cargo propio que ejercer; tambien entra ella en ciertas disposiciones particulares de la Providencia, y por lo mismo toma la actitud que le es propia. Ella se separa de las demas mugeres que de acuerdo con María, esposa de Cleofas, María Magdalena y el discipulo amado de Jesucristo, le habian acompañado hasta el Calvario, y se acerca más al árbol misterioso y ensangrentado en que estaba suspendida la salvacion del mundo, el objeto de su ternura y la causa de su dolor profundo.

Los príncipes de los sacerdotes, los fariseos y los escribas habian ido al Gólgota, no tanto para vigilar sobre la ejecucion de la bárbara sentencia provocada por su maliciosa envidia, cuanto para recrear su vista en el espectáculo de los padecimientos y de los oprobios de Jesucristo. Parece que debian haber hecho alejar de la cruz á la madre, al discipulo y á las otras mugeres; y esto menos por compasion de estas almas fieles, que para quitar al Señor moribundo aun el consuelo de ver á tantas personas amantes y afectuosas tomar parte en sus ignominias, afligirse y compadecerse de sus padecimientos. Mas ese mismo poder divino que triunfa de todos los obstáculos y domina los corazones, que en Getsemaní proveye á la seguridad de sus discípulos, que en el pretorio conduce la mano de Pilatos, y en vez de un título de condenacion, le hace trazar el verdadero título de la gloria de Jesucristo á quien él declara REY DE LOS JUDIOS, es decir, el Mesias ó el Salvador del mundo, este mismo poder divino contiene la crueldad de los magistrados y la licencia de los verdugos. El asegura á María y á S. Juan el consuelo de verse asociados á los últimos misterios del Reden-

tor crucificado, de ser los testigos de su muerte, y de ser los primeros que se ven rociados con su sangre, sin que nadie piense ó se atreva á alejarlos.

María estaba en pie, segun la bella pintura que hace S. Ambrosio, absorta en cierto modo en un éxtasis de dolor profundo y de contemplacion sublime. La posicion recta é inmoble de su persona anuncia toda la intrepidez, toda la grandeza y toda la nobleza de su corazon. La compostura de su rostro expresa una absoluta resignacion y un dolor inmenso; sus ojos entristecidos recorren una por una en el cuerpo de su Hijo las llagas sangrientas de donde mana la salvacion de los hombres. Muy lejos de temer la rabia de los verdugos (mientras que su Hijo se ofrece á la justicia de su Padre) ella se adelanta á su furor, para ser tambien inmolada. Este amor tan puro y tan generoso, este valor tan heroico, esta constancia invencible de María, indemnizaban en cierto modo á Jesus de la pena y la vergüenza que le habia causado el cobarde abandono de sus discípulos. El espectáculo que María ofrece de sí misma, es el que conviene á la elevacion de su rango. Solo es propio de un hijo que es aun tiempo mismo verdadero Dios y verdadero hombre morir como muere Jesus; y María asiste á esta muerte como una madre que tiene á un Dios por hijo.

Al otro lado de la cruz estaba S. Juan igualmente de pie; Juan, el discipulo muy amado á quien Jesus amaba más que á otro alguno, el objeto de su especial ternura, el depositario de sus divinos secretos, y como le llama S. Cipriano, su intimo confidente, su camero fiel. Su espíritu está ocupado de los misterios más sublimes, su corazon está traspasado de dolor; y sin embargo su actitud y su figura son dignas de un discipulo que tiene á un Dios por maestro. La Madre y el discipulo están tan

proximos á la cruz que pueden oír fácilmente la voz amada de Jesus moribundo, contemplar su faz adorable y aun distinguir sus miradas llenas de amor.

Entre tanto llega el Señor al término de sus dolorosas angustias. El distingue á estas dos personas tan amadas en la actitud de la resignacion mas perfecta, de la ternura mas viva y del dolor mas profundo. Desde lo alto de la cruz fija en ellos su vista lánguida que muy pronto va á estinguirse en las sombras de la muerte, y designándolos al uno y al otro con una mirada, dice á María: MUGER, HE AHI TU HIJO. En seguida dice á San Juan: HE AHI TU MADRE.

Palabras llenas de ternura y de amor. Pero palabras que, como todas las que salieron de la boca del Salvador moribundo, son sublimes y fecundas en su sencillez. Ellas encierran una parte del testamento del Hijo de Dios, que muere por la salvacion del mundo. Ellas abrazan una multiplicidad prodigiosa de objetos. Ellas encierran sentidos diversos y misterios profundos, pero todos nobles, todos divinos, todos dignos del tiempo y del lugar; todos dignos del augusto personaje que las pronuncia. Mas antes de entrar á examinar su significacion, y sondear el grande, el precioso y agradable misterio que encierran respecto á nosotros en su sentido profético, debemos explicarlas en su sentido histórico é inmediato. (*Vease la nota primera.*)

CAPITULO II.

UNA tradicion antigua y constante, comun entre los Padres de la Iglesia, nos enseña que al tiempo de la pasion de Jesucristo hacia ya muchos años que ha-

bia muerto el patriarca S. José, esposo purísimo de María. Si entonces hubiera vivido, no hubiera abandonado, mientras estaba crucificado en el Calvario, á su amado Jesus á quien habia sustraído con tanta destreza de la persecucion de Herodes, á quien buscó con tantos cuidados y tantas lágrimas cuando lo perdió en el templo. Jesus moribundo no hubiera quitado á este esposo la custodia del depósito sagrado de María para confiarla á su discípulo, como nos lo dice uno de los santos Padres. *Este custodio fiel de su Señor* á quien los oráculos celestiales se revelaban siempre en todo cuanto tenia relacion con la santa familia de Nazaret, hubiera tenido tambien la gloria de recibir de la boca del mismo Jesucristo sus últimas instrucciones acerca del cuidado que debia tener del objeto mas amado y mas precioso que el hijo de Dios dejaba en la tierra.

María pues estaba viuda de su casto esposo, y debia quedar tambien privada por algun tiempo de su divino Hijo. Pero Jesucristo la dá por Madre á San Juan, queriendo por este hecho, dice S. Agustin, proporcionarle un apoyo y un sosten. Su esposo virgen le faltaba, y él confia su custodia á un discípulo virgen, indemnizándola del hijo que pierde con el hijo que le otorga. El madero de la cruz, prosigue el mismo santo Doctor, era un patíbulo infame en el que su santa humanidad sufría una muerte cruel; pero era al mismo tiempo una cátedra gloriosa desde la que la sabiduría divina instruía al universo. Jesucristo en estas circunstancias quiso enseñarnos con su ejemplo la obligacion que tienen todos los hijos piadosos de cuidar de sus padres.

San Juan Crisóstomo insiste en la misma idea, y afirma que al asignar el Salvador del mundo á San Juan por hijo de María, quiso darnos una importante leccion, y enseñarnos que no hay circuns-

tancia alguna en la vida que pueda dispensarnos de cuidar de los autores temporales de nuestros días; y que este deber que principia con la vida no acaba sino con ella.

Este ilustre Doctor añade que al manifestar Jesucristo tanto cuidado por María en aquel momento supremo, y al manifestar igualmente que no moria contento, por decirlo así, sino despues de haber provisto al consuelo y al apoyo de esta augusta madre, hizo ver claramente que María era su verdadera madre, y que él era como hombre su verdadero hijo, confundiendo de antemano la imprudencia de aquellos hereges que debian poner en duda la maternidad real de María y la filiacion verdadera de Jesucristo segun la carne.

San Cipriano va todavia mas lejos. El afirma que el Salvador al morir debió mostrarse pensativo é inquieto por la conservacion de María, porque ella era no solo su verdadera madre, sino tambien su verdadero templo. La divinidad en efecto habia habitado por espacio de nueve meses en el seno de María, como en el santuario mas augusto. Allí fué donde el Cordero de Dios encontró el tálamo purísimo en el que celebró sus nupcias con la naturaleza humana. María pues era una reliquia viviente, la mas santa y la mas preciosa de todas las reliquias, digna del culto y de la veneracion del universo. Y supuesto que todo lugar en que Dios ha puesto sus pies es digno de adoracion; de qué homenages no será digno aquel seno purísimo en el que reposó el mismo Dios? Aquel depósito sagrado, aquel tesoro inestimable, no podia ser confiado sino á manos puras y fieles. Jesucristo encuentra en S. Juan un confidente íntimo, un amigo tierno y un discípulo constante en quien un valor lleno de celo y un afecto tierno, se unen á la pureza de corazon; y á este es á quien confia á María

por un acta auténtica. El asegura á la que es BENDITA ENTRE TODAS LAS MUGERES la asistencia, el apoyo y la veneracion del mas fiel de todos los apóstoles. El deja este templo vivo de la Divinidad y su trono augusto en la tierra, este tabernáculo de pureza, la mas pura de todas las madres á la custodia del mas puro de todos los hombres.

¡Oh providencia! esclama S. Ambrosio, eleccion verdaderamente digna del que la hace y de la que es el importante objeto de ella! S. Juan es constituido heredero de Jesucristo. Pero solo es el heredero de su amor porque ha sido el imitador fiel de su pureza y porque ha guardado cuidadosamente su santa integridad. Sus afectos no se hallan divididos; su amor es sin tacha; su corazon es vírgen, así como su cuerpo es puro. La habitacion de María no era decente y tranquila sino á la sombra de la habitacion de Juan.

Mas observad, dice San Cirilo, que Jesucristo no solo confia Maria á San Juan, porque la ama y la venera como á su madre, sino que confia tambien S. Juan á María porque le ama y le mira como á su hijo. Las palabras que usa para encomendarlos mutuamente son las mismas; hablando de María, dice á San Juan: *Hé ahí tu madre*; y hablando de S. Juan, dice á María: *Hé ahí tu hijo*. Pues bien, la identidad de espresiones indica una identidad de relaciones y de deberes. Si el amor maternal de María debe encontrar una correspondencia en los cuidados filiales de S. Juan, los oficios filiales de S. Juan deben encontrar igualmente una correspondencia en el amor maternal de María. Por consiguiente Jesucristo, por esta disposicion amorosa, no solo aseguró la asistencia de un hijo á María, sino tambien la ternura de una madre de S. Juan. El quiso no solamente endulzar el desconsuelo de su Madre, sino tambien recom-

pensar la virtud de su Discípulo; para esto erod un parentesco de nueva especie entre estas dos personas. Parentesco el mas íntimo, el mas estrecho y el mas necesario, porque tiene por fundamento las relaciones de la madre al hijo y del hijo á la madre; pero el mas perfecto al mismo tiempo, porque forma su vínculo no un amor carnal, sino una caridad celestial y divina.

Esta conducta generosa y privilegiada que Jesucristo moribundo usó con S. Juan, recuerda la manera generosa conque Jacob moribundo quiso distinguir á José, y puede mirarse la una como figura de la otra. Apenas este último patriarca recibe la funesta noticia de la última enfermedad de su padre, cuando abandona al momento la ciudad y la corte y vuela á su lado para tributarle los últimos oficios y recoger su último suspiro. José estaba mas retirado de la habitacion de Jacob que todos sus hermanos: y sin embargo él es el primero y aun el único que se apresura, el primero y el único que llega hasta su padre moribundo. El se coloca junto al lecho, y no le abandona mas; sumergido en un profundo dolor aguarda allí su fin. Este tierno cuidado, este rasgo de piedad filial penetra y conmueve el corazon de Jacob. Este se vuelve hácia su hijo y con una voz balbuciente le dice: José, un mérito particular merece una recompensa especial. Por esta causa, ademas de la porcion de mi herencia que recibirás como cada uno de mis hijos, te dejo otra como un recuerdo perpetuo de mi afecto especial. Ella será tu propiedad; ella no pertenecerá mas que á tí, y tus hermanos no tendrán derecho alguno á ella. Esta porcion de mi herencia que destino para tí y que te dejo por una donacion escepcional, es la mas rica y al mismo tiempo la mas querida porcion de mi patrimonio, porque es la tierra tan fértil y tan fecunda que el valor de mi brazo

y la fuerza de mis armas conquistaron del Amorreo.

Pero, qué títulos merecieron á José esta donacion particular, esta tierna distincion por parte del autor de sus dias? Ay! la causa de esto fué que José era el mas casto y al mismo tiempo el mas afecto á su padre, el mas piadoso y el mas fiel de todos los hijos de Jacob. José amó la castidad hasta el punto de ser en cierto modo el mártir de ella: y hasta el fin dió á su padre pruebas de su amor, de su ternura y de su fidelidad, por la prisa conque procuró acercarse á su lecho de muerte y por el constante amor conque le asistió.

Por estos mismos títulos, dicen los intérpretes, ademas de la porcion que pertenecia de derecho á S. Juan como apóstol de Jesucristo, y que le era comun con los demas apóstoles, recibe tambien una porcion particular de su santa herencia; porcion que le es propia y peculiar; porque el Salvador moribundo no la ha dado mas que á él, porcion la mas noble y la mas amada de Jesucristo, pues que esta porcion es María su propia Madre, aquella tierra misteriosa que el Señor bendijo y que conquistó del príncipe de las tinieblas por la fuerza de su poder divino, preservándola del pecado original y sustrayéndola así á su funesto imperio y á la cautividad comun de todos los hijos de Jacob. S. Juan adquirió una herencia tan rica, y recibió un legado tan glorioso en la persona de María que le fué dada por madre, porque tuvo los mismos títulos, como hemos dicho, que llamaron á José á la porcion escogida de la herencia de su padre, es decir, su pureza y su fidelidad.

El obtuvo este privilegio en primer lugar por su pureza; porque, como asegura el venerable Beda, S. Juan á quien el Señor encontró puro y vírgen cuando le llamó al apostolado, se conservó vírgen y puro toda su vida; y el privilegio de la virginidad fué lo

que le hizo merecer el del amor de Jesucristo. Lo que le agradó á Jesucristo en S. Juan fué aquella virtud delicada, esquisita y sublime que tanto le habia agradado en María. Y si este discípulo afortunado mereció tener por madre á la propia Madre de Dios, solo lo debió al mérito de una pureza santa por la que, como observa S. Juan Crisóstomo, habia merecido ya María tener por hijo á un Dios.

Privilegio inestimable de la virginidad! valor singular de esa pureza santa, que eleva el corazon del hombre hasta Dios, que le hace singularmente amado, que le hace el objeto de sus complacencias, que atrae sus miradas y que obtiene de él las bendiciones mas abundantes y el amor mas tierno!

En segundo lugar, S. Juan recibió en María la recompensa de su valor, de su constancia y de su fidelidad. De todos los Discípulos de Jesucristo fué el único que le acompañó hasta el Calvario; el único que, sin acobardarse por el ódio y el furor de los Judíos, tuvo el valor de confesarse públicamente su discípulo y de asistir á su muerte. El fué por consiguiente no solo el mas puro de los apóstoles, sino tambien el mas generoso, el mas afectuoso y el mas fiel. Qué extraño es pues que fuese el mas ampliamente recompensado en la distribucion que Jesucristo moribundo hizo de las riquezas de su amor? Afortunado S. Juan, esclama el obispo Teófilo, que tuvisteis la intrepidez, la constancia y la generosidad de Jesus hasta el suplicio y de permanecer junto á su cruz! La nobleza y la pureza de vuestros sentimientos os alcanzaron el honor de ser elegido por hermano de Jesucristo, y de ser dado por hijo en lugar suyo á María su propia Madre! Tal es la ventura inestimable del que se une á la cruz, permanece en compañía de Jesus crucificado, y contempla en el Calvario los misterios del Hijo y las penas de la Madre. Por

estos medios se une á Jesucristo no solo por el amor, sino tambien por la amistad mas íntima y por el parentesco mas estrecho.

Pero, qué sabiduría y qué amor tan tierno se nota, dice el mismo Padre, en esta eleccion y en esta disposicion! María y S. Juan son los objetos mas caros que Jesucristo deja en la tierra; María que le engendró de su sustancia, y S. Juan que le ha imitado en su vida; María que concibió al Verbo de Dios en su seno, y Juan que ha concebido de él la idea mas clara en su espíritu; María sobre cuyo pecho reposó Jesucristo, y S. Juan que ha reposado sobre el pecho de Jesucristo. El Señor quiso dejar á María un recuerdo de su persona, y hacerle una donacion, y no tuvo otra cosa mejor que ofrecerle que aquel á quien amaba mas que al resto de los hombres. El quiso dejar una herencia á S. Juan, y no pudo dejarle otra cosa mejor que aquella á quien amaba sobre todas las mugeres. Aquella madre sumamente amada no podia tener un hijo mejor que S. Juan, objeto de la predileccion de Jesucristo, ni el Discípulo amado podia encontrar una madre mejor que María sumamente amada. Al recibir San Juan á María á quien el mismo Jesucristo habia escogido por madre, todo lo habia recibido con ella. Y cuando María recibió á S. Juan á quien Jesucristo habia amado como á su hijo predilecto, nada mas podia ya recibir. Por consiguiente el Señor no podia dar al uno y al otro una herencia mas rica, no podia hacerles una donacion mas agradable, ni dejarles un recuerdo mas precioso, ni una prueba mas convincente de su ternura y de su afecto. Oh! cuán tierno es el corazon de Jesus! En medio de los padecimientos terribles é inauditos, en medio de tantos oprobios y de tantas amarguras como afligieron á su humanidad santa, nada omite, nada olvida, nada deja sin recompensa!

Todo cuanto hacemos por la carne, por las criaturas y por el mundo, todo es vano, todo es perdido, y todo se lo lleva el viento; y aun en el caso de que por ello no merezcamos un castigo, no tenemos derecho para esperar ningún fruto ni recompensa alguna. Solo siguiendo á Jesus, amando á Jesus y permaneciéndole fieles hasta la cruz, es cuando no corremos ningún riesgo ni tenemos cosa alguna que perder. Los menores esfuerzos, los mas pequeños sacrificios, los tiene contados y anotados, para que no queden sin recompensa. Nada escapa á la sabiduría de su espíritu ni á la liberalidad de su corazón. Y por qué no hemos de hacer por ese Dios de amor que nos salva y nos recompensa, al ménos lo que hacemos por un mundo que solo procura nuestra corrupcion, nuestra desgracia y nuestra perdicion? (*Vease la nota segunda.*)

CAPITULO III.

YA es tiempo de principiar á esplicar las bellas palabras que Jesucristo dirigió á María y á S. Juan; y esto en su sentido mas noble, en el sentido que nos toca mas de cerca, y que forma el objeto de nuestro trabajo.

Para trazarnos un camino en esta esplicacion, observaremos desde luego que en el órden natural pudo Dios desde el principio haber criado al hombre de tal manera que él solo bastase para la reproduccion y la conservacion de su especie. Mas la sabiduría divina quiso disponerlo de otro modo. „NO ES BUENO, dice, QUE EL HOMBRE, ESTE SOLO EN LA TIERRA.” Despues de haber declarado con estas graves palabras la necesidad que tiene el hombre de educarse y de vivir en sociedad, quiere darle una compañera semejante á él,

no solo porque es de su misma naturaleza, sino porque es tambien de su misma sustancia. El quiere darle una ayuda, un ministro con cuyo auxilio pueda conservar y multiplicar su especie, y forma la muger, por una operacion misteriosa é inefable, de una porcion del cuerpo mismo del hombre.

Debemos admirar aquí cuán extraordinarias y singulares son la existencia, el ministerio, el destino y las cualidades de la muger.

En primer lugar la muger es un ser misterioso. El hombre encuentra en su fuerza y en su vigor una gran parte del imperio que ejerce; pero no sucede así á la muger. Ella reina por su propia debilidad; ella encanta, por su timidez; ella impone, por su pudor.

La muger es como un ser múltiple, y por decirlo así, como una doble naturaleza. Colocada en la familia entre el hombre y el niño, entre el padre y el hijo, participa de la naturaleza y de la condicion del uno y del otro. Participa de la naturaleza del hombre por la razon y por la inteligencia, y de la naturaleza del niño, como todos los fisiólogos lo han notado, por la delicadeza de los órganos, la movilidad de las fibras, la irritabilidad de los nervios, la timidez del carácter y la ligereza del temperamento. Ella participa de la naturaleza del padre, porque con él y como él es independiente de sus hijos y les manda; ella participa de la naturaleza del hijo, porque está sujeta lo mismo que él al padre y le obedece. De este modo participa de los dos extremos y los reune en sí misma. Ella es pues el término medio, el centro y el vínculo de la sociedad doméstica. Ella reune los dos elementos mas apartados, los pone de acuerdo y forma ese todo que llamamos familia.

Mas respecto á las relaciones morales que forman la base de una sociedad de seres racionales, la mision de la muger es mucho mas preciosa é importante.

Todo cuanto hacemos por la carne, por las criaturas y por el mundo, todo es vano, todo es perdido, y todo se lo lleva el viento; y aun en el caso de que por ello no merezcamos un castigo, no tenemos derecho para esperar ningún fruto ni recompensa alguna. Solo siguiendo á Jesus, amando á Jesus y permaneciéndole fieles hasta la cruz, es cuando no corremos ningún riesgo ni tenemos cosa alguna que perder. Los menores esfuerzos, los mas pequeños sacrificios, los tiene contados y anotados, para que no queden sin recompensa. Nada escapa á la sabiduría de su espíritu ni á la liberalidad de su corazón. Y por qué no hemos de hacer por ese Dios de amor que nos salva y nos recompensa, al ménos lo que hacemos por un mundo que solo procura nuestra corrupcion, nuestra desgracia y nuestra perdicion? (*Vease la nota segunda.*)

CAPITULO III.

YA es tiempo de principiar á esplicar las bellas palabras que Jesucristo dirigió á María y á S. Juan; y esto en su sentido mas noble, en el sentido que nos toca mas de cerca, y que forma el objeto de nuestro trabajo.

Para trazarnos un camino en esta esplicacion, observaremos desde luego que en el órden natural pudo Dios desde el principio haber criado al hombre de tal manera que él solo bastase para la reproduccion y la conservacion de su especie. Mas la sabiduría divina quiso disponerlo de otro modo. „NO ES BUENO, dice, QUE EL HOMBRE, ESTE SOLO EN LA TIERRA.” Despues de haber declarado con estas graves palabras la necesidad que tiene el hombre de educarse y de vivir en sociedad, quiere darle una compañera semejante á él,

no solo porque es de su misma naturaleza, sino porque es tambien de su misma sustancia. El quiere darle una ayuda, un ministro con cuyo auxilio pueda conservar y multiplicar su especie, y forma la muger, por una operacion misteriosa é inefable, de una porcion del cuerpo mismo del hombre.

Debemos admirar aquí cuán extraordinarias y singulares son la existencia, el ministerio, el destino y las cualidades de la muger.

En primer lugar la muger es un ser misterioso. El hombre encuentra en su fuerza y en su vigor una gran parte del imperio que ejerce; pero no sucede así á la muger. Ella reina por su propia debilidad; ella encanta, por su timidez; ella impone, por su pudor.

La muger es como un ser múltiple, y por decirlo así, como una doble naturaleza. Colocada en la familia entre el hombre y el niño, entre el padre y el hijo, participa de la naturaleza y de la condicion del uno y del otro. Participa de la naturaleza del hombre por la razon y por la inteligencia, y de la naturaleza del niño, como todos los fisiólogos lo han notado, por la delicadeza de los órganos, la movilidad de las fibras, la irritabilidad de los nervios, la timidez del carácter y la ligereza del temperamento. Ella participa de la naturaleza del padre, porque con él y como él es independiente de sus hijos y les manda; ella participa de la naturaleza del hijo, porque está sujeta lo mismo que él al padre y le obedece. De este modo participa de los dos extremos y los reune en sí misma. Ella es pues el término medio, el centro y el vínculo de la sociedad doméstica. Ella reune los dos elementos mas apartados, los pone de acuerdo y forma ese todo que llamamos familia.

Mas respecto á las relaciones morales que forman la base de una sociedad de seres racionales, la mision de la muger es mucho mas preciosa é importante.

Efectivamente, está en la naturaleza de todos los seres inteligentes, que el ser inferior, el ser débil, no se aproxime, ni se aficione al ser superior, al ser noble y fuerte, sino en tanto que este se incline, por decirlo así, descienda hasta él y le manifieste previamente su afecto.

Por consiguiente, si el niño no le habla sino porque sus padres le han hablado antes, tampoco los busca ni los ama sino porque ellos han sido los primeros en buscarle y en amarle; y si la palabra de sus padres despierta su inteligencia y le enseña á discurrir, el amor paternal escita igualmente su corazón y le enseña á amar.

Pues bien, este ministerio tan difícil, pues que se trata de disponer para la confianza el corazón tímido de un niño y de inclinar á él el amor del corazón independiente de un padre; este ministerio tan sublime y tan importante, pues que estos sentimientos son los únicos que pueden aproximar á dos seres tan apartados como el padre y el hijo, y que son el principio y la base de las relaciones establecidas entre ellos; este ministerio repito, es propio y esclusivo de la madre. La madre es la primera que manifiesta y revela á su hijo la persona de su padre; y la que hace gustar y saborear al padre las tiernas caricias y la inocente sonrisa de su pequeño hijo. La madre es la que alienta á la debilidad para que busque á la fuerza y se aproxime á ella sin temor, y hace que la fuerza se doblegue hasta buscar á la debilidad y acomodarse tiernamente á ella.

Sin el auxilio de esta mediación, de esta industria de una madre, (ó de la que está en lugar de madre) que empequeñecen, por decirlo así, al hombre hasta llegar al niño, y engrandecen al niño hasta llegar al hombre, el niño miraría siempre al hombre con miedo, y el hombre miraría siempre al niño con indiferencia.

La madre es la que inspira y hace nacer la confianza y el amor entre el padre y el hijo; ella es también la que la enardece si llega á resfriarse, y la reanima y la renueva si llega á extinguirse. La madre es la que escusa, defiende y protege al hijo culpable ante el padre irritado; ella calma la indignación de este, templada su rigor, detiene el efecto de sus amenazas, aparta el castigo y obtiene el perdón. La madre es la que hace valer los derechos, la razón y la autoridad de un padre ofendido ante un hijo prevaricador; la que alcanza la sumisión de este y le inspira el arrepentimiento. Ella no tiene paz ni sosiego mientras no consiga una reconciliación entre el padre y el hijo, y restablece entre ellos la antigua armonía. La madre es por lo mismo en la familia la mediadora natural de la reconciliación, la mensajera del perdón y el árbitro de la paz.

Además, al padre es á quien pertenece, como á una providencia, por decirlo así general, proveer á las necesidades de la familia. Mas estas necesidades no pueden ser conocidas ni comprendidas en sus pequeños detalles sino por la madre. El instinto prodigioso de su ternura se las revela. Ella las adviene, las previene, las toma á su cargo, las manifiesta al jefe de la casa, se las explica y reclama su remedio; ella no se vale de su ascendiente sino para ayudar, ni de su autoridad sino para proteger, ni de su carácter de madre sino para ser el ministro de la beneficencia y la dispensadora de la bondad del padre. Todo esto, dice Santo Tomás, explica la denominación latina del matrimonio. Denominación formada de dos palabras que recuerdan el oficio y el cargo de la madre, porque los cuidados particulares de la familia y de los hijos pertenecen mas bien á la madre que al padre; esta es una de las razones porque fué criada la muger, y por esta causa también ella es la que naturalmente se dedica mas al cuidado de los hijos.

Todas las cargas impuestas por la naturaleza á la muger, son relativas á los tiernos sentimientos del corazon, que son el principio y el fin, y el medio ejecutivo de ellas. La mano de Dios al formarla, se los dió en abundancia, y casi puede decirse que estos sentimientos constituyen el fondo de su ser. En efecto, lo que le falta en fuerza de inteligencia, lo tiene en energia de sentimientos; ella está compensada de la débil capacidad de su espíritu, con la grandeza y la generosidad de su corazon; el instinto maternal le sirve de penetracion; ella comprende menos, pero siente mas; ella obra mucho porque ama mucho; y porque todo su ministerio se reduce á amar, ella es la ternura misma. Asi es oomo el Criador ha dado á todos los seres las cualidades necesarias al cumplimiento del fin para que las ha formado.

Esta es la razon por qué no se encuentra en la naturaleza un amor mas tierno y mas enérgico al mismo tiempo, mas firme y afectuoso, mas contrariado y mas constante, mas combatido y mas generoso que el de una madre. Cuantos mas disgustos sufre por sus hijos, tanto mas los ama; cuantos mas dolores, mas trabajos y mas sacrificios le cuestan, tanto mayor es su afecto y su ternura para con ellos; cuanto mas defectuosos y disformes son ellos, tanta mayor compacion le inspiran; cuanto mas incómodas, mas repugnantes y mas contagiosas son sus enfermedades, mas lejos está ella de abandonarlos. Todo amor natural cede y se debilita en ciertas circunstancias; solo el amor maternal es el que no cede jamás, jamás se desalienta, jamás se cansa. El solo triunfa de todo y está á prueba de todo; él saca fuerzas de sus propios padecimientos; cuanto mas angustiado y afligido se encuentra, tanto mas activo y mas enérgico se hace.

Esta es finalmente la razon por qué no hay una palabra mas dulce, mas agradable ni mas grata que la de

madre. Ella habla al corazon, y no habla sino al corazon, porque solo revela la confianza y no respira otra cosa que amor. La palabra *padre* es tierna y dulce sin duda alguna; mas con la idea de un amor generoso y fuerte, recuerda tambien la severidad y justicia que pertenecen al padre como al juez natural de la familia de que es cabeza. Mas siendo el ministerio de la madre un ministerio solo de bondad, de paz, de misericordia y de amor, el nombre de madre es tambien el simbolo del amor; él no es otra cosa que dulzura y delicias para la lengua que lo pronuncia, lo mismo que para el corazon que lo siente.

Es indudable que el orden natural y visible es en su realidad misma el simbolo y la figura del orden espiritual y divino. En efecto, la redencion del mundo por la efusion del Espíritu de Dios en los corazones helados de los hombres, es llamada en la Escritura una creacion nueva. Y nuestra vocacion á la fé y á la gracia es llamada una generacion, un nacimiento feliz que nosotros hemos recibido de Dios.

Supuesto que hay semejanza é identidad en los términos, es necesario que haya tambien semejanza é identidad en las ideas y en las cosas. Es claro, segun el lenguaje de los Libros santos, que la vida y la gracia se trasmite, se conserva y se perpetúa por unos medios muy nobles, misteriosos y sublimes, pero análogos á aquellos por los que se perpetúa la vida de la naturaleza; y que hay una generacion puramente espiritual y divina que nos hace nacer para el cielo, así como hay una generacion carnal que nos hace nacer para la tierra. Esta vida natural principió por un hombre que fué unido por Dios criador á una muger: por consiguiente, la vida espiritual debió tener tambien por principio un hombre unido á una muger por Dios redentor; es decir, que así como en el orden temporal, ademas del padre, principio de la vida,

tuvimos una madre por cuyo medio se nos transmitió la vida, del mismo modo en el orden espiritual, además del padre autor y principio de la gracia, que es Jesucristo, debimos tener igualmente una madre por cuyo medio nos fuese dada la gracia, y esta madre es María.

El Dios lleno de bondad que en el orden temporal quiso que cada hombre tuviese en su madre, según la carne, un vínculo de unión, un canal de beneficencia, una mediadora de reconciliación, un medio de defensa, un motivo de confianza y de amor para con un padre terreno; este Dios en el orden espiritual, en el que ha esparcido con mucha más abundancia las riquezas de su misericordia, no ha podido rehusar á los cristianos en el orden espiritual, un lazo de unión, un canal de beneficencia, una mediadora de reconciliación, un medio de defensa y un motivo de confianza y de amor para con el Padre celestial. Y cómo, sin ofender á la infinita bondad de Dios que quiso proveer tan copiosa y abundantemente á nuestra redención, puede concebirse que haya preparado en la persona de nuestra madre terrena un remedio para todas nuestras necesidades temporales, un auxilio, una ayuda y un apoyo, y que no haya hecho otro tanto respecto á nuestras necesidades espirituales, que no nos haya proporcionado los consuelos, los auxilios, la asistencia y la mediación de una madre celestial? (*Vease la nota tercera.*)

CAPITULO IV.

Esto es precisamente lo que hizo Jesucristo, cuando desde lo alto de la Cruz dijo á S. Juan indicándole á María: HE AHÍ TU MADRE.

No es pues cierto que el insigne privilegio de tener á María por Madre sea propio y personal de San Juan, y que nosotros no entremos para nada en el misterio de esta feliz adopción. No es pues cierto que Jesucristo, en esta amorosa delegación, no tuviese otro designio que el de dar á María un apoyo á Juan una recompensa y á nosotros un ejemplo, y que debiéndonos contentar con echar sobre el Discípulo amado una mirada de santa envidia, no pudiésemos llevar nuestros deseos á mayor altura, ni aspirar á tener la más pequeña parte en el afecto maternal de María. No será pues verdad que nosotros, hijos infortunados de Eva pecadora, no tenemos en el orden espiritual de la gracia y de la salvación otra madre que una parricida, de quien recibimos la muerte al mismo tiempo que la vida; y que nada tenemos de comun con Eva inocente, con la *Madre verdadera de la vida*, de la dulzura, de la misericordia y de la bondad. No será finalmente cierto que, adoptados por hijos por el mismo Dios en el Calvario, no podamos jamás aspirar al honor de tener á María por Madre; y que habiéndonos hecho Jusucristo herederos de su gracia, de sus méritos, de su sangre y de su reino, no haya querido comprendernos en la herencia de su Madre, ó que haya olvidado y excluido á la Iglesia de esta porción de su Testamento. Y quién podría jamás tener tales pensamientos sin sentirlos rechazados por los remordimientos, sin agraviar á la inmensidad del amor de Jesucristo para con nosotros, á las riquezas de su redención, á la generosidad y á la perfección de su sacrificio?

En efecto, según observa S. Leon, entre la muerte del Salvador y la de sus mártires existe entre otras diferencias la de que cada uno de estos ha dado su vida separadamente, y que sus muertes son

singulares y privadas, mientras que Jesucristo dió su vida por todos, y su muerte es una muerte común, pública y universal. El defendía entonces la causa de todo el género humano, cuya naturaleza representaba en sí mismo, sin tener su culpabilidad. De este modo, sacerdote de su víctima, y víctima de su sacerdocio augusto, Pontífice universal, ostia pública de propiciación, de reconciliación y de paz, ofrecía en la Cruz á Dios su Padre el sacrificio de los siglos por la salvación del mundo. El se lo hacía agradable por sus profundas humillaciones, por la oblation entera de todo lo que le era propio y personal, por su perfecta resignación, y sobre todo por la inmensa y tierna caridad con que lo acompañaba. No es pues creíble que él quisiese, ni aun por un solo instante, interrumpir esta acción sublime y perfecta, la acción por excelencia, para ocuparse de la recompensa debida á su Discípulo y del consuelo temporal de su Madre. No es verosímil que, ni aun por un solo instante, quisiese apartar su pensamiento del negocio público de la salvación del mundo, para ocuparse exclusivamente de afecciones y de intereses personales y privados.

Nada es ciertamente mas justo, mas religioso, mas santo ni mas piadoso, generalmente hablando, que ver un hijo en sus últimos momentos ocuparse de su tierna madre, y un maestro pensar en su discípulo fiel. Mas si se consideran las augustas funciones y el noble cargo que el Hijo de Dios iba á cumplir en el momento de su muerte, si se atiende al carácter especial y al objeto sublime de esta muerte, se comprenderá que no podía ocuparse un solo instante de su Discípulo ni de su Madre, sin descender en cierto modo de la altura de su rango, de su posición sublime de persona pública, de víctima universal; sin alterar la perfección y la inte-

gridad de su ofrenda, en la que todo cuanto le era propio y personal se sacrificaba, se ofrecía, se aplicaba y se transmitía á nosotros.

Es verdad que en aquellos instantes misteriosos trató Jesus de asegurar el perdón á sus verdugos y el paraíso á un ladrón. Mas entonces solicitó también el perdón para todos los pecadores á la vez, y prometió igualmente el paraíso á todos los verdaderos penitentes; por consiguiente, aquella súplica y aquella promesa, aunque espresadas en términos particulares y privados, tenían un objeto público y universal, y por lo mismo formaban parte del sacrificio universal y público que entonces se ofrecía. Luego la declaración de la nueva maternidad de María y de la nueva filiación de S. Juan, aunque hecha en términos personales y privados, debió igualmente tener un objeto público y universal, á fin de que pudiese armonizarse y formar un todo con los sentimientos y los pensamientos de interés público de que Jesucristo se ocupaba únicamente en aquellos preciosos instantes.

El Discípulo debió por lo mismo representar á todos los verdaderos creyentes, así como, según la enérgica espresión de S. Pablo, los verdugos representaban á todos los pecadores, y el buen ladrón á todos los verdaderos penitentes. Así es como nosotros debimos hallarnos comprendidos en la adopción de S. Juan. Solo así es como esta última disposición se eleva, se engrandece, se extiende y se ennoblece. No es ella solamente un acto del Hijo único de María, del maestro privado de S. Juan, sino mas bien un acto del Salvador universal del género humano, un acto digno del personage que lo ejecuta, y digno también del tiempo y del lugar en que se ejecuta.

Esto se confirma también por la conducta constante del Hijo de Dios con respecto á su Madre,

durante el curso de su vida mortal. Si María se queja á él por haberse sustraído á su ternura, y por haberla tenido durante el espacio de tres dias sumergida en el mas doloroso temor y en las mayores angustias, Jesus le reconviene en cierto modo por su solicitud maternal, y condena al parecer sus investigaciones y su dolor. Si María en las bodas de Caná solicita por su parte un prodigio, Jesus la reprende en cierta manera porque se toma por sus comensales mas inquietud y mas cuidado del que convendria. Finalmente si Maria procura verle y hablarle, Jesus lo rehusa, y protesta al parecer que no la conoce. Además, al llamarla constantemente *muger*, parece que le rehusa hasta el nombre, el título y la cualidad de Madre. Pero cómo es esto? Es posible que Jesus no amase á María? Es posible que María no fuese mas amada de él que todo otro objeto creado? Es posible que María no fuese mas que una muger cualquiera, y no aquella Madre que él colmó de privilegios, aquella Madre mas madre, por decirlo así, que las otras madres, supuesto que lo concibió doblemente, en su alma guardando fielmente la palabra de Dios, y en su seno vistiendo su persona de una carne humana sin intervencion del hombre? Por qué pues el Señor la trata con tan poco respeto? Por qué le rehusa toda demostracion pública de su ternura filial? Las respuestas mismas de Jesucristo en las circunstancias que acabamos de indicar, dan la solucion de este enigma, y descubren el misterio de esta indiferencia aparente del mas santo de los hijos con la mas digna de todas las madres. Cuando él rehusa un prodigio en las bodas de Caná, dá por única razon que su hora no ha llegado aun. Cuando es hallado en el templo, declara como la única causa de su extravío voluntario, que él debe ante todo ocuparse de la mision

que le ha encargado su Padre celestial, es decir de los intereses de su gloria y de la salvacion de los hombres. Cuando es llamado por María, protesta como la única razon por que se niega á verla, que no reconoce por sus parientes mas que aquellos que son fieles en escuchar la palabra de Dios y en ponerla en práctica. Y bien, cual es la significacion de todo esto, dice S. Ambrosio, sino que Jesucristo cree deberse todo entero al ministerio de que le ha investido su Padre celestias, mas bien que á los afectos de su madre terrena? Es decir que él cree deber consagrar absolutamente todos sus instantes y todas sus acciones á la salvacion de los hombres; que este importante negocio es la regla de toda su conducta y de todos sus prodigios; que él se considera, se reconoce y obra siempre como el Mediador universal del mundo, y no como el Hijo especial de María; que en él las afecciones domésticas y los respetos personales están siempre subordinados y sometidos al carácter público de Salvador; que en todos sus discursos, lo mismo que en todas sus acciones, no pierde de vista ni un solo instante la redencion del mundo; que todo aquello que á primera vista solo tiene un objeto particular, recibe de él una direccion que le hace entrar en el plan general de su mision, que él no sustrae jamas un solo pensamiento, un solo afecto ni un solo instante á esa obra sublime de la salvacion de los hombres, que Tertuliano llama la mas digna de la grandeza de Dios, y que el mismo Jesucristo llama su alimento predilecto, su alimento escogido, su única ocupacion y la obra de Dios por excelencia.

Jesucristo no quiere sustraer un solo instante de su vida á nuestra salvacion. Mas, para qué es esta reserva estrema, esta delicadeza exquisita de su parte? Ved aqui la razon: aunque el Padre celestial, por

un exceso de la mas tierna caridad, nos haya dado á su Hijo único; aunque, por un exceso semejante de esta caridad, este mismo hijo se halla ofrecido voluntariamente para ser nuestra víctima y el precio de nuestra salvacion, sin embargo, supuesto que el Padre nos ha dado generosamente á su propio Hijo, supuesto que este Hijo ha sido, digamoslo asi, pródigo de si mismo para nosotros: Jesucristo por este mismo hecho ha venido á ser nuestra propiedad y nuestra riqueza. Nosotros no teníamos derecho ni mérito alguno; la donacion del uno y la ofrenda del otro fueron perfectamente libres en su principio; pero siendo las dos verdaderas y reales, se hacen necesarias é irrevocables en sus efectos. Ellas establecen en favor nuestro un derecho real y verdadero sobre la persona del Salvador; y nosotros podemos, rigurosamente hablando, llamarle nuestro bien y mirarle como nuestra propiedad. Ved aqui por qué al anunciar Isaias su venida, se vale de estas tiernas expresiones: UN PEQUEÑO NIÑO NOS HA SIDO DADO; UN HIJO HA NACIDO PARA NOSOTROS. Los ángeles al anunciar su nacimiento usan las mismas palabras: Regocijaos, dicen á los pastores, por que os HA NACIDO UN SALVADOR. Y S. Pablo nos hace observar que el Padre Eterno no solo nos ha dado á Jesucristo, sino que en él y con él nos ha dado tambien todo cuanto le pertenece. Ved aqui por qué, como dice San Leon, todo lo que Jesucristo es, todo lo que Jesucristo tiene, todo lo que concibió la virginidad de María y la rabia infernal de los judíos clavó en la cruz, todo es nuestra propiedad. Todos los momentos preciosos de su vida, todas sus acciones, todos sus pensamientos, todos sus afectos nos pertenecen; él no puede disponer de cosa alguna sin nosotros ni fuera de nosotros. Nosotros debemos necesariamente tener parte en todos sus designios y en to-

das sus obras. Si él hubiera dicho ó hecho cualquiera cosa que no hubiera tenido relacion alguna con nosotros, hubiera dejado de pertenecernos desde aquel momento; él hubiera sustraído algo á la universalidad, á la integridad, á la perfeccion de su ofrenda. Ved aqui por qué siempre nos tuvo presentes en todo. Por esta razon su vida entera, sin que le fuese permitido distraer un solo instante, fué un sacrificio continuo, un sacrificio tan absoluto en su integridad como en su perfeccion, y como un solo pensamiento, una accion única y no interrumpida cuyo objeto era la salvacion de los hombres.

Si tal fué y debió ser la conducta del Salvador con respecto á nosotros durante su vida, será creible que al tiempo de su muerte quisiese olvidarla ó dementirla, ni aun por un solo instante ó por un solo pensamiento? Podrá creerse jamás que en la cruz, sobre el altar de su sacrificio, en el momento en que la víctima ofrecida por la salvacion del mundo era inmolada, quisiese pensar ó hacer alguna cosa estraña á su sacrificio, y que habiendo estado siempre ocupado en la obra de la redencion de los hombres, la perdiese de vista por un solo instante cuando iba á cumplirla? No, él no nos olvidaba en aquel instante tan solemne, en aquella accion tan sublime, en aquella disposicion tan importante, en aquel testamento tan precioso por el que el Hijo de Dios dispuso de la que le parió. Aquel legado nos fué comun con S. Juan. Jesucristo entonces pensó tambien en nosotros; él nos tuvo presentes; nos tuvo á la vista; entonces nos dió á María por madre y nos legó por hijos á María. (Vease la nota cuarta.)

CAPITULO V.

Mas si las palabras del Salvador contienen el misterio de nuestra comun adopcion, contiene de la misma manera el misterio de la adopcion de San Juan; luego este apóstol no se hizo Hijo de María sino en el sentido y de la manera general con que nos hicimos todos igualmente. Sin embargo el testo sagrado parece que se opone á esta consecuencia.

Es indudable que S. Juan conocia mejor que otro cualquiera el verdadero sentido de las palabras de Jesucristo. El se las habia oido pronunciar, y toda la fuerza divina de ellas se habia hecho sentir y comprender de su tierno corazon; por consiguiente San Juan es el intérpete mas legitimo, mas natural y mas fiel.

No parece que en esta disposion de Jesucristo viese el Discipulo otra cosa que una adopcion que le era propia, un nuevo nacimiento para él, un privilegio inherente á su persona y una preciosa distincion de su divino Maestro. Efectivamente él mismo escribió que, entendiendo como debia el honor inapreciable de verse legar á María por madre, se consideró desde aquel instante como el poseedor de un tesoro inestimable de la herencia mas preciosa, la amó sobre toda espresion, le dió preferencia sobre todo, y le consagró, despues de Dios, el primer lugar en su corazon. Tal es en efecto la significacion de estas palabras salidas de la pluma del mismo Evangelista: Y RECIBIENDO EL DISCIPULO DESDE AQUELLA HORA Á MARÍA, LE CONSAGRÓ TODO CUANTO TENIA. No sus bienes temporales, añade S. Agustin, porque estaba desprovisto de ellos, sino todos los deberes de hijo

y de custodio, los que cumplió con el mayor celo y con el amor mas tierno.

Se sabe en efecto que desde aquel momento manifestó Juan por María todo el cuidado, la veneracion y la ternura de un hijo amante y respetuoso; que jamás se alejó de ella; que siempre permaneció á su lado; que le llevó consigo á todas sus misiones apostólicas; que, como la carta sinodal del Concilio de Efeso lo dá á entender, estuvo acompañado de la Madre del Redentor en la fundacion de aquella Iglesia; y que la miró siempre como la mas bella recompensa de su fidelidad y la gloria mas sublime de su apostolado.

Esta conducta de S. Juan con María no nos permite dudar que Jesucristo se la dió verdaderamente por madre y que las palabras divinas tuvieron respecto al Discipulo un sentido directo é immediado. Luego nosotros no podemos ser incluidos en esta adopcion sino en un sentido lato, en un sentido místico, alegórico, y no en un sentido natural, verdadero y real. Ved aqui la dificultad que surge naturalmente de lo que hemos dicho hasta aqui. O Jesucristo tuvo presente entonces tan solo la filiacion de S. Juan; y en] este caso, cómo puede concebirse que en una circunstancia tan pública y tan solemne prescindiese de nosotros y nos olvidase? O por el contrario Jesucristo tuvo presente únicamente nuestra filiacion; y entonces, cómo hubiera interpretado S. Juan en su favor la declaracion del Señor, y se la hubiera apropiado como si no hubiera sido hecha mas que para él solo?

Mas esta dificultad solo lo es en apariencia, ella se desvanece y desaparece desde el momento en que se reflexiona que no se trata aqui de la palabra de un hombre, sino de la de un Dios.

La palabra de Dios contenida en la Escritura tiene, dice Sto. Tomás, una ventaja particular que le es

propia; á saber, que no es como los libros dados á luz por el espíritu y salidos de la pluma del hombre, en los que las palabras significan únicamente las cosas que representan. En los Libros santos las cosas significadas por las palabras sirven á su vez para significar otras cosas. Las palabras de los hombres solo tienen un sentido material, inmediato é histórico, que resulta de la significacion gramatical de estas mismas palabras; mientras que la palabra de Dios, ademas del sentido histórico, inmediato y material indicado por las palabras, que se llama sentido literal, encierra otro sentido que sale de la significacion de las cosas, y se llama sentido espiritual.

El sentido histórico de la palabra de Dios es pues el sentido inmediato y próximo. El sentido espiritual, que nosotros llamamos, *profético*, es el sentido mediato y remoto; este segundo sentido es el mas elevado, y por lo mismo el mas estenso, el mas noble y el mas perfecto. Los dos son verdaderos, los dos son reales, los dos son inspirados, y por lo mismo los dos son importantes; el primero porque sirve de ocasion y de velo, y el segundo porque contiene el misterio, lo descubre y lo esplica. Es necesario pues, dice S. Agustin, tenerlos siempre presentes en la lectura de la Escritura sagrada. Si nos atenemos únicamente al sentido mas próximo, al sentido inmediato, á la letra que es como la corteza y la superficie, no tendremos jamás sino una inteligencia truncada, material é imperfecta de los divinos oráculos; y las palabras de la Sagrada Escritura contribuirán muy poco ó tal vez nada á nuestra edificacion.

Asi por ejemplo, es de fé que Abraham tuvo dos hijos, Ismael de Agar é Isaac de Sara. Al referir el historiador sagrado las sucesiones de estos dos hijos del padre de todos los creyentes, no cuenta una parábola, un apólogo ó una fábula, sino la historia verídica

de un hecho ocurrido realmente. Es por lo tanto de fé, pues que S. Pablo lo anuncia en términos muy claros, que esta historia de las esposas y de los hijos de Abraham, aunque muy verdadera, es al mismo tiempo una figura y una profecía. Agar y Sara representan los dos Testamentos, las dos alianzas, la Sinagoga y la Iglesia. El Espíritu Santo, al inspirar al escritor sagrado la composicion de su relato, y la indicacion que hace de las circunstancias que en él vemos, tuvo por consiguiente presentes dos cosas: la primera transmitir á la posteridad la historia verdadera de la familia de Abraham; la segunda anunciar y figurar en ella y por ella las vicisitudes de la Iglesia de Jesucristo.

Por lo que respecta al Nuevo Testamento, la doctrina comun de los Padres de la Iglesia, es que todo cuanto ensierra es histórico y profético á un tiempo mismo; y que, segun la expresion de San Agustin, el Salvador quiso que todo cuanto hizo corporalmente fuese entendido tambien en un sentido espiritual. Ved aquí por qué el mismo Santo Doctor nos dice sobre el Evangelio de la Magdalena: Qué significa ese Simon el fariseo lleno de presuncion por su falsa santidad sino el pueblo judío? Y esa muger pecadora que viene á prosternarse á los pies del Salvador que baña con sus lágrimas, qué significa sino la gentilidad convertida á la fé? El mismo Santo cree que en la resurreccion del jóven de Naim, debemos ver la resurreccion de los pecadores; y que la alegría de la viuda su madre al recibirlo lleno de vida, es una figura del gozo de la Iglesia cuando ve á sus hijos volver á la gracia.

El Papa S. Gregorio establece lo mismo como regla general para todas las obras maravillosas del Salvador, diciendo que si por una parte debemos encontrar echos realmente cumplidos, por la otra debemos encontrar tambien lecciones significativas, porque ensierran á un tiempo mismo un prodigio del poder divino y un

misterio de la divina sabiduría. Aplicando despues esta regla entre otros hechos al Evangelio del ciego de nacimiento, dice: Nosotros ignoramos quién fué este ciego; pero sabemos que tiene para nosotros una significacion misteriosa. Este ciego, en efecto no es otro que el género humano, que habiéndose separado de la luz celestial en la persona de su primer padre, parecia envuelto en las tinieblas del pecado, arrastrado hácia la condenacion; y que se encuentra alumbrado milagrosamente por la presencia de su Redentor.

Asi fué tambien como Jesucristo llamó á la vida natural los tres muertos de que nos hablan los Evangelistas: la hija del gefe de la Sinagoga, el hijo de la viuda de Naim, y Lázaro hermano de Marta y de María. El resucitó á la primera sobre su lecho de muerte, al segundo, cuando le llevaban al sepulcro, y al tercero, despues de haber permanecido en el sepulcro por espacio de tres dias. Pero no es menos cierto, supuesto que los padres de la Iglesia, y en particular S. Agustin, nos lo enseñan únicamente, que las historias de estas tres resurrecciones son misteriosas y proféticas, y que nos representan la de las almas llamadas de la muerte del pecado á la vida de la gracia. Y el mismo Santo observa (y esto confirma nuestra doctrina) que al buscar un sentido alegórico en un sentido histórico, no debilitamos en lo mas mínimo la autoridad del testo; y que la infalible verdad de la historia no nos impide en manera alguna encontrar en ella un sentido alegórico, y tenerlo por verdadero. Al dictar el Espíritu Santo estas tres patéticas narraciones, quiso que estos tres prodigios admirables del poder y del amor de Jesucristo, quedasen consignados como una prueba de la divinidad de su misión; y por otra parte quiso figurar proféticamente las operaciones de la gracia en la conversion de los pecadores, conversion que exige de parte del poder divino unos

esfuerzos tanto mayores cuanto mas largo es el tiempo que ha trascurrido desde la muerte espiritual. Este es, segun San Gregorio, un prodigio mas admirable aún que el de la resurreccion de un muerto. Asi es, dice el mismo pontífice, que la jóven resucitada en su propia casa es una figura del hombre que ha caído y que vive secretamente en el pecado. El jóven vuelto á la vida fuera de su habitacion significa el pecador que no teme aparecer tal públicamente. Lázaro, en fin, sacado de su sepulcro, es una figura del pecador abrumado como un peso enorme, bajo el de los hábitos criminales que ha contraído en su pecado.

Con estas esplicaciones se desvanece la dificultad que ofrece el pasaje de la Escritura de que vamos á tratar. Indudablemente hay en él, lo mismo que en los que acabamos de citar, un doble sentido y una doble significacion: el sentido histórico é inmediato, y el sentido mediato, misterioso y profético. El sentido histórico é inmediato es que Jesucristo dió á María por madre de S. Juan y á S. Juan por hijo de María. El sentido remoto y profético es que en la persona de S. Juan nos dió tambien á nosotros por hijos á María y nos legó á María por madre. Y estos dos sentidos, segun la regla que hemos indicado, son igualmente verdaderos, igualmente reales y ciertos, porque Jesucristo los tuvo igualmente presentes, y porque se hallan contenidos igualmente en sus divinas palabras.

La única diferencia consiste en que la filiacion de S. Juan es el objeto ocasional mas próximo, el objeto inmediato; y la nuestra el objeto final, mediato y remoto. La una es la figura y la profecía; la otra el objeto figurado, el término y el complemento. En el primer sentido, Jesucristo obró en su cualidad real de hijo de María y de maestro de S. Juan; y como tal, quiso consolar á aquella y recompensar á este.

En el segundo sentido obró en su cualidad tambien real de redentor y de salvador de los hombres; y como tal, quiso hacerle encontrar en María un refugio y un socorro en los caminos de la salvacion. Y asi como en la persona de Jesucristo una cualidad no destruye la otra, así tambien en sus palabras el segundo sentido no destruye al primero. La sabiduría y el amor de Jesucristo supieron unir y combinar estos dos sentidos, así como él habia sabido reunir en sí estos dos caracteres, y cumplir sus deberes respectivos. Es propio de su poder divino y de la fecundidad de su palabra producir dos efectos con una sola operacion, significar dos pensamientos con una sola frase, llegar á dos fines por el mismo medio y cumplir dos designios con una simple disposicion. Nuestra adopcion es por consiguiente tan verdadera como la de S. Juan. Es muy cierto que María le fué dada verdaderamente por madre, pero esto no impide que nos haya sido dada tambien á nosotros con la misma verdad, y que las palabras de Jesucristo contengan tambien el misterio, el acta solomne de nuestra adopcion. (*Vease la nota quinta.*)

CAPITULO VI.

HAY tambien otra regla dada por S. Agustin para la interpretacion de los Libros santos, segun la que no todas las palabras, no todas las espresiones, los incidentes y las circunstancias consignadas en la Escritura tienen una doble significacion.

Hay algunas que no significan mas que lo que espresan literalmente. Ellas sirven solo para apoyar ciertos hechos que son verdaderamente misteriosos; y que, ademas del sentido histórico, encierran tambien

un sentido profético. Por lo mismo, tomadas separadamente solo tienen un sentido inmediato; ellas no tienen un sentido remoto sino unidas al todo de que forman parte. Asi es como, dice el mismo Santo, en una cítara solas las cuerdas sirven para el acompañamiento de la voz. Mas para hacerlas producir el sonido que se desea es necesario que estén estendidas sobre la madera labrada de cierto modo y de una figura especial. Aunque esta madera y esta estructura particular no tengan por sí mismas sonido alguno, son necesarias sin embargo para que las cuerdas puedan producirlo. El instrumento se compone de todo este conjunto, y produce sonidos armoniosos.

Mas, cómo se podrán distinguir los pasages puramente históricos de los que son al mismo tiempo proféticos y misteriosos? El célebre Cornelio de la Piedra dá una regla para poder hacer esta distincion. El observa que algunas veces se encuentran en la Escritura ciertos pasages que tomados literalmente, por mucho que se les quiera violentar no ofrecen ninguna significacion plausible, porque contienen espresiones y circunstancias que no convienen de modo alguno ó que solo convienen en un sentido hiperbólico á la persona ó á la cosa que parece ser su objeto inmediato. Entonces se hace imposible concretarse al sentido inmediato; es necesario pues suponer y buscar en el dicho pasage el sentido misterioso y profético, pues que solo en este sentido pueden las espresiones que en él se encuentran tener una significacion natural, plena y perfecta. De esto tenemos un ejemplo en el libro segundo de los Reyes, en el que lo que se dice de Salomon no es literalmente cierto sino en cuanto á Salomon se sustituye Jesucristo. Asi es que cuando un pasage de la Escritura es profético, el testo sagrado lo anuncia por la oscuridad misma y la confusion que ofrece en el sentido próximo é inmediato.

En el segundo sentido obró en su cualidad tambien real de redentor y de salvador de los hombres; y como tal, quiso hacerle encontrar en María un refugio y un socorro en los caminos de la salvacion. Y asi como en la persona de Jesucristo una cualidad no destruye la otra, así tambien en sus palabras el segundo sentido no destruye al primero. La sabiduría y el amor de Jesucristo supieron unir y combinar estos dos sentidos, así como él habia sabido reunir en sí estos dos caracteres, y cumplir sus deberes respectivos. Es propio de su poder divino y de la fecundidad de su palabra producir dos efectos con una sola operacion, significar dos pensamientos con una sola frase, llegar á dos fines por el mismo medio y cumplir dos designios con una simple disposicion. Nuestra adopcion es por consiguiente tan verdadera como la de S. Juan. Es muy cierto que María le fué dada verdaderamente por madre, pero esto no impide que nos haya sido dada tambien á nosotros con la misma verdad, y que las palabras de Jesucristo contengan tambien el misterio, el acta solomne de nuestra adopcion. (*Vease la nota quinta.*)

CAPITULO VI.

HAY tambien otra regla dada por S. Agustin para la interpretacion de los Libros santos, segun la que no todas las palabras, no todas las espresiones, los incidentes y las circunstancias consignadas en la Escritura tienen una doble significacion.

Hay algunas que no significan mas que lo que espresan literalmente. Ellas sirven solo para apoyar ciertos hechos que son verdaderamente misteriosos; y que, ademas del sentido histórico, encierran tambien

un sentido profético. Por lo mismo, tomadas separadamente solo tienen un sentido inmediato; ellas no tienen un sentido remoto sino unidas al todo de que forman parte. Asi es como, dice el mismo Santo, en una cítara solas las cuerdas sirven para el acompañamiento de la voz. Mas para hacerlas producir el sonido que se desea es necesario que estén estendidas sobre la madera labrada de cierto modo y de una figura especial. Aunque esta madera y esta estructura particular no tengan por sí mismas sonido alguno, son necesarias sin embargo para que las cuerdas puedan producirlo. El instrumento se compone de todo este conjunto, y produce sonidos armoniosos.

Mas, cómo se podrán distinguir los pasages puramente históricos de los que son al mismo tiempo proféticos y misteriosos? El célebre Cornelio de la Piedra dá una regla para poder hacer esta distincion. El observa que algunas veces se encuentran en la Escritura ciertos pasages que tomados literalmente, por mucho que se les quiera violentar no ofrecen ninguna significacion plausible, porque contienen espresiones y circunstancias que no convienen de modo alguno ó que solo convienen en un sentido hiperbólico á la persona ó á la cosa que parece ser su objeto inmediato. Entonces se hace imposible concretarse al sentido inmediato; es necesario pues suponer y buscar en el dicho pasage el sentido misterioso y profético, pues que solo en este sentido pueden las espresiones que en él se encuentran tener una significacion natural, plena y perfecta. De esto tenemos un ejemplo en el libro segundo de los Reyes, en el que lo que se dice de Salomon no es literalmente cierto sino en cuanto á Salomon se sustituye Jesucristo. Asi es que cuando un pasage de la Escritura es profético, el testo sagrado lo anuncia por la oscuridad misma y la confusion que ofrece en el sentido próximo é inmediato.

Se puede tambien, para mayor inteligencia de esta regla, citar el salmo cuarenta y cuatro. Este es un epitalamio compuesto con motivo de las bodas de Salomon con la hija del rey de Egipto. El contiene espresiones sumamente elevadas, que tomadas literalmente no convienen mejor á Salomon que á su esposa. En él se dice del Rey que es el mas hermoso de los hijos de los hombres; que por lo mismo le bendijo Dios desde la eternidad; que el mismo Dios es su silla. Hablando despues de la Reina, se dice que su real esposo amó su belleza porque él es su Señor y su Dios, y que recibirá las adoraciones y los homenajes; que toda la gloria de esta muger está interior y oculta; que ella tendrá hijos que serán mas ilustres que sus abuelos, y que ella los constituirá príncipes sobre toda la tierra; que por lo mismo los pueblos la reconocerán por madre, y le tributarán eternos homenajes por los siglos de los siglos. Pues bien, todo esto es demasiado elevado, estas espresiones son demasiado sublimes para que puedan entenderse de Salomon y de su esposa; y si nos queremos limitar al sentido inmediato, el salmo parecerá hiperbólico hasta el exceso, y no tendrá un sentido plausible. El profeta nos advierte pues con tales espresiones que es necesario no limitarnos á la letra; que hay en ella un misterio, que esas bodas son la figura de una union mucho mas noble y mas augusta, es decir de la union de Jesucristo con su Iglesia. Porque solo aplicando estas espresiones á la Iglesia y á Jesucristo se encuentra en ellas una verdad exacta y rigurosa; y la esplicacion del Salmo se hace natural, conveniente y perfecta.

Lo mismo sucede en el Nuevo testamento cuando Jesucristo, despues de haber curado espontáneamente y ser rogado á aquel paralítico que por espacio de

treinta y ocho años padecia en el pórtico de la piscina le dice: Ya estás curado; guárdate de pecar, no sea que te suceda otra cosa peor. Esta circunstancia y estas espresiones del Señor, que parece no dar importancia á la enfermedad corporal con que aquel miserable se habia visto afligido por tan largo tiempo, nos dá á entender que este relato contiene, ademas de una historia verdadera, una figura y una profecía; y que la curacion real de la parálisis del cuerpo significa la curacion de las enfermedades del alma, que debemos esperar de la accion gratuita de la gracia.

Si aplicamos ahora esta doctrina al asunto de que tratamos, conoceremos á primera vista que el pasaje del Evangelio que contiene la adopcion de S. Juan, encierra ciertas espresiones y ciertos giros que tomados únicamente en el sentido inmediato no se pueden explicar. Esto debe hacernos conocer que hay en él un misterio oculto, y que estas palabras: *Hé ahí tu Madre; Hé ahí tu Hijo*, ademas del sentido inmediato encierran otro todavia mas notable y mas importante.

En efecto, en él vemos en primer lugar á Jesucristo dar á María el título de *muger*, y no el de *madre*. Mas, por qué en unas circunstancias tan dolorosas, por que la última vez que le habla como hombre pasible, no le dá el título de madre que le es debido con tanta justicia? S. Juan tampoco es designado por su propio nombre, sino por el nombre comun de Discípulo amado de Jesus. Es acaso S. Juan el único discípulo de Jesucristo á quien él ama tiernamente? No tenia el Señor otros discípulos que le fueron fieles hasta la muerte, que le amaron tiernamente y que fueron tiernamente amados?

En tercer lugar el Señor no dice á María: yo os destino yo os doy á Juan para que os sirva en adelante de hijo en lugar mio. Tampoco dice á S. Juan:

Yo os confío, yo os concedo á María para que sea en adelante vuestra madre. El dice simplemente á aquella: *Hé ahí tu Hijo*; y á este: *Hé ahí tu Madre*. Pues bien esta espresion *hé ahí* en su significacion mas comun y mas natural, indica una cosa ocurrida ya y que ya existe, mas bien que una cosa que debe suceder despues. Cuando dice: *Hé ahí tu Hijo*, es como si digera: *En este momento os habeis hecho madre*; y ved ahí en la persona de Juan el hijo que habeis engendrado; como si hubiera dicho á S. Juan: *En este momento naceis á una vida nueva*, y ved ahí en María la madre que os ha dado á luz. Finalmente la espresion de que el Señor se vale se parece mas bien á la declaracion de un hecho que se cumple en María independientemente de todo concurso extraño, que á la de una donacion ó de una disposicion libre de Jesucristo. Pues bien cómo dió á luz María á S. Juan al pie de la cruz, y cómo S. Juan nació de María?

Por otra parte, la verdadera madre de S. Juan, su madre segun la carne, no solo vivia entonces, sino que, segun S. Mateo, asistia tambien con las otras mugeres á la escena misteriosa del Calvario. Si pues en el momento en que María iba á perder á su propio Hijo, necesitaba del auxilio de otro hijo, San Juan cuya madre vivia todavia, no necesitaba de otra madre. Y si era justo qué á María, que se encontraba viuda, se diese un hijo que pudiese reemplazar á aquel de que iba á ser privada, no parecia justo que este hijo fuese arrebatado á su madre natural, y esto á sus propios ojos, para darlo á una madre adoptiva.

Tales son las dificultades que ofrece el testo sagrado que examinamos, cuando no quiere verse en él otra cosa que el acto de adopcion de S. Juan. Entonces se encuentra en él oscuridad y confusion;

y ciertas particularidades no pueden explicarse. Pues bien, segun la regla que hemos indicado, esta confusion, esta oscuridad, estas dificultades que se encuentran para explicarlo en el sentido histórico é inmediato, son una prueba de que este mismo testo contiene tambien un sentido misterioso y profético, y se nos dá á entender por lo mismo que el hecho merece mas atencion de la que parece á primera vista; que encierra en sí mucho mas de lo que parece; que una figura profética está oculta bajo la superficie de la verdad histórica; que es necesario, segun Dionisio el Cartujo, buscar otro personage bajo el velo del que se encuentra designado literalmente; y que las palabras dirigidas por Jesucristo, desde lo alto de su cruz, á María y á S. Juan ademas del misterio de la filiacion de S. Juan con respecto á María, y de la maternidad de María con respecto á S. Juan, encierran un misterio mucho mas elevado y mas importante. Misterio provechoso á un número mucho mayor, mas glorioso para María, y digno sobre todo de la situacion en que se encontraba entonces el Salvador del mundo; en una palabra el misterio de nuestra filiacion con respecto á María, y de la maternidad de María con respecto á nosotros que estábamos representados por S. Juan y comprendidos en él.

Observad en efecto como atribuyendo este sentido á las palabras del Salvador adquieren una significacion mas literal y mas completa; como todas las dificultades se desvanecen y todas las dudas se disipan; y como estas mismas espresiones, que á primera vista no ofrecen mas que dificultades, se encuentran despues con una exactitud admirable y una rigurosa precision.

Examinemos en primer lugar, dice Cornelio de la Piedra, porque en estas circunstancias tan solemnes

María es llamada *muger* y no *madre*. Al declararla Jesús nuestra madre, obraba en su cualidad pública de Redentor de los hombres, y no en su cualidad privada de Hijo de María. Debíó por consiguiente valerse con respecto á María de una espresion que pudiese hacer comprender que en lo que iba á decir no miraba tanto á sus relaciones particulares con María, quanto sus relaciones generales con los hombres cuya causa iba á sostener y cuya salvacion iba á obrar. No podia por lo mismo encontrar una espresion mas conveniente que la de *muger*, con la que parece quiso decirle: En este momento no tanto debo pensar en que soy vuestro hijo, como ocuparme de la salvacion de los hombres cuyo Redentor soy, y de quienes vos soy conmigo la coredentora; en esta cualidad yo os los doy por hijos. La palabra *madre* hubiera hecho mas plausible el sentido inmediato; pero hubiera oscurecido el sentido misterioso y profético. La palabra *muger* lo descubre, lo indica y lo manifiesta en toda su grandeza y en toda su dignidad.

Examinemos tambien en segundo lugar por qué no dijo el Señor: *Yo te doy por hijo—Yo te otorgo por Madre*; sino solamente: *Hé ahí tu madre—Hé ahí tu Hijo*. Si en esta declaracion solemne se hubiera tratado tan solo de dar una recompensa á San Juan y un apoyo á María, la espresion, *Yo os otorgo por Madre—Yo os doy por Hijo*, hubiera sido mas adecuada y mas oportuna porque no habiendo María engendrado á S. Juan corporal ni espiritualmente, como hombre particular; este no podia llegar á ser su hijo sino por una donacion de Jesucristo. Y suponiendo que se trate de todos los cristianos y aun de todos los hombres, la espresion *yo os otorgo, yo os doy*, hubiera ocultado en cierto modo la parte que María habia tenido en el

nacimiento espiritual de ellos, y hubiera disminuido su gloria. Ella hubiera dado á entender en efecto que María se hizo nuestra madre gratuitamente por decirlo así, y no con un título de justicia. Es por el contrario cierto, como veremos en su lugar, que María, segun S. Bernardino de Sena, nos dió á luz verdaderamente en el calvario á la vida de la gracia, por su cooperacion amorosa al misterio de la redencion; que en el órden de la salvacion de los dolores de María, así como el amor del eterno Padre y los padecimientos de su Hijo, nos dieron el ser á todos, y que en aquellos preciosos momentos se hizo María rigurosamente nuestra madre por la inmensidad de su amor y la generosidad de su martirio. Por consiguiente queriendo el Señor manifestar que obraba este misterio en María y por María, en cuanto que ella estaba unida con el espíritu y con el corazon al Redentor del mundo, se conoce que esta espresion: *He ahí tu Hijo*, es la única adecuada y oportuna, porque equivale á decir: *Muger, vos acabais de dar á luz en este momento; y ved ahí ante vos el Hijo á quien habeis dado el ser*. Este hijo es el pueblo cristiano, del que S. Juan es á un tiempo mismo las primicias y la figura. Este hijo es vuestro y verdaderamente vuestro, no solo porque yo os le doy liberalmente, sino tambien porque ha nacido verdaderamente de vuestro amor y de vuestros dolores. Yo no hago otra cosa que mostrárosle, declarando vuestra gloriosa fecundidad.

Por la misma razon, examinemos tambien por qué en presencia de su propia madre segun la carne, dió á S. Juan otra madre en la persona de María. Esto consiste en que cuando se trata de un nacimiento puramente espiritual, se puede muy bien tener una segunda madre, de la que se recibe, segun el testo sagrado, un nacimiento puramente divino; aun cuando se

conservar también la madre que nos ha dado á luz por la concupiscencia y los deseos de la carne y de la sangre. Y así como la vida de la gracia es la verdadera vida, la vida completa y perfecta; así la que nos ha engendrado á esta vida, es mucho más que nuestra madre, según la carne, una verdadera madre, una madre por excelencia, en cuya comparación nuestra madre por naturaleza, la que nos concibió y dió á luz en el pecado, ni aun merece ser nombrada. No hay pues cosa alguna más conveniente ni más exacta que esta expresión: *Hé ahí tu Madre*. Tomada en el sentido inmediato parece oscura; pero se hace clara, enérgica y de una exactitud sublime, cuando se toma en el sentido profético y misterioso que Jesucristo tuvo presente más particularmente.

Finalmente, se comprende también por qué S. Juan no es llamado por su propio nombre sino por la palabra genérica de *Discípulo amado de Jesús*, *Discípulo muy amado de Jesús*. En efecto, suponiendo que S. Juan entraba en participación del misterio, no ya como hombre privado, sino como una persona pública que representaba la iglesia, nada más justo y más natural que verse designado por un nombre común á todos los verdaderos hijos de la iglesia, y que por lo mismo puede significar su ministerio de representante de ellos. Pues bien, el nombre propio de alma fiel, de hijo de la iglesia, es precisamente el de muy amado. Efectivamente, en el libro de los Cantares se dice: *No despertéis á mi muy amada*. Y el mismo Jesucristo dijo: *El que me ama, será muy amado de mi Padre y de mí*. S. Juan que en estas circunstancias representaba á todos los fieles, no podía ser pues designado sino con el nombre de *Discípulo muy amado de Jesucristo*. Esta sola expresión genérica con que es designado basta, como observa el docto Sylveira, para hacer conocer que se trata aquí de un misterio universal que comprende no á un

solo hombre, sino á todos los hombres á los que conviene la calificación de *Discípulo muy amado de Jesús*. Por consiguiente, las palabras del Señor son la declaración más amplia y solemne de que la Madre de Jesús se hizo la madre de todos los cristianos.

Así pues, no solo el tiempo, el lugar y las circunstancias en que fué hecha esta tierna declaración; no solo las funciones sublimes de sacerdote, de víctima y de Redentor de los hombres, que el Hijo de Dios ejercía entonces; sino los términos mismos de ella, que no tienen un sentido claro y completo, sino en cuanto se refieren á un objeto más amplio y más elevado, todo nos demuestra que ella contiene igualmente el título sagrado, el acta auténtica de nuestra adopción por hijos de María; y que, como dice San Agustín, María se hizo entonces la madre de todos aquellos que viven según el espíritu; ó como afirma S. Ambrosio, la madre de todos los que creen como cristianos.

La palabra *muger*, usada por Jesucristo en estas circunstancias misteriosas, en vez de la de *madre*, nos descubre un misterio todavía mayor, que la palabra madre hubiera oscurecido.

El real Profeta dice que Dios nunca se ha olvidado de su cualidad de Padre, y que aun en los trasportes de una justa indignación escitada por nuestros pecados, y en el ejercicio de su justicia, siempre se ha acordado de su misericordia.

Pues bien, esta conducta de Dios con respecto á los hombres se manifestó desde el principio del mundo de una manera especial, con ocasión del primer pecado de que el hombre se hizo culpable en su presencia. En efecto, en el momento mismo en que su justicia, sumamente irritada por la culpa de Adán, pronunciaba la sentencia que le condenaba, á él y á toda su posteridad, á la esclavitud, á la maldición y á la muerte, hizo la promesa de un Redentor por el que debíamos

ser rescatados, bendecidos de nuevo y vueltos á la vida. Yo estableceré, dice á la serpiente, una enemistad entre tí y la muger, entre tu raza y la suya. Ella quebrantará tu cabeza, y en vano tratarás tú de morder su calcañal, ó como dice el testo original, tú romperás su calcañal.

Es muy cierto, dice S. Agustín, que la serpiente á quien fueron dirigidas estas palabras, era el demonio; y que la muger cuyo elogio se hace es María. No puede, en efecto, suponerse que Dios, por la muger de quien habló á la serpiente, quisiese designar á Eva que acababa de ser seducida por la misma serpiente, y que habia prestado tan fácilmente sus oídos y mucho más aun su corazón á sus mentirosas promesas. Existía por lo mismo una conformidad de pensamientos y de efectos entre Eva y la serpiente. Se habia establecido entre ellas una conformidad en su plan de rebelion, de elevacion y de orgullo en perjuicio de la obediencia que debian á Dios. La obra del pecado habia establecido entre ellas una especie de sociedad y de amistad. La enemistad verdadera, real y perfecta entre la muger y el demonio, ha sido la de María. Ella tuvo con Eva una conformidad de naturaleza, mas no de espíritu. Ellas tuvieron de comun la sencillez, mas no la ligereza, la credulidad, la desobediencia ni el orgullo. Estraña María al espíritu de la serpiente y llena del espíritu de Dios, no quiso sino lo que Dios quiere, y aborreció todo lo que quiere la serpiente. Ella fué mucho mas humilde que Eva orgullosa; mucho mas dócil, fiel y sumisa, que Eva indócil, incrédula y desobediente. Jamás la vanidad envaneció su espíritu; jamás la curiosidad tuvo entrada en su corazón, y jamás la serpiente encontró una brecha por donde penetrar en su alma. María pues, fué verdaderamente aquella muger entre la cual y la serpiente reina la division mas absoluta de interés y de intenciones, la oposicion mas

directa de deseos y de conducta y la enemistad mas profunda, una enemistad irreconciliable y eterna. Esta enemistad ha sido obra de la gracia con que Dios la previno, y del Espíritu Santo del que Dios la llenó; por consiguiente solo en María se cumplieron á la letra estas palabras de Dios á la serpiente: *Yo estableceré una enemistad entre tí y la muger.*

La debilidad, la temeridad y la malicia de Eva habian dado á la serpiente una posteridad, una raza, y los hijos de Eva pecadora pertenecian al demonio como á su padre. La firmeza, la humildad y la santidad de María la hicieron madre de Jesucristo, y en Jesucristo de todos aquellos á quienes su gracia y su sangre han hecho renacer, y que por lo mismo tienen á Jesucristo por verdadero padre. Los hijos del demonio, los que componen su posteridad, son todos los pecadores, los viciosos, los injustos, los que, como Eva, tienen un espíritu de orgullo, de mentira, de odio y de perversidad. Los hijos de Jesucristo, los que componen su familia, y por lo mismo la familia de la muger ó de María que es la Madre de Jesucristo, son todos los que, como María, tienen la fé y el espíritu de Jesucristo, el espíritu de humildad, de pureza, de sinceridad y de amor. Son todos los verdaderos cristianos, los santos y los justos. De estas dos razas se formaron dos pueblos á quienes S. Agustín llama las dos ciudades: Jerusalem y Babilonia; la ciudad del amor divino, y la ciudad del amor de sí mismo; la ciudad fundada sobre los intereses del siglo presente, y la ciudad fundada sobre los intereses del siglo futuro; la ciudad de Dios y la ciudad del diablo; la Iglesia verdadera, y el mundo condenado por Jesucristo y escluido de su oracion. Ved aqui por qué entre estas dos razas, entre estos dos pueblos, entre estas dos ciudades existe una oposicion invencible de pensamientos, de sentimientos y de acciones; y hay entre ellas una enemistad, una

guerra encarnizada é implacable que durará hasta el fin del mundo, porque el odio recíproco de sus respectivas cabezas se ha comunicado á sus descendientes, y se perpetuará entre ellos. El espíritu de Dios y su gracia elevan un muro de separacion entre la familia elegida y escogida y la familia culpable y reprobada; y de este modo es como se cumplen todavia estas palabras de Dios á la serpiente: *Yo estableceré una enemistad entre tu raza y la suya.*

El demonio habia ensayado en vano contra María las asechanzas que le habian hecho triunfar de Eva: todos los artificios empleados para atraerla á sus caminos habian sido burlados. El sustituye, pues, el furor del leon á la astucia de la serpiente, y se arroja con una rabia ciega sobre su hijo, que le inspiraba mas inquietudes y mas temores aun que su madre. El mismo Jesucristo se lo permite con estas palabras: *La hora es llegada en que se os ha concedido lo mismo que á las potestades de las tinieblas, prevalecer contra mí.* El demonio se empeña entonces en maltratarle del modo mas bárbaro, y como lo habia anunciado Isaías, en quebrantarle y molerle en su carne pasible y mortal, haciendo desgarrar á azotes aquella carne santa y divina, y haciéndola atravesar con los clavos. Pues bien: siendo la carne lo que habia de menos noble, como el calcañal, por decirlo así, en la persona de un Dios incarnado, y teniendo Jesucristo esta carne de María, se cumplió tambien la otra parte de la profecía de Dios á la serpiente: *Tu quebrantarás el calcañal de la muger.*

Mas, qué puede la astucia de la serpiente contra la sabiduria de Dios? Jesucristo habia ocultado su divinidad bajo el velo de su humanidad, y María su virginidad bajo el velo del matrimonio. Jesucristo habia eclipsado su magestad sometiendo á toda especie de tormentos y de oprobios, que parecian

absolutamente incompatibles con su origen divino; y María habia ocultado su dignidad sufriendo la pobreza, las necesidades y los dolores que parecian igualmente incompatibles con su divina maternidad. Los dos habian ocultado bajo las apariencias de una violencia exterior la libertad y el amor con que María ofrece á su Hijo, y Jesus se ofrece á sí mismo por la salvacion del mundo. El demonio por el contrario, calculando segun su orgullo la manera con que debiera mostrarse un hijo que tenia al mismo Dios por padre, y de una madre que tenia un Dios por hijo, no comprendió el misterio profundo de una flaqueza voluntaria, consentida y aceptada, y que tenia su raiz en un corazon abrasado por la caridad divina. Engañado por la semejanza exterior de la carne de Jesucristo con la de los pecadores, no vió, dice San Leon, la santidad exenta de la sombra misma del pecado, y que distinguía á Jesucristo de todos los demas hombre; él creyó que el segundo Adan descendería del primero, no solo por la carne, sino tambien por las obras; y que heredaría su culpa, lo mismo que su naturaleza; él le miró como uno de los esclavos que el primer pecado habia sujetado su imperio.

Por esta razon tuvo la audacia de someter á su poder tiránico, de azotar y de crucificar á la santidad misma, en la que no habia podido descubrir el menor vestigio de pecado; y por este acto de horrible injusticia, por haber maltratado é inolado á su crueldad á aquel que nada le debía, al nuevo Adan, á la cabeza del pueblo santo, perdió los derechos funestos que la temeridad del primer Adan le habia hecho adquirir sobre un pueblo de réprobos. Jesucristo en el Calvario no quebrantó la cabeza de la serpiente con el esplendor de su divino poder, es decir con su cabeza, sino con su humildad, con la miseria y la flaqueza de su humana carne, es decir

con sus pies, con su calcañal, con esta parte del cuerpo la mas distante de la cabeza y la mas próxima á la tierra; y este mismo calcañal, ó esta misma carne que la serpiente habia quebrantado sirvió para quebrantarla á ella. Ella no pudo hacer al calcañal ó á la humanidad del Señor mas que heridas pasageras que muy pronto fueron cicatrizadas; y ved aquí que ella á su vez no solo tiene herido el pie, sino quebrantada la cabeza; y esta herida le es comun con todos los príncipes de las tinieblas cuyo imperio destruyó. Pero bien, siendo Jesucristo el verdadero Hijo de Maria, habiendo recibido de Maria la carne con que alcanzó una victoria tan señalada, es indudable que este triunfo pertenece tambien á Maria; que en la persona de su Hijo y por medio de su Hijo clavado en la cruz, ella tambien quebrantó la cabeza de la serpiente. Así se cumplió tambien la otra parte del divino oráculo que anunciaba que la muger quebrantaria la cabeza de la serpiente con el mismo calcañal que la serpiente habria quebrantado.

Por medio de Jesucristo su Hijo, en cuyo sacrificio tomó Maria la parte mas importante, no solo quebrantó en el Calvario la cabeza de la serpiente, sino que, como se explicará mas latamente en la segunda parte, se hizo tambien, en todo el rigor de las palabras, la madre de todos los hijos de Dios, de todos los verdaderos cristianos, de toda la Iglesia, de una posteridad que jamás le faltará hasta el fin del mundo.

En el dia de la Anunciacion se hizo Maria madre de Jesucristo ó de la Cabeza; pero solo en el Calvario le fué concedido adquirir la maternidad sobre los miembros de esta cabeza ó sobre los fieles que componen la Iglesia; porque allí fué donde la Iglesia nació de las heridas y de la sangre de Jesucristo.

Jesucristo es hijo de Maria; la Iglesia que es la familia del uno, se hizo por consiguiente la familia y la posteridad de la otra. S. Juan, aquel discípulo fiel y amado de Jesucristo fué el tipo y la figura. En efecto, sus cualidades y sus virtudes espresan vivamente las cualidades de los verdaderos hijos de Jesucristo y de Maria.

No puede pues dudarse que la profecía del Génesis, que anunciaba una enemistad entre la muger y la serpiente, y que la descendencia de Maria unida á su cabeza quebrantaria la cabeza de la serpiente y humillaria su orgullo, no puede dudarse repito, que esta magnífica profecía, la mas antigua de todas las profecias relativas á las grandezas de Jesucristo y de su santísima Madre tuvo su cumplimiento en el Calvario. Luego por un rasgo, por un rayo de su luz y de su sabiduría divina fué por lo que Jesucristo en el Calvario dió á Maria el titulo de MUGER, y no el de madre; pues que con esta misma palabra habia Dios designado á Maria cuatro mil años antes. Jesucristo nos manifiesta y nos revela que esta MUGER del Calvario es la misma MUGER de que se habló en el paraiso terrenal; y que el misterio de su maternidad sobre los hijos de Dios y de su triunfo sobre la serpiente, anunciado tantos siglos antes, recibe su cumplimiento. Despues añade Jesus: *Hé ahí tu Hijo*. Como si le hubiera dicho: O Maria! en este momento en que estais unida á mí por una conformidad perfecta de pensamientos, de sentimientos y de afectos, en este momento en que inmolais en mí y conmigo, ved ahí que vos sois la MUGER, la MUGER perfecta, la MUGER por escelencia que quebranta la cabeza de la serpiente. En este momento os haceis madre de una posteridad santa; y ved ahí que Juan es el tipo y la figura de los hijos, no que nacerán, sino que han sido ya dados á luz por vuestro amor

y por vuestros dolores; y esos hijos son verdaderamente vuestros.

Por lo dicho se colije lo que debe pensarse de esos intérpretes que apoyados en la autoridad de un antiguo poeta, dicen que Jesucristo llamó á María *muger* y no *madre*, para no afligirla mas ni desgarrar su corazon maternal, porque el título dulce y tierno de *madre* le hubiera hecho sentir demasiado la diferencia infinita que habia entre el Hijo propio y legítimo que perdía, y el hijo edoptivo que se le daba como en compensacion, lo cual hubiera aumentado sus penas y desgarrado mas cruelmente su maternal corazon. Es decir que esta interpretacion, aunque piadosa no corresponde á la dignidad del Redentor que pronunció estas sublimes palabras, ni á la de la Coredentora que era el objeto inmediato de ellas. Si se admite de este modo, ella sola rebaja en cierta manera uno de los misterios mas sublimes que se cumplieron en el Calvario y que Jesucristo se dignó descubrirnos para hacernos conocer que en aquellos momentos solemnes tenia muy presentes los Libros santos; que iba á cumplir todo lo que él mismo habia hecho consignar en ellos; que el Antiguo Testamento fué una figura continua del Nuevo, y que el Nuevo descubre los misterios del Antiguo, ocultos bajo el velo de la alegoría y de la figura; que los dos se prestan mutuamente una luz divina que los esplica, los prueba y los confirma; que son como dos columnas que se sostienen mutuamente, y forman, como dice S. Pablo, el fundamento sobre que se eleva el edificio triunfante, grande y magnífico de la verdadera Religion.

Despues de haber consignado la verdad del misterio, es tiempo ya de considerar el modo con que Jesucristo nos hizo el don precioso de María para que nos sirva de Madre, y las consecuencias que de aqui se deducen. (*Vease la nota sesta.*)

CAPITULO VII.

Es doctrina comun de los Libros Santos que las dos alianzas hechas, la una con el pueblo hebreo y la otra con el pueblo cristiano, fueron concluidas en forma y bajo los términos de un testamento. Moisés, al anunciar la primera, dijo á los Hebreos: Esta es la sangre del testamento que Dios ha hecho en vuestro favor; y Jesucristo, al anunciar la segunda en la última cena, repitió en cierto modo las mismas palabras de Moisés, como para manifestar que la antigua alianza era el tipo y la figura de la nueva: Esta es mi sangre, dijo á los Apóstoles, la sangre del nuevo testamento. Ved aquí por qué la parte de los Libros Santos que contiene las constituciones y las leyes, la historia y las vicisitudes de la primera alianza, es llamada el Antiguo Testamento; y aquella en que se trata de la nueva alianza es llamada el Nuevo Testamento.

Estas dos alianzas aunque semejantes en el nombre, se diferencian sin embargo tanto como la cosa figurada se diferencia de la figura, el original de la imágen, la realidad de la sombra, el espíritu de la carne y el hombre de Dios.

En efecto, el primer Testamento fué concluido por el ministerio de Moisés, que aunque revestido de una mision y de un carácter divino, no era sin embargo mas que un hombre, mientras que el segundo se realiza por el ministerio de Jesucristo, hijo de Dios y Dios en sí mismo, á quien S. Pablo llama por lo tanto el mediador del Nuevo Testamento. El primero, segun el mismo Apóstol, fué escrito con una tinta misteriosa sobre tablas de piedra; y el segundo

y por vuestros dolores; y esos hijos son verdaderamente vuestros.

Por lo dicho se colije lo que debe pensarse de esos intérpretes que apoyados en la autoridad de un antiguo poeta, dicen que Jesucristo llamó á María *muger* y no *madre*, para no afligirla mas ni desgarrar su corazon maternal, porque el título dulce y tierno de *madre* le hubiera hecho sentir demasiado la diferencia infinita que habia entre el Hijo propio y legítimo que perdía, y el hijo edoptivo que se le daba como en compensacion, lo cual hubiera aumentado sus penas y desgarrado mas cruelmente su maternal corazon. Es decir que esta interpretacion, aunque piadosa no corresponde á la dignidad del Redentor que pronunció estas sublimes palabras, ni á la de la Coredentora que era el objeto inmediato de ellas. Si se admite de este modo, ella sola rebaja en cierta manera uno de los misterios mas sublimes que se cumplieron en el Calvario y que Jesucristo se dignó descubrirnos para hacernos conocer que en aquellos momentos solemnes tenia muy presentes los Libros santos; que iba á cumplir todo lo que él mismo habia hecho consignar en ellos; que el Antiguo Testamento fué una figura continua del Nuevo, y que el Nuevo descubre los misterios del Antiguo, ocultos bajo el velo de la alegoría y de la figura; que los dos se prestan mutuamente una luz divina que los esplica, los prueba y los confirma; que son como dos columnas que se sostienen mutuamente, y forman, como dice S. Pablo, el fundamento sobre que se eleva el edificio triunfante, grande y magnífico de la verdadera Religion.

Despues de haber consignado la verdad del misterio, es tiempo ya de considerar el modo con que Jesucristo nos hizo el don precioso de María para que nos sirva de Madre, y las consecuencias que de aqui se deducen. (*Vease la nota sesta.*)

CAPITULO VII.

Es doctrina comun de los Libros Santos que las dos alianzas hechas, la una con el pueblo hebreo y la otra con el pueblo cristiano, fueron concluidas en forma y bajo los términos de un testamento. Moisés, al anunciar la primera, dijo á los Hebreos: Esta es la sangre del testamento que Dios ha hecho en vuestro favor; y Jesucristo, al anunciar la segunda en la última cena, repitió en cierto modo las mismas palabras de Moisés, como para manifestar que la antigua alianza era el tipo y la figura de la nueva: Esta es mi sangre, dijo á los Apóstoles, la sangre del nuevo testamento. Ved aquí por qué la parte de los Libros Santos que contiene las constituciones y las leyes, la historia y las vicisitudes de la primera alianza, es llamada el Antiguo Testamento; y aquella en que se trata de la nueva alianza es llamada el Nuevo Testamento.

Estas dos alianzas aunque semejantes en el nombre, se diferencian sin embargo tanto como la cosa figurada se diferencia de la figura, el original de la imágen, la realidad de la sombra, el espíritu de la carne y el hombre de Dios.

En efecto, el primer Testamento fué concluido por el ministerio de Moisés, que aunque revestido de una mision y de un carácter divino, no era sin embargo mas que un hombre, mientras que el segundo se realiza por el ministerio de Jesucristo, hijo de Dios y Dios en sí mismo, á quien S. Pablo llama por lo tanto el mediador del Nuevo Testamento. El primero, segun el mismo Apóstol, fué escrito con una tinta misteriosa sobre tablas de piedra; y el segundo

ha sido escrito por el espíritu y por la gracia del Dios vivo en los corazones mismos de los hombres. El primero prometía un establecimiento, un reino, una herencia temporal y terrena; el segundo promete un establecimiento, un reino, una herencia incorruptible y pura, celestial y eterna. El espíritu del primer testamento fué un espíritu de temor servil, capaz tan solo de engendrar esclavos; el espíritu del segundo es un espíritu de amor capaz de formar hijos adoptivos que invoquen á Dios como á su propio padre. El primero fué confirmado por la muerte y por la sangre de víctimas puramente carnales; el segundo lo fué por la muerte y por la sangre preciosa del Cordero Divino, del cordero santo, puro y sin mancha, esto es el mismo Jesucristo. Finalmente, el primero se consumó y se publicó solemnemente en el monte Sinai; y el segundo en el Calvario, cuando el divino Testador, ministro y víctima de su propio Testamento, pronunció estas sublimes y misteriosas palabras: **RODA ESTA YA CONSUMADO.**

Y qué hace Jesucristo en la cruz: en qué piensa: de qué se ocupa? Ay! inundado de oprobios, saciado de hiel, abrumado de dolores y colmado de aflicciones por los hijos de los hombres, hace en favor de ellos la declaracion de su última voluntad, y dispone de todo lo que su Padre ha puesto en su poder; él distribuye su herencia; él ordena, él dicta solemnemente, dice S. Ambrosio, su testamento público y privado.

Nada falta en efecto á la solemnidad y formalidades de un verdadero Testamento. Ademas del testador, los legatarios se hallan presentes y aceptan por medio de sus procuradores respectivos. Los soldados romanos representan á los gentiles; los habitantes de Jerusalem, al pueblo judío; las tres Marías, á las almas justas; los ladrones á los pecadores.

San Juan, dice S. Ambrosio, ejercía las funciones de gran canciller, de notario público de la Iglesia, y al mismo tiempo de testigo digno de un testamento grande. Y porque, segun dice S. Pablo, un testamento no es verdaderamente tal sino por la muerte del testador; porque no es válido, ni dá derecho á la sucesion ni á la herencia sino por la muerte de este; por lo mismo Jesucristo murió verdadera y realmente pocos instantes despues de haber manifestado su última voluntad. El primer Testamento habia sido confirmado, sellado y autorizado con sangre y agua, pues que Moisés, despues de haber hecho su publicacion, roció, dice S. Pablo, con sangre y con agua el libro que contenia aquella alianza divina, y al pueblo que la habia escuchado y aceptado solemnemente. Del mismo modo, despues de la muerte de Jesucristo salió de su sacratisimo costado sangre y agua con que fueron rociados los que se hallaban presentes. Finalmente aunque todo el pueblo hebreo presenció las condiciones del primer Testamento, dió sin embargo á Moisés solo el cuidado de anunciarlo, de redactarlo y de escribirlo, como en efecto lo escribió en el Exodo y lo consignó con sus mas pequeñas circunstancias. Del mismo modo en el segundo, aunque no solamente María y las otras piadosas mugeres sino tambien los verdugos mismos y los enemigos de Jesucristo fueron testigos y partes interesadas, S. Juan sin embargo recibió el encargo especial de notar todas las circunstancias que lo acompañaron, de reunir todas sus particularidades, y de consignarlo y publicarlo por medio de un acta auténtica; lo cual ejecutó fielmente en su Evangelio. Por esta razon, dice Cornelio de la Piedra, se le puede considerar principalmente como el albacea y el ejecutor del testamento de Jesucristo. Y en efecto, S. Juan es el único que hace mencion de la lanzada, última prueba de

la muerte real del testador, de la efusion de las últimas gotas de sangre que quedaban en sus venas y del agua, que sin mezclarse ni confundirse salieron por la abertura hecha en su costado. El cuidó de todo, todo lo describió con exactitud, de todo dejó un acta pública en la cual puso su firma, declarando con una especie de juramento que nada escribió que no hubiese visto con sus propios ojos, oído con sus oídos y palpado con sus manos, hasta la sepultura de su Señor y Maestro, y que su testimonio es sincero y verdadero.

Mas en este Testamento que nuestro Padre hizo por un exceso de amor y de ternura para con nosotros hay diversas cláusulas. En la súplica que Jesucristo hizo en favor de sus verdugos aseguró la reconciliacion y el perdón á los pecadores culpables de los mayores excesos con la única condicion de que quisiesen aprovecharse de ella; reconciliacion que dá derecho á hacerse hijos de Dios, y á participar por lo mismo de su herencia como sus propios hijos. Era necesario que la primera condicion se espresase para que el testamento pudiese correspondernos y darnos derecho á entrar en participacion de los otros dones. En la promesa hecha al buen ladron, dispone el Hijo de Dios de su reino celestial en provecho nuestro, como lo habia prometido; él confiere el derecho y la investidura solemne, no solo á los justos, sino tambien á todos los verdaderos penitentes. En la sed misteriosa de que se queja manifiesta, dice S. Cipriano, el ardor de su caridad por nuestra conversion y por nuestra salvacion. Por un efecto de esta misma sed, fué por lo que nuestro amoroso Salvador pedia de beber, durante su vida, á la Samaritana. Estos deseos y esta sed del Hijo de Dios no pueden ser estériles ni vanos porque van acompañados de la uncion de su gracia; ellos deben pues darnos la seguridad de sus

auxilios celestiales y los medios necesarios no faltarán (jamás) á ninguno para convertirse.

Cuando se queja de verse abandonado, pide que no suframos nosotros tal abandono, ni aun en lo que concierne al cuerpo, y nos asegura que su resurreccion y su gloria se extenderán á todos sus escogidos. Al encomendar su espíritu á su Padre, encomienda tambien el de todos los elegidos, y les asegura por parte de su mismo Padre los cuidados mas afectuosos y el amor mas tierno. Finalmente en esta misteriosa exclamacion: *Todo está consumado*, declara solemnemente la abolicion, la nulidad y la destruccion de todos los antiguos títulos de condenacion: él paga la deuda, satisface á la justicia, y remueve para siempre los obstáculos que nos impedían llegar hasta Dios, nos asegura los medios, y acaba en todas sus partes, no solo para el tiempo presente, sino para la eternidad, la obra de la santificacion y de la salvacion.

Pero no se limitan á eso sus amorosas disposiciones con respecto á nosotros. El se acuerda de que al morir deja en la tierra un objeto del mayor valor, del mas alto mérito, y que le es mas amado que todos los demas. Este objeto es Maria, la mas santa y la mas amada de todas las madres. Para poner pues el sello á su liberalidad y á su amor para con nosotros, dispone tambien de Maria en nuestro favor; y dándonos á ella en la persona de S. Juan, la crea y la establece nuestra madre y nos la deja por tal.

Qué desinterés y que generosidad, qué amor tan grande nos manifiesta Jesucristo al darnos su propia madre en este precioso legado!

Toda la historia de los beneficios inestimables de la redencion se halla contenida en un bello pensamiento de S. Leon. Jesucristo, dice, rico negociante del cielo, vino á la tierra á establecer un comercio de salvacion; es decir, vino á ponerse en nuestro lugar y á

colocarnos en el suyo; tomó de nosotros cuanto nos pertenecía y lo trocó por lo que él poseía, cediéndonoslo en propiedad, y dándonos principalmente lo que le pertenecía por derechos sagrados é inviolables, procedentes de una venta verdadera, y de una verdadera permuta. Cambio precioso que solo una caridad sin límites puede sugerir y solo un poder infinito puede llevar á efecto! Permuta afortunada en la que, como dice S. Agustin, todos los sacrificios, todas las humillaciones y todas las penas son para él, y todo el provecho, toda la utilidad y todas las ventajas son para nosotros. Y en efecto él nada recibió de nosotros, ni podía recibir otra cosa que los males de que éramos víctimas; él nos ha dado todos los bienes de los que él mismo es una fuente inagotable y un tesoro precioso.

Entre las cosas que le pertenecen hay dos que son propias suyas de una manera, por decirlo así, peculiar y absoluta; quiero decir su Padre celestial y su Madre terrena. Su Padre celestial que de su propia sustancia le engendró Dios desde toda la eternidad, y su Madre terrena que de su propia sustancia le engendró hombre en el tiempo. Su Padre celestial que le comunicó de una manera perfecta la naturaleza divina; su Madre terrena que le dió de una manera perfecta la naturaleza humana. El no tiene por consiguiente cosa alguna mas amada en el cielo ni en la tierra, ni existe cosa alguna tan preciosa para él como su Padre celestial que es Dios, y su Madre terrena que por lo mismo es madre también de Dios. Sin embargo al permutar todas sus riquezas divinas por nuestras miserias, su generosa caridad, su liberalidad sin límites nos hizo donacion de los dos. El quiso que en el orden espiritual y divino tuviésemos el mismo padre y la misma Madre que él, así como en el orden temporal y terreno se habia él dignado tener el mismo Padre y la misma

Madre que nosotros, descendiendo como verdadero hombre de Adán y Eva.

El no se contentó con hacernos participantes de su sabiduría, enseñándonos todo cuanto habia aprendido en el seno de su Padre. El no se contentó con darnos todas sus gracias y todas sus riquezas para hacernos gozar de una vida nueva, de una vida rica y abundante en el orden espiritual. El no se contentó finalmente con dársenos todo entero, con dar su sangre y su vida para redimirnos y salvarnos. Todo esto era mas que suficiente para nuestro rescate; pero no bastaba á su amor. A fin de que nuestra redencion fuese bajo todos aspectos abundante para hacer íntima y perfecta nuestra union con Dios; á fin de que la permuta de todo cuanto él tenia por todo lo que teniamos nosotros fuese completa y perfecta, nos trasmite también sus derechos de hijo que parecian incomunicable, haciéndonos en él y con él hijos de un mismo Padre que es Dios, y de una misma Madre que es Maria. (*Véase la nota sétima.*)

CAPITULO VIII.

PUEDE decirse en vista de esta accion de Jesucristo, que aunque era muy rico, no tuvo mas que darnos. Clavado en un madero cruel, en el momento de exhalar el último suspiro de una vida empleada toda en favor nuestro, qué mas puede él hacer por nosotros, ó qué mas nos puede dar? Nada absolutamente, pues que nada posee, despues de habérselo dado todo en él y con él. Así lo hubiéramos creído nosotros; porque quién podria haber pensado jamás en Maria? Quién hubiera imaginado nunca que él hubiera hecho también que su Madre se

convirtiese en nuestro provecho, y la hubiera puesto en estado de que nos consolase y nos socorriese? Mas esto que escedia nuestros pensamientos y nuestros deseos, se lo inspira su sabiduría infinita, y su amor se lo hace llevar á efecto. El vé al pie de la cruz á esta tierna Madre que se asocia á sus sacrificios y á sus padecimientos por la salvacion del mundo. El vé la generosidad con que esta muger fuerte ofrece y sacrifica su propio hijo por la redencion de los hombres; él la vé animada de la caridad mas viva y de la compasion mas tierna por nuestra suerte.

El vé los beneficios que los hombres por quienes muere podrán reportar de la seguridad que les dá, de los amorosos cuidados y de los tiernos movimientos de este corazon tan noble, tan sublime, tan heróico, y al mismo tiempo tan dulce, tan compasivo, tan sensible y tan afectuosa para con nosotros, seguridad que él nos garantiza con un título sagrado, inviolable y perpétuo, cuando crea, establece y proclama á esta muger heróica nuestra verdadera madre.

San Agustin, refiriéndose á estas palabras tiernas del Señor á sus apóstoles: Yo no os dejaré huérfanos, nos dice: Aunque el hijo de Dios nos hizo hijos adoptivos de su propio Padre, y de este modo tenemos por gracia el mismo Padre que él tiene por naturaleza, y aunque él mismo se hizo por consiguiente nuestro hermano, quiso ademas de esto mostrarnos que tenía para con nosotros las entrañas y el amor de un padre cuando nos dijo: Yo no os dejaré huérfanos. Ahora ha cumplido esta promesa que entonces nos hizo y que es el fruto de su afecto paternal; y esta seguridad que nos dió de no dejarnos huérfanos la confirmó, no solo cuando despues de su resurreccion visitó á sus discipulos, y cuando despues de su ascension envió al Espíritu consolador; sino tambien de una manera mas espe-

cial, como dice S. Efren, cuando al morir nos dejó á María por madre; y esta es la razon por qué el mismo Padre llama á María el acilo y el refugio de los huérfanos.

Es admirable en efecto la relacion que existe entre estos dos pasages del Evangelio de Jesucristo. En el primero dice: Yo no os dejaré huérfanos; yo os lo prometo. En el segundo, instituye á María nuestra madre, y nos dá á ella por hijos. En seguida se vuelve á sus discipulos, á quienes habia prometido no dejar huérfanos y les dice en persona de S. Juan: Ved ahí vuestra Madre. Como si les hubiese dicho: Yo os he prometido no dejaros huérfanos y ya os he dado á mi propio Padre; pero esto no basta á mi amor; yo he hecho cesar la privacion en que os encontrabais de un padre que os volviese á la vida, y reemplazase á Adán que murió, y os dió á vosotros la muerte; pero todavia sois huérfanos de madre supuesto que no podeis considerar como tal á Eva, que murió igualmente á la gracia y á la vida. Yo he hecho cesar tambien ahora esa privacion, á fin de que mi promesa se cumpla bajo todos aspectos, y que no podeis consideraros en manera alguna como huérfanos. Ved aquí pues á María á quien he nombrado, vuestra Madre: esta es la Madre que os faltaba, la Madre que os he prometido implícitamente, la Madre que yo os doy, á la que os confío y en la que serán reparados ámpliamente los males que os causó la madre que perdisteis. Por ella y en ella nada os faltará. Vosotros habeis tenido un padre y una madre en el orden de la naturaleza; un padre y una madre se os ha dado igualmente en el orden de la gracia. Nada teneis ya que envidiar á vuestro primer nacimiento. Ya no sois huérfanos de madre, pues ahí teneis la que os faltaba, pero que no hubierais pensado jamás pedirme, ni la hubierais obte-

nido jamás, si mi amor no me hubiera obligado á dárosla. De este modo ha agotado mi ternura todos los medios y todos los recursos para socorreros. Ya no me queda por consiguiente nada que daros, que proporcionaros ni que alcanzaros. Ya he provisto abundantemente no solo á vuestras necesidades, sino también á vuestro consuelo. Yo me despojo absolutamente de todo cuanto tenía en beneficio vuestro. La herencia que os dejo es completa, y mi testamento se cierra con este último legado. Ya no me resta mas sino daros el último suspiro de mi vida, y probaros con mi muerte el exceso de mi amor.

Oh! cuán llena de amor es esta solicitud de la caridad de un Dios Redentor! Nada se le olvida; nada omite, no solo de lo que es necesario, sino tampoco de lo que pudiera ser de alguna utilidad para nuestra salvacion; es necesario que la obra de su misericordia esceda á todas las riquezas de su bondad. El nos habia reconciliado con Dios por medio de su sangre; él nos habia dado á este Dios por Padre, haciéndose él mismo nuestro hermano; y para dar á esta filiacion de Dios Padre, á esta fraternidad de Dios hijo una base mas amplia, un nuevo título, un centro, un vínculo, mas sencible; para facilitar á nuestra flaqueza y á nuestra timidez un medio para llegar á él con mas seguridad y mas confianza; y para darnos en fin en su divina presencia, una mediadora, un guía y un motivo de esperanza, quiere que su propia madre sea también la nuestra. Para hacernos este don no esperó su misericordia que lo pidiésemos, ella nos previno y nos salió al encuentro segun la profecia de David. Para hacernos apreciar todavía mas un don tan precioso, nos lo hizo en forma de legado, ó de donacion por causa de muerte; él nos lo dió pocos instantes antes de morir como

la última señal de ternura que podia darnos, como el último recuerdo de su amor.

Oh dulce idea! pensamiento lleno de encanto, recuerdo precioso! La Madre de Dios es también mi verdadera madre! Yo no puedo dudar en ello, pues que el mismo Dios, pocos instantes antes de dar el último suspiro en la cruz, me la dió y me la dejó por madre. Qué nuevo título, dire yo con S. Anselmo, qué nuevo motivo no tengo para mirar á Dios como mi padre, y á Jesucristo como mi hermano, ahora que tengo á su Madre por guía, por abogada y por defensora! Qué asilo tan seguro, qué refugio tan amplio no encontraré en María! Quién podrá en adelante intimidarme, ó hacerme vacilar en el deseo y la esperanza de conseguir mi salvacion, supuesto que tengo un hermano tan bueno, una madre tan tierna y tan compasiva que cuidan de ella? Oh alma mia! me diré á mí mismo con S. Buenaventura, aun cuando seas pecadora, debes reanimar tu confianza y alegrarte porque el exámen de tu causa, el éxito de tu juicio y la adquisicion de tu perdon, dependen de la sentencia de un Dios que es tu hermano, y de la Madre de un Dios que es también tu Madre (*Véase la nota octava.*)

CAPITULO IX.

Es un dogma fundamental de la fé católica que el Hijo de Dios encarnó por todos, que padeció y dió su vida, por todos, que satisfizo por todos, que mereció á todos el perdon y la reconciliacion, que obtuvo para todos un derecho á sus bienes, á sus privilegios, á su amistad y á su fraternidad; que cargó con los pecados de todos, y los expió: que ninguno fué excluido de

nido jamás, si mi amor no me hubiera obligado á dároslo. De este modo ha agotado mi ternura todos los medios y todos los recursos para socorreros. Ya no me queda por consiguiente nada que daros, que proporcionaros ni que alcanzaros. Ya he provisto abundantemente no solo á vuestras necesidades, sino tambien á vuestro consuelo. Yo me despojo absolutamente de todo cuanto tenia en beneficio vuestro. La herencia que os dejo es completa, y mi testamento se cierra con este último legado. Ya no me resta mas sino daros el último suspiro de mi vida, y probaros con mi muerte el exceso de mi amor.

Oh! cuán llena de amor es esta solicitud de la caridad de un Dios Redentor! Nada se le olvida; nada omite, no solo de lo que es necesario, sino tampoco de lo que pudiera ser de alguna utilidad para nuestra salvacion; es necesario que la obra de su misericordia esceda á todas las riquezas de su bondad. El nos habia reconciliado con Dios por medio de su sangre; él nos habia dado á este Dios por Padre, haciéndose él mismo nuestro hermano; y para dar á esta filiacion de Dios Padre, á esta fraternidad de Dios hijo una base mas amplia, un nuevo título, un centro, un vínculo, mas sencible; para facilitar á nuestra flaqueza y á nuestra timidez un medio para llegar á él con mas seguridad y mas confianza; y para darnos en fin en su divina presencia, una mediadora, un guía y un motivo de esperanza, quiere que su propia madre sea tambien la nuestra. Para hacernos este don no esperó su misericordia que lo pidiésemos, ella nos previno y nos salió al encuentro segun la profecia de David. Para hacernos apreciar todavia mas un don tan precioso, nos lo hizo en forma de legado, ó de donacion por causa de muerte; él nos lo dió pocos instantes antes de morir como

la última señal de ternura que podia darnos, como el último recuerdo de su amor.

Oh dulce idea! pensamiento lleno de encanto, recuerdo precioso! La Madre de Dios es tambien mi verdadera madre! Yo no puedo dudar en ello, pues que el mismo Dios, pocos instantes antes de dar el último suspiro en la cruz, me la dió y me la dejó por madre. Qué nuevo título, dire yo con S. Anselmo, qué nuevo motivo no tengo para mirar á Dios como mi padre, y á Jesucristo como mi hermano, ahora que tengo á su Madre por guia, por abogada y por defensora! Qué asilo tan seguro, qué refugio tan amplio no encontraré en María! Quién podrá en adelante intimidarme, ó hacerme vacilar en el deseo y la esperanza de conseguir mi salvacion, supuesto que tengo un hermano tan bueno, una madre tan tierna y tan compasiva que cuidan de ella? Oh alma mia! me diré á mí mismo con S. Buenaventura, aun cuando seas pecadora, debes reanimar tu confianza y alegrarte porque el exámen de tu causa, el éxito de tu juicio y la adquisicion de tu perdon, dependen de la sentencia de un Dios que es tu hermano, y de la Madre de un Dios que es tambien tu Madre (*Véase la nota octava.*)

CAPITULO IX.

Es un dogma fundamental de la fé católica que el Hijo de Dios encarnó por todos, que padeció y dió su vida, por todos, que satisfizo por todos, que mereció á todos el perdon y la reconciliacion, que obtuvo para todos un derecho á sus bienes, á sus privilegios, á su amistad y á su fraternidad; que cargó con los pecados de todos, y los expió: que ninguno fué excluido de

la generosidad de su ofrenda, ni de los méritos de sus sacrificios. Es sin embargo indudable que á pesar de esto, no siendo todos cristianos, no son todos hijos de Dios; por consiguiente no son todos verdaderos discípulos, verdaderos amigos ni hermanos de Jesucristo. Solo aquellos lo son que, una vez incorporados á él por el bautismo, permanecen unidos á él por los lazos de la fé en su doctrina y de la fidelidad á sus preceptos.

Lo mismo sucede respecto á María. Aun cuando por su cooperacion á la redencion, al nacimiento espiritual de todos, se hiciese madre de todos, como veremos mas adelante, asi como Jesucristo es el Redentor de todos, sin embargo en realidad solo es madre de aquellos que tienen á Dios por padre, y á Jesucristo por maestro y por hermano, es decir de los verdaderos católicos, de los que, con Jesucristo, componen un cuerpo cuya cabeza es él, quiero decir la Iglesia.

Jesucristo quiso recordarnos esta verdad tan preciosa como consoladora para nosotros que tenemos la dicha de pertenecer á la Iglesia, por las palabras que dijo á María mostrándole á S. Juan, HE AHÍ TU HIJO; porque, como ya hemos observado, esto fué como si hubiera declarado que los verdaderos hijos de María serian los que tuviesen los caracteres distintivos de S. Juan, es decir, de ser discípulo fiel de Jesucristo y objeto de su tierno amor. En muchos lugares del capítulo anterior, como tambien en este, hemos consignado ya esta doctrina; á saber, que solo habitando en los tabernáculos de Sem, es decir en la verdadera Iglesia, nos es dado participar de esta porcion de la herencia de Jesucristo, por la que recibimos á María por madre. Mas este es el lugar á propósito para hablar con mas estension procurando penetrar, cuanto nos sea posible en el espíritu de las palabras de Jesucristo.

Orígenes en su comentario sobre estas palabras del Salvador crucificado: MUGER, HE AHÍ TU HIJO, hace

una bella observacion que derrama mucha luz sobre la verdad que esplicamos. Ninguno, dice él, puede tener una perfecta inteligencia del Evangelio de S. Juan, ni penetrar en su sentido verdadero, si no ha recibido, como este Apóstol, el privilegio de reposar sobre el pecho mismo de Jesucristo, y ha recibido del mismo Jesucristo á María por Madre. Todos los que tienen sentimientos dignos de ella, están plenamente convencidos de que no tuvo mas hijo que Jesucristo, y por consiguiente que cuando Jesucristo dijo á su Madre, hablando de S. Juan: *Hé ahí tu Hijo*, y no: *Hé ahí que tienes en la persona de Juan otro hijo*; fué como si le hubiera dicho: *Ese es Jesus, de quien eres Madre*; porque el que es perfecto, no vive ya él, sino que en él vive Jesucristo.

Estas palabras son profundas y su exactitud teológica es admirable, pues que tienen por base una verdad que es el fundamento de la verdadera fé, y que S. Pablo no cesa de inculcar y repetir en sus sublimes epístolas; á saber que todos los verdaderos fieles, todos los miembros de la verdadera Iglesia forman con Jesucristo una misma cosa, un mismo todo, un mismo cuerpo, un solo hijo.

El mismo Jesucristo habia ya manifestado esta grande y consoladora doctrina, cuando pocos momentos antes de ofrecerse á la muerte por su Iglesia, dirigió por ella á su Padre esta súplica: Yo he comunicado mi gloria á mis discípulos, para que sean y compongan conmigo una misma cosa, así como voz y yo, ó Padre mio! somos una misma cosa.

Para esplicar S. Pablo esta misteriosa unidad, recurre al simil del cuerpo humano. Asi como en un cuerpo, dice, hay diversos miembros; y á pesar de que los fines y los usos á que están destinados son diferentes, unidos á la cabeza forman un solo cuerpo; del mismo modo nosotros con Jesucristo formamos un solo

cuerpo. Volviendo el Apóstol en otro lugar á este mismo símil explica cómo se obra esta union, es decir por el bautismo que nos abre la puerta de la Iglesia, nos incorpora á Jesucristo; y nos hace una misma cosa con él; porque no hay en ella mas que un solo cuerpo, aun cuando sea compuesto de muchos miembros, supuesto que estos miembros unidos no forman mas que un solo cuerpo. Esto es lo que sucede con respecto á Jesucristo; porque despues de haber sido bautizados por el mismo espíritu, no formamos con Jesucristo mas que un solo cuerpo, es decir la Iglesia. Vosotros, pues, ó cristianos, sois los miembros verdaderos y el cuerpo cuya cabeza es Jesucristo. Pues bien, aunque la cabeza y los miembros en un mismo cuerpo tengan una forma, un destino y unos usos diversos, son sin embargo de la misma naturaleza, de la misma esencia y de la misma sustancia. Lo mismo sucede respecto á nosotros los cristianos; desde que por el bautismo somos incorporados á Jesucristo participamos de su naturaleza, como afirma S. Pedro, de tal manera que todos sus títulos, sus derechos, sus privilegios y sus gracias se nos hacen comunes; asi como los miembros de un cuerpo humano participan de la condicion de la cabeza. Por esta razon, siendo Jesucristo Hijo de Dios, el objeto de su ternura y el heredero de su gloria, desde el momento en que nos incorporamos á Jesucristo y formamos con él una misma cosa, nos hacemos en Jesucristo y con Jesucristo, hijos de Dios, objetos de la ternura de Dios y herederos de la gloria de Dios. Del mismo modo, si nos separamos de Jesucristo, nada tenemos, nada merecemos y nada somos; asi como unidos á él, todo lo tenemos en él y con él, todo lo merecemos, y somos todo lo que él es.

Jesucristo es el verdadero Hijo de María; por consiguiente, una vez incorporados á él por medio de los sacramentos, nos hacemos una misma cosa con él, co-

mo el ingerto se hace una misma cosa, dice S. Pablo, con el árbol á que está unido; nosotros nos hacemos tambien hijos de María de la misma manera y por las mismas razones que nos hacemos hijos de Dios, es decir, porque Jesucristo es Hijo de Dios.

Pero si nosotros nos hacemos hijos de Dios y de María en virtud de nuestra union con Jesucristo; si somos sus hijos en él y con él, formamos en él y con él un solo hijo de Dios, un solo hijo de María, pues que en él y con él formamos una misma cosa, un solo compuesto físico, un solo cuerpo.

Es verdad que esta union con Jesucristo como nuestra cabeza se verifica por medio de los sacramentos en los que nos aplica el mérito de su sangre y el fruto de su sacrificio; mas asi como esta sangre que nos hace nacer á una vida nueva y nos hace miembros de un cuerpo nuevo, fué derramada en el Calvario, y este sacrificio se consumió en la Cruz; asi tambien en la Cruz y en el Calvario fué donde se echaron los fundamentos á esta union misteriosa, donde se fijaron los títulos, donde se abrió el camino y se prepararon los medios para llegar á ella. Allí fué tambien donde en la persona de S. Juan que nos representaba á todos, que fué verdaderamente rociado con la sangre que salia á torrentes del cuerpo de Jesucristo, que fué el primero en experimentar con María los efectos del gran sacrificio que él mismo presencio; en el Calvario fué donde principió á cumplirse efectivamente nuestra union en la persona de S. Juan.

Con estas explicaciones se comprende bien el pasaje de Orígenes que hemos referido. En cualidad de hombres todos somos hijos de María, porque, como veremos en su lugar, ella cooperó con su amor y con sus dolores á nuestro nacimiento espiritual; asi como Jesus es el padre y el Redentor de todos, porque nos regeneró y nos rescató con su sangre, de la misma manera

todos somos hijos de dolor, hijos adoptivos, hijos de gracia, hijos diferentes y distintos de Jesucristo. Mas en cualidad de verdaderos cristianos, de verdaderos discípulos de Jesucristo, unidos, incorporados y hechos una misma cosa con él, somos hijos de María, como lo es el mismo Jesucristo, y no nos distinguimos ya de él. No formando con él mas que un solo cuerpo, no formamos tampoco mas que un solo hijo. Por consiguiente, aun cuando bajo este titulo tenga María tantos hijos cuantos son los verdaderos fieles, es cierto sin embargo que no tiene mas que un solo hijo que es Jesucristo; supuesto que Jesucristo es el que vive en nosotros desde el momento en que nos unimos á él verdaderamente, y que todos los fieles no forman con él mas que un solo Jesucristo, de quien María es verdadera madre, y por consiguiente tambien nuestra.

Ved aquí pues por qué, segun Orígenes, cuando Jesucristo habló á María indicándole á S. Juan no le dijo: Hé ahí en la persona de Juan *otro hijo* diferente de mí, que te dejo para que haga mis veces respecto de tí en mi ausencia, sino que se contentó con decir: *Muger, hé ahí tu hijo*, que fué lo mismo que si le hubiera dicho: *Muger; tu no tienes mas que un solo hijo, y yo lo soy en ese que te presento*. Por el misterio que voy á consumir en este momento, Juan se une y se incorpora á mí; él forma una misma cosa conmigo, él está en mí asi como yo viviré en él. Tu tienes pues, *ó muger*, en la persona de Juan que está al pie de la cruz, el mismo hijo que está en la Cruz, tu Jesús á quien engendraste y que se encuentra en su discípulo, como la cabeza en los miembros á que está unida. Reconoce en él los efectos de mi redencion, los vestigios de mi sangre, la comunicacion inefable de mi gracia, y hasta la participacion misma de mi naturaleza divina. Nada le falta para ser otro yo, una misma cosa conmigo; y supuesto que

yo soy tu hijo, él lo es igualmente; y todos los que tengan los mismos títulos y se encuentren con las mismas condiciones que Juan, se hacen desde este momento en mí y conmigo tu hijo único.

Para comprender mejor esta doctrina sublime, debemos observar que el padre eterno engendra su Verbo de su sola sustancia. Este Verbo es Dios, en cuanto es engendrado desde la eternidad, es por consiguiente Hijo de Dios, y María no tiene parte alguna en esta generacion eterna. Mas este mismo Verbo, esta Persona divina, engendada desde la eternidad, nacida de solo Dios, y Dios en sí, tomó un cuerpo humano que formó de la purísima sangre de María, y unió á sí este cuerpo por una union hipostática ò personal; union íntima, sustancial é indisoluble, que sin confundir las dos sustancias, forma de Dios y del hombre una sola persona. De modo que Jesucristo Dios es verdadero hombre, y Jesucristo hombre es verdadero Dios. Por consiguiente, supuesto que María concibió y parió este compuesto misterioso é indisoluble, en el que, segun todo el rigor del lenguaje teológico, se puede afirmar del hombre cuanto se afirma de Dios, se dice, y debe decirse que María engendró al Verbo de Dios, que dió á luz al mismo Dios, que lo crió, y que es verdadera Madre de Dios. María se llama y es verdaderamente la madre de Dios, aunque no haya hecho otra cosa que suministrar una porcion de su sangre, para formar la humanidad que Dios tomó y unió á sí de una manera tan íntima; y ved aquí por qué Dios se unió sustancialmente á esta humanidad. Lo mismo debe decirse en el caso presente (guardada la debida proporcion); aunque María no haya engendrado mas que á Jesucristo, sin embargo habiéndose unido Jesucristo á nosotros tan íntimamente que todos nosotros con él formamos un solo cuerpo cuya cabeza es él mismo, María, en virtud de esta union tan íntima

de su propio hijo con nosotros, se hace también nuestra Madre en Jesucristo, y nosotros nos hacemos sus hijos. Dios y el hombre unidos en Jesucristo en una sola persona, por medio de la unión hipostática, no forman dos Jesucristos, ni dos hijos de María, sino un solo Jesucristo, un solo hijo. Lo mismo sucede respecto á Jesucristo y los verdaderos cristianos; unidos con él en un mismo cuerpo, no son más que un solo hijo de María. Nuestra unión con Jesucristo se verificó en el Calvario; en el Calvario fué igualmente donde nos hicimos en Jesucristo, no los hijos, sino el Hijo de María; y Jesucristo proclamó y manifestó este inefable misterio cuando dijo á María: *Muger, hé ahí tu hijo.*

San Pablo insistía en esta verdad cuando decía: Recordad que las promesas fueron hechas á Abraham y á su hijo. Dios no dijo: *y á tus hijos*, como si se hubiera tratado de muchos; sino *á tu hijo*; y este hijo es Jesucristo.

Dios en el Calvario se muestra el Padre amoroso de todos los hombres, pues que sacrifica á su propio Hijo y le entrega á la muerte, para crearse en los hombres hijos adoptivos. Jesucristo es también allí el hermano, el Redentor y la víctima de todos los hombres, no solo porque participa con todos ellos de la naturaleza humana, y es como ellos el verdadero hijo de Adán; sino porque satisface por todos, pide por todos, tiende los brazos á todos, y los invita á todos á participar del fruto de su sangre y de la herencia de su amor. Esta paternidad de Dios y esta fraternidad de Jesucristo, son respecto á todos los hombres una paternidad y una fraternidad en un sentido muy extenso, una paternidad y una fraternidad de compasión, de misericordia, y por decirlo así de disposición. Pero de hecho y en realidad, los verdaderos hijos de Dios, los hermanos de Jesucristo, los que componen su ver-

dadera familia, su verdadero cuerpo, son únicamente los que por el bautismo son incorporados á él; y que mientras permanecen en este estado, participan de todo lo que Jesucristo posee y de todo lo que Jesucristo es en sí mismo.

Lo mismo sucede respecto á María; por su cooperación á la obra de nuestra salvación, á nuestro nacimiento nuevo, se hizo madre de todos los hombres, porque en el Calvario ofreció á la muerte por todos los hombres el mismo Hijo que había dado á luz para todos. Pero su maternidad con respecto á los hombres es una maternidad de disposición, de compasión y de amor; porque en realidad los verdaderos hijos de María son únicamente los verdaderos hijos de Dios, los hermanos de Jesucristo, que forman con él una misma cosa.

No es esto decir que esta tierna Madre no se interese en la suerte de esos hombres que, como los infieles y los hereges, no pertenecen al cuerpo de la Iglesia, ó de los que están fuera del espíritu de esta misma Iglesia, como los pecadores. Porque si Jesucristo extiende aun sobre ellos su misericordia, llamándoles á la luz de la fé, ó á la vida de la gracia; si intercede continuamente por los pecadores en presencia de su Padre, como lo afirman S. Juan y S. Pablo, mostrándose así hermano de todos; María igualmente coopera con su intercesión, y sus súplicas á la propagación de la fé y á la conversión de los pecadores. Animada para con ellos de la solicitud más viva, manifiesta también para con esos desgraciados la ternura y el cariño de una madre. Ella su madre para compadecerlos, para animarlos, para atraerlos al bien y para consolarlos; ella parece que ha recibido este encargo del mismo Jesucristo. Mas esto no impide que sus hijos en toda justicia sus hijos verdaderos, los que tienen á su amor un derecho igual al del mismo Je-

sucristo, no sean aquellos en quienes, segun la expresion de S. Pablo, vive Jesucristo; y con los que forma Jesucristo una misma cosa. En él, por él y con él son respecto á Dios y respecto á María un solo hijo. Seamos pues verdaderos católicos, verdaderos hijos de la Iglesia. La Iglesia es la que, Jesucristo su cabeza y los hombres sus miembros, forma ese cuerpo del que María es la Madre. Esos son, ó mas bien, ese es el verdadero hijo cuyo tipo particular le mostró y le dejó Jesucristo en la persona de S. Juan su discípulo.

(Véase la nota novena.)

CAPITULO X.

TENEMOS tambien una bella figura y una profecía muy clara de todo esto en los libros del Antiguo Testamento. En ellos se leé que Abrahan, despues de la muerte de Sara su esposa, se casó con otra muger llamada Cétura, y que por efecto de su prodigiosa fecundidad, aun cuando él era ya de una edad muy abanzada, tuvo de ella seis hijos. Pues bien, conociendo este patriarca que se acercaba su fin, quiso disponer de sus bienes é hizo su testamento de tal modo que dejó á Isaac todo cuanto poseia. En quanto á Ismael que habia tenido de Agar, y á los otros hijos que habia tenido de Cétura, solo les dejó donaciones considerables. Hecha esta distribucion separó él mismo los hijos de Agar y de Cétura del hijo de Sara; y quiso que Isaac habitase y viviese solo, que formase él solo una familia distinta absolutamente de la de sus hermanos.

Mas, por qué esta parcialidad en un padre tan justo? Si queria favorecer á su hijo primogénito, conformandose á una costumbre general fundada en cierto modo en una conveniencia natural, nó habia nacido

Ismael antes que Isaac? Mas, la Escritura misma aclara esta duda. Agar y Cétura fueron verdaderas esposas de Abrahan, pues que, como observa Cornelio de la Piedra en diversos lugares, y en el versículo mismo que acabamos de citar, Cétura es llamada esposa de Abrahan.

Pero siendo ellas siervas ó esclavas, eran mugeres de un órden inferior y menos noble, mugeres que se desposaban sin ceremonias públicas, y sin dote, que permanecian en la condicion de siervas; y eran llamadas concubinas. Ellas eran con poca diferencia como esas mugeres que se casan en secreto, á causa de la gran desigualdad de condicion y de nacimiento, y que se llaman esposas de conciencia. Sara por el contrario era una muger de condicion ilustre, libre, de la familia misma de Abrahan, hija de su hermano, y por lo mismo sobrina del patriarca. Ella era la muger verdadera, desposada con ceremonias solemnes, la esposa reconocida públicamente como tal. La muger en quien se reunian todas estas condiciones, era la única verdadera madre de familia, que tenia parte en todos los bienes de su esposo, era la directora, la matrona y la señora de la casa; y sus hijos eran los únicos herederos de los bienes del padre. Esta es la causa por qué Abrahan no dió mas que á Sara el nombre de Saraí, que significa princesa ó señora, y por qué dejó todo su patrimonio á Isaac, hijo único que habia tenido de ella; recibiendo tan solo los hijos de las esclavas ricas donaciones en plata, en vestidos y en ganados, por una sola vez, á título, por decirlo así, de legítima, como se llama en el lenguaje moderno.

Pero independientemente de estas razones tomadas del derecho y de las costumbres de aquel tiempo, obró tambien Abrahan con arreglo al misterio que debia ser figurado por esta disposicion testamentaria.

La Escritura Sagrada explica en un lugar lo que

sucristo, no sean aquellos en quienes, segun la expresion de S. Pablo, vive Jesucristo; y con los que forma Jesucristo una misma cosa. En él, por él y con él son respecto á Dios y respecto á María un solo hijo. Seamos pues verdaderos católicos, verdaderos hijos de la Iglesia. La Iglesia es la que, Jesucristo su cabeza y los hombres sus miembros, forma ese cuerpo del que María es la Madre. Esos son, ó mas bien, ese es el verdadero hijo cuyo tipo particular le mostró y le dejó Jesucristo en la persona de S. Juan su discípulo.

(Véase la nota novena.)

CAPITULO X.

TENEMOS tambien una bella figura y una profecía muy clara de todo esto en los libros del Antiguo Testamento. En ellos se leé que Abrahan, despues de la muerte de Sara su esposa, se casó con otra muger llamada Cétura, y que por efecto de su prodigiosa fecundidad, aun cuando él era ya de una edad muy abanzada, tuvo de ella seis hijos. Pues bien, conociendo este patriarca que se acercaba su fin, quiso disponer de sus bienes é hizo su testamento de tal modo que dejó á Isaac todo cuanto poseia. En quanto á Ismael que habia tenido de Agar, y á los otros hijos que habia tenido de Cétura, solo les dejó donaciones considerables. Hecha esta distribucion separó él mismo los hijos de Agar y de Cétura del hijo de Sara; y quiso que Isaac habitase y viviese solo, que formase él solo una familia distinta absolutamente de la de sus hermanos.

Mas, por qué esta parcialidad en un padre tan justo? Si queria favorecer á su hijo primogénito, conformandose á una costumbre general fundada en cierto modo en una conveniencia natural, nó habia nacido

Ismael antes que Isaac? Mas, la Escritura misma aclara esta duda. Agar y Cétura fueron verdaderas esposas de Abrahan, pues que, como observa Cornelio de la Piedra en diversos lugares, y en el versículo mismo que acabamos de citar, Cétura es llamada esposa de Abrahan.

Pero siendo ellas siervas ó esclavas, eran mugeres de un órden inferior y menos noble, mugeres que se desposaban sin ceremonias públicas, y sin dote, que permanecian en la condicion de siervas; y eran llamadas concubinas. Ellas eran con poca diferencia como esas mugeres que se casan en secreto, á causa de la gran desigualdad de condicion y de nacimiento, y que se llaman esposas de conciencia. Sara por el contrario era una muger de condicion ilustre, libre, de la familia misma de Abrahan, hija de su hermano, y por lo mismo sobrina del patriarca. Ella era la muger verdadera, desposada con ceremonias solemnes, la esposa reconocida públicamente como tal. La muger en quien se reunian todas estas condiciones, era la única verdadera madre de familia, que tenia parte en todos los bienes de su esposo, era la directora, la matrona y la señora de la casa; y sus hijos eran los únicos herederos de los bienes del padre. Esta es la causa por qué Abrahan no dió mas que á Sara el nombre de Saraí, que significa princesa ó señora, y por qué dejó todo su patrimonio á Isaac, hijo único que habia tenido de ella; recibiendo tan solo los hijos de las esclavas ricas donaciones en plata, en vestidos y en ganados, por una sola vez, á título, por decirlo así, de legítima, como se llama en el lenguaje moderno.

Pero independientemente de estas razones tomadas del derecho y de las costumbres de aquel tiempo, obró tambien Abrahan con arreglo al misterio que debia ser figurado por esta disposicion testamentaria.

La Escritura Sagrada explica en un lugar lo que

habia ocultado en otro bajo el velo del misterio. Si no nos aprovechamos de lo que ella dice en este lugar para comprender lo que dice en otro; si en el caso presente no oimos á S. Pablo que descubre el velo y nos descubre un misterio y una profecía en lo que la Escritura nos dice de las siervas de Abraham, la conducta de este patriarca podrá parecer, dice San Agustín, demasiado humana, ó tal vez contra el deber y la justicia.

Los dos primeros matrimonios de Abraham, el uno con la esclava Agar, y el otro con Sara la muger libre, son en efecto una figura y una alegoría, como hemos dicho ya, refiriéndonos á S. Pablo, y la verdad de la historia queda intacta. Ellos representan los dos Testamentos, las dos alianzas, celebrada la una en el monte Sináí, y la otra en el monte Sion, cerca de Jerusalem, ó en el Calvario; la una con la Sinagoga y la otra con la Iglesia.

Ismael hijo de Agar, es la figura del pueblo hebreo; Isaac hijo de Sara, es la figura del pueblo cristiano. La primera pues es la alianza de la servidumbre y del temor; y la otra es el pacto del amor y de la santa libertad de espíritu de los hijos de Dios.

Pero además de estos dos hijos, el uno de Agar y el otro de Sara, que figuran los dos testamentos, tuvo también Abraham otros hijos de Cétura con quien se casó después de la muerte de Sara. Estos hijos que dió á Abraham su fecundidad milagrosa, participaban de su fé y de su esperanza; y sin embargo no fueron llamados á su herencia. Ellos nacieron en su casa; y sin embargo no quedaron en ella; ellos se vieron separados no solo de la herencia, sino también de la familia y de la casa de Isaac. Mas ellos hicieron poco aprecio de esta separación; ellos no se afligieron, sino que se creyeron bastante dichosos y bastante ricos con las donaciones que Abraham les hizo; y fueron á

establecerse tranquilamente en diversas comarcas.

Si la Sinagoga es figurada por Ismael, y la Iglesia por Isaac, estos hijos de Cétura, procedentes también de Abraham, y que salen sin pena de la casa que los vió nacer, son la figura de los hereges de quienes nos dice S. Juan que salieron de entre nosotros, pero que no eran de los nuestros; porque si hubiesen sido de los nuestros hubiesen quedado con nosotros.

Los hereges son también hijos de Jesucristo; ellos nacieron en su casa, es decir en su Iglesia, supuesto que recibieron el bautismo; y el bautismo conferido por los hereges es un verdadero bautismo por el cual nace el hombre á Jesucristo y á la Iglesia, con tal que concurren la materia, la forma y la intención que prescribe Jesucristo. Mas siéndoles conferido este bautismo por ministros que no pertenecen á la Iglesia, que no son la Iglesia, aun cuando ellos son hijos del verdadero Abraham, no lo son de Sara su verdadera esposa, sino de Cétura. Y siguiendo después, cuando llega á la edad de la razón, á esos mismos ministros, á esos mismos pastores que están fuera de la Iglesia, salen ellos también voluntariamente de esta Iglesia en la que nacieron por el bautismo. Salen de la casa del verdadero Abraham, se separan de Isaac, y no tienen parte alguna en su herencia.

Abraham, dejando á los hijos de Agar y de Cétura donaciones ricas y preciosas, pero excluyéndolos de su legítimo patrimonio que reserva íntegro á Isaac, es la figura de Jesucristo que deja igualmente á los Judíos y á los hereges el tesoro de la Escritura sagrada, y las gracias necesarias para poder entrar en la Iglesia ó volver á ella; pero solo al verdadero Isaac, al hijo de Sara, es decir á los verdaderos fieles, á los hijos de la verdadera Iglesia es á quienes deja la filiación divina, la confraternidad con él, el título real de Hijos de María, sus gracias especiales, su amor, su resurrección y

su gloria que constituyen su verdadera herencia; su verdadero patrimonio.

Y los Judíos y los hereges se creen muy dichosos y muy ricos con la donacion particular que les hace de la Escritura sagrada. Con estos libros en la mano se glorian de ser los hijos, los herederos de Abraham, mientras que se han hecho estraños de todo punto al verdadero Abraham y á su herencia. Ellos dicen que pertenecen todavia á su casa, la cual abandonaron; y no solo no miran como una desgracia ni experimentan disgusto alguno al verse separados de Isaac con el que se participa de la herencia de Abraham; sino que se consideran aun mas ilustrados y mas ricos que él; se mofan de la sencillez de su fé y de la práctica de su piedad, y aun le persiguen, le odian y le detestan. Tales son en efecto, los sentimientos de los Judíos y de los hereges con respecto á los católicos. Pero doblemente desgraciados, porque lo son en efecto y porque no creen serlo! De qué les sirve tener en las manos el pan de la palabra de Dios, es decir, de la Escritura, si no tienen una madre, esto es, la Iglesia, que se lo divida y se lo parta, ó lo que es lo mismo, que se las aplique y se las ponga al alcance de cada uno de ellos? Ellos son esos hijos desgraciados anunciados por Jeremías, que con el pan á la vista se afligen y perecen de hambre, como si no lo tuviesen; porque no tienen la fuerza necesaria para partirlo, y les falta una madre que se lo parta. Solos los católicos tienen esta madre. Invisiblemente esta madre es María, que nos alcanza, nos divide y nos parte el pan cotidiano de la gracia, el pan vivo bajado del cielo, que no se encuentra mas que en Belen, ó en la casa del pan, es decir en María y con María que lo llevó en su seno. Visiblemente, esta Madre es la Iglesia que nos administra los sacramentos para fortificar nuestros corazones, nos enseña y nos esplica la palabra de Dios y la verdadera

doctrina de los libros santos para ilustrar nuestras almas.

Aprendamos por esto, hermanos míos, nos dice San Pablo, á apreciar la singular prerrogativa que se nos concede de tener por Madre á la verdadera Sara, á la esposa libre y celestial del verdadero Abraham, es decir á la verdadera Iglesia de Jesucristo. Aprendamos á apreciar la dicha que se nos concede de ser los hijos únicos de la promesa, los únicos herederos de Abraham, los únicos verdaderos descendientes de Isaac.

Los Judíos, en la Escritura que veneran tienen continuamente ante los ojos este gran misterio; pero no lo entienden. Los verdaderos hijos, los herederos de Abraham, los que participan de las bendiciones prometidas á este Patriarca, no son por consiguiente los que descienden de él segun la carne, sino los que descienden en virtud de la promesa, no son los que tienen su carne y su sangre, sino los que tienen su espíritu y su fé. Asi, pues, aunque segun la carne los Judíos sean por Isaac, los descendientes de Abraham y de Sara, segun el espíritu lo son de Abraham y de Agar por Ismael, como lo enseña S. Pablo.

Por el contrario, nosotros los gentiles no descendemos, segun la carne, de Abraham, de Sara ni de Agar. Mas por nuestra vocacion milagrosa á la fé, figurada por el nacimiento de Isaac, nacimiento milagroso tambien, y fuera del orden natural, y porque en nosotros se ha cumplido la promesa hecha á Abraham de que *todas las naciones serian benditas en él*, somos los hijos del prodigio, los hijos de la promesa. Y supuesto que segun el espíritu somos los verdaderos hijos de Abraham, somos tambien el verdadero Isaac; porque Isaac es el verdadero hijo de Abraham en cuanto que es el hijo del milagro y de la promesa; y por lo mismo la herencia de Jesucristo, verdadero Abraham, nos pertenece toda entera. Tal es el contenido de las sublimes palabras de S. Pablo que hemos citado.

Mas si los Judíos no entienden este misterio, los hereges lo entienden mal. Ellos piensan que basta creer en Jesucristo, haber recibido el bautismo y venerar la Escritura para pertenecer á su familia para ser contado en el número de sus hijos y participar de su divina herencia. Pero S. Pablo les confunde altamente cuando dice: No todos los que descienden de Israel son Israelitas; ni todos los que han nacido de la sangre de Abraham son sus hijos. Solos los hijos de Isaac son los verdaderos y legítimos descendientes de Abraham; es decir, que solos los hijos de la promesa son sus verdaderos hijos y componen su familia. Pero, cuál es esta promesa que nos hace distinguir, los verdaderos hijos de los que no lo son mas que de nombre? Escuchemos al Apóstol, pues en esto consiste todo el misterio, toda la importancia y el punto esencial de esta preciosa doctrina. La palabra de la promesa, añade S. Pablo, es esta: YO VOLVERE POR ESTE TIEMPO, Y SARA TENDRÁ UN HIJO. Es decir que el verdadero hijo de Abraham es solo el que tendrá milagrosamente de Sara, que será creado por Sara, y que crecerá bajo la custodia de Sara, la esposa legítima, la señora de la casa, para tener derecho á la herencia de Abraham. Y cuál es la significacion de esto? Es que no basta creer en Jesucristo, haber recibido el bautismo, y conservar su doctrina, ó la que se imagina ser suya; sino que es necesario tambien haber nacido en su Iglesia, ó renacer en ella, ó volver á ella, si se ha salido de ella; que es necesario vivir en la Iglesia, escucharla y obedecerla, supuesto que la herencia de Jesucristo solo se ha dividido entre los que están en su casa y pertenecen á su familia; entre los que son de su Iglesia y están en su Iglesia.

Cuán consoladora es esta doctrina para nosotros los católicos! Solos nosotros estamos en la verdadera Iglesia; y por lo mismo la herencia que Jesucristo nos dejó por su testamento hecho y estipulado en el Cal-

vario, no solo nos pertenece, sino que no pertenece mas que á nosotros; ninguno de los que están fuera de la Iglesia puede pretender la mas pequeña parte, mientras permanezca en tal estado. Y como una de las mas preciosas cláusulas de este patrimonio es la de ser hijos de María, solos nosotros los católicos somos hijos de esta tierna Madre. Nosotros solos vivimos en familia con ella, con Dios nuestro Padre y con Jesucristo nuestro Hermano. Aun cuando tengamos la desgracia de caer en el pecado (á no ser en el de la heregia) no por eso saldremos de la Iglesia, no por eso seremos arrojados de la verdadera casa de Jesucristo, en la que María tiene por hijos á todos aquellos que lo son de la Iglesia. Aun cuando en este estado seamos un objeto de odio para nuestro Padre y de aversion á nuestro Hermano, no por eso perdemos nuestros derechos á la compasion y al cuidado de nuestra Madre, que continúa siéndolo mientras pertenezcamos á la Iglesia. La division que existe entonces entre Dios y nosotros, entre Jesucristo y nosotros, es una division como entre padre é hijo, entre hermano y hermano, es una division, una discordia doméstica, una discordia de familia, que los tiernos cuidados y el amor ingenioso de María, nuestra Madre comun, procura hacer cesar cuanto antes con sus súplicas y su intercesion, como nos lo enseña S. Bernardo. María es la Madre de Jesucristo y la nuestra; su corazon maternal no podrá sufrir que la discordia reine en su familia, que divida los hermanos y perpetúe la guerra entre sus propios hijos. Qué ventura tan inestimable es la nuestra por hallarnos en la Iglesia, como en una casa, en la que tenemos una Madre tan tierna y tan cariñosa por la salvacion de sus hijos! Si el hijo pródigo, dice el Abad Ruperto, hubiera tenido su madre viva, ó no se hubiera decidido jamas á alejarse de la casa paterna, ó hubiera vuelto á ella al momento. Esta

ventaja que no tuvo el hijo pródigo en la casa paterna, la tenemos nosotros en la verdadera casa de nuestro Padre celestial, en la Iglesia. En ella tenemos una Madre, tenemos á Maria que, como dice S. Antonio, habiendo tenido parte en el nacimiento de la Iglesia, no solo ejerce en ella el cargo de protectora, sino tambien el poder y la autoridad de Madre. Jesucristo, obediente y sumiso como un verdadero hijo, reconocia y respetaba en la tierra este poder y esta autoridad de Maria sobre él; y S. Juan Crisóstomo observa que en las bodas de Canaan, cuando parece que quiso reprehender á Maria porque exigia de él un prodigio antes del tiempo señalado, le dió sin embargo á conocer que respetaba sus derechos maternos, supuesto que accedió prontamente á su peticion. Pues bien, si él respetó su autoridad materna en la tierra, no puede suponerse que deje de reconocerla en el cielo. Allí, en su cualidad de Madre del Altísimo, intercede ella por sus hijos; ella los salva, dice S. Juan Damasceno, por el derecho que este titulo de *Madre comun* le da para interceder por nosotros, y alcanzarlo todo de Jesucristo.

Ah! decia el devoto y sabio Belarmino, qué bien podrá faltarnos jamás en la Iglesia católica; y qué mal podrá sucedernos bajo la tutela, la proteccion y la defensa de una Madre tan tierna y tan poderosa? Reconozcamos, pues, el inmenso beneficio de que somos deudores á la gracia del Redentor. El nos ha hecho nacer en su Iglesia, en su familia, donde tenemos por Madre la propia madre de Dios. No necesitamos mas que recurrir á su proteccion, y colocar en ella nuestra confianza, y no hay tentacion que pueda vencernos, no hay desgracia que pueda abatirnos, ni fuerza que pueda arrancarnos de su seno maternal; no hay, en fin, desastre alguno que pueda hacernos perecer. (*Vease la nota décima.*)

CAPITULO XI.

EN los dos capítulos anteriores hemos visto que estas palabras de Jesucristo: *Muger, hé ahí tu Hijo*, son una porcion de la herencia que nos dejó en forma de testamento, y que un legado tan precioso fué hecho particularmente á la Iglesia. Este testamento, este legado fué otorgado, no por un hombre cualquiera, sino por un hombre que es al mismo tiempo Dios, Redentor y Salvador de los hombres. Considerémosle, pues, bajo este último punto de vista, y veamos el efecto que debió producir y produjo realmente en el espíritu de Maria y en el de S. Juan la declaracion solemne que el testador divino hizo en él.

Observemos en primer lugar, que entre las numerosas diferencias que existen entre la palabra de Dios y la del hombre, es una que: la palabra de Dios tiene una virtud y una fuerza propia que la hace eficaz y fecunda, y que la del hombre nada puede por sí misma; que en sí es vana, estéril é infructuosa.

El hombre manifiesta por la palabra su voluntad, manda, dispone y decide; pero su palabra no tiene en sí misma autoridad alguna sino la recibe de Dios. Ella no tiene en manera alguna el poder de obrar sobre los espíritus, de dominar las voluntades, de dirigir los acontecimientos, de mudar los corazones, de remover los obstáculos ni de proporcionarse los medios ni los auxilios. El éxito en los fines que el hombre se propone depende, menos en las fuerzas naturales de la persona que habla, que del carácter de que está revestida, de las circunstancias que le rodean y de las disposiciones de los que le escuchan. Para Dios, por el contrario, hablar es lo mismo que obrar, crear y

producir. Toda la creación no es, por su parte, mas que el efecto de una palabra, de un precepto general, que él pronunció con una especie de indiferencia, pues que á este precepto de Dios las cosas que no existen le oyen, y dóciles, le responden como las que ya existen. La palabra dividida no permanece jamás vana; ella no queda jamás frustrada del efecto que se propone y del fin para que se pronuncia.

Así pues, cuando un hombre elige, designa ó nombra á otro hombre para cualquier empleo, para un destino cualquiera, puede muy bien conferirle el título, el grado y el derecho para este destino; pero no puede darle los talentos, los conocimientos, la habilidad ni la fuerza necesaria para desempeñarlo, si la persona elegida ó nombrada no las posee ya. Es, pues, una ley, es un deber imperioso mandado por la prudencia á todos los que confieren los cargos y distribuyen los empleos, procurar cuidadosamente que en las personas que eligen concurren, además del mérito porque son llamadas al cargo que se les designa, los talentos necesarios para desempeñarlo. Porque ni su elección, ni su palabra pueden por sí mismas suplir la falta de habilidad, de virtudes ó de talentos.

No sucede lo mismo en las elecciones divinas. Por grande que sea el estado, por alta que sea la dignidad, por difícil que sea el cargo á que Dios destina una criatura racional, la elección divina, como lo observa S. Bernardino de Sena, confiere por sí misma las gracias, los auxilios, los medios y las disposiciones necesarias para desempeñarlo dignamente. Es por consiguiente una regla general en la elección de Dios, que la aptitud de la persona corresponde siempre á el cargo para que ha sido elegida.

Si, mediante ciertas condiciones, un hombre poderoso y rico dejase en su testamento á un extraño por hijo de su propia madre, esta disposición po-

dria, según las leyes, dar al uno derechos sobre el otro, é imponerle obligaciones para con él; mas no podría mudar sus corazones, ni hacer nacer en ellos afecciones que proceden de la naturaleza, y que ninguna ley puede imponer ni la voluntad humana puede dar.

No debe, sin embargo, discurrirse así cuando se trata de María, llamada á ser nuestra madre. Este legado nos viene del testamento y de la voluntad de Dios, que crea todo aquello cuyo nombre pronuncia, y que hace y ejecuta todo cuanto quiere. Así, pues, estas palabras de Jesucristo moribundo: *Hé ahí tu Hijo; hé ahí tu Madre*, no solo declaran á María nuestra madre, sino que la hacen tal en aquel momento; no solo le dan el título y la cualidad, sino también el corazón y el afecto de una madre; no solo le confieren la dignidad de Madre de la Iglesia, tan honorífica para ella como preciosa para nosotros, sino que también le confieren todas las gracias, todas las disposiciones, todos los sentimientos, toda la inteligencia y todo el poder necesario para sostenerla dignamente y para desempeñarla de la manera mas conforme á designios de misericordia que el Dios testador se propuso en esta elección.

Ved aquí por qué Jesucristo no dijo á María: *Tu serás su Madre*, ni á S. Juan: *Tu serás su Hijo*. Un testador humano se hubiera espresado de esta suerte, y no hubiera podido hacerlo de otro modo; pero un Dios testador debía espresarse de un modo muy diferente. El debía manifestar que su palabra, llena por sí misma de poder y de autoridad no espera su efecto del concurso de las circunstancias, sino que por sola la fuerza que le es natural crea y realiza las cosas que ella nombra, y dispone del porvenir como si estuviera ya presente. Y bien, qué espresion mas propia para probar esto que aquella de

que Jesucristo se valió al decir con la autoridad de un Señor absoluto que manda, de un Dios que con su palabra obra y crea: *Muger, hé ahí tu hijo; Discípulo, hé ahí tu Madre!*

Esto es como si hubiera dicho: Muger, yo no he acabado de querer lo que quiero eficazmente, cuando ya está hecho. Yo he querido que tú seas la madre de la Iglesia, y que tú, Discípulo fiel, seas el hijo de mi Madre; y ved aquí que mi deseo y mi voluntad se han cumplido aun antes de haberlos manifestado. Tú, muger, solo porque yo lo he dicho, eres ya la madre de la Iglesia, y la Iglesia es ya tu Hija. Solo me resta mostrarte la Iglesia de que te has hecho efectivamente Madre por sola la fuerza de mi voluntad, y hacerte conocer esta Iglesia que por lo mismo se ha hecho tu hija. No fué por consiguiente despues de la muerte de Jesucristo cuando María, conformándose con su voluntad, principió á ser nuestra Madre; ella lo fué verdaderamente desde el instante en que su divino Hijo le dió este cargo de misericordia, esta dignidad tan sublime. El no habia acabado, por decirlo así, de pronunciar estas misteriosas palabras, cuando María sintió de repente conmoverse sus entrañas, saltar de gozo su espíritu bienaventurado y abrirse su corazon á todo el afecto y á toda la ternura de una madre por la Iglesia. Oírse declarar y serlo, adquirir la investidura de la maternidad y principiar á ejercerla, recibir este cargo y llenar sus obligaciones, fué para ella obra de un solo instante. (*Vease la nota undécima.*)

CAPITULO XII.

PARA conocer mejor y admirar cada vez mas la ternura del amor de Jesucristo respecto á nosotros en esta disposicion de su paternal bondad, examinemos ahora las circunstancias que escogió para llevarla á efecto.

María se halla al pié de la cruz en la actitud sublime y heróica que hemos] ya indicado (capítulo I.) Inmóvil en su resignacion y en su éxtasis de dolor, contempla á su amado Hijo cubierto de heridas; ella ve su sangre que mana gota á gota de sus carnes desgarradas, de sus venas abiertas y de sus miembros destrozados; ella le ve pálido, desfigurado, lánguido y próximo á exalar el último suspiro en un mar inmenso de terribles angustias y crueles dolores. Ella oye los sarcasmos crueles, las blasfemias impías y los amargos insultos con que el pueblo judío, poseido de una rabia internal, le ultraja á porfía. Ella ve á este pueblo bárbaro dar señales de una impaciencia furiosa porque Jesus tarda mucho en morir, ó de un gozo feroz cuando le ve espirar. En medio de estos escesos de una barbarie sin ejemplo, oye á su divino Hijo que pareciendo olvidar todo el horror de sus padecimientos y de sus oprobios, pide á su Padre que su sangre sea el rescate de los que la vierten, y que su muerte sea la salvacion de los que se la dan. Ella contempla á este Hijo misericordioso que tiene el corazon abierto y los brazos estendidos hácia ese mismo pueblo que se obstina en despreciarle y en pedir su muerte, y que ha respondido con su orgulloso desden á las tiernas invi-

que Jesucristo se valió al decir con la autoridad de un Señor absoluto que manda, de un Dios que con su palabra obra y crea: *Muger, hé ahí tu hijo; Discípulo, hé ahí tu Madre!*

Esto es como si hubiera dicho: Muger, yo no he acabado de querer lo que quiero eficazmente, cuando ya está hecho. Yo he querido que tú seas la madre de la Iglesia, y que tú, Discípulo fiel, seas el hijo de mi Madre; y ved aquí que mi deseo y mi voluntad se han cumplido aun antes de haberlos manifestado. Tú, muger, solo porque yo lo he dicho, eres ya la madre de la Iglesia, y la Iglesia es ya tu Hija. Solo me resta mostrarte la Iglesia de que te has hecho efectivamente Madre por sola la fuerza de mi voluntad, y hacerte conocer esta Iglesia que por lo mismo se ha hecho tu hija. No fué por consiguiente despues de la muerte de Jesucristo cuando María, conformándose con su voluntad, principió á ser nuestra Madre; ella lo fué verdaderamente desde el instante en que su divino Hijo le dió este cargo de misericordia, esta dignidad tan sublime. El no habia acabado, por decirlo así, de pronunciar estas misteriosas palabras, cuando María sintió de repente conmoverse sus entrañas, saltar de gozo su espíritu bienaventurado y abrirse su corazon á todo el afecto y á toda la ternura de una madre por la Iglesia. Oírse declarar y serlo, adquirir la investidura de la maternidad y principiar á ejercerla, recibir este cargo y llenar sus obligaciones, fué para ella obra de un solo instante. (*Vease la nota undécima.*)

CAPITULO XII.

PARA conocer mejor y admirar cada vez mas la ternura del amor de Jesucristo respecto á nosotros en esta disposicion de su paternal bondad, examinemos ahora las circunstancias que escogió para llevarla á efecto.

María se halla al pié de la cruz en la actitud sublime y heroica que hemos ya indicado (capítulo I.) Inmóvil en su resignacion y en su éxtasis de dolor, contempla á su amado Hijo cubierto de heridas; ella ve su sangre que mana gota á gota de sus carnes desgarradas, de sus venas abiertas y de sus miembros destrozados; ella le ve pálido, desfigurado, lánguido y próximo á exalar el último suspiro en un mar inmenso de terribles angustias y crueles dolores. Ella oye los sarcasmos crueles, las blasfemias impías y los amargos insultos con que el pueblo judío, poseido de una rabia internal, le ultraja á porfía. Ella ve á este pueblo bárbaro dar señales de una impaciencia furiosa porque Jesus tarda mucho en morir, ó de un gozo feroz cuando le ve espirar. En medio de estos escesos de una barbarie sin ejemplo, oye á su divino Hijo que pareciendo olvidar todo el horror de sus padecimientos y de sus oprobios, pide á su Padre que su sangre sea el rescate de los que la vierten, y que su muerte sea la salvacion de los que se la dan. Ella contempla á este Hijo misericordioso que tiene el corazon abierto y los brazos estendidos hácia ese mismo pueblo que se obstina en despreciarle y en pedir su muerte, y que ha respondido con su orgulloso desden á las tiernas invi-

otaciones de amor con que le llamaba á la reconciliación y al perdón.

María se pasma á la vista de este contraste de una barbarie sin ejemplo y de una caridad sin límites, de un exceso de misericordia y de un exceso de furor infernal; de una superabundancia de clemencia, de compasión y de bondad, opuesta á una superabundancia de injusticia, de malicia y de el crimen mas atroz que se ha cometido jamás debajo del sol. Ella está atónita y fuera de sí misma; todas sus facultades parecen suspendidas á vista del acontecimiento cruel que le arrebató su Hijo; toda su atención se fija en considerar el prodigio de su dulzura, de su paciencia y de su caridad, cuyo ardor inmenso no puede ser apagado ni disminuido por los torrentes de tantas amarguras, de tantos oprobios y de tantos tormentos, cuya altura sublime, cuya profundidad misteriosa, y cuya estension sin límites, jamás podrá medir el pensamiento. Jamás su Hijo le pareció mas Dios que en este instante en que los hombres le tratan mas indignamente que hubieran tratado á otro hombre, y jamás su Dios le pareció mas digno de amor que en este instante en que es objeto del odio universal. Ella se siente pues atraída á él; su corazón es arrastrado y arrebatado por un Hijo tan grande, y por un Dios tan lleno de amor.

María ama siempre á Jesucristo con un amor tan grande, que todos los trasportes de los ángeles y de los santos reunidos no pueden dar de él ni aun una pequeña idea. Mas este amor tan tierno, tan enérgico y tan fuerte se siente estimulado en este momento; él se inflama mas y mas á vista de una ternura tan grade y de una bondad tan excesiva; él se hace todavía mas tierno, mas enérgico y mas fuerte, y se eleva por decirlo así, al mas alto grado de potencia. Y sin la reserva que le está prescrita por

la voluntad suprema del Dios á quien ama y por quien se resigna, todos los esfuerzos de los hombres serian vanos para impedir que se arrojase sobre la cruz, se abrazase tiernamente á Jesus crucificado, y se inmolase en compañía del Hombre-Dios, cuyo corazón generoso, cuya alma sublime y cuya caridad inmensa, conoce entonces mas que nunca.

En aquel momento es cuando el corazón de María enternecido, atormentado y derretido por el amor, no sabe otra cosa que amar; en aquel momento es cuando su bendita alma se entrega á las mas dulces emociones, á los mas tiernos afectos y á los trasportes mas violentos; en aquel mismo momento es cuando Jesucristo la sorprende, por decirlo así, la espera y la detiene; y destinándola á ser nuestra madre, la obliga á volver hácia nosotros aquel sentimiento de inmensa ternura y de amor vehemente de que ella estaba como poseida y arrebatada por él. Es como si le hubiera dicho: Oh Muger! tu amor te hace sufrir en este momento un dolor inaudito; oh Muger, á quien veo poseída del afecto mas tierno y mas vivo hácia mí ese sentimiento de amor tan vivo, tan profundo, y tan vehemente, que se despierta en tí en este momento, que te penetra y te posee enteramente, debes dirigirlo desde ahora sobre mi Iglesia, sobre mis fieles que estás viendo en la persona de Juan, pues que yo les cedo mi lugar y quiero que los mires como tu hijo único y verdadero, como lo soy yo. Al constituirte su Madre, y al constituirlos tus hijos, sabe que lo hago con las mismas condiciones que me hicieron tu hijo y que te hicieron mi madre, porque yo estoy en ellos y con ellos, y ellos están en mí. Yo te doy sobre ellos los mismos derechos; pero tambien te impongo con respeto á ellos las mismas obligaciones que tienes respecto de mí. En adelante

debes ver en ellos tu Jesus, tu hijo, debes amarlos en ellos, y volver hacia ellos ese amor que me tienes en este momento, porque son tus hijos lo mismo que yo.

Tu no los has engendrado con tu sangre ni llevado en tu seno; las relaciones entre Madre é hijos no existen por consiguiente entre tí y ellos. Mas estas relaciones que no existen, las crea en este momento mi palabra omnipotente; lo que la naturaleza no ha hecho, lo hace la gracia en un momento. Cuando yo te declaro su madre, lo eres ya verdaderamente, y el misterio de mi amor está consumado.

Quién podrá comprender la impresion que hicieron en María estas misteriosas palabras! Ah! si ellas halagaron sus oidos, cuán eficaces y activas no fueron también en su tierno corazón! Ellas se gravaron en él con caracteres indelebles; ellas lo conmovieron extraordinariamente; ellas lo enternecieron, lo ablandaron, lo refundieron por decirlo así, lo recompusieron, y lo reformaron para los afectos y los sentimientos maternales respecto á nosotros; por consiguiente desde aquel instante mismo experimenta ella ser nuestra verdadera madre, no solo por deber y por eleccion, sino por inclinacion y por amor, como si en aquel momento nos hubiera dado á luz.

Entonces fué cuando ella apareció tal como la describió despues el mismo S. Juan, que en aquel momento misterioso la habia estado considerando, es decir la muger vestida del Sol. Porque así como en el momento de la Encarnacion, como dice San Bernardo, el sol de justicia, el Verbo eterno habia vestido y cubierto, como una nube purísima, su carne inmaculada, en el Calvario la penetró también este mismo sol, y la vistió con las llamas de su caridad.

Jesucristo en aquellos últimos instantes era todo amor para los hombres, en los que no encontrabamos que odio y furor. Siendo Hombre-Dios, ningún poder mas que su amor podia quitarle la vida; por consiguiente, á medida que el tiempo en que debía morir por nosotros se acercaba, aquel amor se hacia mas intenso y mas vehemente. En sus últimos momentos estaba en su colmo, y habia llegado á tal punto, que su humanidad no podia resistirlo mas sin sucumbir. Al pronunciar estas tiernas palabras que nos dan á María por Madre, el Señor moribundo abre su corazón abrasado y hace salir de él una llama celestial de la mas tierna y mas generosa caridad para con los hombres. Desde lo alto de la cruz descende esta llama celestial sobre María que estaba á sus pies, y la rodea, la penetra y la posee completamente. Al momento se siente ella poseida de aquel afecto vehemente y de aquellos arrebatos de un generoso amor á los hombres que iban á quitar la vida á su Hijo. No considerando ya la muerte de Jesucristo sino como la prenda de nuestra salvacion, domina y manda su dolor; no solo consiente en que su Hijo muera por fin tan misericordioso, sino que como dice un intérprete, se manifiesta impasiente y arrebatada por un deseo ardiente de morir con él por la salvacion de esos hijos de quienes experimenta ya ser Madre.

Preciosa fecundidad de los misterios de la cruz! Cuanto mas se sondean con el pensamiento, tanto mas se descubre en ellos un tesoro inagotable de santas reflexiones y de tiernos afectos.

No debemos pues maravillarnos de las espresiones pomposas que usan los Padres para pintarnos la ternura y los arrebatos del amor maternal de María respecto á nosotros, siendo así que este amor procede de una fuente tan noble y tan augusta, es de-

cir, del amor mismo de Jesucristo para con nosotros, y esto en el momento misterioso é inefable en que el Hombre-Dios agoniza y muere por nosotros. Jamás las tiernas palabras por las que Jesucristo, desde la cruz, nos dió por hijos á María, y nos confió á ella, se borraron de su alma; pero jamás se debilitó tampoco aquel sentimiento enérgico y profundo de amor maternal que la palabra omnipotente del Hombre-Dios imprimió en aquel momento en su corazón; y lo que S. Juan dice de sí mismo, que desde aquel momento consagró á María, como á su madre, todo cuanto poseía, puede entenderse con mucha más razón de María que desde aquel momento nos admitió igualmente á participar, como hijos suyos, de todo cuanto ella tiene de más precioso. (Véase la nota doce.)

CAPITULO XIII.

ACONTECE algunas veces entre los hombres, que un hermano mayor encomienda al morir sus hermanos menores huérfanos á la viuda su madre, y esta á aquellos. Pues bien, si Jesucristo nuestro hermano mayor que tanto nos ama, no hubiera hecho con sus tiernas palabras más que encomendarnos así á María, esta recomendación, hecha por tal Hijo á tal Madre en unas circunstancias tales, hubiera sido sin duda más que suficiente para asegurarnos los cuidados y las ternuras de María. Pero las palabras del Señor no fueron una recomendación pasajera, sino la espresion de su última voluntad, su testamento, su mandamiento supremo. Ellas fueron un acto solemne, una donación irrevocable, una disposición de su Providencia, un nuevo misterio de su amor, una última precaucion del Dios

Salvador. Por esta causa fué por la que, como ya hemos dicho (capitulo IV) Jesucristo llamó entonces á María *muger, y no madre*, queriéndole manifestar que en aquel acto no ablabá como Hijo de María, sino como Redentor del mundo; no como hombre, sino como Dios. Y cómo podría olvidar María una elección, una dignidad, un misterio que se le confería en términos tan enérgicos y tan llenos de autoridad por el Hijo de Dios, espirando en una cruz por la salvacion del mundo? Y no pudiéndola olvidar, cómo podría dejar de ejercer sus funciones, y cumplir sus deberes?

Así es que aun no había exhalado su Hijo santísimo el último suspiro en la cruz, cuando María se puso á ejercer el ministerio de una tierna Madre para con la Iglesia, que con tanta solemnidad le había sido dada por hija. Ved aquí como describe un intérprete tan piadoso como sábio, Cornelio de la Piedra, la solicitud, los cuidados y la ternura maternal de María para con la Iglesia. Esta ilustre Virgen, dice, fué destinada por Jesucristo en la cruz á ser la Madre especial de los apóstoles y de los fieles, así como el mismo Jesucristo había sido su amoroso Padre; á fin de que su mano misericordiosa levantase á los que cayesen, consolase á los afligidos, afirmase á los que vacilaran, aconsejase á los que dudaran y fijase á los que titubearan; y finalmente, para que los dirigiese á todos con su prudencia, los instruyese con sus luces y los animase con su amor. Es indudable que María desempeñó todas estas funciones con respecto á sus nuevos hijos. Ella fué quien reunió los discípulos dispersos y fugitivos desde la prisión de Jesucristo; ella fué quien animó el valor de S. Pedro abatido por el recuerdo de la culpa que había cometido negando á su maestro, y le hizo concebir la esperanza y la seguridad del perdón. Ella fué finalmente quien infundió la calma, la seguridad y la confianza en el corazón de todos los fieles á quienes la

muerte de Jesucristo habia turbado y consternado, y los confirmó en la fé de su próxima resurreccion.

Mas no es esto todo. A medida que crecian los peligros y las necesidades de la Iglesia, se veia crecer el celo y la caridad de esta tierna Madre. El furor de los Judios se arma con todo el poder de los principes, y para destruir la Iglesia en su cuna, aprisionan á los apóstoles y á los discipulos, los azotan cruelmente y los condenan á muerte. El amor maternal de María le hace experimentar, como si se ejecutasen en ella, todos los tormentos de que es victima su amada Hija. Todo cuanto sufren los discipulos en su cuerpo, lo siente esta buena Madre en su corazon; el amor reúne todas las penas y los tormentos que cada uno sufre particularmente, para hacerlos sufrir á un mismo tiempo á María. Elevándose entonces sobre sí misma, y haciéndose mas fuerte y mas magnánima á medida que padece mas, triunfa de sus penas, anima con sus discursos á los apóstoles, los sostiene con su ejemplo y los enseña á vencer sus propias aflicciones.

Estos son los consuelos, prosigue el mismo autor, estos son los auxilios que Jesucristo quiere asegurar á la Iglesia cuando le dá á María por Madre. El prevée estos resultados cuando llama á María *muger*; que es como si le dijera: Oh Madre! desde este momento sois la muger verdadera, la muger generosa y fuerte; la muger perfecta; vos sereis en lugar mio la base visible, la piedra angular, la columna de mi Iglesia. Vos la sostendreis con la fuerza y el rigor de vuestro ánimo; y esto no solo en los primeros tiempos, sino que durante los siglos que se sucederán hasta el fin del mundo, sereis la defensa y el amparo de esta Iglesia que os doy por hija. Con vuestra constancia y vuestros consejos, vuestra intercesion y vuestras preces reprimireis sus enemigos, discipareis las tempestades que puedan asaltarla y alejareis de ella los peligros y las tentaciones.

María, conformándose á las intenciones de Jesucristo, no olvida en el cielo á los fieles que componen la Iglesia, por la que estuvo en la tierra tan llena de solicitud, de ternura y de amor. Porque Jesucristo no la constituyó Madre de la Iglesia tan solo para aquellos primeros tiempos en que nació y se propagó, sino para siempre y hasta la consumacion de los siglos. Y asi como es cierto, dice S. Bernardo, que María estuvo animada en la tierra de la mas tierna solicitud por la salvacion del mundo; tambien lo es, dice S. German, que nadie en el cielo, escepto Jesucristo, tiene tanto cuidado ni tanta solicitud respecto á nosotros como María.

Pero, qué hace en el cielo esta tierna Madre? Ay! ella hace por nosotros ante Jesucristo lo que el mismo Jesucristo hace ante su Padre. Ella presenta continuamente nuestras oraciones en el trono de la Magestad divina, dice el Beato Raimundo; ella espone nuestras necesidades, porque en cualidad de Madre, es nuestra medianera y nuestra abogada para con su Hijo, asi como este Hijo es nuestro medianero y nuestro abogado para con el Padre; por mejor decir, ella defiende igualmente ante el Padre y ante el Hijo, con un cuidado maternal el gran negocio de nuestra salvacion. Y asi como Jesucristo muestra continuamente sus llagas á su Padre, asi tambien María, para mover á su Hijo á compasion, le recuerda sin cesar el seno que le alimentó.

Y qué extraño es esto? Ella es Madre; esta tierna palabra lo dice todo, lo explica todo y da derecho á creer que María lo hace todo y lo es todo para nosotros ante su hijo Jesucristo. Será posible, dice Isaias, que una madre olvide á su hijo y que no sienta el mayor interés, la compasion mas viva y el amor mas tierno por el fruto de sus entrañas? Mas aun cuando esto pudiera suceder en el corazon de una madre terrena,

podemos añadir con el mismo profeta, que María no podrá jamás olvidarnos. Y la razón de esto es, dice el devoto Gilberto, que María no es una madre como las demás; sino que es la Madre por excelencia, la Madre perfecta, la Madre modelo, la *Madre de las madres*, así como la llama la Virgen de las vírgenes, la Estrella de las estrellas. Es una Madre que Jesucristo nos la dió espresamente para que nos amase, nos consolase y nos defendiese; una Madre que se da á sí misma el título tan dulce de Madre del bello amor y de la santa esperanza; una Madre que se da á sí misma este título y forma de él, como dice un padre, un motivo de gloria, para mostrarnos que ella no es otra cosa que amor y ternura para con nosotros, á quienes recibió y aceptó por hijos al pie de la cruz. Ved aquí por qué, sea cualquiera la condición de nuestra vida y el estado de nuestro corazón, desde el momento en que pertenecemos á la Iglesia somos sus hijos; y estamos ciertos de que el seno de su misericordia está abierto para nosotros, y su mano dispuesta para socorrernos.

Para darnos á conocer, la Escritura que ella es siempre amorosa y tierna para nosotros, sea cualquiera el estado en que nos encontremos, le da tan diversos nombres. Ella la llama la Aurora naciente, la Luna creciente, el Sol que ilumina y fecundiza. En efecto, como dice Inocencio III, María es luna para los que caminan en las tinieblas del pecado; es aurora para los que principian á nacer á la luz de la gracia; y es sol para los que caminan en el medio día de la santidad y de la virtud. Por esta razón llama la Iglesia la clemente, la piadosa, la dulce Virgen María; pues, como dice S. Bernardo, ella es clemente para con los hijos que están necesitados, buena para los que le piden, y dulce para los que la aman; clemente para los que entran en los caminos de la penitencia, buena para los

que se dirijen por los caminos de la perfección y dulces para las almas elevadas y perfectas; clemente para venir á nuestro socorro, buena para enriquecernos con sus gracias y dulce para darse toda á nosotros. Si ella prefiere alguno de sus hijos, es á los mas miserables, y á los mas infortunados, es decir, á los pecadores, que son los que mas atraen sobre sí sus miradas misericordiosas y escitan su ternura. Ella fué constituida nuestra Madre en el momento en que el mismo Dios daba la prueba mas grande de su misericordia para con los pecadores, en el momento en que moria por ellos. Ella fué nombrada nuestra madre por decirlo así, en la época de la misericordia, en el templo mismo de la misericordia y del Dios que era entonces con especialidad el Dios de la misericordia y del perdón; por esta razón la Iglesia la saluda y la invoca especialmente como Madre de misericordia y de bondad. Pero, qué significa la palabra *misericordia*? Me parece que es un bello compuesto de tres palabras latinas, cuya significación es *Corazón entregado á la miseria*; así como la palabra cadáver está compuesta de tres palabras latinas, cuyo sentido es: Carne entregada á los gusanos. El título pues de *madre de misericordia* bajo el que la Iglesia ha invocado siempre á María, significa una madre cuyo corazón está ocupado, dedicado y consagrado á aliviar las miserias de sus hijos; á una madre que, por mucha que sea su ternura y su amor para con todos sus hijos, siente una compasión mas viva respecto á aquellos cuyas miserias son mayores, forma una de sus ocupaciones, un título de su gloria y un deber de su grandeza en consolarlas y en aliviarlas. Y en efecto, como dice muy bien Ricardo de S. Lorenzo, si María no consagrarse todos sus cuidados y toda su solicitud al alivio de los mas miserables de sus hijos, es decir los pecadores, cómo le habia de convenir el título de *Madre de la misericordia*, supuesto que ni se-

ría misericordiosa ni sería Madre? No sería Madre, porque una madre no se endurece por las miserias ni las enfermedades de sus hijos, ni aparta de ellos sus miradas, sino que se enternece tanto mas sobre su suerte, cuanto mas infortunados son y cuanto mayores son sus necesidades. Tampoco sería misericordiosa, supuesto que la miseria, como lo indica su nombre, es el campo donde la misericordia se ejercita, se manifiesta y triunfa, y que donde no hay miseria, no puede ejercerse la misericordia, así como donde no hay ofensa, tampoco puede ejercerse la clemencia ni el perdón.

Y bien, qué miseria podrá compararse á la del pecador á quien la Escritura Sagrada llama el ser pobre y miserable por escelerencia? María por consiguiente no puede desechar al pecador, sin renunciar sus títulos, sin faltar á su carácter y á su dignidad.

Nosotros no podemos, segun el pensamiento del mismo Doctor, presentarnos siquiera á María é invocarla bajo el dulce título de Madre, sin que se acuerde al momento del tiempo, del lugar, del fin y de la persona de quien lo recibió por primera vez. El título de Madre, este nombre tan lleno de dulzura, halaga siempre los oídos, y triunfa siempre del tierno corazón de la muger á quien se dirige. Y cuál es la muger que al oirse llamar *madre* por su hijo, no siente conmoverse su corazón y sus entrañas por un afecto delicioso y tierno? Para María tiene este nombre un atractivo y una fuerza especial. Este nombre le recuerda el Calvario; le recuerda el exceso de caridad para con los pecadores de que Jesucristo le dió allí el espectáculo y el ejemplo. Le recuerda que su hijo moribundo reunió en sus labios, próximos á exhalar el último suspiro, todas las fuerzas que le quedaban, y con una voz salida del fondo de su corazón le dejó á todos los fieles por hijos. Estos tiernos recuerdos conmueven y agitan su corazón y le hacen experimentar ese sentimiento

de deliciosa ternura y de amor generoso, que ella experimentó entonces. Ella siente conmoverse sus entrañas sobre nosotros, como los hijos que adquirió en el momento misterioso de su dolor. Y cuando nos vé reunidos en torno suyo, invocándola con este nombre lleno de dulzura: *Ay!* se dice así misma en los transportes de su emoción y de su misericordia; estos son mis hijos, estos son los hijos que mi Hijo y mi Señor me dió y me confió antes de morir en la cruz; yo los reconozco en el carácter de cristianos, en el sello del bautismo y en las huellas de la Sangre divina que los ha lavado. Sí, estos son mis hijos, y yo no puedo reusarles ese amor y esa ternura que Jesús al dármeles, me impuso, y de que yo al aceptarlos, me formé un título de gloria.

No podemos pues dudar que María está siempre pronta para acoger nuestras súplicas con bondad, para escucharlas con paciencia, para hacerlas eficaces y secundarlas con amor, y que está siempre dispuesta á mostrarse con nosotros la mas tierna de las madres, con tal que recurramos á ella con la confianza propia de unos hijos afectuosos. (Véase la nota trece.)

CAPITULO XIV.

La declaración solemne hecha por Jesucristo en la cruz, que hemos explicado en este libro, contiene dos partes. Por la primera estableció el Salvador á María Madre de la Iglesia; por la segunda estableció á la Iglesia, y por consiguiente á todos los fieles, hijos de María. Y supuesto que las dos partes de esta amorosa declaración fueron pronunciadas en el mismo tiempo, en el mismo lugar y por la misma persona, y que las dos forman uno de los mas preciosos é importantes ar-

ría misericordiosa ni sería Madre? No sería Madre, porque una madre no se endurece por las miserias ni las enfermedades de sus hijos, ni aparta de ellos sus miradas, sino que se enternece tanto mas sobre su suerte, cuanto mas infortunados son y cuanto mayores son sus necesidades. Tampoco sería misericordiosa, supuesto que la miseria, como lo indica su nombre, es el campo donde la misericordia se ejercita, se manifiesta y triunfa, y que donde no hay miseria, no puede ejercerse la misericordia, así como donde no hay ofensa, tampoco puede ejercerse la clemencia ni el perdón.

Y bien, qué miseria podrá compararse á la del pecador á quien la Escritura Sagrada llama el ser pobre y miserable por escelerencia? María por consiguiente no puede desechar al pecador, sin renunciar sus títulos, sin faltar á su carácter y á su dignidad.

Nosotros no podemos, segun el pensamiento del mismo Doctor, presentarnos siquiera á María é invocarla bajo el dulce título de Madre, sin que se acuerde al momento del tiempo, del lugar, del fin y de la persona de quien lo recibió por primera vez. El título de Madre, este nombre tan lleno de dulzura, halaga siempre los oídos, y triunfa siempre del tierno corazón de la muger á quien se dirige. Y cuál es la muger que al oirse llamar *madre* por su hijo, no siente conmoverse su corazón y sus entrañas por un afecto delicioso y tierno? Para María tiene este nombre un atractivo y una fuerza especial. Este nombre le recuerda el Calvario; le recuerda el exceso de caridad para con los pecadores de que Jesucristo le dió allí el espectáculo y el ejemplo. Le recuerda que su hijo moribundo reunió en sus labios, próximos á exhalar el último suspiro, todas las fuerzas que le quedaban, y con una voz salida del fondo de su corazón le dejó á todos los fieles por hijos. Estos tiernos recuerdos conmueven y agitan su corazón y le hacen experimentar ese sentimiento

de deliciosa ternura y de amor generoso, que ella experimentó entonces. Ella siente conmoverse sus entrañas sobre nosotros, como los hijos que adquirió en el momento misterioso de su dolor. Y cuando nos vé reunidos en torno suyo, invocándola con este nombre lleno de dulzura: *Ay!* se dice así misma en los transportes de su emoción y de su misericordia; estos son mis hijos, estos son los hijos que mi Hijo y mi Señor me dió y me confió antes de morir en la cruz; yo los reconozco en el carácter de cristianos, en el sello del bautismo y en las huellas de la Sangre divina que los ha lavado. Sí, estos son mis hijos, y yo no puedo reusarles ese amor y esa ternura que Jesús al dármeles, me impuso, y de que yo al aceptarlos, me formé un título de gloria.

No podemos pues dudar que María está siempre pronta para acoger nuestras súplicas con bondad, para escucharlas con paciencia, para hacerlas eficaces y secundarlas con amor, y que está siempre dispuesta á mostrarse con nosotros la mas tierna de las madres, con tal que recurramos á ella con la confianza propia de unos hijos afectuosos. (Véase la nota trece.)

CAPITULO XIV.

LA declaración solemne hecha por Jesucristo en la cruz, que hemos explicado en este libro, contiene dos partes. Por la primera estableció el Salvador á María Madre de la Iglesia; por la segunda estableció á la Iglesia, y por consiguiente á todos los fieles, hijos de María. Y supuesto que las dos partes de esta amorosa declaración fueron pronunciadas en el mismo tiempo, en el mismo lugar y por la misma persona, y que las dos forman uno de los mas preciosos é importantes ar-

tículos del testamento de Jesucristo en la cruz, las dos tienen por consiguiente la misma fuerza, y deben producir los mismos efectos en las personas á quienes se dirigen. Ya hemos visto que por estas palabras *Hé ahí tu Hijo*, dirigidas á María, no solo le dió Jesucristo el título sino la cualidad misma, el corazon y el afecto de una madre para con nosotros. Luego por las palabras dirigidas á S. Juan: *Hé ahí tu Madre*, dió el Señor igualmente á la Iglesia y á los verdaderos fieles, no solo el título, sino la cualidad real, un corazon y un afecto de hijos para con María. En efecto, estas últimas palabras fueron pronunciadas por Dios como las otras; ellas forman parte de la espresion de su última voluntad lo mismo que las otras; como las otras son palabras cuya eficacia obra y cumple lo que significan y en el momento mismo en que lo indican; finalmente, ellas hicieron, lo mismo que las otras, una impresion profunda é indeleble, y despertaron sentimientos y afectos análogos en el alma de la persona á quien fueron dirigidas.

Por un efecto de la palabra poderosa del Hombre-Dios en aquellos instantes misteriosos é inefables, experimentaron, no solo María, sino tambien S. Juan ó la Iglesia, una revolucion verdadera en sus propios corazones, les sintieron cambiarse repentinamente, elevarse y nacer en ellos las dulces afecciones que convenian á los nuevos cargos que se les habian conferido. Por consiguiente, así como el amor tierno y maternal de María á la Iglesia data precisamente del Calvario y de la muerte de Jesucristo, el amor tierno y filial de la Iglesia á María data del mismo tiempo y del mismo lugar. Y para que no quedase duda alguna sobre la igualdad de los efectos maravillosos de las palabras del Salvador tanto á María respecto á la Iglesia, como á la Iglesia respecto á María se valió el Señor de las mismas espresiones y de la misma frase, tanto

para dar la Madre al Discípulo cuanto para dar el Discípulo á la Madre, diciendo á aquella: *Hé ahí tu Hijo*, y á este: *Hé ahí tu Madre*. La palabra *hé ahí*, cuya fuerza y cuyo misterio hemos explicado, se encuentra igualmente en las dos; y el giro de la frase es el mismo. Pues bien, espresiones semejantes indican ideas semejantes, intenciones semejantes, derechos y obligaciones semejantes. Esta es la razon de ese amor tan universal, tan constante, tan tierno y tan solícito de la verdadera Iglesia á María. Los soberanos Pontífices y los Obispos, los Concilios generales y particulares, los Padres y los Doctores, las Ordenes religiosas y militares, las Universidades y las Academias han celebrado siempre sus alabanzas á porfía, han favorecido su culto, han estendido su devocion, han defendido y vengado de la temeridad de los hereges sus altas prerogativas y los títulos de su grandeza. Los Padres y los Doctores especialmente, cuando hablan de María, parecen arrebatados por los sentimientos del afecto mas profundo y del amor mas tierno. Su entusiasmo se despierta, su elocuencia se anima, sus palabras son mas felices y mas enérgicas, sus miras y sus pensamientos se elevan lo mismo que sus sentimientos. Su elocuencia se hace entonces la elocuencia del corazon, mas bien que la del espíritu; y si la fé y la razon los guian, el amor es quien los hace elocuentes. Y en tanto que ciertos frios teólogos, estraños al verdadero espíritu de la Religion, bajo el manto de un celo insensato é hipócrita por la gloria del Hijo, acusan á los fieles de dar títulos demasiado elevados á la Madre, vemos que todos los Padres se sirven para hablar de ella, dice Señeri, de espresiones tales, que muchas veces es necesario interpretarlas prudencialmente, porque parecen demasiado exageradas. Y lo mas singular es que los Padres de los primeros siglos de la Iglesia, los Padres apóstolicos, los que por lo mismo

se hallan mas cercanos á la tradicion cristiana, los Dionisios, los Ignacios, los Ireneos, los Epifanios y los Cirilos, son los mas exaltados en las alabanzas que dan á María.

Ved cuántas festividades ha establecido la Iglesia para honrar á María, cuántas prácticas ha adoptado y permitido, cuántas preces magnificas ha compuesto, cuántos títulos pomposos le ha dado al celebrar sus grandezas y al implorar su proteccion en todas sus necesidades! Ved cómo su nombre, el mas dulce despues del de Jesus, ha sido introducido por la Iglesia en todos sus ritos, en todas sus ceremonias y en todas las prácticas de su culto! Ved cuántas veces la honra durante el año, cuántas la celebra en el mes, cuántas la implora en la semana y la invoca en el dia, y con qué unción, con qué confianza, con qué ternura y con qué alegría!

Y en todo esto nada hay de extraño. Desde que la palabra omnipotente de Jesucristo estableció á la Iglesia hija de María, y dió á los miembros de esta Iglesia el título y el corazon de hijos de María, y el sentimiento profundo é indeleble de esta filiacion, lo mismo que dió á María el de la maternidad; desde entonces, repito, no ha podido conducirse la Iglesia respecto á María, ni ha podido hablar de ella de otra manera que como se ha conducido y hablado. Ella es hija, é hija verdadera, establecida y formada por Jesucristo Hijo de Dios. Esta palabra lo dice todo, y lo explica todo; qué prueba de ternura y de amor podrá parecer excesiva cuando se trata de una hija respecto á su Madre?

Ademas, la Iglesia es una hija abrasada de amor, mas de un amor tan puro, tan santo y tan tierno, como el amor de Jesucristo de donde dimana. Jesucristo, como ya hemos dicho, en aquellas circunstancias solemnes se colocó en nuestro lugar, y nos hizo pasar al suyo, ó mas bien nos hizo una misma cosa con él. Por lo cual no solo dió á María el mismo corazon que él

tiene para con nosotros, sino que tambien nos dió á nosotros el mismo corazon que él tiene para con ella. La llama de la caridad divina, descendiendo de la cruz y saliendo del corazon del Redentor, en tanto que unas palabras tan suaves salian de su boca, abrasan á María y á S. Juan, y hacen nacer en los dos el sentimiento de que estaba penetrado entonces aquel divino corazon. Entouces amaba como un tierno padre, á los hijos de la Iglesia representados por S. Juan, y como el Hijo mas cariñoso, á María su generosa Madre; por consiguiente esta caridad despierta con María el amor maternal mas tierno respecto á nosotros, y en nosotros el amor mas tierno respecto á María.

Observemos tambien con S. Pablo que Jesucristo no solo nos hizo hijos de su Padre celestial que es Dios, sino que nos comunicó tambien su espíritu y su corazon, para que pudiésemos mirar y amar á este Dios como á nuestro verdadero Padre por gracia, á pesar de la distancia infinita que nos separa de él por naturaleza. Con el título, dice el Apóstol, recibimos tambien el espíritu de esta adopcion sublime, de tal modo que nuestro corazon se ha elevado hasta el punto de llamar á Dios con un sentimiento profundo de confianza y de amor, nuestro Padre. El mismo Apóstol añade que una de las operaciones interiores y secretas del Espíritu Santo, es la de persuadirnos íntimamente que somos hijos de Dios, penetrarnos de los sentimientos correspondientes á esta filiacion y conservarlos siempre vivos y eficaces.

Pues bien, lo que él hizo en nosotros respecto á su Padre, pudo hacerlo tambien respecto á su Madre. Por consiguiente, lo mismo respecto á ella que respecto á su Padre, nos hizo participantes de su propio espíritu, de su propio corazon y de su propio amor. De ahí nace que todos estamos penetrados de la verdad de esta adopcion, y que nos sentimos inclinados á mirar,

á amar y á invocar á María como á nuestra verdadera madre.

Esta doctrina explica tambien el fervor y el entusiasmo de la devocion de todos los pueblos cristianos á María. Nosotros hemos visitado la mayor parte de Italia; por todas partes se nos ha dicho: *Oh! nuestra poblacion es sumamente devota de Maria;* y el exámen nos ha convencido de la verdad del hecho. Pero tambien nos hemos convencido de otra cosa, y es que la devocion á María es una devocion tan tierna, tan extraordinaria y tan afectuosa, que cada pueblo se cree el mas devoto; y que esta devocion tan grande, tan afectuosa y tan tierna, que cada ciudad y cada pueblo cree practicarla él solo, es sin embargo la de todas las ciudades y la de todos los pueblo de Italia.

La misma observacion se presentará á todo el que quiera comparar una nacion con otra, aun fuera de Italia. Tomemos por ejemplo las dos naciones de Europa mas apartadas por la distancia de los lugares, por el lenguaje, el gobierno y las costumbres, la España y la Polonia, al menos antes de los acontecimientos deplorables de estos últimos tiempos. Si se considera la España bajo el aspecto de que aqui tratamos, se creará que no hay en la tierra un pueblo mas fervoroso ni mas devoto de María que el pueblo español; no solo hay en él altares, santuarios, iglesias y establecimientos piadosos consagrados á la gloria de este dulce nombre, sino tambien instituciones puramente literarias, civiles, políticas y militares que le están dedicadas. Si se echa una ojeada sobre la Polonia se tendrá que hacer la misma confesion, porque se verá allí á María honrada como en España, con toda clase de títulos y de homenajes, y ademas invocada bajo el título especial de Reina de Polonia. Se convendrá sin duda en el mismo hecho, si se compara la Francia á la Alemania, la Ungría á la Bohemia, la Baviera al Austria, la

Irlanda á la Inglaterra católica, los Latinos á los Griegos, los Armenios á los Etiopes, el nuevo mundo al antiguo, los pueblos cristianos de muchos siglos á los nuevamente ilustrados por la fé. Por todas partes se verán los títulos de respeto mas pomposos prodigados á María, fiestas multiplicadas en su honor, unas prácticas tan fervientes y un afecto tan particular, que cada uno de esos pueblos ó cada una de esas comarcas, podrá creerse consagrado especialmente á María, y su pueblo privilegiado. Si esto puede decirse de cada pueblo en particular, es claro que se podrá decir de todos en general, y concluir que todas las naciones católicas tienen un mismo sentimiento y un mismo corazon respecto á María.

En todas sus necesidades se ve á los hijos recurrir á su madre. Del mismo modo, en las calamidades públicas y en las aflicciones privadas, en las necesidades del alma y en las miserias del cuerpo, en el tiempo de los azotes de Dios como en el de las persecuciones de los hombres, el clero y el pueblo, los príncipes y los súbditos, las ciudades y las provincias, todas las condiciones, todas las clases y todos los estados recurren siempre y en todas partes á María. El marinero la invoca en la tempestad, el enfermo en la enfermedad, el pobre en la indigencia, el afligido en la tribulacion, el guerrero en el campo de batalla, y lo que es mas, el pecador en las miserias de sus hábitos y de su pecado se vuelve á María; y no hay un cristiano tan degenerado y tan corrompido que, aun en el seno mismo de la licencia de las pasiones, no conserve en el fondo de su corazon un resto de amor á María, que de tiempo en tiempo no vuelva hácia ella la vista para implorar su piedad, y que no conserve una confianza secreta en su maternal proteccion. Los que ejercen el santo ministerio saben por esperiencia que estas disposiciones remotas del pecador son muchas veces el

canal por donde penetra la gracia en su corazon y se apodera de él.

Es una cosa muy singular que habiéndose debilitado y entibiado con el trascurso de los siglos la piedad, el fervor y la santidad del cristiano tomado individualmente, de tal manera que la mayor parte de los cristianos modernos son, con respecto á los antiguos, lo que una pintura muerta al lado del original vivo; el culto de Maria, sin embargo, lejos de debilitarse, crece, se consolida y se estiende de dia en dia.

Cuál es la fiesta de Maria que no se celebre en todas partes con demostraciones de un gozo sincero y de una verdadera piedad? Qué devocion, qué práctica nueva se establece en su honor que al momento no se arraigue, se propague y se perpetúe á pesar de las blasfemias de la incredulidad, los delirios de la heregia y los sarcasmos de la indiferencia? Qué libro se imprime en su alabanza, que no sea buscado al momento con avidez y leído con entusiasmo? El culto de Maria es, pues, superior á las pruebas del tiempo que todo lo debilita, todo lo deteriora y todo lo destruye.

Un sentimiento tan unánime, tan universal, tan profundo, tan constante y tan tierno de los católicos respecto á Maria, no puede ser efecto del celo de un individuo ó de una corporacion, por mas influyente que sea y por mas que se empeñe en propagarla; porque jamás una causa particular y privada ha podido producir un efecto tan comun y tan general.

Es necesario, pues, recurrir á una causa mas elevada y mas poderosa, á una causa que obra en los corazones, é imprime en ellos instintos religiosos, cuya razon no puede designarse, sentimientos que no se prescriben, inclinaciones tan constantes, al través de las mas tristes vicisitudes, y tan universales entre pueblos diferentes en caracteres y en costumbres, que no pueden obtenerse jamás por medios puramente hu-

manos. Es necesario, pues, atribuirlo á ese espíritu de catolicismo que guia á la Iglesia y es como su alma; al espíritu mismo de Jesucristo que permanece en la Iglesia hasta el fin del mundo para inspirarle la armonia de la fé en la creencia de las mismas verdades, y la armonia del amor en la práctica de las mismas obras de religion y de piedad.

Es necesario reconocer en esto el efecto de la palabra maravillosa de Jesucristo que al dar á Maria un amor sagrado, un corazon de madre para con los verdaderos fieles, dió á estos un amor y un corazon de hijos para con Maria. Y qué extraño es que unos hijos, desde el momento en que tienen noticia de su parentesco, se entiendan sin hablarse, á pesar de la distancia que los separa, y que sin ponerse de acuerdo, convengan en los honores que tributan á su Madre, en la confianza con que la invocan, en el entusiasmo con que celebran sus alabanzas y en la ternura de su amor, si un instinto comun, recibido con la gracia de la fé, les inspira y les persuade estos sentimientos:

(Vease la nota catorce)

CAPITULO XV.

ESTA es una de aquellas leyes de que Dios habia anunciado por boca de un profeta que al tiempo de la redencion las escribiría él mismo, no sobre piedra, sino en el corazon de los hijos de los hombres, porque en efecto, este sentimiento de devocion y de amor á Maria, y de confianza en su intercesion y en su proteccion se encuentra, mas ó menos tierno, mas ó menos ferviente, en el corazon de todos los verdaderos católicos.

Nosotros no sabemos darnos razon de él; y sin embargo, no podemos desprendernos de él mientras per-

manezcamos católicos, porque no somos nosotros los que lo hemos hecho nacer en nuestro corazón. La misma gracia que nos ha hecho hijos de la Iglesia, nos ha dado igualmente este sentimiento filial respecto a María, indicio cierto de que no se conoce verdadero catolicismo sin la devoción de María, ni verdadera devoción de María fuera del catolicismo.

Por consiguiente, la devoción de María, (y esta reflexión es muy consoladora para las almas piadosas y fieles) es uno de los indicios y de los signos ménos equívocos y mas ciertos de la verdadera fé. La razón de esto es muy clara despues de lo que hemos dicho ya.

S. Juan no es dado por hijo á María porque es Juan hijo del Cebedeo ni porque tiene méritos personales que le son propios; sino porque es el discípulo y el discípulo amado de Jesucristo; es decir, porque tiene las dos cualidades propias de todos los verdaderos fieles, de todos los hijos de la Iglesia; por esta razón los representa á todos, como ya hemos dicho con Sylveira.

María, pues, es particularmente madre de todos los verdaderos creyentes, y estos son particularmente sus hijos. De aquí se sigue que así como no hay un verdadero creyente ó un verdadero *discípulo amado de Jesucristo*, que no sea también hijo de María, tampoco hay un verdadero hijo de María que no sea *discípulo amado de Jesucristo*; y así como es una condición necesaria ser discípulo amado de Jesucristo y verdadero creyente para ser hijo de María y tener respecto á ella el corazón y el afecto de un hijo, así también el que es hijo de María y tiene respecto á ella un corazón y un afecto filial, tiene una señal segura de que es verdadero creyente y *discípulo amado de Jesucristo*, porque el Hijo de Dios no ha dado el nombre, la cualidad ni el corazón de hijos de María sino á sus discípulos verdaderos y amados, á los verdaderos creyentes, á los verdaderos hijos de la Iglesia.

Se lee en la vida de S. Ignacio que, atravesando la Suiza con sus compañeros cuando aquel país estaba ya infestado por la herejía, para ir á Italia, encontraron una muger que salió á su encuentro, poseída del mas vivo entusiasmo. Derramando lágrimas de gozo y de ternura, se prosterna á sus pies y no cesa de bendecir á Dios y de besar sus hábitos con las señales mas grandes de devoción. Los viajeros le preguntan la causa de aquellas demostraciones extraordinarias de gozo cristiano, y ella les dice: "Yo soy católica, yo soy la única católica que ha quedado en esta tierra desgraciada. Los predicadores de Calvino han hecho todos los esfuerzos posibles para hacerme apostatar; y para conseguirlo han querido persuadirme, entre otras cosas, que el catolicismo habia muerto y que no quedaban ya católicos en el mundo. Yo no les he creído: pero hoy experimenta mi alma una alegría indecible porque veo con mis ojos que esos nuevos maestros del error son unos impostores. Nó, no es cierto que no existen ya católicos, pues que vosotros lo sois; y estoy segura de que lo sois, porque veo que llevais todos al cuello el Rosario de María, que la herejía ha proscrito en estos países, y que por lo mismo es una señal cierta del catolicismo." Es necesario convenir que aquella muger mostró entonces una inteligencia de la verdadera religion, mayor que la de un teólogo profundo, y que con la ayuda de su instinto religioso y del tacto de su verdadera piedad, se formó un juicio mas cierto y mas seguro que el que hubiera podido formar por la mas docta controversia, ó por una demostración teológica. Y en efecto, honrar á María con una ternura filial, es ser discípulo de Jesucristo, y por consiguiente hijo de la Iglesia; por la misma razón la devoción á María es una de las señales mas ciertas de la verdadera religion.

Muchos siglos antes habia hecho S. German un ra-

ciocinio semejante, diciendo que así como la respiración es al mismo tiempo una causa y una señal de que el hombre está vivo en el orden natural; de la misma manera la invocación del nombre de María y la práctica de su culto son una prueba de que los que se ejercitan en ella viven en el orden espiritual; esta práctica es el germen que produce esa vida, y el alimento que la conserva. Y así como la verdadera fé es el principio de la vida espiritual de los justos, así también la invocación y el culto de María son un argumento implícito y una prueba de la verdadera Religión, de la verdadera fé. Por esta razón en los países donde los católicos viven mezclados con los hereges, las ciudades en cuyas calles se encuentran imágenes de María son reconocidas de todos por ciudades católicas, y las familias á quienes se oye recitar las alabanzas de María por esta sola señal son reconocidas por familias católicas. De ahí nace el sentimiento delicioso y la santa complacencia que experimentan las personas animadas de un celo verdaderamente religioso cuando ya en público ó en particular, ya de día ó en el silencio de la noche, oyen resonar los aires con las alabanzas de María. No queremos decir por esto que una familia que no frecuenta estas prácticas, deba ser considerada como sospechosa en la Religión. Pero si la misión de las prácticas de piedad respecto á María no siempre es una señal de incredulidad ó de heregía, lo contrario es sin embargo generalmente cierto: la invocación y el culto de María son la señal de la verdadera Religión. En la opinión comun este es el signo distintivo de las familias verdaderamente cristianas.

Si, el que cree en las prácticas de piedad, mucho más creará en los dogmas de la verdadera Religión; y esto no puede ser contrario á la doctrina ni á las máximas de un hijo que se complase en honrar á su Madre. Este sentimiento innato de ternura filial respecto á

María tiene su raíz en la verdadera fé; este es uno de los frutos que ella produce, uno de los efectos que causa, y uno de los sentimientos que inspira, porque el Hijo de Dios no dió á María por hijo sino al que es su discípulo amado, al verdadero fiel; y este es el único que conoce su parentesco y cumple los deberes que le impone. Por consiguiente aquellos que por su desgracia se han separado de la unidad de la Iglesia para lanzarse en el cisma ó en la heregía, como no son los verdaderos discípulos, los discípulos amados de Jesus, supuesto que están fuera de la Iglesia, no tienen tampoco el cualidad, el corazón ni el afecto filial respecto á María, porque esta herencia no pertenece más que á los hijos de Jesus, á sus discípulos amados. Esta ley del amor filial no está escrita en sus corazones, porque esta ley ó el sentimiento que ella produce, tiene su origen en la ternura filial de Jesucristo respecto á María, de que hace participantes á los que forman un mismo cuerpo con él, ó á sus miembros, que son los verdaderos hijos de la Iglesia. Por consiguiente los que no pertenecen á la Iglesia ni forman un mismo cuerpo con Jesucristo, como que no participan, mientras permanecen en ese estado, de sus privilegios ni de sus derechos, tampoco participan de sus sentimientos ni de sus afectos. Por esta razón nada sienten de tierno, de dulce ni de afectuoso respecto á María. Su corazón está frío ó indiferente respecto á ella. María es para ellos una *muger* y no una *madre*. Si tienen algún aprecio á esta *muger fuerte*, no sienten movimiento alguno de afecto hácia esta *madre* llena de ternura. Si ellos la veneran y la honran á su modo, su culto es el culto del espíritu y de la razón, pero no el del afecto y del corazón; es un culto árido y frío, un culto que no puede llamarse tal. Una práctica cualquiera de Religión á la que el corazón es extraño, es un homenaje estéril, filosófico y abstracto del espíritu; un ho-

menage tal sale de la esfera de los actos religiosos, y ni aun siquiera merece el nombre de culto.

Los hereges, estraños á los sentimientos que los católicos experimentan respecto á María, nada entienden de cuanto hacemos por ella ni de cuanto le decimos. No comprenden que el culto que le tributamos, culto particular, culto inferior al que tributamos á Dios y superior al que tributamos á los santos, es en nosotros un instinto religioso, un movimiento indeliberado, una necesidad del corazon; no comprenden que este culto es un efecto de las relaciones filiales que la palabra divina estableció entre nosotros y María, unido á las relaciones de fraternidad que la misma palabra divina estableció entre nosotros y Jesucristo: y que es tan natural que experimentemos un placer interior en honrar á María, en recurrir á ella y en invocarla, como ver á un hijo experimentar el mismo sentimiento al cumplir los mismos deberes para con su madre.

De ahí nace que en nuestras prácticas de devocion respecto á María, prácticas arregladas y encerradas en sus justos límites por la autoridad de la Iglesia no ven ellos otra cosa que prácticas supersticiosas, homenajes desmesurados é injuriosos á Dios, que no convienen á María, y que respecto á nosotros son vanos é inútiles. Por esa causa nos critican, nos injurian y nos ponen en ridiculo; ellos se jactan y se glorian de no hacer nada de esto, es decir, que pretenden sacar ventaja de una cosa sobre la que deberían gemir; porque si no se dedican á semejantes prácticas, es porque no tienen el sentimiento de ellas ni conocen su necesidad. De este modo son estraños á la fuente de los mayores consuelos y de los mas importantes auxilios, que nosotros los católicos encontramos, en las tristes vicisitudes de esta vida, al honrar á María y al recurrir á ella, y que nos salvan con preferen-

cia de los escesos de la desesperacion y de los horrores del suicidio.

Mas si sucede, como se ve cada dia en estos últimos tiempos, que algunos de nuestros hermanos separados de la verdadera Religion la abraza de nuevo y vuelva á entrar en el seno de la verdadera Iglesia, experimenta al momento en su corazon una mutacion sorprendente é instantánea, respecto al particular de que tratamos. Sin que nadie le imponga como ley la devocion á María, principia al momento á sentirse inclinado á ella y á experimentar su necesidad. Su corazon se abre por si mismo á el amor filial respecto á María; las prevenciones desaparecen en él con los errores; y su corazon se muda lo mismo que su espíritu. Con una regla segura de creencia, recibe tambien una regla segura de amor; y, como se observa con frecuencia, los protestantes, sinceramente convertidos al catolicismo, aun cuando no estén acostumbrados desde su nacimiento, como nosotros á las prácticas de devocion, se hacen, como por encanto, singularmente devotos de María; y manifiestan en esto un fervor y una complacencia capaces de avergonzar á los que han mamado con la leche esta devocion.

Por el contrario, apenas un cristiano (y lo mismo puede decirse de una nacion) ha salido del círculo de la unidad católica y ha abandonado la Iglesia, cuando, perdiendo la cualidad de hijo de María (porque no es ya hijo de María el que no es miembro del cuerpo de Jesucristo) pierde tambien el instinto y el sentimiento, y abandona todas las prácticas piadosas respecto á la que, la madre que era, se ha hecho para él una estraña. El se cree de repente esclarecido por una nueva luz y se imagina ver escesos, supersticion y escándalo, donde antes no veia mas que una práctica de religion justa y edificante. Mas lo que él cree una nueva luz no es para él otra cosa que un aumento de tinieblas.

Cuando la verdadera fé se ha alterado en él, se ha alterado igualmente el orden de la caridad, y los sentimientos del corazon se han borrado en él á medida que las santas verdades se han disminuido en su espíritu, como dice el profeta. Asi, pues, envanecido por aquello mismo que deberia humillarle, satisfecho de si mismo por lo que deberia hacer correr sus lágrimas, se pone á combatir la verdadera devocion que ha perdido con la verdadera fé, que condena porque no la entiende, y no la entiende porque no la siente.

De ahí nace que los herejes de todas las sectas y de todos los matices se han levantado siempre principalmente contra las prácticas de la devocion católica respecto á María. Para destruirla con mas facilidad han principiado combatiendo los privilegios sublimes de María que son su fundamento, y que la tradicion y los concilios le han garantido. Por consiguiente, si la devocion á María y el culto que se le tributa son un indicio del verdadero catolicismo, será un indicio de heregía, ó al menos de una Religion sospechosa la aversion, ó por mejor decir, el desprecio y la guerra que se hace, bajo la máscara de un falso celo por la dignidad del Hijo, á las prerogativas de la Madre, y á las practicas de piedad con que sus hijos la honran y la invocan.

Derramemos lágrimas de compasion sobre esa ceguedad voluntaria de una parte de los cristianos, y sobre las desgracias que les atrae esta ceguedad. Dichosos nosotros que nos encontramos en la verdadera Iglesia en la que tenemos á María por Madre; seamos generosos y constantes en su culto, y en nuestra devocion á ella, para hacernos participantes de esos bienes que nos promete y nos asegura la proteccion de esta tierna Madre. (*Vease la nota quince.*)

CAPITULO XVI.

DESPUES de las varias é importantes interpretaciones que hemos dado en el discurso de esta obra á estas palabras de Jesucristo: *Hé ahí tu Hijo, hé ahí tu Madre*, se creerá tal vez que nada puede decirse de nuevo sobre ellas. Sin embargo, es tal la fecundidad de la palabra de Dios, que cuanto mas se considera y se medita, tanto mayores son y mas importantes las verdades que en ella se descubren. Las palabras que hemos citado están tan llenas de misterios sublimes y de útiles lecciones, que si quisiésemos referirlos y explicarlos todos, seria necesario comenzar de nuevo esta primera parte. Mas como la abundancia de materia la ha abultado insensiblemente, y mucho mas de lo que pensábamos; en la necesidad de llegar al fin que nos proponemos, nos contentaremos con dar la última explicacion de estas misteriosas palabras, que hará conocer mas y mas su profundidad y nos suministrará materia para una sólida é importante instruccion, con la cual terminaremos la primera parte de nuestro trabajo.

Nos detendremos un momento en la palabra *hé ahí*, que se encuentra repetida dos veces en las palabras del Señor; y que, vista la circunstancia grave y solemne en que fué pronunciada, debe tener una gran estension, y encerrar por si sola un misterio importante.

En efecto, cómo pueden articularse ó leerse estas palabras pronunciadas por Jesucristo y relativas á María: *Hé ahí tu Madre, hé ahí tu Hijo*, sin recordar al momento estas otras palabras no menos tiernas, no menos patéticas que el gobernador romano Pilatos profirió refiriéndose á Jesucristo: *Ved ahí el Hombre. Ved ahí el Rey?*

Cuando la verdadera fé se ha alterado en él, se ha alterado igualmente el orden de la caridad, y los sentimientos del corazon se han borrado en él á medida que las santas verdades se han disminuido en su espíritu, como dice el profeta. Asi, pues, envanecido por aquello mismo que deberia humillarle, satisfecho de si mismo por lo que deberia hacer correr sus lágrimas, se pone á combatir la verdadera devocion que ha perdido con la verdadera fé, que condena porque no la entiende, y no la entiende porque no la siente.

De ahí nace que los herejes de todas las sectas y de todos los matices se han levantado siempre principalmente contra las prácticas de la devocion católica respecto á María. Para destruirla con mas facilidad han principiado combatiendo los privilegios sublimes de María que son su fundamento, y que la tradicion y los concilios le han garantido. Por consiguiente, si la devocion á María y el culto que se le tributa son un indicio del verdadero catolicismo, será un indicio de heregía, ó al menos de una Religion sospechosa la aversion, ó por mejor decir, el desprecio y la guerra que se hace, bajo la máscara de un falso celo por la dignidad del Hijo, á las prerogativas de la Madre, y á las practicas de piedad con que sus hijos la honran y la invocan.

Derramemos lágrimas de compasion sobre esa ceguedad voluntaria de una parte de los cristianos, y sobre las desgracias que les atrae esta ceguedad. Dichosos nosotros que nos encontramos en la verdadera Iglesia en la que tenemos á María por Madre; seamos generosos y constantes en su culto, y en nuestra devocion á ella, para hacernos participantes de esos bienes que nos promete y nos asegura la proteccion de esta tierna Madre. (*Vease la nota quince.*)

CAPITULO XVI.

DESPUES de las varias é importantes interpretaciones que hemos dado en el discurso de esta obra á estas palabras de Jesucristo: *Hé ahí tu Hijo, hé ahí tu Madre*, se creerá tal vez que nada puede decirse de nuevo sobre ellas. Sin embargo, es tal la fecundidad de la palabra de Dios, que cuanto mas se considera y se medita, tanto mayores son y mas importantes las verdades que en ella se descubren. Las palabras que hemos citado están tan llenas de misterios sublimes y de útiles lecciones, que si quisiésemos referirlos y explicarlos todos, seria necesario comenzar de nuevo esta primera parte. Mas como la abundancia de materia la ha abultado insensiblemente, y mucho mas de lo que pensábamos; en la necesidad de llegar al fin que nos proponemos, nos contentaremos con dar la última esplicacion de estas misteriosas palabras, que hará conocer mas y mas su profundidad y nos suministrará materia para una sólida é importante instruccion, con la cual terminaremos la primera parte de nuestro trabajo.

Nos detendremos un momento en la palabra *hé ahí*, que se encuentra repetida dos veces en las palabras del Señor; y que, vista la circunstancia grave y solemne en que fué pronunciada, debe tener una gran estension, y encerrar por si sola un misterio importante.

En efecto, cómo pueden articularse ó leerse estas palabras pronunciadas por Jesucristo y relativas á María: *Hé ahí tu Madre, hé ahí tu Hijo*, sin recordar al momento estas otras palabras no menos tiernas, no menos patéticas que el gobernador romano Pilatos profirió refiriéndose á Jesucristo: *Ved ahí el Hombre. Ved ahí el Rey?*

Los Judíos habían hecho sufrir al cuerpo santísimo de nuestro Salvador los tormentos mas crueles, los suplicios mas atroces, los ultrages mas sangrientos que se han hecho sufrir jamás en el mundo, no diremos á un hombre, sino ni á un animal destinado al matadero. Ellos le habían despedazado á azotes, le habían herido con varas, le habían abofeteado bárbaramente y le habían manchado con salivas; y para que el hombre del dolor se hiciese el hombre de los oprobios, para añadir á los tormentos la vergüenza y el deshonor, habían clavado en su cabeza una horrible corona de agudas espinas, habían echado sobre sus hombros un vil andrajo de escarlata, habían puesto en sus manos una caña por cetro, y en esta actitud le insultaban con irrisión como á un Rey de teatro. En este miserable estado, en este estado tan propio para inspirar compasión, se presenta Pilatos á los Judíos y les dice: VED AHÍ EL HOMBRE. Pero ay! este espectáculo de Jesus cubierto de heridas de los pies á la cabeza, y bañado en su sangre, lejos de enternecer á aquellas bestias feroces, no hizo mas que inflamar su odio y su furor. Por consiguiente, en vez de consentir en que se le perdoné la vida, piden su muerte con gritos salvages. Y cuando el presidente duda, y manifiesta la repugnancia que tiene á acceder á su petición injusta y cruel, ellos le amenazan con la rebelion del pueblo y con la cólera del Cesar. Parece que esta amenaza hubiera debido hacer que Pilatos se obstuviese de dar título alguno á Jesucristo, y reconocer en él ningun carácter que pudiese despertar los celos y las sospechas de la política; sin embargo no fué asi. Ciego instrumento de los designios de Dios, que ejecuta sin querer, y de sus misterios que cumple sin conocerlos, dice el Evangelista, que haciendo de comparecer de nuevo á Jesus ante la multitud, se sentó en su tribunal, en el lugar llamado *Lithostrotos* en griego y *Gabbata* en hebreo, en un

viérnes, como á la hora sesta; y presentando desde allí á Jesus al inmenso populacho que se encontraba presente, les dice con una voz fuerte, y un aire misterioso y profético: JUDIOS, VED AHÍ VUESTRO REY. Todas estas circunstancias de la persona, del dia, de la hora y del lugar, asi como del título de la cruz que se halla escrito en diversas lenguas; estas circunstancias, repito, que acompañan á una declaracion tal, y que son referidas tan minuciosamente por el Evangelista, indican suficientemente que esta declaracion es el cumplimiento de un misterio profundo. En efecto, como el título de Rey de los Judíos equivale al de Mesías, como los Judíos han designado siempre al Mesías con este nombre, bajo el cual le esperan todavia; la declaracion de Pilatos no es otra cosa que un reconocimiento público y solemne que hizo de Jesucristo por el verdadero Mesías, por el Salvador del mundo, y esto en el dia de Pascua, en nombre de todas las naciones sujetas al imperio Romano, en nombre de toda la gentilidad, en nombre de toda la tierra.

En el furor que experimentan los Judíos al ver que su presidente les impone por rey un hombre á quien quieren castigar como á un vil esclavo, gritan en vano tumultuariamente que no quieren reconocerle, que ellos no tienen mas rey que el César; Pilatos firme en su resolucion, confirma su declaracion, añadiendo: sin embargo EL ES VUESTRO REY, Y CÓMO QUEREIS QUE YO CONDENE Á VUESTRO REY? Y no contento con haber dado de viva voz esta cualidad gloriosa á Jesucristo, la repite tambien por escrito; con vergüenza y con mengua de todas sus reclamaciones, de toda su oposicion y de toda su repugnancia, él se obstina en colocar sobre la cruz de Jesucristo este grandioso título: JESUS DE NAZARET REY DE LOS JUDIOS. Título misterioso y sublime que reúne en sí los títulos que Pilatos le habia dado poco antes de viva voz, cuando dijo con

relacion á él: VED AHÍ EL HOMBRE, VED AHÍ EL REY.

Es imposible dejar de reconocer que Pilatos cuando escribió, tuvo su mano guiada por la mano de Dios, asi como su lengua fué tambien movida por el Espíritu de Dios cuando habló de un modo tan extraordinario, tan maravilloso y tan verdadero, y que el Padre eterno fué el que, por el ministerio de Pilatos, escribió sobre la cruz de su Hijo su verdadero título de honor y de grandeza, es decir, que era el Rey de los Judíos, el Mesías y el Salvador; que era hombre, y era Dios.

Mas en tanto que por esta inscripcion misteriosa colocada sobre la cruz, proclama el Padre eterno á la faz del universo y revela el verdadero Mesías en la persona de Jesucristo; este mismo Hijo pronuncia y dicta en cierto modo otras dos inscripciones que deben ser colocadas, la una sobre la cabeza de María y la otra sobre la de S. Juan, cuando dice á María: HE AHÍ TU MADRE, y de S. Juan: HE AHÍ TU HIJO.

O profundidad de los consejos divinos en el cumplimiento de los divinos misterios! Toda la Religion está contenida en estas tres inscripciones; todas tres tienen un mismo fin, al cual concurren con un maravilloso acuerdo.

En el testo griego y en el hebreo dice la inscripcion: ESTE ES JESUS DE NAZARET, Ó VED AHÍ A JESUS DE NAZARET. Esta es, como lo hemos hecho observar, una repetición de las palabras de Pilatos: *Ved ahí el hombre*, pues que el Nazareno, para ser verdaderamente Jesus, es decir, el Salvador del hombre, debe ser hombre ante todo, dice S. Agustin. Cuán grandes son pues y cuán sublimes estas palabras: VED AHÍ EL NAZARENO, VED AHÍ EL HOMBRE. Ellas significan: ved ahí el hombre, ese hombre verdadero en quien la imagen de Dios es perfecta. Ved ahí el hombre á quien Dios se refirió particularmente, cuando dijo al principio del mundo: *Hagamos el hombre á nuestra*

imagen y semejanza; en él era en quien pensaba cuando, por una misericordia y una bondad infinita, formaba el hombre del limo de la tierra. Ved ahí el hombre que se dignó llamarse á sí mismo *el Hijo del Hombre*, porque sin concurso humano nació del hombre en el seno de una virgen, verdadera hija del hombre; que tiene la naturaleza del hombre, sin tener sus vicios, sus miserias y sus pecados; aquel en quien el hombre fué reformado y vuelto á su perfeccion primitiva, en quien todo es orden, armonía y perfeccion; el hombre completo, el hombre perfecto, el hombre por antonomasia, el hombre en un sentido general y absoluto, el hombre por escelencia, que representaba verdaderamente en sí mismo toda la humanidad, y que debía salvarla toda entera; el hombre por consiguiente á cuyo ejemplo deben arreglarse todos los hombres, y con quien serán confrontados un dia en su juicio. Mas este hombre nó es solamente hombre, sino que es tambien Hombre-Jesus, es Hombre-Salvador, Hombre-Rey de los Judíos, es Hombre-Mesías, Hombre que desde el madero infame á que está clavado, reinará sobre todos los hombres. Su reino será fundado por medio de los Judíos, porque los apóstoles y los primeros fieles serán Judíos, y el universo se unirá á la raiz del pueblo Judío, á la casa de Jacob, á la raza de David cuyo reino no tendrá fin; y este reino no será fundado por el hierro, sino por el leño; por el amor y no por el terror; para formar hijos, y no para formar esclavos; siendo diferente por su origen de los demas reinos, tambien lo será por su naturaleza. Este no es un reino de la tierra, sino un reino del cielo; no es el reino del hombre, sino el reino de Dios. Este hombre pues es Rey; es Salvador, y este Salvador es Dios. Porque *Ved ahí el hombre, Ved ahí el Rey de los Judíos*, quiere decir: VED AHÍ EL HOMBRE DIOS. Esta doctrina de que *Jesucristo es verdadero Dios y verdade-*

ro hombre, es la doctrina verdadera, la verdadera fé, la fé divina, la fé santa y la fé pura que nos justifica y nos salva. Ella contiene todo el cristianismo; ella es su fundamento y su base, su compendio y su símbolo. Y cuánto no debemos admirar los designios de Dios, que quiso que una doctrina tan preciosa y tan importante, que un Evangelio tan verdadero y tan consolador fuese escrito en grandes caracteres y en las lenguas mas conocidas y mas usadas entonces, sobre el madero de la cruz!

Esta inscripcion, colocada sobre la cabeza del Hijo, sirve para hacer comprender mejor la importancia y la grandeza de las palabras pronunciadas relativamente á la Madre. Porque si Jesucristo es el hombre perfecto, María es la muger perfecta, la muger por excelencia, la muger grande, la muger en un sentido absoluto, supuesto que Jesucristo la llama *la muger* sin otro título, así como Jesucristo es *el hombre* sin otra calificación; la muger sola bendita entre todas las mugeres, sola libre del pecado, y llena de gracia y de santidad. Muger simplemente, y por lo mismo Reina, es decir Coredentora, así como Jesucristo es Rey, es decir Redentor. Virgen y Madre, como Jesucristo es hombre y Dios. Verdadera Eva, como Jesucristo es verdadero Adán. Verdadera Eva, porque la primera Eva dió á luz sus hijos para la tierra, y María para el cielo; aquella para el cuerpo, y esta para el espíritu; la primera para el tiempo, y la segunda para la eternidad. María por consiguiente, como dice S. Epifanio, es en un sentido propio, literal, completo y perfecto la Madre de los vivientes.

Cuando Jesucristo designó á María con estas breves palabras: *HE AHÍ TU MADRE*, es como si hubiera dicho: Fieles, hijos de mis llagas y de mi sangre, después de haber reconocido en mí el padre que os ha engendrado, reconoced también en María la madre por cuyo medio

habeis sido engendrados. Al confesar y al reconocer en mí la union de la naturaleza divina con la naturaleza humana en una sola persona, reconoced también en ella la union de la virginidad y la maternidad. El segundo de estos dogmas no es menos importante que el primero; los dos se unen y se armonizan entre sí. Si yo no fuera verdadero hombre, no podría sufrir por el hombre; y si no fuera Dios, no podría dar á Dios una satisfaccion cumplida y reconciliaros con él. Mas yo no sería Dios, si María no fuera virgen; ni sería verdadero hombre, si ella no fuese mi verdadera madre. Como hombre y Dios, soy el verdadero Salvador de los hombres. Como virgen y madre ella es la Madre de Dios, y por lo mismo la Madre de los hombres. Ved ahí pues esa Madre, á la que, después de mí, debéis todo cuanto sois, y todo cuanto teneis en el orden de la salvacion. Ved ahí vuestra verdadera Madre; reconocedla en el cariño con que os tiene á todos presentes, en la ternura con que os acoge en su corazon, en los tormentos atroces que ha sufrido para daros á luz y volveros á la vida en mi muerte. Ved ahí esa madre heroica, esa madre magnánima, esa madre santa, pura y bendita; esa madre llena de ternura, de celo y de cuidado; esa madre excelente, esa madre sublime, esa madre perfecta.

Finalmente, para que nada falte á las lecciones de la cruz, si las palabras que Jesucristo dirigió á María nos enseñan lo que debemos creer, las que dijo á S. Juan nos enseñan lo que debemos hacer. Porque al decir Jesucristo de S. Juan: *HE AHÍ TU HIJO*, después de haber dicho de María: *HE AHÍ TU MADRE*, quiso indicar los deberes filiales con respecto á María, así como habia indicado los privilegios y la grandeza de su Madre.

Aun cuando Jesucristo, al morir por todos los hombres, los regenerase á todos, y sea por lo mismo el

Padre verdadero de todos, sin embargo no todos los hombres son en realidad sus discípulos ni sus hijos, nacidos de su muerte. De la misma manera, aunque María al sufrir por todos los hombres, los haya dado á luz y sea la madre de todos, sin embargo no todos son en realidad sus hijos, nacidos de sus dolores. Se necesitan indispensablemente ciertas condiciones para participar del beneficio de este doble nacimiento, para ser admitido en este santo parentesco, en esta augusta familia, para ser el verdadero discípulo de Jesucristo, el verdadero hijo de María. Y queréis saber cuáles son estas condiciones? añade Jesucristo desde lo alto de su cruz. Mirad á Juan; él es el modelo, el ejemplo; el tipo de mis verdaderos discípulos y de los verdaderos hijos de María. Tenemos por consiguiente en el Calvario ejemplos y modelos de toda clase de perfeccion. Queremos conocer al hombre verdadero, al hombre padre, al hombre rey, que tiene entrañas de verdadera ternura para con la humanidad? Miremos á Jesucristo que da su vida por unos ingratos, que se sacrifica por unos viles esclavos. Queremos saber cuál es nuestra verdadera madre? Miremos á María que sacrifica el hijo mas amado para salvar á los hijos mas necesitados. Deseamos tambien conocer cuál es el verdadero discípulo de Jesus y el verdadero hijo de María? Miremos á S. Juan, de corazon puro, de alma fuerte, y de afectos tiernos, inseparable de Jesus y de María; él asiste á la muerte de aquel, y á las angustias de esta, para aplicarse el fruto de ellas. Si pues Jesucristo espresa en sí mismo la perfeccion del hombre, si él es el hombre por excelencia; si María espresa la perfeccion de la madre; si ella es la madre por excelencia, S. Juan espresa la perfeccion de los hijos; él es por excelencia el discípulo de Jesucristo, y el hijo de María. Oh hombre, oh madre, oh hijo! Quién me digera que estas preciosas palabras: *Hé ahí el hombre; hé ahí*

la Madre, hé ahí el Hijo, resonasen continuamente en mis oídos, estuviesen siempre ante mis ojos y quedasen grabadas eternamente en mi corazon, á fin de que yo me consumiese en reconocimiento y en amor por tal hombre, y por tal madre, retratando en mi conducta la virtud de tal hijo! Yo me diria entonces á mí mismo; *HÉ AQUÍ EL HOMBRE, HÉ AQUÍ EL REY!* Hé aquí el Hombre Dios, el Rey dulce y pacífico, pues que reina por el amor; pero el Rey poderoso y fuerte, que cuando quiere, lo atrae todo á sí. Reinad tambien, oh señor y Dios mio, en mi espíritu y en mi corazon; reinad sobre las ruinas de mis malos hábitos y de mis pecados, reinad en mí por vuestra gracia, por vuestra misericordia y por vuestro amor. *Y si mi pensamiento se aterraba á vista del Hijo de Dios, de Dios mismo, yo me diria: HÉ AQUÍ Á JESUS DE NAZARÉ; HÉ AQUÍ EL HOMBRE;* es decir el Dios hombre, el Dios revestido de la misma naturaleza que yo, de la misma carne, de las mismas miserias, para poder compadecerse de mis enfermedades, el Dios hijo del hombre para salvar al hombre. Yo me acercaria pues sin temor, yo le hablaria con confianza y con familiaridad como á un igual; yo le invocaria con amor, yo trataria con él del gran negocio de mi salvacion, del gran negocio por el cual él vivió y murió como hombre. Si á pesar de la naturaleza humana, me intimida en él la naturaleza divina; si á pesar de su cualidad de Redentor, su cualidad de Juez me hace temblar ante un Dios cuyas leyes he violado, ante un juez cuya justicia he provocado; para no desesperarme, para no dejarme abatir, me acordaré de que ante este Hombre-Dios tengo una madre, una madre verdadera, una madre que me dió á luz en medio de tantos tormentos, y que no quiere que el fruto de tantas angustias, de tanto dolor y de tanto amor se pierda para mí; una madre de misericordia, de bondad y de dulzura, que desea mi

salvacion mucho mas que yo mismo; una madre cuya proteccion, cuya intercesion y cuyo auxilio, cuyo corazon y cuyo amor son para mi una defensa segura contra la cólera divina, y un medio seguro de desarmarla. Ved ahí esa tierna madre al pie de la cruz de su divino Hijo. Oh cuán dulce es su mirada, cuán compasivo es su semblante, cuán grande es su alma, y cuán lleno de ternura está su corazon! En este asilo, en este lugar de refugio, la cólera de Dios que yo he provocado con mis pecados no podrá llegar hasta mí; ella me facilitará la entrada en el corazon de su Hijo, y me hará recobrar su gracia y su amor. Ved aquí la madre en cuyas manos debo abandonar mi suerte y cuya benevolencia y cuya bondad debo cultivar.

Yo me diré tambien á mi mismo: Hé aquí á Juan, este hijo ejemplar, este hijo modelo, por cuyas pisadas es necesario que yo camine para llegar á la posesion de la gracia del Hombre-Dios y del amor de su Madre. Yo velaré cuidadosamente, á ejemplo de S. Juan, sobre la pureza de mi cuerpo, sobre la de mi espíritu y sobre la de mi corazon; yo alejaré de mí todas las acciones y todas las ocasiones que puedan comprometer para mí esta pureza, la mas frágil, la mas delicada y la mas preciosa de todas las virtudes; aquella por la que María se mostraba mas cuidadosa que por todas las demas; aquella por la que S. Juan agradó á Jesucristo, y la única por consiguiente que podrá hacerme agradable á Jesus y á María.

A ejemplo de S. Juan, no temeré los peligros, las persecuciones, el odio, los improperios ni los sarcasmos del mundo, para seguir á Jesus al Calvario. Yo no me avergonzaré de la ignominia de la cruz de mi Salvador; yo me gloriaré en ella, y la miraré como un beneficio y un bien esclusivo; yo me creeré demasiado honrado en colocarme junto á ella y en participar de sus oprobios, para alcanzar la salvacion, la resurrec-

cion y la vida, que proceden de este arbol precioso.

A ejemplo de S. Juan, amaré á Jesus y á María sobre todo lo demas. Yo les consagraré mis afectos, mi corazon mi vida y todo mi ser. Yo permaneceré siempre en el Calvario en su compañía, para meditar sus padecimientos, para admirar su amor y obtener su gracia. Todo cuanto yo tenga de mas amado y de mas precioso será de María. Dichoso yo entonces, porque podrá decirse de mí: ved aquí el discípulo amado de Jesucristo; ved aquí el verdadero hijo de María; y si pertenezco al número de sus verdaderos hijos en la tierra, perteneceré tambien al de sus dichosos herederos en el cielo. Asi sea. (*Vease la nota diez y seis.*)

FIN DE LA PRIMERA PARTE.





DIRECCIÓN GENERAL D

LA MADRE DE DIOS.

MADRE DE LOS HOMBRES.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

Las leyes divinas y humanas reconocen y admiten dos especies de paternidad: la paternidad de *naturaleza*, y la paternidad de *adopcion*. La paternidad de *naturaleza* tiene su principio en la fecundidad natural del ser; la paternidad de *adopcion* tiene el suyo en la fecundidad del amor. La caridad es tambien fecunda, dice S. Agustin, la caridad es tambien madre; y cuando la naturaleza no puede ya dar hijos, la caridad los produce por la adopcion. Ella los lleva por decirlo asi, en sus entrañas, los cria y los alimenta en su seno; y el amor que adopta, acude entonces á socorrer la naturaleza que flaquea.

Estas dos especies de paternidad se encuentran en Dios como en su principio; porque, como dice S. Pablo, EN EL CIELO Y EN LA TIERRA TODA PATERNIDAD PROCEDE DE DIOS. El es por naturaleza el Padre de su Verbo, que engendra de su sustancia desde la eternidad. El es por adopcion el Padre de todos los hombres á quienes ha hecho y hace nacer de su amor. Es tanto mas cierto que los hijos adoptivos de Dios nacen de su amor, cuanto que él no tiene necesidad de buscar como los padres de este mundo, una paternidad de

adopcion para suplir el defecto de la paternidad de naturaleza. El es en efecto desde la eternidad Padre por naturaleza de un hijo semejante á él, esplendor de su gloria é imagen de su sustancia. Por consiguiente solo procura la paternidad con el objeto de comunicar las riquezas de su bondad.

La naturaleza divina es fecunda, y por esta razon tiene Dios por naturaleza un hijo consustancial y perfecto. Mas el amor divino es fecundo tambien, y por esta causa tiene Dios igualmente hijos adoptivos. Ved aquí por qué, dice el apóstol S. Juan, somos deudores al amor infinito de Dios del privilegio que tenemos, no solo de ser llamados, sino de ser realmente sus hijos.

Nuestro título de hijos adoptivos no es, con respecto á Dios, una idea ascética, un título hiperbólico ó un nombre vano; sino un hecho verdadero y real, un hecho que Dios anunció en la Escritura con palabras claras, precisas y enérgicas. En efecto, antes de verificarse esta adopcion tan útil y tan gloriosa para nosotros, la hizo anunciar al mundo por su profeta Jeremías en términos pomposos: Ved aquí, dice, las palabras de Dios todo poderoso: Llegará un día en que yo seré vuestro verdadero Padre, y vosotros sereis mis verdaderos hijos. Cuando este fausto misterio de amor tuvo su cumplimiento, nos hizo decir por boea de su apóstol S. Pablo, que nuestra adopcion por hijos de Dios, por medio de Jesucristo, es el efecto de un decreto de predestinacion que él formuló desde la eternidad; que para llevarlo á efecto, y darnos la solemne investidura de él envió al mundo su Hijo único; que nadie está escluido de esta adopcion, sino que todos los que tienen una fé verdadera en Jesucristo se hallan comprendidos en ella; que ella no consiste solo en palabras, sino que nos dá unos títulos auténticos, unos derechos reales, y nos instituye, en cualidad de verdaderos hijos, herederos de Dios y coherederos de

Jesucristo; que para convencernos de la verdad de nuestra adopcion, el Espíritu Santo dá testimonio de ella á nuestro espíritu, y la recuerda sin cesar á nuestro corazón; y finalmente que no solo nos ha dado Dios el título y los derechos de hijos suyos, sino que ha infundido tambien en nuestras almas este sentimiento, por una comunicacion del espíritu mismo de su Hijo, á fin de que le invoquemos como á nuestro Padre, animados de la misma confianza y del mismo amor con que Jesucristo le llama su Padre. Es indudable pues que nosotros somos, en union con Jesucristo, verdaderos hijos de Dios, Jesucristo lo es por naturaleza; nosotros lo somos por adopcion. El título y el origen son diferentes; mas los derechos, los privilegios y las consecuencias son los mismos.

Despues de haber reflexionado seriamente sobre la materia de que tratamos, es cuando hemos procurado establecer la realidad de nuestra adopcion por hijos de Dios, supuesto que esta adopcion es precisamente el fundamento, el modelo y la regla de nuestra adopcion por hijos de Maria.

En efecto, si se examina la economía del misterio de la redencion, se ve claramente que el Padre eterno quiso asociar á Maria á todo aquello que conducia al cumplimiento de esta obra inefable de su misericordia y de su amor. Por esta razon Alberto el grande llama á Maria LA COOPERADORA DE LA REDENCION. El cardenal Hugo la llama igualmente LA COMPAÑERA DEL ALTISIMO EN LA GRANDE OBRA DE NUESTRA SALVACION. S. Lorenzo Justiniano la llama LA REPARADORA DEL SIGLO; y un gran número de Padres dan con frecuencia á Maria, como observa Arnobio, unos títulos que rigurosamente hablando no convienen mas que á Jesucristo considerado como Redentor.

Pues bien, una vez establecido este libre designio de la sabiduría y de la caridad de Dios de asociarse

una muger en la reparacion del hombre, como el demonio se habia asociado otra para su ruina es claro que el Padre eterno, para hacerla concurrir con él á un fin tan precioso, debió elevarla hasta sí; y hacerla, cuanto podía sufrirlo la capacidad de una criatura, participante de la fecundidad de su amor, lo mismo que de la fecundidad de su ser; y asociarla á su paternidad de *adopcion* respecto á los hombres, como la habia asociado á su paternidad de *naturaleza*, respecto al Verbo divino.

Es evidente que la asoció á su paternidad de *naturaleza* respecto al Verbo divino; porque María no podía ser su Madre por una fecundidad propia y natural de la muger. Y bajo este aspecto se habia ella consagrado á una venturosa esterilidad por el voto que habia hecho de conservar intacta su pureza virginal. Cómo podré yo, tener un hijo, cuando he prometido permanecer virgen? Ignora el Señor lo que yo soy y lo que le he prometido? Segun las espresiones sublimes y enérgicas del mismo Angel, María no fué Madre del Verbo sino porque participó, en cuanto es posible á una pura criatura, de la fecundidad de la naturaleza divina; porque en efecto una simple criatura no puede hacerse Madre de Dios, sino por la virtud de Dios. No temais, le responde el mensajero celestial; la virginidad que habeis prometido á Dios, no será obstáculo para que seais su madre. Vos concebireis por una operacion milagrosa del Espíritu Santo que os cubrirá con su sombra, y hará en vuestro seno su habitacion. Vos tendreis á Dios por esposo, porque estais destinada á tener á Dios por hijo. No se trata pues aqui de ser madre por una fecundidad puramente humana, como las demas mugeres, sino por una virtud divina, propia solo del Altísimo, de que seréis llena y rodeada misteriosamente. Así es como tendreis por Hijo al que reconoce por Padre al mismo Dios. Palabras

sublimes y enérgicas, repito, por las que el Espíritu Santo quiso manifestar que no perteneciendo la fecundidad de María á la tierra, sino al cielo, no es del hombre, sino de Dios, que no procede de las leyes de la naturaleza humana, sino del poder de la naturaleza divina del modo con que María se hace madre, semejante en cierto modo á la manera con que el Padre eterno es Padre de su Verbo. Y en efecto, María engendra sin Padre de su propia sustancia en el tiempo un hombre verdadero que es el mismo Verbo divino que el Padre eterno, sin Madre, engendra Dios verdadero de su propia sustancia desde la eternidad, como dicen S. Cirilo y S. Agustin.

No es posible creer que despues de haber hecho Dios participar á María de la fecundidad de su naturaleza, no la hiciese participar de la fecundidad de su amor; y que despues de haberla elevado por un honor insigne á la maternidad real del Verbo divino, no la llamase tambien á participar de este acto de su inmensa bondad que le hace adoptar á los hombres por hijos. Cuando para realizar su obra quiso asociar á María á su doble generacion y á su doble paternidad, la hizo en cuanto es posible, Madre por los mismos títulos con que él es Padre, es decir, por naturaleza y por adopcion. Y así como para hacer á María Madre del Verbo, infundió en su seno una virtud divina, así tambien para hacer á María Madre adoptiva de los hombres que él engendró por su amor, infundió en su corazon la ternura de su misericordia y los sentimientos de su bondad divina. Por consiguiente, supuesto que Jesucristo es verdadero Hijo de Dios y de María, porque fué engendrado de la sustancia de Dios en la eternidad y de la sustancia de María en el tiempo, los hombres son tambien verdaderos hijos adoptivos de Dios y de María, porque el amor de Dios y el de María les hicieron renacer á una nue-

va vida. Así pues el amor es el primer principio y el primer título de nuestra filiación, con respecto á Dios. S. Juan nos dice: Ved los trasportes de amor con que el Padre celestial nos previno: él quiso no solo que fuésemos llamados sus hijos, sino que lo fuésemos en realidad. El primer principio y el primer título de nuestra filiación con respecto á María es también el amor. S. Agustin nos dice: María segun el espíritu no es Madre del Salvador que es nuestra cabeza. Ella recibió de él un ser espiritual, por consiguiente es mas bien su hija, supuesto que todos los que creen en él (y María es ciertamente de este número) se llaman con justo título los hijos del esposo. Mas en cuanto á nosotros que somos miembros de Jesucristo, María es nuestra verdadera Madre segun el espíritu, pues que con su caridad cooperó al nacimiento de los fieles en la Iglesia. Segun la carne es verdadera Madre de la cabeza cuyos miembros somos nosotros.

Este santo Doctor reconoce por consiguiente una doble maternidad en María, la maternidad de la carne y la maternidad del amor. Por su carne purísima es Madre de Jesucristo nuestra cabeza, y por el amor es Madre de los hombres que están unidos á esta cabeza como sus miembros. El corazón de María fué fecundo así como su seno lo fué también milagrosamente; su sangre engendró á Jesucristo, y su amor concurrió á dar hijos á la Iglesia. De este modo, dice S. Bernardino de Sena, se hizo María por amor la verdadera Madre de todos aquellos á quienes S. Juan representaba y figuraba. (Vease la nota diez y siete.)

CAPITULO III.

Es necesario explicar el modo con que el amor de Dios nos hizo sus hijos adoptivos. Porque si la manera inefable con que Dios, sin el auxilio de una Madre, engendra en su propia sustancia su Hijo único, es el modelo y el tipo segun el que María, sin el auxilio de un padre engendra este mismo Hijo de su propia sustancia, el amor por el que los hombres se hacen hijos adoptivos de Dios, es y debe ser igualmente el modelo del amor por el que los hombres se hacen hijos adoptivos de María.

Dios Padre tiene desde la eternidad un Hijo igual á él, que satisface toda la actitud de su amor, así como absorbe toda su sustancia, que el Padre le comunica enteramente. Mas no satisface su misericordia, porque siendo el Verbo eterno santo con la santidad misma de su Padre, perfecto con todas sus perfecciones, y Dios con su misma divinidad, no puede ser un objeto de indulgencia, de compasión ni de misericordia. Estos atributos divinos no se pueden manifestar sino sobre seres imperfectos, inferiores, débiles y enfermos, que nada tienen, que nada merecen, y á los que nada puede dar Dios, ni aun acordarse siquiera de ellos, sin hacer brillar, como dice S. Bernardo, todo el esplendor de su bondad y de su misericordia. Esta es la razón porque, además del Hijo que engendró de su sustancia, quiso también Dios crear hijos en las entrañas de su misericordia y en la inmensidad de su caridad.

Mas estos hijos de adopción que él quiso hacer nacer de la fecundidad de su amor, y que dió por hermanos á su Hijo primogénito engendrado por la fecundidad de su naturaleza, estos hijos han podido per-

derse por sí solos, mas no pueden salvarse solos; ellos han podido venderse á sí mismos, pero no pueden rescatarse. Ellos son esclavos, y es necesario rescatarlos; ellos son enemigos, y es necesario reconciliarlos; ellos son culpables, y es necesario perdonarlos; ellos están corrompidos, y es necesario santificarlos; ellos están manchados, y es necesario purificarlos; ellos en fin están muertos, y es necesario volverlos á la vida. Pero se necesita un sacrificio para esto; se necesita una satisfaccion, una expiacion; esta satisfaccion debe ser humana en su ejecucion, porque, como dice S. Agustin, debe ser ofrecida por el hombre y para el hombre; pero debe ser divina por su valor, por su mérito y por su excelencia, porque se trata de hacerla agradable á Dios y digna de él. Para esto es necesario que el mismo Hijo de Dios se una al hombre, que se vista de su naturaleza, que sea lo que nosotros somos, sin dejar por eso de ser lo que es, que sea Dios y hombre, á fin de que pueda sufrir como hombre y por el hombre, como verdadero hijo del hombre, y elevar al mismo tiempo en su cualidad de Hijo de Dios, el mérito de los sufrimientos del hombre hasta hacerlos satisfactorios ante la Magestad divina.

O Padre eterno, Padre justo, Padre santo, consentireis vos en esta condicion que el hombre, no solo no hubiera esperado, sino ni aun siquiera hubiera creido posible? Abandonareis á las ignominias, á los tormentos y á la muerte ese Hijo único, objeto de vuestras delicias y de vuestra ternura, esa imagen de vuestras perfecciones; y esto para rescatar á esos hombres que por el pecado se hicieron vuestros enemigos y el objeto de vuestro odio? Conentireis en entregar vuestro propio Hijo para hacer de él el rescate de vuestros hijos adoptivos? El puso á su propio Hijo, dice S. Pablo, en paralelo con nosotros, y para salvarnos á todos no lo perdonó; sino que lo

ofreció y lo dió voluntariamente. Ese Hijo divino, nos dice él mismo en el Evangelio, que el Dios omnipotente, criador de todo, que de nada necesita, cuya perfeccion, cuya gloria y cuya felicidad nadie puede aumentar, fué llevado á un esceso tal de comisericion y de bondad; y que este arrebató de amor fué tan generoso, tan tierno y tan vehemente para un mundo manchado y corrompido; para un mundo digno de todo el furor de su indignacion y de toda la severidad de sus castigos eternos, que sin otro mérito de nuestra parte que nuestra profunda malicia, sin otro motivo que el tesoro y el fondo inagotable de su bondad, nos dió, no un hombre á quien amaba, no tampoco un angel de los que rodean su trono, sino el Hijo que engendró en su seno, su mismo Hijo único. Y nos le dió, no para reinar, sino para morir; no para el triunfo, sino para la cruz. El nos dió, prosigue S. Pablo, á fin de que nosotros, pobres criaturas, pasásemos del oprobio á la gloria, de la muerte á la vida, de la servidumbre á la libertad y del abandono á la adopcion; y para que, de enemigos que éramos, nos hiciésemos verdaderos hijos.

Algunas veces sucede en el mundo que un hombre lleno de compasion y de amor por un niño pobre, abandonado y desgraciado, lo recibe en su casa, lo admite á los derechos de hijo, y de este modo se hace su padre adoptivo. Del mismo modo el Dios Padre se compadeció del estado de abyeccion, de miseria y abandono en que habiamos caido, y nos hizo participantes de los derechos y de los privilegios comunicables de su Hijo. El nos adoptó verdaderamente; y nosotros nos hicimos, no solo de derecho, sino tambien de hecho, sus verdaderos hijos, y él se hizo nuestro verdadero padre.

Mas lo que hace infabre y sorprendente su bon-

dad y su misericordia para con nosotros, es que si sucede alguna vez que un hombre generoso y caritativo adopte á un desgraciado, no suceda jamás que adopte á un enemigo; y que si vé alguna vez á un extraño participar de los derechos de hijo, jamás se ve á este extraño sustituyendo á un hijo legítimo. Mucho menos sucede ver al hijo legítimo humillarse y sacrificarse por el hijo adoptivo. Mas la bondad divina traspasó todos los límites con respecto á nosotros, como dice S. Pablo, pues que nos adoptó cuando éramos para ella objetos de enemistad y de ódio; ella nos sustituyó á su propio Hijo, y quiso que su muerte sirviese de remedio á nuestros males y fuese el título mismo de nuestra adopción.

O caridad superabundante, esclama S. Bernardo; caridad que escede todos los límites y toda medida! Por salvar al esclavo, no perdonó Dios Padre á su propio Hijo, y este Hijo tampoco se perdono á sí mismo.

O grande, ó sublime é incomprendible misterio! El espíritu humano se siente abrumado por la grandeza de tanta bondad, por el exceso de un amor tan tierno. Las espresiones faltan, porque las ideas desaparecen; y el pensamiento se detiene abatido y confuso como en un éxtasis de tiernos sentimientos y de profundo estupor.

Mas este prodigio del cielo se renovó tambien en la tierra, y desde el seno de Dios se repitió en el corazón de María.

Escribiendo S. Agustin sobre el pasage del Evangelio, donde Jesucristo dice: El que hace la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, esa es mi madre, afirma que María fué mas bienaventurada por haber practicado esta grande lección de Jesucristo que por haberle concebido segun su carne; y que su consanguinidad y su título de Madre de Jesucristo de nada le hubiera servido, si no le hubiera lle-

vado en su corazón mucho mejor aun que en su carne.

Mas supuesto que la santidad inefable de esta sublime criatura, que la perfección de su alma y el prodigio de su virtud consistieron principalmente en la conformidad entera, absoluta y perfecta de su voluntad, de sus deseos y de sus sentimientos, con los sentimientos, los deseos y la voluntad de Dios; es indudable, dice S. Buenaventura, que María dividió con Dios mismo estos prodigios de generosidad y de misericordia para con los hombres; y que al consentir en esta obra sublime de la bondad divina, y al conformarse al acto generoso por el que Dios nos dió su Hijo único, se ofreció ella misma y se dió con este mismo Hijo para ser la víctima y el precio de nuestra salvación. Ella lo cede, lo dá y lo ofrece para este fin misericordioso, con una generosidad, una prontitud y un amor tal, que nada pueda imaginarse de mas perfecto ni de mas grande, á no ser el amor, la prontitud y la generosidad de Dios, que le sirve de motivo y de ejemplo. Del mismo modo que Dios Padre, tenia María por Hijo á Jesucristo; ella debia pues participar de su caridad para con los hombres; y la conformidad entre el Padre celestial y la Madre terrena debia, en lo posible, ser en todo y por todo entera y perfecta.

Ved aquí porqué, prosigue el santo Doctor, despues del amor del Padre celestial, sigue inmediatamente el amor de María para con el género humano. El mismo Dios le comunicó las llamas de su caridad para con nosotros. Su alma santísima fué penetrada é inundada de ellas segun su capacidad; y su corazón fué abrasado por los ardores de este fuego celestial. La obra de nuestra salvación se le hizo mas amada por la vida preciosa de su propio Hijo. Imitadora del Padre celestial, no solamente consintió sino que deseó plenamente, y eficazmente quiso que

la santidad y la inocencia misma de su Hijo cargase con nuestros pecados para hacernos participantes de su justicia; que sufriese las penas y los castigos que habíamos merecido, para que nos comunicase sus derechos y sus privilegios; que fuese tratado como un criminal, á fin de que fuésemos perdonados como inocentes; que muriese con una muerte afrentosa y cruel, para que nos hiciese nacer á la gloria y á la felicidad; que fuese puesto en nuestro lugar, para que nos hiciese entrar en posesion del suyo; que sufriese todo el peso de la cólera divina, para que nos hiciese experimentar todos los efectos de la divina misericordia. Ese divino Hijo le era mas amado que su existencia propia; y sin embargo nosotros le fuimos mas amados que su Hijo santísimo, supuesto que ella lo dió y lo sacrificó voluntariamente por nosotros.

Por consiguiente todo cuanto hemos dicho respecto al don que el Padre eterno nos hizo de su propio Hijo, puede decirse tambien proporcionalmente de Maria. En efecto, el santo Doctor que acabamos de citar, no tiene dificultad alguna en aplicar á Maria las tiernas y sublimes palabras con que Jesucristo, y despues de él su apóstol S. Pablo, nos manifestaron el prodigio del amor de Dios en la donacion que nos hizo de su Hijo único; porque despues de las palabras que hemos citado, añade que puede decirse tambien de Maria: Tal fué la vehemencia de su amor, y la ternura de su cariño para el mundo, que dió á su Hijo único por salvarlo, y que puede decirse igualmente de Maria que debiendo elegir entre la muerte ignominiosa de su Hijo y nuestra salvacion, no vaciló un momento; que no perdonó á su propio Hijo para adquirir hijos estraños; que lo dió espontáneamente para curarnos y salvarnos.

Por qué admirarse? dice S. Bernardo. Si el seno de Maria es parecido al seno de Dios en la generacion, su corazon es parecido tambien en el amor al corazon de

Dios. Ella engendró en el tiempo á su Hijo único con una fecundidad semejante á aquella por la que Dios lo engendró desde la eternidad; y como él lo dió con el mismo sentimiento de desinterés y con el mismo amor. La donacion que Dios nos hizo de él, es el efecto de una caridad que escede la imaginacion, y que no podría ser mayor; y la donacion de Maria es igualmente el efecto de una caridad que la imaginacion no puede alcanzar, y que no cede mas que á la de Dios.

De todo esto se deduce naturalmente la consecuencia siguiente: así como Dios Padre al darnos el Hijo que engendró de su propia sustancia, se hizo, segun todo el rigor de los términos, nuestro Padre; así tambien Maria habiéndonos dado ese mismo Hijo que ella engendró de su propia sangre, se hizo tambien en todo el rigor de las palabras, nuestra Madre. Nosotros somos hijos del uno y del otro, por efecto de una justicia rigorosa, fundada en el prodigio de una infinita misericordia; porque los dos nos adquirieron por un acto de la mas sublime generosidad, por el cambio de lo mas amado y mas precioso que tenían, por el cambio de su propio Hijo.

María es pues nuestra madre, bajo este aspecto, por el mismo título y por las mismas razones porque Dios es nuestro Padre. Nuestra filiacion, con respecto á Maria, es tan sagrada, tan auténtica y tan legal como nuestra filiacion con respecto á Dios. El precio es el mismo: la donacion y la muerte de su Hijo comun. El fin es el mismo: nuestra salvacion. El principio es el mismo: la compasion, la misericordia y el amor. Nosotros por consiguiente podemos decir, con S. Buenaventura, lo que S. Juan dijo de Dios: Ved con cuanto amor nos amó Maria: ella quiso, no solo que fuésemos llamados sus hijos, sino que lo fuésemos en realidad, y nos alcanzó los derechos y los privilegios, de hijos.

(Véase la nota diez y ocho.)

CAPITULO III.

No debemos considerar ahora la ofrenda magnánima, la donacion generosa que María nos hizo de su Hijo único, de una manera general y absoluta, como lo hemos hecho hasta aquí. Para penetrar en el espíritu y conocer, al menos en parte, la excelencia de un misterio que contiene una bondad tan sorprendente y una ternura tan admirable para con nosotros, misterio que establece el título verdadero de nuestra adopción por hijos de la Madre de Dios, es necesario considerarlo también de una manera especial y práctica, recordar el tiempo, el lugar, las circunstancias misteriosas que intervinieron, los sentimientos sublimes que lo acompañaron, los sacrificios y las penas que fueron su condición, y las bendiciones que fueron su consecuencia.

Esta ofrenda tan preciosa para nosotros se cumplió y se consumó en el Calvario; pero ya habían pasado treinta y tres años desde el día en que fué hecha. En el momento misterioso de que dependía la salvación del mundo; en el momento en que la Virgen pronuncia aquel omnipotente *fiat*, HÁGASE, por el que debía ser reparado todo lo que había producido otro *fiat*; ilustra María en aquel momento por la clara inteligencia que tiene de las profecías, y mucho más por la abundancia de las luces celestiales de que está inundado su espíritu, vé, como en un cuadro, la serie de acontecimientos y de misterios que deben sucederse durante la vida del Hijo que concibe. Ella tiene un conocimiento exacto y una certeza infalible de que el Hijo de Dios, de quien se hace Madre, no se dispone á la gloria de un trono terreno, sino á la ignominia de la cruz. En el instante mismo en que concebía un crucificado

en su seno, dice S. Bernardino de Sena, fué crucificada ella misma en su corazón; y para señal de la suerte sangrienta que esperaba al Hijo que engendraba entonces de su sangre purísima por la virtud de Espíritu Santo, por una disposición divina concibió el veinte y cinco de Marzo, día en que este divino Hijo terminó en el Calvario treinta y tres años después su carrera mortal en medio de los mayores tormentos.

Pues bien, ni el conocimiento tan claro de este misterio que debe cumplirse en el Hijo, ni la convicción profunda del sacrificio doloroso que había de sufrir la Madre, son bastantes para hacer vacilar su ánimo. Su prontitud para dar un consentimiento que le abría una carrera tan larga de padecimientos, no se entibia. Por el contrario, su corazón se inflama, dice S. Anselmo, con los trasportes más vehementes, con los más ardientes deseos; ella se enardece al ver consumarse por tales medios la obra de la salvación de los hombres. Doblemente inundada y llena de la caridad divina que abrasa su tierno corazón, y de la virtud de Dios que reside en su seno purísimo, se hace dos veces madre, por el doble consentimiento que dá para que su propia sangre sirva para formar un cuerpo á la persona del Verbo, y para que la sangre de su Hijo se emplee en pagar el precio de nuestra salvación. Ella concibe dos hijos: el uno con su sangre y el otro con su amor; y madre del uno por naturaleza y del otro por adopción, principia desde aquel momento á llevar y alimentar á los hijos de los hombres en su corazón lleno de amor, lo mismo que principia á llevar y á nutrir en su seno el Verbo mismo de Dios.

Más estos sentimientos sublimes, estas disposiciones magnánimas que María alimenta interiormente respecto á los hijos de los hombres, desde el momento en que fué Madre de Dios, no tardaron mucho en manifestarse exteriormente, y en verse confirmados por las

obras. En el día de su Purificación renueva ella en el santuario de Jerusalem de una manera pública y solemne, la ofrenda generosa de su propio Hijo por nuestra salvacion; ofrenda que ha hecho ya secretamente en el santuario de su corazon. Jesucristo se presenta desde entonces en el templo, como dice S. Pablo, en cualidad de víctima; y María se asocia á estos sentimientos de misericordia, y se presenta, segun S. Epifanio, en cualidad de sacrificador. Jesus renueva de una manera mas perfecta la docilidad de Isaac, y María la generosidad de Abraham. El viejo Simeon representaba, dice S. Ambrosio, la humanidad entera en los inveterados desórdenes del pecado. María al depositar su Hijo entre sus brazos, lo dá al género humano entero, lo ofrece por la salvacion de todos, asi como lo habia dado á luz por la salvacion de todos. Ella renuncia, por decirlo así, á tenerlo por hijo, á fin de dársle por Redentor.

Su resolución pues estaba ya tomada, su voluntad determinada, su espíritu pronto y corazon dispuesto y resignado, cuando Simeon, tomando la actitud de un profeta y con un tono misterioso y solemne que anuncia toda la magestad de una inspiracion divina, dice á María: Muger, desde este momento, este Hijo que acabais de ofrecer no es ya vuestro; él pertenece á los demas. El está establecido para la salvacion, la resurreccion y la vida de muchos; sin embargo él será para otros muchos en Israel un motivo de escándalo y de ruina. El será como una señal de contradiccion á cuyo alrededor se agruparán las pasiones para combatirlo. El será objeto de una persecucion y de un odio general. Entonces se manifestarán respecto á él los sentimientos mas ocultos, los pensamientos mas secretos de baja traicion, de envidia y de furor de parte de sus enemigos; y de valor, de fidelidad y de amor por parte de sus amigos. Mas ay! ó Muger! Todo lo

que él ha de sufrir en su cuerpo, el amor os lo hará sentir en vuestra alma. La vista de su muerte dolorosa será para vos como una espada de acerbo dolor, que sin quitaros la vida, atravesará vuestro corazon de parte á parte. Entonces serán inmoladas dos víctimas de un solo golpe. Los tormentos del Hijo serán al mismo tiempo el martirio de su Madre. Su muerte será la vuestra, sus padecimientos serán los vuestros.

O prediccion desgarradora para el corazon de una madre! O profecía cruel! Qué tempestad de afectos contrarios, qué tumulto de funestos temores debieran levantar en su corazon estas lúgubres palabras! Sin embargo, aun cuando ellas sean pronunciadas por Simeon, reconoce María que Dios las inspira. No son pues para ella los acentos de un hombre, sino la manifestacion de los decretos del cielo. Ella domina su ternura maternal aterrada y turbada por esta profecía; ella hace callar todas sus afecciones para conformarse á las disposiciones de lo alto. Ella entra en las disposiciones y en los sentimientos que el apóstol S. Pablo atribuye á Jesucristo en estas mismas circunstancias; en el secreto de su corazon responde á Dios que le habla por boca de su profeta: Supuesto que vos lo quereis, ó Dios santo, ó Dios justo! cúmplase vuestra voluntad. La primera ley que yo me he impuesto, mi primer debet es el de aceptar todas vuestras disposiciones y todos vuestros designios, y someterme absolutamente á vuestra voluntad. Es muy doloroso para mí que habiéndome dado tal Hijo me lo pidais tan pronto. Mas supuesto que lo exigis para reemplazar las víctimas carnales que jamás han podido seros agradables, y que el cuerpo con que le vestisteis debe ser sacrificado por la salvacion de los hombres, yo vengo á ofreceroslo voluntariamente. Esta obra de vuestra inmensa misericordia endulza la amargura de mi ofrenda. La salvacion del mundo merece que yo os sacri-

fi que mi corazon, supuesto que mi Hijo os ofrece su sangre y su vida. Yo consiento en privarme del fruto de mis entrañas para dar á los hombres el Redentor que vuestra misericordia les ha prometido. Disponed del hijo sin mirar los dolores de la madre. Cúmplanse vuestros misericordiosos designios, hágase vuestra voluntad. Mi corazon estará siempre dispuesto á escucharlos, y mi voluntad dispuesta á conformarse con ellos. María se pone absolutamente de acuerdo con el Padre Eterno y con su Verbo incarnado; y de concierto estipulan el gran contrato de nuestra salvacion. En esta grande ceremonia, anunciada y celebrada mucho tiempo antes por Malaquías, como el sacrificio mas agradable á Dios, el mas sublime y el mas perfecto de los sacrificios de Judá y de Jerusalem, María ofrece, Jesucristo se somete, y el Padre Eterno acepta. María promete su voluntad y su corazon, Jesucristo promete su vida y su sangre, y el Padre Eterno su misericordia y su perdon. Asi fué como se estipuló en el templo y se concluyó el gran tratado de reconciliacion entre el cielo y la tierra, tratado que debia consumarse un dia en el Calvario. Tratado, contrato y alianza misteriosa, que tienen por garantías la bondad del Padre, la obediencia del Hijo, y la generosidad de la Madre, cuyas condiciones son el sacrificio de Jesus y el de María, y cuyos frutos serán la gloria de Dios y la salvacion de los hombres.

Cuán grande y cuán sublime es todo en esta ofrenda! Para que un padre consintiese en entregar su hijo á la muerte para dar la vida á sus enemigos, se necesitaba nada menos que una misericordia como la del Padre celestial que es Dios. Para que un sacrificio fuese digno de Dios, se necesitaba una víctima tan sublime como Jesucristo que es Hijo de Dios. Y para que una madre ofreciese por sí misma su propio hijo por la salvacion de otros, se necesitaba una generosidad y un

heroismo como el de María que es Madre de Dios.

Puen bien, asi como desde el primer instante comenzó Jesucristo á ser el Redentor del mundo, y el Padre eterno nuestro verdadero Padre, asi tambien María comenzó desde entonces á ser nuestra verdadera madre adoptiva; porque desde entonces consintió en la condicion dolorosa que debia llevar á efecto nuestra adopcion, entonces puso las bases y aceptó los términos, las cargas y las consecuencias de ella. (Vease la nota diez y nueve.)

CAPITULO IV.

MARÍA recibió su Hijo de los brazos de Simeon poco tiempo despues de haberlo puesto en ellos; mas, cuán diferentemente lo recibió que lo habia entregado!

Se lee en los Libros santos que quériendo Faraon, rey de Egipto exterminar enteramente la nacion de los Hebreos que se habia hecho odiosa para él, habia mandado, bajo graves penas, esponer y arrojar al Nilo á todos los hijos varones que naciesen en ese pueblo. La madre de Moisés, despues de haberle tenido oculto en su casa tres meses despues de su nacimiento, se vió obligada á esponerle á la muerte en cumplimiento de este bárbaro decreto. Pero tuvo la precaucion de meterle en una cestilla de juncos, embetunada de tal modo que fuese impenetrable á las aguas, y poner de centinela á su hija María, para observar desde lejos el paradero de la cestilla y del objeto amado que iba encerrado en ella. Sucedió pues que la misma hija del rey diviso por casualidad esta cestilla en la orilla opuesta del rio. Ella la hace coger, y encontrando en ella un niño muy hermoso, como dice la Escritura, se compadece de él. Ella lo toma en sus brazos, lo estrecha contra su seno;

le llena de caricias, y se resuelve á librarle de la suerte cruel que le espera. La hermana del niño se acerca entonces y le dice: Quereis, princesa, que os traiga aqui una muger hebrea, para que crie este niño que os inspira un interés tan vivo y una ternura tan grande? Habiendo oido la respuesta afirmativa de la princesa, corre á advertir á su madre lo que pasaba, la conduce y la presenta en cualidad de nodriza á la hija generosa de Faraon. No sospeschando esta que pudiese ser su verdadera madre, le dice: Muger toma este niño, yo te lo confio como cosa mia; tu le alimentarás y le criarás para mí, y yo te recompensaré con generosidad. No puede confiarse á esta un encargo mas dulce ni mas agradable que el de alimentar y criar á su propio hijo. Entre todas las madres israelitas de aquella época, ella fué sin duda la mas afortunada, pues que fué la única que vió el fruto de sus entrañas salvo de un naufragio inevitable y vuelto á su ternura maternal. Pero su dicha no fué completa, su gozo no careció de dolor. Ella era la verdadera madre de Moisés, y sin embargo en la opinion pública debia pasar por su nodriza. Ella le habia parido, y debia manifestarse estraña á él. El era su verdadero hijo, y sin embargo ella debia alimentarle, criarle y verle crecer para otra. En efecto, cuando el niño hubo crecido, tuvo ella que separarse de él enteramente, y volverlo á la princesa que se lo habia confiado y que lo habia adoptado por hijo.

Este pasage, en su verdad histórica, encierra evidentemente un misterio, y segun la regla dada por S. Agustin, es una profecía verdadera, como los demas hechos históricos de la Escritura. Pero, quién es este niño de una belleza rara y agradable á Dios, sino Jesucristo, de quien está escrito que es el mas hermoso de los hijos de los hombres, que la gracia sale en abundancia de sus lábios... y que siendo niño, crecía en gracia delante de Dios? Y esta nodriza que, á pesat

de ser la verdadera madre del niño, solo se digna con el título de MUGER, quién es sino María que, siendo madre por naturaleza, siendo verdadera madre del Hombre-Dios, recibe constantemente de su Hijo el nombre de MUGER? Quién es esta princesa real cuya bondad acoge al niño, se lo apropia, lo estrecha contra su seno y lo colma de caricias y de bendiciones, sino la Iglesia de los Gentiles, que en la Escritura es llamada la *Hija del Rey*; y que por medio del viejo Simeon que la representa, recibe al niño Jesus en sus brazos, se lo apropia como un tesoro, lo acaricia y bendice por ello al Señor; y le proclama su Salvador, la esperanza de todos los pueblos y la luz de los Gentiles?

La ley de Dios prescribia que todos los primogénitos de Israel le fuesen ofrecidos en su templo, y el Hombre-Dios debia serlo especialmente supuesto que estaba destinado al sacrificio. Para obedecer á esta ley le presenta María á los cuarenta dias de su nacimiento, y le espone al torrente de cólera divina, á la que debe satisfacer. La Iglesia representada en Simeon, le acoge y se le apropia; y aunque, como la princesa egipcia, se lo vuelve á su madre, no se lo vuelve como á una madre, sino como á una nodriza; no para que lo crie para sí, sino á fin de que lo crie para nosotros, y para que lo considere, no ya como á su hijo, sino como al Redentor de todos. Como si le hubiera dicho: María, tomad este niño; mas yo os lo devuelvo muy diferente de como estaba cuando me lo disteis; vos lo habeis traído al templo como á vuestro propio hijo, y lo volveis como una víctima destinada y consagrada á la salvacion del mundo. Vos lo habeis traído como una cosa que os pertenecia, y os lo llevais como una propiedad del género humano á quien pertenece desde ahora; vos lo habeis traído como un fruto dulcísimo de vuestras entrañas, y lo recibís co-

mo un haz de mirra muy amargo. Vos lo habeis criado hasta este dia para vuestro consuelo, y desde hoy lo criareis para vuestra afliccion. Vos lo recibis de mis brazos para ponerlo en manos de los Judios. Vos lo sacais del templo para acompañarlo al Calvario. Vos lo tomais del altar á fin de conservarlo para la cruz. Vos tendreis el consuelo de alimentarlo para tener el dolor de verle morir. De todos los cuidados que tomareis en su educacion, no recogeréis otro fruto que una herida cruel que os atravesará el corazon de parte á parte. Todos los pueblos cogérán el fruto de sus pensamientos; y su muerte les dará la vida.

O María! María tan llena de ternura y de amor! En vista de unas condiciones tan duras, consentireis en volver á tomar vuestro Hijo de los brazos de Simeon? Consentireis en criarlo para otros, habiéndolo parido para vos? Consentiréis en ser su nodriza, no siendo ya su verdadera Madre? Consentiréis en volverlo á tomar con la condicion de que sereis privada desapiadadamente de él? Consentiréis en hacer de vuestro Hijo la victima y el rescate de vuestros hijos adoptivos? Jesucristo es verdadero Hijo de Dios; pero tambien es vuestro verdadero Hijo. En virtud del derecho especial de propiedad que las leyes conceden á la madre sobre sus hijos, vuestro Hijo no puede en justicia ser destinado á la muerte sin vuestro consentimiento. El Padre Eterno ha dado ya el suyo, y decretado el sacrificio. Pero vos, María, dareis tambien el vuestro, y sucumbireis por vuestra parte á ese decreto? Triste y dolorosa alternativa. Si vos consentís, qué será de vuestro Hijo? Y si vos rehusais, desgraciados de nosotros, qué nos vá á suceder? Pero nó, María no rehusa. Ella hubiera querido, dice S. Buenaventura, ofrecerse por él y sufrir todos los tormentos y todas las penas que debian un dia reducir

á Jesucristo á un estado tan lamentable. Ella hubiera querido colocarse en su lugar. Mas, supuesto que una victima puramente humana no puede aplacar á la justicia divina; porque el hombre despues de su caída, no podia ser redimido sino por un Dios, María inclina su frente. Todo lo que se complace Dios en decretar, se complace ella igualmente en aceptarlo. Ella aprueba por consiguiente el sacrificio de su Hijo por la salvacion del mundo. Ella acepta una ley tan dura; y lo mismo que la madre de Moisés, se pone á alimentar á su hijo como si no le quedase ya derecho alguno sobre él, como sino fuese ya su madre, sino una muger cualquiera.

Pero, qué imaginacion podrá figurarse, qué lengua podrá referir el martirio, los dolores y los tormentos que le impone este cargo que la generosidad de su amor para con nosotros le hace aceptar!

Jesucristo no morirá mas que una sola vez en el Gólgota. María, desde este momento, dice S. Bernardo, muere á cada instante en su corazon. Su vida es un tegido de dolorosas angustias y de temores mas crueles aun que la misma muerte. Las palabras proféticas de Simeon resuenan continuamente en sus oidos, y la espada de dolor que se le ha anunciado está clavada constantemente en su corazon.

Un antiguo decia que no hay miseria mas profunda ni angustia mas dolorosa, que la prevision cierta de las desgracias futuras. El alma experimenta entonces, á cada instante, el dolor de lo que sucederá en un momento. Cuando hay esperanza de que el acontecimiento funesto que se prevée podrá no suceder, queda siempre un consuelo al que jamás renuncia un corazon affijido. María no puede entregarse á esta consoladora ilusion. Ella sabe que no son las vicisitudes humanas las que conducirán su Hijo al Calvario, sino los decretos inmutables de Dios. Ella sabe muy bien, ella

cree con una fé perfecta que todo lo que han anunciado los profetas, respecto á los tormentos y á los oprobios del Mesias, se cumplirá hasta la última sílaba; y la viveza de su fé le hace considerar como presente lo que debe suceder en un tiempo lejano.

Esto que ella cree, lo vé y lo siente; á cada instante experimenta el mismo dolor que le hará sentir el cumplimiento de la profecía. A cada instante tiene nuevos motivos de penas y nuevas causas de dolor.

Su cuerpo está en Belén, en Nazaret, en Egipto; mas su espíritu asiste continuamente á la escena sangrienta del Calvario. Durante los treinta y tres años que precedieron al sacrificio de Jesucristo, está María como Abraham en los tres dias que precedieron al sacrificio de Isaac. Ella no vé ya en su Hijo el Hijo de la promesa, sino el de los dolores. Ya le alimenta con su leche, ya le estrecha contra su corazon, ya le vea crecer en saviduría, en gracia y en edad, el pensamiento de esta tierna madre se fija involuntariamente en la cruel carnicería que harán algun dia de él. Ella piensa, ella vé que aquellos miembros santos y delicados, aquel hermoso semblante al que ella no acerca sus labios purísimos sino con respeto, serán desgarrados por los azotes, destrozados con los golpes, manchados con las salivas, atravesados con los clavos y espinas, emponzoñados con la hiel, y suspendidos en el patíbulo mas cruel y mas ignominioso.

Desde entonces todas las tiernas miradas de su divino Hijo, todas las palabras que le dirige, todas las pruebas de respeto, de obediencia y de amor que recibe de él, son para esta tierna Madre otras tantas saetas que traspasan su corazon. A cualquiera parte que vuelva los ojos, todo le recuerda altamente las imágenes funestas, los terribles pormenores de la catástrofe de que será víctima Jesucristo. Todo le habla de sus tormentos y de su muerte. El nombre solo de su pa-

tria y de su nacion, que habia de tratar como criminal al que habia venido á salvarla, era para ella un suplicio. Por todas partes no encuentra mas que motivos de pesar y de tristeza; y estando su alma siempre ocupada de funestos pensamientos, su corazon está inundado de dolor y sus ojos de lágrimas.

O corazon afligido, ó corazon doloroso de María! decia á este propósito el Beato Huberto de Casal, ahora comprendo por qué los profetas han comparado vuestra afliccion á un mar inmenso de amargura. Porque si las aguas dulces de los rios mudan de naturaleza, y se hacen saladas y amargas cuando entran en el mar; del mismo modo todos los pensamientos, todos los objetos propios para alegraros y consolaros, se encuentran absorbidos al entrar en vuestra alma turbada por la tristeza y se convierten en motivos de un dolor amargo al pasar por vuestro corazon sumergido siempre en la afliccion. La presciencia cierta de la pasion de su Hijo es pues para María, dice el Abate Ruperto, un martirio no interrumpido. Desde el momento en que lo ofrece en el templo, y que él se hace por lo mismo como una prenda destinada á servir de rescate por la salvacion de los hombres, puede decir María con mas razon que el profeta, que se halla en el camino de un verdadero sacrificio. Su corazon ha llegado á ser como una víctima inmolada á cada instante, para renacer espontáneamente á un sacrificio nuevo. Su holocausto es un holocausto permanente y perpetuo. Por espacio de treinta y tres años se consume á cada instante, y se renueva incesantemente mas cruel y mas doloroso.

Esto es precisamente lo que nos manifiesta la fuerza y la vehemencia con que deseaba María nuestra salvacion. Sus penas se renuevan á cada instante; á cada instante renueva tambien María la firme resolucion y el deseo ardiente de sufrirlas. Su martirio se renueva

continuamente; y continuamente renueva tambien Maria la ofrenda de su Hijo que es la causa de él, para la redencion de los hombres que debe ser su fruto.

El martirio de Maria tiene de particular respecto á otro martirio cualquiera, que el tiempo que cicatriza las heridas y mitiga el dolor, produce en Maria un efecto contrario. El tiempo multiplica las heridas de su corazon y las hace mas profundas, y su dolor mas violento y mas agudo. Esto consiste en que cada día que pasa la acerca mas al Calvario y á todo cuanto debe sufrir allí; y cada paso que su Hijo dá en la carrera de la vida, es un paso que lo acerca al Gólgota. Este monte sangriento que debe ver espirar al Hijo, se presenta á cada instante mas cercano al espíritu de la Madre; á cada instante conoce ella con mas distincion y vé mas claramente los misterios que el amor de Jesucristo consumará allí, y los actos de rabia infernal y de furor ciego y bárbaro que la perfidia y el odio de los Judíos han de ejecutar. Sin embargo, estos pensamientos cada vez mas dolorosos, estos presentimientos cada vez mas funestos, lejos de debilitar en manera alguna el deseo que tiene Maria de ver á su Hijo sacrificado por nosotros, hacen este deseo cada vez mas vivo, cada vez mas impaciente, á medida que su dolor se hace mas violento y mas agudo. Cuanto mas espantosa y mas terrible se le presenta la escena del Calvario, tanto mas apresura ella con sus fervientes súplicas el momento en que debe realizarse. Su caridad es superior á sus penas; cuanto mas sufre, tanto mas ama.

Por consiguiente, la ofrenda de Maria no es de un solo instante, sino de todos los instantes. A cada momento experimenta ella el dolor de todo lo que el Hijo ha de sufrir un día; y de todo lo que el corazon de la Madre padecerá por él y con él; y á cada momento lo aprueba y lo desea. A cada momento siente el

terror que le inspira la muerte de Jesucristo; y á cada momento consiente en ella, la quiere y la pide. Si su corazon permanece siempre quebrantado por el sentimiento del vivo dolor con que le hirió por primera vez la profecía de Simeon, su espíritu permanece constantemente con las disposiciones generosas que la animaron cuando su primera ofrenda. Siempre sufriendo, pero siempre resignada; siempre saciada de amarguras, pero siempre dispuesta á todo; ella no está un momento sin dolores, pero tampoco está un momento sin amor.

No fué por consiguiente una vez sola la que ella nos dió su Hijo; no fué una sola vez la que experimentó los tormentos de la muerte, sino tantas veces como fueron los instantes que separaron los desgarradores y misteriosos acontecimientos del Calvario, de las tiernas ceremonias del templo. Su ofrenda se multiplicó como su martirio. O mas bien este no es mas que una sola ofrenda, que jamás fué olvidada, retractada ni interrumpida por espacio de treinta y tres años. Es un solo martirio, que en treinta y tres años jamás tuvo descanso ni consuelo. O amor! O dolor! Dolor el mas intenso; amor el mas vehemente. Que ofrenda! que martirio! Martirio el mas cruel; ofrenda la mas generosa. El martirio de Maria es el mas grande despues del de el Hijo de Dios, asi como su amor en la ofrenda que hizo por nosotros es el mas grande despues del de el Padre celestial. Su amor á nosotros no tiene modelo sino en el cielo, ni tiene su principio sino en el cielo. Y el mismo amor que animaba al Padre celestial, obligó igualmente á la Madre terrena á dar y á sacrificar por nuestra salvacion, su comun Hijo que es Dios como su Padre. Por este don inefable, por esta permuta de inmensa bondad, el uno se hizo el verdadero Padre, y la otra la verdadera Madre de los hijos de los hombres. (Vease la nota veinte.)

CAPITULO V.

El amor de María al género humano y la generosidad de su ofrenda fueron, como el amor y la generosidad de Jesucristo, grandes, sublimes y heroicos durante la vida de su santísimo Hijo; mas en el momento de la muerte llegaron á su colmo, y se elevaron al último grado de fuerza y de intensidad. Asi es que puede decirse proporcionalmente de María: Que habiendo amado á sus hijos adoptivos que estaban en el mundo, los amó en el fin sin límites ni medida. Si el Calvario es el lugar de su mas cruel martirio, es tambien el teatro donde dió las pruebas mas tiernas del amor mas vehemente, y donde acabó lo que habia principiado en el templo. Allí fué donde esta muger sublime, esta madre llena de fortaleza y de amor consumó el sacrificio de su corazon, donde pagó generosamente el precio de su maternidad, y donde recibió de Dios el acta auténtica, el dominio pleno y la solemne investidura de ella.

Mas antes de entrar en la profundidad del misterio que María cumplió en el Calvario, es necesario conocer el fin por qué quiso el Señor, que se encontrase allí, y el personaje que allí representaba.

El apóstol S. Pablo nos enseña que el primer Adan es el tipo, el modelo, la figura y la profecía del segundo Adan que es Jesucristo. En efecto, si el origen de uno y otro Adan es diferente, supuesto que el primero nacido de la tierra es terreno, y el segundo descendido del cielo es celestial, el segundo Adan retrató en su persona con un espíritu totalmente diferente, los diversos estados del primero. El se colocó en su lugar, cargó con sus pecados para espiarlos, con sus deudas para

satisfacerlas, con sus maldiciones para destruirlas y con sus castigos para anularlos. El fué el origen de toda justicia, como el otro lo habia sido de toda iniquidad. Con su sacrificio restableció todo cuanto habia destruido la desobediencia del primero. Jesucristo es pues el verdadero Adan, el Adan perfecto, el Adan por excelencia, el verdadero Padre que engendra á los hombres á la gracia y á la vida, como el primero los engendró á la desgracia y á la muerte. Mas si Jesucristo es pues el verdadero Adan, María es la verdadera Eva; porque, como dice S. Juan Crisóstomo, María reparó todo lo que Eva habia destruido, asi como Jesucristo rescató y restableció todo lo que Adan habia enagenado y perdido. Asi pues Adan y Eva, que nos perdieron, se nos presentan como dos imágenes vivientes, como las profecías de los dos grandes personajes que debian salvarnos; y por un secreto maravilloso de la sabiduría y de la bondad de Dios, nuestra restauracion está figurada por los autores de nuestra ruina. Cuán grande es, cuán sublime y maravillosa la economía de nuestra Religion! Cómo todo se une y combina en ella! El paraíso terrenal anuncia y figura el Calvario; el Calvario ejecuta lo que el paraíso terrenal no habia hecho mas que figurar; y el primero sirve al segundo de luz en la esplicacion de los grandes misterios que despues de cuatro mil años se cumplen en él. En el primero, misterios de iniquidad, de orgullo, de severidad y de muerte; y en el segundo, misterios de santidad, de humillacion, de misericordia y de vida. Una cruz se eleva en medio de la Sinagoga, porque un árbol se eleva en el paraíso terrenal; nuestra salvacion nace de un árbol, porque nuestra perdicion comenzó en un árbol. El demonio que habia triunfado por el madero es vencido por el madero. La materia misma que habia servido al mal se convierte en antídoto; y como observa S. Máximo con muchos Padres de la

Iglesia, lo que habia producido el mal se convierte en remedio. Un Adan nos vuelve la vida, porque un Adan nos habia dado la muerte. Si el Hijo de Dios es clavado en la cruz y muere con la apariencia exterior de un pecador, descendiendo asi hasta el último grado de envilecimiento, pues que no hay cosa mas baja ni mas vil que el pecado, es porque el hombre habia llevado su orgullosa mano hácia otra cruz con la pretension sacrilega de hacerse semejante á Dios, aspirando así al mas alto grado de elevacion, pues que nada hay mas grande que Dios, y que solo Dios es realmente grande. Adan pecó, dice S. Agustin, estendiendo sus manos sobre el fruto prohibido; del mismo modo Jesucristo para espisar el pecado estendió sus manos sobre el madero de la cruz.

Y si el ódio del demonio asoció á Eva á la prevaricacion del primer Adan, la misericordia divina quiere asociar á María á la espición de Jesucristo, á fin de que los dos sexos, como dice S. Bernardo concurren á la reparacion del mundo, como habian concurrido á su ruina.

Eva al pie del árbol que dá la muerte, exige por consiguiente y pide imperiosamente que María se encuentre al pie del árbol que dá la vida. Porque si su Hijo debió colocarse en el lugar de Adan pecador, María ha debido colocarse en el de Eva pecadora. Ella debe ver con sus propios ojos el suplicio de Jesucristo y tomar parte en todos sus sufrimientos espiciatorios, supuesto que Eva vió con sus propios ojos la caída de Adan, y tomó parte en su rebelion. Y porque Adan pecó en presencia de Eva, Jesucristo parece que no puede ser crucificado ni morir sino en presencia de María. Jesucristo, de acuerdo con María que concurre con una voluntad firme y generosa á la espición del pecado, debe hacerse cabeza de un pueblo de Santos, porque Adan se habia hecho cabeza de un pueblo

de criminales; en compañía de Eva, que con una voluntad plena y perfecta concurrió á la consumacion del crimen.

Aun cuando el Evangelio hubiera guardado silencio sobre este punto, al saber que Eva se encontraba al pie del árbol con Adan, y habia participado de su desobediencia, de su sensualidad y de su orgullo, nos hubiera sido permitido deducir con seguridad que María debió encontrarse tambien al pie de la cruz de Jesucristo, y participar de sus humillaciones, de sus tormentos y de sus oprobios.

Una Israelita afortunada que despues fué madre de Sanson, vivia en el dolor y en la afliccion porque á causa de su esterilidad no podia tener hijos. Ella vé un dia al Angel del Señor que se le aparece de improviso. Contra toda su esperanza, le anuncia este que muy pronto concebirá y parirá un hijo que debe ser la gloria y la salvacion de Israel. Poco tiempo despues el Angel del Señor se le aparece de nuevo, y Manue su esposo, por consejo del mismo mensajero celestial quiere ofrecer en su presencia un sacrificio á Dios que obra esta maravilla. El toma un cabrito de su rebaño, lo inmola y lo coloca en la hoguera, para que sea consumido en holocausto. El esposo y la esposa asisten á este sacrificio con un religioso silencio, con los ojos fijos en la víctima, cuando de repente ven al Angel que se les habia aparecido en forma humana, elevarse en los aires y colocarse en medio de las llamas, como para ser tambien sacrificado y consumido como una nueva Hostia. En vista de esto creen que el que habian tenido por hombre era el Angel de Dios, ó tal vez el mismo Dios.

Por esta reunion de circunstancias se vé claramente que este pasage y este sacrificio encierran cierta cosa misteriosa, figurativa y profética. En efecto, cómo es posible no ver en las palabras de que se vale el ángel

para anunciar el nacimiento de Sanson á una esposa estéril por naturaleza, la profecía de las palabras con que se anuncia el nacimiento de Jesucristo á otra esposa estéril por amor á la Virginidad?

Las palabras son en los dos pasages cuasi las mismas. Un Angel dice á la madre futura de Sanson: A pesar de la esterilidad que te hace incapaz de tener hijos, HE AQUÍ QUE CONCEBIRÁS Y PARIRÁS UN HIJO que será Nazareno de Dios, y librará á su pueblo de las manos de los Filisteos. Un Angel dice tambien á la Madre futura de Jesucristo: No temas, María, aunque no conoces ni debes conocer varon, HE AQUÍ QUE CONCEBIRÁS Y PARIRÁS UN HIJO, por obra del Espíritu Santo. El será santo y se llamará el Hijo de Dios. Tu le llamarás Jesus porque salvará á su pueblo de sus pecados.

Observemos en primer lugar, que el sacrificio de Manue se ofrece en campo raso y en el mismo lugar en que el Angel se apareció por segunda vez á su esposa. El sacrificio de Jesucristo se ofrece igualmente fuera de la ciudad. Manue toma con sus manos el cabrito que debe servirle de víctima; y el Padre Eterno viste á su Verbo de un cuerpo humano para hacer de él una víctima digna de sí. Manue colocó la víctima sobre una piedra; y el Padre Eterno quiso que Jesucristo fuese crucificado sobre la roca del Calvario. Y el Angel que bajo una forma humana se coloca en medio de las llamas, qué otra cosa significa, dice S. Agustin, sino el Angel del gran consejo, es decir, el Verbo eterno que bajo una forma de esclavo, ó bajo la humanidad de que habia de vestirse, no debia recibir sacrificios, sino ser él mismo el sacrificio? Finalmente, volviendo al sacrificio de Jesucristo, es indudable que Manue y su esposa, asistiendo al pie y con la vista fija en la inmolation de la víctima,

son la figura del Padre Eterno y de María que al uno de una manera invisible, y la otra de una manera visible, como se verá despues, asisten al sacrificio de su Hijo comun, mientras que se ofrece en el Calvario.

Mas, por qué quiere el Padre Eterno que la Madre esté presente al sacrificio y á la muerte cruel de su Hijo? Es necesario que sus miradas amorosas sean atormentadas por un espectáculo tan desconsolador, y que sus ojos vean correr por mil heridas una sangre tan amada? Es necesario que sus entrañas sean desgarradas por esta escena de horror, y que su corazon sea cruelmente despedazado? Ah! procuraremos comprender bien un misterio tan profundo.

Es muy claro que los designios de Dios fueron que María cooperase á la salvacion del hombre por su obediencia y su caridad, como Eva cooperó á su caida por su egoismo y su orgullo. Pero Dios quiso que por parte de María esta cooperacion fuese libre y voluntaria, así como el primer designio fué libre y voluntario por parte de Dios; el sacrificio del Hombre-Dios lo exigia así para ser en todo digno de Dios. Así como esperó el consentimiento de María para hacer que concibiese su propio Hijo, así tambien quiso que este consentimiento interviniese para inmolarlo, y que el amor de la madre se uniese al amor del Padre celestial, para que de comun acuerdo nos diesen su Hijo comun, y lo sacrificasen por nuestra salvacion. María habia hecho ya la ofrenda de su Hijo desde el momento en que fué madre, y la habia renovado en todos los instantes de su preciosa vida; así como este mismo Hijo habia aceptado la muerte desde el momento de su encarnacion, y desde su nacimiento, como dice S. Bernardo, habia comenzado la pasion de la cruz. Mas los dos lo habian hecho en el secreto de su corazon y en el silencio de su amor á los hombres. Se necesitaba pues que la

aceptacion del uno y la ofrenda del otro se hiciesen públicas y solennes. Consintiendo Jesucristo en ser crucificado públicamente, debía María dar tambien su consentimiento público para la consumacion de su sacrificio. Nada puede hacer conocer mejor la voluntad libre y absoluta con que la Madre concurre al sacrificio del Hijo, que la resignacion heroica, la constancia extraordinaria y la calma perfecta con que asiste á él. Lo que la justicia de Dios exige en estos momentos misteriosos, y lo que la obediencia del Hombre-Dios acepta, la docilidad y el amor de la Madre de Dios le hace tambien aceptar y querer.

(Vease la nota veintiuno.)

CAPITULO VI.

Si se hubiera tratado de una madre como las demas, la caridad que condujo á las santas mugeres al Calvario; debiera haber alejado de él á María. Lo que para los discípulos fué un acto de generosidad, podía parecer un rasgo de dureza en María. No es conforme á las reglas ordinarias de la sociedad que una madre sea espectadora del suplicio de un hijo á quien no pudo dar ningun socorro; y esto por temor de que la vista de una madre sumergida en una afliccion profunda, aumente los tormentos del hijo ó la vista de los dolores acerbos del hijo atormenten las miradas y el corazon de la Madre.

Por esta razon Agar, sierva de Abraham, habiéndole faltado el agua al atravesar el desierto de Bersabé, y viendo á su hijo Ismael reducido á la agonía por el ardor de la sed, se dice entonces á sí misma: Si yo no puedo darle ningun socorro, para qué lo

he de tener en mis brazos? Si él debe morir infaliblemente, qué necesidad hay de que mis ojos maternales se atormenten con el espectáculo doloroso de su suerte cruel? Ah! yo no tengo corazon para ver morir á mi hijo. Y diciendo esto, coloca al hijo al pié de un arbol, lo deja allí moribundo, y se retira á la distancia de un tiro de saeta. Sentándose allí sobre una piedra y abandonándose al mas amargo dolor, hace resonar los aires en contorno con sus profundos gemidos y sus gritos de dolor.

Tal fué la conducta de la madre de un puro hombre; pero la madre de un hombre que al mismo tiempo era Dios, no debía obrar asi. Como Madre de Dios, tiene María obligaciones de que están dispensadas las demas mugeres; y lo que en otra madre no hubiera parecido conveniente, era un deber para María. Ella ha recibido su Hijo de una manera particular; y por consiguiente debe perderle tambien de un modo especial. Jesucristo no muere por necesidad como los demas hombres; y por consiguiente María debia conducirse en esta muerte de diferente manera que las demas madres. En el Calvario todo debe ser grande, extraordinario, misterioso, sublime y digno de la victima que se sacrifica. Por esta razon debia María hallarse presente á la muerte de Jesucristo, á fin de que pudiese reconocerse la divinidad del Hijo en la conducta heroica, extraordinaria y maravillosa de María asistiendo á su muerte. Apenas el único discípulo que, en todo el discurso de la passion de su divino Maestro, no la ha perdido de vista, apenas S. Juan hace saber á María que el juez inicuo, que habia declarado solemnemente la inocencia de Jesus, acaba de condenarle á muerte y que ya su amado Hijo, cargado con el peso de la cruz camina hácia el Calvario, cuando ella esclama: Ya llegó el tiempo, ya llegó el dia, ya llegó la hora de los divinos

misterios! Padre eterno, que muera mi Hijo único, supuesto que vuestra gloria lo exige, que vuestra justicia lo quiere, y la salvacion de los hombres lo pide; pero que muera á mi vista, que yo le vea terminar esa vida que yo misma le di.

Cuando Jesucristo llenaba la Palestina de los beneficios de su amor y de la fama de sus milagros, cuando los pueblos corrian en pos de él proclamándole el enviado del cielo para consuelo de la tierra; cuando Jesus entró triunfante en Jerusalem en medio de las aclamaciones y de los gritos de alegría de una turba entusiasmada, no se hallaba María á su lado; ella se alejaba, y se ocultaba á sus miradas, temiendo que algun rayo de la gloria del Hijo viniese á reflejar sobre su madre. Pero cuando este mismo Hijo vá á terminar su vida en un patíbulo con la muerte mas ignominiosa y mas cruel; cuando es necesario participar de sus penas y de sus tormentos, se deja ver María. Ella renuncia voluntariamente á la gloria y á la inocente satisfaccion de ser tenida por la Madre afortunada de un profeta; mas no puede renunciar á la ignominia y al dolor de ser tenida por la madre de un miserable condenado á muerte; y la prontitud con que corre á presenciar y á participar del suplicio de su Hijo, es igual á las precauciones que toma para permanecer desconocida cuando se trata de su triunfo.

Ved aquí pues que abandona su soledad como la Esposa de los cantares, verdadera figura de María, y recorre las calles y las plazas de Jerusalem, impaciente por encontrar el amor de su corazon, que camina al suplicio. La ciudad está cuasi abandonada y desierta. Todo el pueblo corre en masa y se precipita hácia el lugar de los ajusticiados, llenando los aires de los gritos de gozo feroz. María oye desde lejos este sombrío rumor y este ruido siniestro; este ruido la guía, pero lo que la guía todavía mejor y le señala el camino

que debe seguir es el rastro terrible que deja su Hijo en su penoso camino, marcando la tierra que pisa con sus caídas y con su sangre.

Poco se necesita para que oiga el eco terrible de la trompeta que le precede y publica el pretendido delito y la atroz sentencia; y muy poco despues sale él mismo á su encuentro. Pero ay! la profecía de Isaías se ha cumplido: ni aun siquiera le queda ya figura humana. Su frente rodeada de una corona ignominiosa y cruel de agudas espinas, que atravesando las sienas, dejaban ver sus puntas ensangrentadas; sus ojos bañados en lágrimas que ha derramado por el deicidio de Jerusalem, están tambien inundados de sangre; su rostro está lívido y desfigurado; su pecho está acribillado de heridas y todo su cuerpo sajado por los azotes. Lánguido, desfallecido y jadeando bajo el peso de su cruz, camina lentamente entre los insultos del pueblo. Empujado cruelmente por sus verdugos, vá subiendo con trabajo la pendiente rápida del Calvario. O encuentro! ó vista! ó espectáculo desgarrador para el corazon de una madre!

La Escritura dice que Jacob, al ver la túnica ensangrentada de su hijo José, lanzó gritos de dolor, desgarró sus vestiduras, derramó un torrente de lágrimas, cayó en una tristeza profunda y no quiso recibir consuelo alguno. Qué hará pues María al ver, no los vestidos, sino el cuerpo mismo de su Hijo, sajado de heridas y cubierto de sangre?

Un escritor, que ha hecho una descripción minuciosa de todos los lugares que fueron el teatro de la pasión dolorosa del Hombre-Dios, asegura que se vén todavía en el Calvario las ruinas de una Iglesia llamada en otro tiempo *Sta. María del Pasma*, y una senda que se llama todavía hoy *el camino de la amargura*, porque segun se dice, allí fué donde encontrando María á su Hijo en un estado tan lastimoso y en una si-

tuacion tan cruel, cayó desvanecida, no pudiendo resistir la violencia de su dolor. Mas sin admitir la tal caída, que muchos graves escritores desechan como indigna de la Madre de Dios, de María que toda debía ser constancia, fortaleza y grandeza de alma, es indudable que á esta vista su sangre se heló en sus venas, que todas sus entrañas se conmovieron de pena, que su corazon se partió de dolor, y que por consiguiente quedó algun tiempo inmóvil y privada de sus sentidos, pero no de su razon.

Jamás se dominó tanto á sí misma, jamás pareció tan magnánima, ni tan sublime como en este instante en que fué la mas abrumada de dolor. Los ojos de la Madre encuentra los del Hijo; ellos se miran mutuamente; sus corazones conmovidos se comunican sus pensamientos con un lenguaje secreto y misterioso. En medio de tantos dolores, la vista de tanta firmeza en una madre entenece los corazones mas duros, como dice S. Bernardo. Los espectadores no pueden dejar de mezclar sus lágrimas con las de las hijas de Jerusalem, á las que Jesucristo habia prohibido compadecerse y llorar por él. Y cuando al ver la violencia de sus dolores, todos estaban conmovidos, todos daban gemidos, ella era la única que no lloraba, la única que padecia con calma y con resignacion. Bien diferente de Jacob, no deja de ver un movimiento, una señal, una palabra, ni aun una lágrima de dolor; no hace siquiera una reconveccion á la ingrata Sinagoga que le devuelve su Hijo en un estado tan lamentable y tan diferente de aquel en que María se lo ha entregado. Ella no deja oír una sola queja sobre el odio infernal de sus acusadores, sobre la injusticia de los magistrados, sobre la barbarie de los verdugos, ni sobre el ciego furor del pueblo. Ella no intenta siquiera lo que otra madre no hubiera podido dejar de hacer; esto es, precipitarse á través de la turba y penetrar hasta

su Hijo, para estrecharlo contra su corazon y ofrecerle algun consuelo. Por el contrario, reprimiendo la vehemencia de su ternura maternal herida tan profundamente, dominando su afecto y su dolor, y concentrando en el fondo de su corazon despedazado todas las angustias que la traspasan, y toda la tristeza que la abruma, acompaña á Jesus en silencio, como Abrahán acompañó, dice S. Ambrosio, á su hijo Isaac hasta el lugar de su sacrificio. Además, como ella es la primera de los predestinados, es tambien la primera, añade un Santo Abad, en recorrer el camino; y practicando el Evangelio antes de su promulgacion, ella es la primera que, segun el precepto de Jesucristo, toma su cruz y le sigue al Calvario para ser crucificada.

Por consiguiente, si Jesucristo nos manifiesta que no se puede ir al cielo sino por el camino del Calvario, y siguiendo las pisadas ensangrentadas del Hijo de Dios, María nos muestra tambien que no se puede llegar á Jesucristo sino siguiendo las pisadas en compañía de su Madre; y que siguiéndola fielmente por el buen olor de sus virtudes, se sale al encuentro de Jesucristo; que en el camino andado por María es donde se encuentra á Jesus. Y en efecto la turba gloriosa de esas vírgenes heroicas, que segun la profecía de David, caminarán por las pisadas de María, encontrarán á Jesus, el verdadero Rey de gloria, se presentarán á él y él las acogerá; y en pós de María su guia, seguirán al Cordero por todas partes. María por consiguiente á un tiempo mismo engendra hijos para la Iglesia por el heroismo de su caridad, y los conduce y los guia por la sublimidad de su ejemplo. Ella muestra el camino á los hijos de su amor y de su dolor, á quienes ha procurado la vida. (Véase la nota veintidos)

CAPITULO VII.

Es necesario tener presente que el pecado de Eva no consistió solo en haber comido del fruto prohibido. Antes que ella llevase su mano temeraria al funesto manjar, su pecado, aun cuando todavia no se habia manifestado exteriormente por la accion, estaba ya consumado en el desorden de los sentimientos del corazon. Ved, en efecto, dice San Bernardo, esta muger imprudente y orgullosa que, engañada por las falaces promesas de la serpiente, vá á colocarse al pié del arbol cuyo fruto le habia prohibido Dios tocar. El precepto de Dios era sencillo, claro, terminante y confirmado con la mas terrible amenaza. Considerar este fruto con complacencia, era mirar con placer el veneno que debia darla la muerte. Por qué pues fija ella sus miradas sobre un objeto al que no le es permitido llevar la mano? Por qué se detiene en echar sus miradas de complacencia sobre este objeto culpable en sí mismo? En vano se excusaria ella diciendo que la orden de Dios solo prohibia comerlo, y no mirarlo; porque si la vista no es la consumacion del pecado, es sin embargo su principio. Y en efecto, mientras que la hermosura del fruto halaga su vista, el tentador se hace secretamente dueño de su corazon.

Apenas Eva se espuso al peligro de pecar, cuando ya habia pecado. La Escritura dice que ella vió que la fruta era tan deliciosa al gusto, como agradable á la vista, es decir, como lo observan los intérpretes, que este fruto funesto se atrajo por su hermosura exterior no solo las miradas, sino tambien el corazon de esta muger infiel; y que ella no solo se detuvo á considerarlo, sino que fijó en él su pensamiento y sus deseos.

Ella considera su belleza con curiosidad, y al momento codicia su esquisito gusto; ella se apodera de él, no solo con los ojos, sino tambien con el espíritu y el corazon. Ella se alimenta con el deseo, aun antes de llevar á él la mano. Todo su espíritu se estasia en él aun antes de que lo acerque á sus labios. Ella se deleita en él con una sensual avidez, y una escensiva gula. Su imaginacion abulta las delicias que ella esperiméntará al comerla, y el bien grande y sublime que obtendrá despues de haberla comido; es decir, una semejanza perfecta con Dios, y la ciencia completa y perfecta del bien y del mal. Ella siente ya en su paladar tal sabor, y en su orgullo tal satisfaccion, que no encuentra diferencia alguna entre verla y cogerla; entre el goce puramente imaginario y las delicias reales del paladar. Despues de esto, no es necesario, dice un santo Padre, que Eva alargue ya la mano. Con sus miradas solas ha bebido ya todo el veneno, se ha embriagado y se ha saciado de él. Antes de concurrir con la obra á la culpa de Adan, la ha consumado ya en su corazon con sus miradas, y con su delectacion deliberada y culpable; y por lo que respecto á ella ha cometido ya cuanto se necesitaba, no solo para morir ella, segun la amenaza divina, sino para dar la muerte á todos los que nacerán de ella, y hacerse de este modo la madre infortunada de los muertos.

Por la misma razon no es tampoco necesario que María sea azotada y crucificada realmente con su Hijo para participar de sus tormentos y de sus oprobios, basta con que esté presente á ellos. Es suficiente que el espíritu de obediencia, de conformidad y de sumision á la voluntad de Dios conduzca á María al pié de la cruz, como el espíritu de oposicion á la voluntad divina habia conducido á Eva al pié del arbol. Es suficiente que María permanezca al pié del arbol de la vida con un corazon humilde y sumiso, con un corazon

traspasado de dolor, y respetando los severos decretos de Dios, como Eva permanecía junto al arbol de la muerte con un corazon víctima de un inmenso desorden, entregado á la concupiscencia y al menosprecio del precepto divino. Es suficiente que ella se detenga en un éxtasis de amargura á contemplar las angustias de su Hijo, como Eva se habia detenido en un éxtasis de sensualidad á saborear las delicias del fruto prohibido. Es bastante que sus miradas maternales sean emponzoñadas con la vista del espectáculo mas cruel y mas desgarrador, como las de Eva fueron encantadas por la vista mas agradable, mas deliciosa y mas seductora. Todo el horror y toda la amargura de los tormentos de su Hijo entrarán en su alma por sus miradas, así como toda la dulzura venenosa del fruto prohibido penetró en el corazon de Eva por sus ojos. Por consiguiente, sin experimentar en su cuerpo los ultrajes de la cruz, sentirá en su corazon todo el dolor, y será saciada y embriagada de él; lo que ella le vea sufrir, lo sufrirá con él; y sin estar en la cruz con él, será sin embargo crucificada por él.

De este modo es en efecto como María vá asociarse á la inmolaçion de Jesucristo y á participar de sus tormentos. El poder de la vista, decia S. Cipriano, la consideracion atenta del suplicio de su Hijo, será el instrumento cruel del martirio de esta tierna madre. Así es como ella cooperará á la obra de nuestra salvacion, así es como alcanzará de Jesucristo el mérito, y recibirá su recompensa, llegando á ser, por la vida que les dará, la madre afortunada de esos mismos hombres de quienes Eva por su orgullosa presuncion y su temeraria desobediencia, se hizo la madre infortunada, dándolos á luz para la muerte.

En tanto que el pueblo de Israel gemia en un duro cautiverio bajo la dominacion del rey de Egipto, Dios se manifestó á Moisés sobre el monte Sinai aun de

manera misteriosa. Este gran Profeta vé desde lejos una zarza devorada por una llama vivísima que la rodeaba y la quemaba incesantemente, sin consumirla. Sorprendido al ver un fenómeno tan extraordinario y tan singular, se dice á si mismo. Acerquémonos; y al momento se adelanta para contemplar mas de cerca esta grande y admirable vision. El se acerca pues á toda prisa; mas cuando llega al lugar del prodigio, la voz de un ser invisible le advierte que debe descalzarse por respeto, porque la tierra que pisa es santa y digna de veneracion. Este pasage es una figura y una profecia del misterio del Calvario. Los Padres y los intérpretes están acordes en ver en esta zarza que está rodeada de llamas, sin consumirse, el Verbo de Dios hecho hombre, porque así como la zarza es espinosa, áspera, vil y despreciable, así tambien la humanidad que tomó el Verbo eterno no fué la humanidad de Adán inocente, sino la de Adán culpable, sujeta á todas las miserias, á escepcion del pecado; pobre, humilde y sumisa, como dice Cornelio de la Piedra, al trabajo, á las tribulaciones y á los dolores. El fuego significa los dolores inmensos y los ultrajes sangrientos, de que debe ser víctima esta santa humanidad; porque nada es mas comun en la Escritura que emplear la figura del fuego para significar las tribulaciones, las persecuciones y los padecimientos. Mas este fuego de nuestros trabajos y de nuestras miserias de que se ha vestido Jesucristo, no solo no ha alterado su divinidad, sino que tampoco ha disuelto ni reducido á cenizas, su santa humanidad, como parecia que debia suceder naturalmente, porque el Santo de Dios, segun la profecia de David, no debia ver la corrupcion del Sepulcro. Su nacimiento como hombre no perjudica en nada la virginidad de su Madre; ni su muerte debia tampoco alterar en lo mas mínimo la integridad de su cuerpo. Jesus en el Calvario fué colocado en el foco de los

mas terribles tormentos; por consiguiente, prosigue el intérprete que acabamos de citar, el Verbo de Dios, que se deja oír en la zarza, es el mismo Verbo de Dios que está en la cruz. Esta vision, que Moisés llama con razon la GRAN VISION, es por consiguiente el espectáculo verdaderamente grande, el prodigio de los prodigios y la escena única de un Dios en la cruz por la salvacion del mundo. Y esto es tanto mas cierto cuanto que el lugar en que Jesucristo fué crucificado se llama, por un efecto de la voluntad divina, LA TIERRA DE LA VISION; porque en efecto el Calvario forma parte del monte Mória, en el que mandó Dios á Abraham sacrificar á su hijo Isaac, y fué indicado á este patriarca como la tierra de la vision por excelencia. De ahí nació, como nos lo advierte la Escritura, el proverbio que desde el tiempo de Abraham quedó entre los hebreos: DIOS VERÁ EN EL MONTE, proverbio, dice S. Gerónimo, que era á la vez una profecía y una súplica con que los Hebreos protestaban en sus penas y en sus aflicciones que el gran socorro debía venir del monte, y que la tierra de vision era tambien la tierra del socorro.

Mas si la vision misteriosa del Sináí es la figura de la vision mas misteriosa aun y mas augusta del Calvario, Moisés que se apresura á acercarse para considerar al Dios oculto en las llamas de la zarza, es la figura de María que se dispone á contemplar al Dios oculto en el seno de las humillaciones y de los tormentos atroces de la cruz.

Cuando la cohorte inhumana llega al Calvario, la vision inefable que tantos PROFETAS DE DIOS habian anunciado en el espacio de cuarenta siglos, comienza á esplicarse. Apresurémonos, dice entonces María á ser testigo de esta vision tan dolorosa y aflictiva para mí, como preciosa para el mundo; vision en la que todo es grande, porque el Dios de misericordia manifes-

tará al universo la grandeza de su amor, por la grandeza de sus sufrimientos y de sus oprobios.

María concurre á este espectáculo misterioso no solo por su propia voluntad, sino tambien porque el mismo Dios, como ya hemos dicho, la llama y quiere que asista á él, para hacerla depositaria de su última voluntad, y de sus designios de misericordia respecto á la Iglesia. De este mismo modo llamó Dios á Moisés á la vision del Sináí, para revelarle los designios de su bondad sobre el pueblo que habia elegido. El llama á María, él exige su presencia, dice Ricardo de S. Victor, para que asi como habia sido por su dureza un prodigio de virginidad y un modelo de vírgenes, fuese tambien por sus sufrimientos un prodigio de fortaleza y la reina de los mártires: y para que de este modo reuniese en sí el grado supremo de todos los privilegios, la belleza de la santidad de todos los santos, y fuese la primera en el mérito, asi como era la primera en dignidad, por ser su Madre. El la llama finalmente, dice el devoto Lasperg, y exige que esté presente, á fin de asociarse á todo cuanto iba á sufrir por los hombres, la que habia resuelto darles por Madre, y para que fuese en el Calvario la conductora del pueblo cristiano, como Moisés fué en el Sináí el conductor del pueblo hebreo.

Moisés no se aproxima á la zarza misteriosa, sino despues de haberse quitado por respeto el calzado, simbolo, dicen los intérpretes, de las pasiones humanas, de las afecciones terrenas y de los intereses temporales, de que debe despojarse el que quiera entrar á considerar los misterios de Dios. Del mismo modo María no se acerca al Calvario, tierra mucho mas santa y mas augusta, sino con un sentimiento profundo de religion, olvidando, por decirlo así, todos sus derechos y todos sus deberes de Madre de Jesucristo, para sostener la alta dignidad de coredentora, asi como Jesucristo pare-

ce que olvida los afectos y las obligaciones de Hijo de Maria para mostrarse solo como Redentor del mundo: y asi como Jesucristo en cualidad de tal no muere como los demas hijos, asi tampoco Maria se manifiesta en esta muerte como las demas madres.

Penetrada Maria de tales sentimientos dignos de la preseneia de un Hijo que tiene por Padre al mismo Dios, y el corazon de una Madre que tiene al mismo Dios por Hijo, se pone á considerar la grande y admirable vision que el amor de Dios y la perversidad de los hombres presentan á sus miradas maternales. Vision inefable y sublime, esclama San Agustin, vision en que la piedad es atormentada en lugar de la impiedad, vision en que la sabiduría es mofada en lugar de la necedad, en que la verdad es destruida en lugar de la mentira, en que la justicia es condenada en vez de la iniquidad, en que la misericordia es afligida en lugar de la crueldad, en que la sinceridad es saciada de vinagre, en que la dulzura es emponzoñada con hiel en vez de la miseria, y en que la inocencia es castigada por el crimen, y la misma vida muere en lugar de la muerte.

Acerquémonos con el pensamiento á Maria en el Calvario. Ella vá allí á contemplar los misterios y á tomar parte en los dolores de su Hijo. Nosotros por consiguiente debemos detenernos á considerar, con los misterios y los padecimientos del Hijo, los misterios y los dolores de la Madre. Porque, como ya hemos dicho, despues del espectáculo y la memoria de la agonía y de la muerte de Jesucristo, no hay espectáculo mas interesante, no hay recuerdo mas augusto ni mas digno de respeto, mas tierno ni mas devoto, dice S. Amadeo, que el de la magnanimidad con que el amor de Maria la hace sufrir por nosotros. (Véase la nota veintitres.)

CAPITULO VIII.

Es propia del amor que se llama amor de amistad trasformar, como observa Santo Tomás, la persona que ama en la persona amada, é identificarlas de tal modo que cada una de ellas mire los bienes y los males, los consuelos y las penas de la otra, como si fuesen propios. Nosotros nos movemos á compasion cuando vemos padecer á otro, y no cuando padecemos nosotros mismos; y el amor nos hace mirar á un padre ó á un amigo como á nosotros mismos, por consiguiente cuando él padece, nos compadecemos de él, experimentamos sus propios dolores, nos afligimos de sus males, y padecemos en él y con él.

Este sentimiento, que es comun á todos los que tienen un verdadero amor á otro, tiene tanta fuerza, tanta energía y tanta vehemencia en los padres, y particularmente en una madre respecto á su hijo, que no necesita experimentar sus males para sentir toda la pena. Le es bastante, dice Erasmo, conocerlos para ser mas atormentada y mas afligida que si ella misma los experimentase, y para sufrir en la persona de su hijo mas que sufre él mismo.

Ved esa muger que corre desconsolada detras de Jesucristo, lamentándose, llenando los aires de gemidos y de gritos, y pidiendo al Señor que tenga compasion y piedad de ella. En vano la turba la aleja, en vano los apóstoles la rechazan, y en vano Jesus, no solo no la recibe ni la atiende, sino que para poner su fé á una delicada prueba, fingé que la desprecia. Nada es capaz de desalentarla ni obligarla á callar; nada puede impedirle que implore su misericordia y su auxilio. Pero, qué es lo que quiere? Qué pretende? Qué espera?

Cuál es el mal que la aflige? Cuáles son las tribulaciones que la abaten? Ay! personalmente no tiene mal alguno; pero su hija única está poseida por el demonio que la maltrata y la atormentan con crueldad. Esto basta; el amor maternal hace de la desgracia de la hija la desgracia propia de la madre. La hija está poseida del demonio; pero la pena y el dolor de esta enfermedad corporar de la hija, la experimenta la madre mucho mas viva aun en su corazon. Nada pues habia mas natural que pedir misericordia para sí misma, al pedir la curacion de su hija. S. Isidoro de Pelusa añade que para un padre, y especialmente para una madre, es un suplicio mucho mas duro y mas cruel el de ver á los magistrados entregar su propio hijo á la muerte, que si fuesen entregados ellos mismos. Ved aquí por qué un uso constante y universal, dictado por la naturaleza y aprobado por la razon y la caridad, aleja á los padres, cuando la justicia humana castiga de muerte á sus hijos. El mismo Dios, para mostrar cuán respetados deben ser entre los hombres estos miramientos tan naturales, tan legítimos y tan sagrados, quiso que se observasen aun con los mismos animales. El prohibió, en efecto, con severidad que el animal que debia servir de víctima, fuese inmolado el mismo día que sus hijos, es decir á su vista, para no hacerle sufrir la muerte dos veces, en sí mismo y en sus hijos.

Por grande que fuese la avidez de Eva al contemplar, con placer, y por decirlo así, al devorar con una mirada de gula y con toda la vehemencia del deseo el fruto prohibido, sin embargo no pudo experimentar toda su funesta dulzura, sino despues de haber comido de ella, y haber hecho comer á su infortunado esposo. Maria por el contrario no necesita experimentar físicamente todos los dolores, todas las penas y las ignominias de Jesucristo para sentir toda su amargura. Ella es madre, y el amor materno, dice San Bernardo,

reproduce exactamente en su alma todas las angustias que la brutalidad de los verdugos y la atrocidad de los tormentos hacen sufrir al cuerpo de su Hijo. Quereis saber lo que sufre Maria en su pasion? Considerad, dice San Buenaventura, lo que Jesucristo sufre en la suya, porque lo que este sufre en sí, el amor hace que lo sufra aquella en él y con él. Oh! cuan afligido y desolado fué el corazon de esta tierna madre, este corazon en el que se renovó y se repitió de una manera inefable, ay! digámoslo con su propio nombre, la carnicería cruel que hicieron en los miembros delicados y en todo el cuerpo adorable de su Hijo!

De aquí nacen las magníficas imágenes y las bellas comparaciones á que recurren los Padres y los Doctores de la Iglesia para esplicar esta correspondencia fiel, esta armonía perfecta entre los tormentos del cuerpo immaculado de Jesucristo, y los dolores del tierno corazon de Maria. Si dos cítaras están en una armonía perfecta, basta tocar la una para que el sonido se reproduzca exactamente en la otra, por la vibración simpática y por la oscilación del aire. Tal es exatadamente, dice S. Gregorio Niseno, la misteriosa concordia y la dolorosa armonía con que los padecimientos del Hijo se repiten en el alma de la madre. Cuando se encuentra un eco fiel, se oye la voz y las palabras del hombre repetidas en la parte opuesta con una exacta fidelidad en el sonido y aun en las espresiones; de este mismo modo sucede, dice Arnaldo, que no recibe Jesucristo un golpe ni una sola herida, que por una triste y dolorosa reciprocidad, no se reproduzca en el corazon de Maria.

Todos los objetos colocados á la distancia proporcionada de un espejo de grandes dimensiones se copian exactamente en él con toda la perfección de la figura y de los colores. De este mismo modo, dice S. Lorenzo Justiniano, se repite la pasion de Jesucristo con to-

das sus circunstancias, toda su inhumanidad y su barbarie, en el corazón dulcísimo y purísimo de María.

Cuando un torrente furioso ha roto sus diques, ha abitado y derribado todo cuanto se oponía á su curso, se estiende por los campos; y cuando con la abundancia de sus aguas ha llenado todos los lugares mas bajos, se hincha, se eleva, inunda todos los contornos, y acaba por replegarse sobre sí mismo. De este mismo modo, dice S. Bernardo, este mar inmenso de amarguras, despues de haber inundado la santa humanidad de Jesucristo, se derrama fuera de él, inunda y sumerge en sus amargas ondas el alma de María, y despues de haberla saciado, vuelve con mayor impetuosidad sobre Jesucristo á quien aflige cada vez mas.

Y qué importa que María no se halle espuesta á los malos tratamientos y á los sangrientos ultrages que hicieron sufrir á Jesucristo en la casa de Pilatos? Lo que no ha sufrido ni ha visto en el Pretorio, lo conoce, lo vé y por consiguiente lo sufre en el Calvario.

Finalmente, esta Madre tierna y desolada llega al lugar del suplicio con su Hijo anhelante y abrumado bajo el enorme peso de la cruz. Ella se pone á contemplar de nuevo. Mas, ó vista cruel! O espectáculo desgarrador! O rostro divino cuya vista causa la alegría y la felicidad de los santos en el cielo! Dónde estan ahora aquella frente serena, aquellos ojos vivos, aquellas dulces miradas, aquellas facciones admirablemente perfectas, aquel matiz esplendente y celestial, aquel prodigio de belleza inesplicable, aquella maravillosa mezcla de magestad y de dulzura, de santidad y de gracia, que encantaba y cautivaba todas las miradas, que subyugaba todos los corazones, que tenia suspensas las almas en un éxtasis de amor divino, y en una fruición misteriosa y celestial? Ay! todo lo que se admiraba en él de dulce, de suave, de prodigioso y de divino, todo se ha eclipsado y se ha estinguido. Su

frente está pálida, su mirada está abatida, sus labios están cárdenos, sus megillas santas están manchadas de salivas y surcadas de heridas; su cabeza adorable está rodeada cruelmente de una corona de espinas muy agudas. Sus puntas ensangrentadas asoman al traves de la frente, de los ojos y de las sienes y manifiestan la horrible crueldad con que han sido clavadas, y los tormentos que han debido causar al abrirse paso por unas partes tan delicadas y tan sensibles, y el dolor horrible que deben producir las que han quedado ocultas en el cerebro. La sangre que ha salido de ellas se ha cuajado en el angusto rostro. Ya no queda vestigio alguno de sus divinos atractivos, ni de sus formas naturales para poderle conocer; ya no conserva siquiera la figura humana. O espectáculo á propósito para romper los corazones mas duros! O vista á propósito para inspirar la compasion y el dolor! Las mugeres piadosas que le acompañan no pueden sufrirla; en su amarga aflicción, solo con lágrimas procuran mitigar el dolor que experimentan.

Si la vista lastimosa de Jesucristo produce tal impresion en el corazón de los discípulos, cuál será la que produzca en el corazón amantísimo de María! Ay! qué emocion tan profunda no debe sentir María en el momento en que el Hijo y la Madre se encuentran cara á cara y se miran mutuamente! Que temblor se apodera de todo su cuerpo, qué revolucion tan inesplicable en su sangre, qué sensacion tan incomprensible de dolor en su alma! La imagen visible que Jesucristo, cuando caminaba al Calvario se habia dignado dejar de su santo rostro ensangrentado en el blanco lienzo de la Verónica, en recompensa de su religiosa compasion, es una figura de lo que obra entonces invisiblemente en el alma de María. En ella imprime, dice S. Amadeo, de una manera mucho mas espresiva, las facciones de su rostro en el estado lamentable en que

se encuentra. La palidez mortal, y la triste lividez, que se vé de repente pasar del rostro del Hijo al de la Madre, atestiguan que los dolores y las heridas de este rostro sagrado se reproducen en el corazón de María. El abad Ruperto añade que las agudas espinas con que vió María tan cruelmente taladrada la cabeza adorable de Jesucristo fueron las que mas laceraron su corazón, y mas vivamente lo traspasaron. Por esta razón, dicen los intérpretes, María es comparada en la Escritura á una rosa; porque en efecto, en medio de las espinas de los dolores de su Hijo, que la rodean, es cuando ella despliega los atractivos de un santo pudor, y esas llamas de caridad que la ponen sonrosada y encendida.

Mas ay! que sus ojos maternos están reservados para sufrir tormentos todavía mas crueles! A su presencia arrancan violentamente los verdugos á su Hijo sus vestidos pegados ya á sus heridas, las renuevan y desgarran hasta lo vivo del modo mas bárbaro. O compasión! ó dolor! María vé aquel cuerpo adorable que el Espíritu Santo habia formado de su sangre purísima. No está solamente herido; sino que es una llaga de los pies á la cabeza, sin haber en él parte alguna sana. Ella vé aquellas mismas heridas abiertas de nuevo, y en las marcas profundas de los azotes otras llagas mas hondas y mas profundas. Ella vé las carnes desgarradas, y colgando á pedazos de la piel, los nervios rotos, los huesos descubiertos, y por todo su cuerpo manando la sangre de sus multiplicadas heridas. O espectáculo desgarrador! ó espectáculo insufrible para el corazón de una madre! Entonces comprende todo el horror del suplicio inaudito, á que habían sido entregadas aquellas tiernas y delicadas carnes en los azotes, y por una conformidad misteriosa, experimenta todos sus tormentos, porque, como nos dice Arnaldo, á medida que esta trágica escena se presenta á su vis-

ta, descubre ella sucesivamente los crueles insultos hechos aquel cuerpo tan amado, y siente en su corazón una nueva herida. Toda la diferencia consiste, dice S. Bernardo, en que respecto á Jesucristo las llagas están diseminadas en todo el cuerpo, y respecto á María el amor maternal las recoge, las reúne y las imprime todas en el corazón.

Mas ya llegó el momento en que la hostia de Dios vá ser colocada en el altar para ser ofrecida en holocausto, Jesucristo vá á ser puesto en la cruz. Los verdugos lo empujan, y lo tienden insultándole amargamente, sobre el instrumento del suplicio; en él lo estienen con la ayuda de cuerdas y lo sujetan con enormes clavos; y su Madre oye con sus oídos el ruido terrible de los martillos, y el horroroso crugido de los huesos que se dislocan. Ella vé con sus ojos los ensangrentados vestidos arrojados con desprecio á sus pies y los duros clavos que por medio de hondas heridas se abren paso al través de los músculos y de los nervios rotos, y la sangre que sale á torrentes, que brota por todas partes y que la riega á ella misma. Ella en fin vé cumplirse por todas estas circunstancias la profecía que anunciaba que Jesucristo seria pisado y aprensado como la uva en el lagar, y que su sangre preciosa seria derramada hasta la última gota.

En seguida elevan el árbol de la cruz, depositario de una prenda tan amada, y lo dejan caer rudamente en el agujero que le está preparado; y María oye erugir los huesos á un choque tan violento; ella vé la dilatación de las llagas de los pies y de las manos; ella vé aquellas llagas rasgarse y alargarse; ella vé aquel cuerpo sagrado, santuario de la inocencia, tabernáculo de la divinidad y modelo de toda pureza, espuesto á la riza universal. A esta vista, dice S. Gerónimo, el amor maternal obra en María lo que el furor ciego de los Judíos ejecuta en la persona de Jesucristo; y todos

los golpes del martillo, todas las llagas y todos los clavos que desgarrán y dislocan los miembros santos, y todos los tormentos que despedazan la carne sagrada de su Hijo, los renueva y los reproduce este amor en el alma de María. Así pues este amor es para María, dice Arnobio, la espada que la hiere y el verdugo que la crucifica. Y S. Agustín añade que los clavos y la cruz fueron comunes á los dos, que el Hijo y la Madre fueron clavados en la misma cruz. Ah! dice S. Bernardo, no nos detengamos en las apariencias, sino penetremos en la realidad de las cosas. María estaba corporalmente al pie de la cruz, mas espiritualmente estaba en la cruz. María no se contenta con echar ciertas miradas fugitivas sobre esta escena de horror, de crueldad y de sangre; ella la contempla inmóvil; ella la considera en todos sus profundos detalles; ella la penetra con toda la vivacidad de la inteligencia mas ilustrada, y con todo el vigor de la imaginacion mas pura. Ella se coloca con el espíritu en la situacion lamentable de su Hijo; ella fija su pensamiento en los tormentos crueles de que es víctima su humanidad santa, y se los apropia; ella se los representa y se los pinta tan vivamente, que experimenta en cierto modo en todas las partes del suyo; ella siente la amargura de sus angustias como si las sufriese ella misma. Así es que su cabeza está atravesada de espinas, sus manos y sus pies taladrados con los clavos, todo su cuerpo cubierto de heridas y todos sus miembros heridos sobre el patíbulo de la cruz; así es que experimenta en cierto modo todo el ardor de la sed que le devora, y la amargura de la hiel que le emponzoña, las humillaciones que recibe por los insultos de los hombres y el dolor que le causa el abandono de su Padre. Así es que palidece con él, que se queja, que se agita cuando se acerca su última hora, que la agonía y la muerte

son comunes á los dos, y que dividen entre sí el instrumento del suplicio. Si no muere con él, no es para ella un consuelo, ni un alivio en sus penas; por el contrario, el tormento que sufre por esto es mucho mas cruel. En efecto puede decirse de María al pie de la cruz, lo que Alberto el Grande decia de Jesucristo en el huerto de las Olivas: que sufre un dolor tan agudo y tan intenso, que sin un milagro, hubiera sido mas que suficiente para causarle la muerte, sumergiendola en un oceano de tristeza. Ella hubiera querido mil veces, dice S. Bernardino de Sena, colocarse en lugar de su Hijo, sustituirle en la cruz y morir por él; mas no pudiendo una víctima puramente humana satisfacer á la justicia divina, no le era permitido morir en lugar de su Hijo; pero al menos deseaba ardientemente morir con él, y como dice Arnaldo, unir al sacrificio invisible de su corazon lleno de amor, el sacrificio visible de su carne purisima. Si pues ella no sufrió esa muerte que separa del cuerpo un alma que no quisiera abandonarlo, sufrió sin embargo esa que se llama *segunda muerte*, y que, como observa S. Agustín, retiene en un cuerpo, como á su pesar, un alma que queria separarse de él.

Este segundo género de muerte fué para María, añade S. Amadeo, mucho mas doloroso que si hubiera sufrido el primero en esta triste y penosa circunstancia; porque sentir todos los dolores de la muerte, y sin embargo no morir, es una cruel angustia, un dolor desgarrador, una desconsoladora agonía, y un fuego interior que atormenta, que abraza y consume; es una muerte peor que todas las muertes. María por consiguiente, dice S. Bernardo, vive y no vive, muere y no muere. Ella vive muriendo, ella muere viviendo. Ella muere de no poder morir, ella vive una vida mas penosa que la muerte. Muerte la mas misteriosa y la mas inefable despues de la de su Hijo! Jesús muere,

pero solo en el cuerpo; María muere, pero solo en el corazón. (Vease la nota veinticuatro.)

CAPITULO IX.

El martirio del tierno corazón de María no puede espresarse ni concebirse. S. Amadeo reconoce un milagro del poder divino en la actitud sublime de María asistiendo, como espectadora magnánima, á los tormentos y á la muerte de Jesucristo.

Es verdad que nada de lo que vé sufrir á su Hijo, es nuevo ni imprevisto. Ya hay treinta años que conoce clara y distintamente estos crueles tormentos y esta muerte dolorosa con sus mas pequeñas circunstancias; y durante este tiempo ha tenido fija en su espíritu la idea mas viva de ella, asi como ha tenido clavada constantemente en su corazón la espada profética. Mas la vista de la realidad causa en ella la conmoción mas violenta, renueva y le hace experimentar en un instante todos los dolores que experimentó en el discurso de tantos años. La herida cruel anunciada por Simeon se hace entonces mas ancha y mas profunda. Lo que su corazón presagiaba le parece mas espantoso que lo que habia podido preveer; el hecho es superior á su prevision; sus temores se han quedado inferiores á la realidad. La escena pues tiene todo el aspecto de la novedad. Su dolor tiene la impresion viva y punzante de la sorpresa. Parece pues que no hay pena alguna mayor que la que inunda su corazón: pero no es asi. El milagro de sus sufrimientos es inferior al milagro de su silencio y de su tranquilidad. En el templo no pidió razon ó esplicacion de la profecía; ni ahora en el Calvario hace oír una sola queja por su cumplimiento. Su temor entonces no fué inquieto,

ni ahora su dolor es impaciente. Su tranquilidad por lo pasado, y su resignacion por lo presente anuncian un alma de un temple sobrehumano, y digna tan solo de la Madre de Dios. Ved en María, dice el mismo Padre, cómo el continente de un pudor severo está embellecido y ennoblecido con el vigor de una constancia sobrehumana. Su aflicción llega á su colmo, y sin embargo ella no dá un solo gemido; sus padecimientos son sucesivos, y sin embargo su ánimo no se abate; ella está en pie, inmóvil, constante y sublime, con una grandeza de alma que sobrepuja á la grandeza de su dolor.

Gloria y honor al sexo femenino! añade S. Anselmo. En tanto que los hombres que son discípulos de Jesus, huyen vergonzosamente, esta muger fuerte, apesar de ser su Madre, permanece á pie firme junto á la cruz de su Hijo, y participa allí de todos sus tormentos. El prodigio del pudor virginal se muestra en ella unido al prodigio del valor. Su mismo Hijo, por cuyo amor padece, la sostiene y la fortifica con su fé. Su semblante no manifiesta señal alguna de impaciencia; sus labios no pronuncian una sola palabra de queja, de maldición ni de venganza. Su corazón está colmado de amargura, y su semblante está impasible. Su alma está inundada de tristeza, y sus ojos están enjutos. Maravillosa armonía de pudor y de fortaleza, de paciencia y de amor! La mas pura, la mas delicada y la mas tímida de todas las vírgenes es la mas paciente, la mas magnánima y la mas heroica de todas las mugeres.

De este modo la flaqueza de Eva en el paraíso terrenal debia encontrar un noble contraste en la fortaleza de María en el Calvario; asi como la sensualidad de Adán encuentra, no solo un contraste, sino un remedio en los agudos tormentos de Jesucristo. Adán no está solo al pie del árbol, para consumir el pecado; ni Jesucristo, tampoco está solo en la cruz en el momento en que satisfase por el pecado. Eva fué la cómplice,

pero solo en el cuerpo; María muere, pero solo en el corazón. (Vease la nota veinticuatro.)

CAPITULO IX.

El martirio del tierno corazón de María no puede espresarse ni concebirse. S. Amadeo reconoce un milagro del poder divino en la actitud sublime de María asistiendo, como espectadora magnánima, á los tormentos y á la muerte de Jesucristo.

Es verdad que nada de lo que vé sufrir á su Hijo, es nuevo ni imprevisto. Ya hay treinta años que conoce clara y distintamente estos crueles tormentos y esta muerte dolorosa con sus mas pequeñas circunstancias; y durante este tiempo ha tenido fija en su espíritu la idea mas viva de ella, asi como ha tenido clavada constantemente en su corazón la espada profética. Mas la vista de la realidad causa en ella la conmoción mas violenta, renueva y le hace experimentar en un instante todos los dolores que experimentó en el discurso de tantos años. La herida cruel anunciada por Simeon se hace entonces mas ancha y mas profunda. Lo que su corazón presagiaba le parece mas espantoso que lo que habia podido preveer; el hecho es superior á su prevision; sus temores se han quedado inferiores á la realidad. La escena pues tiene todo el aspecto de la novedad. Su dolor tiene la impresion viva y punzante de la sorpresa. Parece pues que no hay pena alguna mayor que la que inunda su corazón: pero no es asi. El milagro de sus sufrimientos es inferior al milagro de su silencio y de su tranquilidad. En el templo no pidió razon ó esplicacion de la profecía; ni ahora en el Calvario hace oír una sola queja por su cumplimiento. Su temor entonces no fué inquieto,

ni ahora su dolor es impaciente. Su tranquilidad por lo pasado, y su resignacion por lo presente anuncian un alma de un temple sobrehumano, y digna tan solo de la Madre de Dios. Ved en María, dice el mismo Padre, cómo el continente de un pudor severo está embellecido y ennoblecido con el vigor de una constancia sobrehumana. Su aflicción llega á su colmo, y sin embargo ella no dá un solo gemido; sus padecimientos son sucesivos, y sin embargo su ánimo no se abate; ella está en pie, inmóvil, constante y sublime, con una grandeza de alma que sobrepuja á la grandeza de su dolor.

Gloria y honor al sexo femenino! añade S. Anselmo. En tanto que los hombres que son discípulos de Jesus, huyen vergonzosamente, esta muger fuerte, apesar de ser su Madre, permanece á pie firme junto á la cruz de su Hijo, y participa allí de todos sus tormentos. El prodigio del pudor virginal se muestra en ella unido al prodigio del valor. Su mismo Hijo, por cuyo amor padece, la sostiene y la fortifica con su fé. Su semblante no manifiesta señal alguna de impaciencia; sus labios no pronuncian una sola palabra de queja, de maldición ni de venganza. Su corazón está colmado de amargura, y su semblante está impasible. Su alma está inundada de tristeza, y sus ojos están enjutos. Maravillosa armonía de pudor y de fortaleza, de paciencia y de amor! La mas pura, la mas delicada y la mas tímida de todas las vírgenes es la mas paciente, la mas magnánima y la mas heroica de todas las mugeres.

De este modo la flaqueza de Eva en el paraíso terrenal debia encontrar un noble contraste en la fortaleza de María en el Calvario; asi como la sensualidad de Adán encuentra, no solo un contraste, sino un remedio en los agudos tormentos de Jesucristo. Adán no está solo al pie del árbol, para consumir el pecado; ni Jesucristo, tampoco está solo en la cruz en el momento en que satisfase por el pecado. Eva fué la cómplice,

y la compañera del primero en su orgullo, en su sensualidad y en su placer; y María fué la compañera del segundo en sus padecimientos, en sus humillaciones y en sus dolores. Salmeron observa que entre la figura y el objeto figurado no hubo mas diferencia sino que en el Paraíso terrenal la muger fué la primera que se colocó al pie del árbol funesto, que cogió y comió la fruta que la emponzoñó y la dió la muerte; que ella fué quien la presentó al hombre, asociándolo así á su muerte y á su pecado; mientras que en el Calvario, el HOMBRE fué el primero que cogió y gustó el fruto amargo de la cruz, haciendo despues participante de él á la muger; así pues la culpa principió por la muger y el hombre tomó la iniciativa en la satisfaccion.

Eva habia podido pecar sin Adan, pero María no puede espiar el pecado sin Jesucristo. Jesucristo solo es Dios, solo es santo é inocente por su naturaleza y su esencia. Su sacrificio solo, sus padecimientos solo son de un valor infinito, y tiene la virtud de espiar las culpas de otros, sin tener nada que espiar en si mismo. La satisfaccion, pues, debia comenzar por aquel que por si solo era capaz de cumplirla. María se asocia á esta satisfaccion porque es necesario que al pie del árbol que nos salva se encuentre una muger con el HOMBRE nuevo, así como se encontraba una muger con el hombre viejo al pie del árbol que nos perdió.

Siendo pues llamada María á participar de los tormentos de su Hijo por un fin tan noble, desempeña el cargo que Dios le confia, de cooperar á nuestra redencion, con la misma firmeza que Eva manifestó en el cumplimiento del que le habia confiado el demonio, de cooperar á nuestra ruina. En vano procuran alejar á María. Cuanto mas la rechazan, tanto mas se acerca al árbol de la cruz. Ella no dirige sus miradas ni su pensamiento sino al tierno objeto que está pendiente de la cruz. Ella no cesa un solo instante de devorar

con avidez la amargura, que por medio de la vista inunda su corazon. Y así como Eva permanecia en pie, inmovil y atenta, con su espíritu y su corazon absortos en la contemplacion de aquel árbol que fué la causa de la catástrofe del mundo, así tambien, dice S. Ambrosio, María, con la vista fija é inmóvil como su persona, tiene su espíritu y su corazon absortos en Jesus crucificado. Con ojos religiosos y compasivos, recorre una á una todas las heridas, bebe hasta la última gota y se embriaga de sus dolores; despues los medita, los contempla y los aprueba, se complace en ellos y forma de ellos sus delicias; hace una ofrenda de ellos, conociendo que son la fuente inagotable de la gracia y los títulos auténticos de la redencion del mundo.

Cuando quitaron á Respha, esposa de Saul, los dos hijos que habia tenido de este principe, y los entregaron á los Gabaonitas para ser crucificados, no se dice que esta madre infortunada hiciese resistencia ni acusase el decreto cruel que la privaba de un modo tan bárbaro del fruto de sus entrañas, del báculo de su vejez. Solo se dice que cuando estas dos desgraciadas víctimas fueron crucificadas en el monte, en presencia del Señor, su madre desconsolada corrió al lugar del sacrificio, estendió sus vestidos de luto sobre una piedra y permaneció allí inmóvil al pie del patíbulo de donde pendian los objetos de su ternura, espectadora animosa de aquella horrible escena. Despues que recogió sus últimos suspiros, permaneció allí durante el estío, absorta en una tristeza profunda y un silencioso dolor, ocupada en guardar aquellos caros despojos y defenderlos de la voracidad de los animales.

Mas, qué pudo inspirar á aquella Madre infortunada una resignacion tan heróica y un dolor tan justo y tan profundo? Fué indudablemente el conocimiento que tenia de que el mismo Dios habia exigido aquellas víctimas para espiar la sangre derramada injustamente

por la raza cruel de Saul, y de que la muerte violenta de sus hijos inocentes seria la salvacion del pueblo, y pondria fin al hambre que por espacio de tres años desolaba el pais.

Y quién no conoce que esta lúgubre historia es una profecía muy clara del sacrificio de Jesucristo? El santo, el puro é inocente Hijo de María es inmolado para espiar los pecados de la raza de Adan, como los hijos inocentes de Respha fueron sacrificados por los delitos de la raza de Saul. Estos son crucificados en el monte de Gabáa en la presencia de Dios. Jesucristo es crucificado en el monte Calvario en la presencia del Padre celestial y por un decreto suyo. La muerte de los hijos de Respha debia poner fin al azote que desolaba á Israel; y la muerte del Hijo de María debia hacer cesar las calamidades que affligian á todos los pueblos, y reconciliar el cielo con la tierra. Respha se consuela de la pérdida de sus hijos al pensar en los beneficios que deben resultar de ella á su pueblo. María sufre con valor sobrehumano el suplicio de Jesucristo, pensando en los beneficios que van á resultar de él al mundo entero. La Escritura guarda silencio acerca de las demostraciones exteriores de dolor á que debió abandonarse naturalmente la madre de aquellos dos hombres en una circunstancia tan lamentable; y esto es sin duda para indicarnos que ninguna demostracion exterior de dolor debia alterar la resignacion perfecta de la Madre de Dios, y que ella debia asistir en persona á este gran sacrificio con la calma heroica que debe distinguir á un alma como la de María, profundamente sumisa á la voluntad de Dios, y á un corazon como el suyo penetrado de la caridad mas generosa por respeto á la vida espiritual de los hijos de los hombres.

Así pues, lejos de oponerse á la dolorosa crucifixion de Jesucristo, se une con la voluntad y con el

afecto á el amor del Padre que la ha decretado, y á la obediencia del Hijo que se somete á ella voluntariamente. Ella se une á esta crucifixion de una manera tan perfecta, dice S. Anselmo, que si fuera necesario, concurriria de un modo activo, presentaria ella misma los clavos, prepararia los martillos y ofreceria las cuerdas para atar á su Hijo al patíbulo, y colocar la víctima en la hoguera, como hizo Abrahan cuando se disponia á sacrificar á su hijo Isaac, segun veremos despues. Porque no puede imaginarse que una virtud como la de María, virtud que comienza donde acaba la de los santos, y que reúne en sí todo lo mas sublime y mas perfecto que se encuentra repartido entre todos los santos; no puede imaginarse, repito, que cuando se trata de inmolar á su propio Hijo, no tuviese la prontitud, la fortaleza y la grandeza de alma de Abrahan.

Santa Matilde añade que no solo estaban enjutos los ojos de María, y su fortaleza era invencible como la de Abrahan, sino que con una especie de satisfaccion, como convenia á la obediencia perfecta de la Madre de Dios, destinó su Hijo á la cruz, de acuerdo con el Padre Eterno, para que fuese inmolado por la salvacion del mundo. (*Vease la nota veinticinco*)

CAPITULO X.

LA muerte de un hijo único, decia un antiguo escritor, es un golpe tan violento, un dolor tan agudo y una herida tan cruel, que quita las fuerzas, abate el valor, desmiente la prudencia y eclipsa la reflexion. En una circunstancia tan desconsoladora, una imagen de profunda tristeza se eleva del fondo del corazon marchito por el dolor y suspende en cierto modo el ejercicio de la razon. El espíritu así turbado queda

sin guía abandonado á su propio dolor, y se busca en vano á sí mismo sin poderse encontrar. El no es ya dueño de dominar un sentimiento tan violento, ni de sostener una pérdida tan grande sin dejar conocer exteriormente su aflicción, lejos de poder mirarla con calma. Pues bien, jamás se vió un hijo único mas digno que Jesucristo, jamás se vió una madre mas tierna que María. Por esta razon, dice S. Bernardo, jamás la muerte de un hijo debió ser mas dolorosa ni mas desgarradora para el corazon de una madre. La vehemencia de su amor fué la medida de la vehemencia de su dolor; y como jamás existió un amor mas tierno, mas fuerte, ni mas vehemente, tampoco existió un dolor mas agudo, mas profundo ni mas intenso.

Pero á la impetuosidad de este amor á un hijo que es su Dios, siente María oponerse en su corazon otro amor no menos impetuoso y violento hácia los hijos de los hombres. Estos dos amores luchan en el corazon que los contiene, como los dos gemelos luchaban en el seno de Rebeca. Lo que un amor busca, el otro lo huye; lo que un amor pide, el otro lo aborrece. No se puede satisfacer al uno sin sacrificar al otro. Sus intereses son contrarios así como sus objetos son diversos. María no puede pedir la salvacion de los hombres sin querer la muerte de su Hijo; ni puede pedir la vida de su Hijo sin consentir en la perdición de los hombres. Querer la salvacion del mundo y la muerte de su Hijo, es una cosa muy dolorosa; querer la vida de su Hijo y la perdición del mundo, es una cosa muy cruel. Qué guerra! qué lucha! qué combate de dos amores vehementes en un mismo corazon.

La esposa de Isaac, no pudiendo ya sufrir la guerra que estos dos gemelos se hacian en su seno, se abandona á los gemidos, á los sollozos y á las lágrimas: Ah! decia ella, si yo me habia de ver reducida á este estado, si habia de costarme tan caro concebir hijos, cuán-

to mejor me hubiera sido no verme en estado de llegar á ser madre! Con cuanta mas razon no podia esclamar María de este modo: Ay! de qué me ha servido concebir el Verbo de Dios, si debia verle con mis propios ojos sufrir una muerte tan cruel? De qué me ha servido ser la mas dichosa de todas las mugeres, si debia verme la mas afligida y la mas desolada de todas las madres?

Pero no, si Rebeca instruida por un oráculo divino de que segun los decretos de la Providencia el mayor de sus hijos debia servir al menor; dió á aquel la preferencia en su amor. María por su parte sabe que Dios, como el mismo Jesucristo lo ha declarado, decretó que su hijo serviria á los hijos de los hombres, y seria sacrificado por su salvacion. Ella no se queja, ella no llora por la crueldad de su suerte; ella consiente en que el último de sus hijos se eleve sobre el primero; en que su propio Hijo por naturaleza sirva á los que solo lo son por adopcion y sea víctima por la salvacion de ellos. En su corazon presa del abatimiento, de la tristeza y de la division, el amor á la salvacion del mundo obtiene la preferencia sobre el amor de la vida de Jesucristo. Y este deseo de la salvacion del mundo adquiere sobre ella tal imperio, tal preponderancia y tal fuerza, que sobrepujando, por decirlo así, al deseo de la vida de Jesucristo, le hace sufrir, dice un santo Padre, la muerte de Jesucristo con una especie de gozo secreto, en consideracion á la salvacion de los hombres.

Pero la muerte de su Hijo no es un acontecimiento instantáneo; esta muerte ignominiosa y cruel es precedida de una agonía igualmente cruel y dolorosa. El cielo y la tierra parece que conspiran de comun acuerdo para amargar los últimos momentos del Hombre-Dios. Desde lo alto de la cruz, en la que Jesus esta bárbaramente clavado como en un patíbulo cruel, en medio de los tormentos mas atroces, de las angustias

interiores mas desgarradoras, eleva hácia el cielo la voz de su afliccion y el grito de su dolor, como para pedirle un consuelo que la tierra le niega. Ay! Padre santo, justo y misericordioso, vos no reconocéis ya á vuestro Hijo! Por otra parte el infierno desplega contra el Señor crucificado todo su furor: Escribas y Fariseos, pueblo y magistrados, Judíos y Romanos, todos se recrean cruelmente en esta escena de dolor; y en los arrebatos de su odio ciego y de su gozo feroz, prorrumpen en blasfemias afrentosas, en provocaciones insolentes y en burlas amargas, despechados de ver que la mansedumbre de Jesucristo es mayor que la barbarie de ellos, que por lo mismo no tiene límites, y de que él es mas pasiente para sufrir, que ellos, inhumanos y bárbaros para atormentarle. Maria, que se encuentra allí, oye los sangrientos ultrages y los insultos sacrilegos que hacen á un Dios que es su Hijo, y á un Hijo que es su Dios.

Al través de la pálida luz que los astros medio apagados dejan descender sobre la tierra deicida, contempla ella aquel cuerpo sagrado cubierto de llagas, débil, y sin fuerzas, desfigurado por los tormentos y atravesado con los clavos; ella vé sus labios cárdenos, sus mejillas descoloridas, sus ojos apagados y cargados por el sueño de la muerte, y la sangre que mana lentamente de sus heridas. Ella escucha el lánguido sonido de su voz moribunda, los tristes gemidos, los hondos suspiros de su santa humanidad desolada, y á punto de entregar en medio de los tormentos su alma sumergida en el dolor y la afliccion. Y Maria siente á su vez que el amor reproduce y repite en el fondo de su corazon las angustias interiores que abaten el espíritu y los tormentos atroces que desgarran los delicados miembros de Jesus. Así lo piensan la mayor parte de los Padres con S. Bernardo.

Sin embargo, ella no vuelve el rostro, ella no aparta

la vista de esta escena trágica, de este objeto de dolor; pero hecha superior á sí misma, dice un intérprete, manifiesta en la actitud firme, magestuosa é inmóvil de su persona, toda la elevacion y la nobleza de su alma, y se eleva hasta Dios. Colocada entre la admiracion y el dolor, entre la compasion y el amor, permanece absorta en la contemplacion del gran misterio de la bondad de un Dios crucificado por la salvacion del hombre.

La vista de un hijo, y de un hijo tal, agonizando, sumergido en un océano de oprobios, de amarguras y de tormentos es dolorosa, es cruel, es insoportable para una madre. Mas la religiosa atencion de esta madre se fija mas bien en el fin á que se dirige el sacrificio de su hijo, que en el rigor de los medios que se emplean para llevarlo á efecto; y las ventajas inmensas que deben resultar de él al género humano cuasi le hacen olvidar los agudos dolores que ella misma siente, y complacerse en ellos.

Entretanto S. Juan gime, la Magdalena se deshace en lágrimas; aquél tiene el corazon de un discípulo y esta el de una hija. Maria tiene el corazon de una madre, pero ella es Madre de Dios, y por consiguiente sostendrá con honor esta dignidad tan sublime. Ella ama á Jesus como á su hijo, pero le ama mucho mas como á su Dios. Ella le ama como él quiere ser amado. El Padre y el Hijo no solo son el objeto, sino tambien la regla y el modelo de su amor. Su amor es ciertamente el mas natural, el mas legítimo, el mas vivo y el mas ardiente, pero tambien es el mas puro y el mas elevado de todos los amores; él está ennoblecido por la santidad y la magestad del principio de donde procede; él está marcado con el sello de la divinidad del Padre de quien ella es hija, de la divinidad del Hijo de quien ella es madre; y por lo mismo es en todo conforme al uno y al otro. Su amor por consiguiente rehusa mani-

festarse en el exterior por medio de los gemidos y consolarse por medio de las lágrimas; él domina y hace callar todos los sentimientos naturales en consideración á las disposiciones sobrenaturales.

Ademas, en tanto que todas las criaturas gimen á vista de los insultos y de los tormentos que sufre el Criador, en tanto que la naturaleza turbada y consternada suspende el curso de sus leyes y amenaza volver á la nada, en tanto que el sol mismo horrorizado se oscurece en medio del día, y reusa alumbrar un crimen tan enorme; en medio del luto general y del trastorno universal, sola María, absorta mas bien en la consideración de la caridad divina cuyo ejemplo tiene á la vista, que en el acontecimiento trágico que la priva de su Hijo, asiste inmóvil á este espectáculo desgarrador, en una actitud magestuosa, con una tranquilidad heroica y una resignación perfecta. En medio de tantas angustias como inundan su corazón, permanece en una actitud tan magestuosa, en un recogimiento tan profundo, en un silencio tan religioso, que deja estupefactos á todos cuantos saben que ella es la madre del hombre que muere enclavado en la cruz.

Pero si sus lábios guardan silencio, no sucede lo mismo á su corazón. A medida que la muerte de su Hijo se aproxima, la intensidad de su dolor se aumenta, pero con su dolor crece también su amor. Cuanto mas sensible es para ella el sacrificio de su Hijo, tanto mas ardientemente desea que se consume; y cuanto mas profundamente es herido su corazón, tanto mas inflamado está de amor. En medio de las llamas y de los accesos de la caridad santa, de la caridad celestial que del corazón mismo de Dios desciende al alma de María, se vuelve ella al Padre celestial, y le dice: Padre justo, Padre misericordioso y clemente, no mireis lo que yo sufro. Yo soy madre, es verdad, y vos sabeis la guerra que mi amor hace dentro de mi cora-

zón; pero, no sois vos igualmente su Padre? El es el fruto de mis entrañas; pero, no es también la imagen de vuestra sustancia? Mi sangre corre por sus venas; pero no están también en él todas vuestras perfecciones? Yo le amo como á mi querido hijo; pero, no le amais vos también como á vuestro hijo predilecto? Sin embargo vos lo abandonais; pues bien! yo le abandono también! vos no le perdonais yo tampoco le perdono. Vos le condenais yo le condeno también. Si, que mi Hijo quede en la cruz, que permanezca enclavado en ella, supuesto que vos lo queréis, hasta que haya exhalado el último suspiro, á fin de que os satisfaga, os obedezca y salve á los hombres.

Ved aquí pues que el mismo grito de muerte contra Jesús inocente se eleva, no solo del corazón lleno de rabia y de furor de los fariseos, sino del corazón lleno de ternura y de amor de María! Mas este grito, que por parte de los enemigos de Jesucristo es el grito de un furor infernal, por parte de su Madre santísima es el grito de una misericordia celestial. Aquellos piden la muerte de Jesús, por odio á Jesús; y esta pide también la muerte de Jesús, pero es por amor á los hombres. Este grito de muerte es para sus autores el crimen enorme que los pierde; y en María es el gran acto de misericordia que nos salva.

Ay! en el Calvario todo es grande, sublime magestuoso, inefable y digno del Dios que se inmola! Por una parte el Cordero de Dios puro y sin mancha, conservando toda su mansedumbre divina aun bajo la mano despiadada que le sacrifica, pide que su muerte sea útil á los mismos que se la dan; se ofrece él mismo en holocausto perfecto á la justicia de Dios por la salvación del mundo; y para dar á su ofrenda un valor infinito, la acompaña con la elevación de sus manos, con el insendio de su corazón, del cual se elevan hácia el cielo, como un perfume delicioso,

los más tiernos suspiros de amor, con exclamaciones misteriosas, con lágrimas y con un respeto profundo.

Por otra parte el Padre Eterno no solo se halla presente de una manera especial en el Calvario, según la expresión de S. Pablo, sino que está en el mismo Jesucristo, aceptando el sacrificio de los siglos que le ofrece su propio Hijo, y reconciliándose en consideración á él con el mundo. El Padre Eterno perdona los pecados del mundo por la gran satisfacción que recibe de Jesucristo, y con una pluma mojada en la sangre de su Hijo, borra la sentencia formidable que nos condenaba á perecer.

Parece que despues de lo dicho nada hay que añadir á un cuadro tan sublime, sino el misterio que representa. Sin embargo no es así, dice S. Ambrosio; despues del espectáculo de un Dios que espia los pecados del mundo y de un Dios que los perdona, hay todavía una cosa que puede escitar nuestra religiosa admiracion y enternecernos; á saber, el espectáculo de la actitud y de los sentimientos sublimes con que su Madre asiste á este misterio y toma parte en él. María, colocada entre estos dos personajes; se asocia á los sentimientos de uno y otro; ella confirma, aprueba y suscribe, ella coopera y contribuye á todo cuanto el uno y el otro hacen por nuestra salvacion. Ella toma al hijo por regla de su obediencia, y en él y con él se somete á los decretos rigurosos del Padre. Ella toma al Padre por regla de su caridad, y en él y con él condena y abandona al Hijo por la salvacion del mundo.

Nosotros tenemos tambien en el libro tercero de los Reyes una figura de la generosidad de alma, del valor sublime con que la Madre de Dios sufre unos dolores tan agudos, y se priva voluntariamente de su Hijo por nuestra salvacion.

Dos mugeres se presentan un dia ante el rey Salo-

mon, disputándose un niño que cada una de ellas dice que es su hijo. Qué hace el sábio monarca para saber cuál de estas dos mugeres es la verdadera madre del niño que se disputan? El manda que se le lleve un cuchillo, y que allí en presencia de las dos rivales se parta el niño por medio y se dé la mitad á cada una de ellas. Es muy justo, responde entonces una de las dos mugeres; es muy justo que se divida este niño que es la causa de nuestra disputa, y que ni una ni otra tengamos la satisfaccion de poseerle. Así pensaba, así hablaba aquella á quien no pertenecía el niño. Mas por el contrario la que era su verdadera madre, la que estaba cierta de haberle dado el ser, pensaba y hablaba de diferente modo. A vista del verdugo que coge al niño por un pie, desenvaina su cimitarra y se pone en actitud de ejecutar la sentencia; al ver brillar el hierro mortífero que debe quitar la vida al fruto de sus entrañas, siente anticipadamente en su corazon el golpe que vá á herir el cuerpo de su hijo; la vista de la ejecucion de esta sentencia en el inocente niño debe hacerla sufrir mucho mas que al mismo que ha de ser víctima de ella. Ella siente su alma traspasada, toda su sangre agitada por el dolor, y sus entrañas conmovidas por la compasion; y en un arrebato de ternura maternal, se levanta para detener el brazo del ejecutor. Nó, nó, esclama; no, por piedad; no seáis tan bárbaro que asesineis á mi hijo; dadlo mas bien á la otra muger; yo consiento en ello. Yo quiero mas bien verme privada de él, que verle morir en mi presencia. Muger generosa, prosigue entonces el rey, vuestra ternura manifiesta que vos sois la verdadera madre de ese niño. Llevárosle pues, y vivid feliz por haber sido dos veces su madre, porque primero lo engendrasteis con vuestra sangre; y ahora acaba vuestra generosidad de librarlo de la muerte.

Este pasage tan tierno y tan patético es la figura de

un misterio todavía mas tierno que María consume al pie de la cruz, y del título sagrado en cuya virtud se hace nuestra madre.

Esta muger generosa cede voluntariamente su propio hijo á la envidia de su injusta rival; y María cede tambien voluntariamente el suyo, al odio de los Judíos, por la salvacion de los pecadores. Asociándose á los sentimientos generosos de Dios Padre, esclama al pie de la cruz: Padre celestial, yo consiento en que mi Hijo sea entregado al género humano, enemigo nuestro. La muger del tiempo de Salomon cede á la inícuca pretension de su rival para salvar la vida á su propio hijo; María por el contrario consiente en la muerte de su propio Hijo, para dar la vida á los injustos que la reclaman. La una dice: *Dad el niño á la que lo pide; nas no le mateis.* María dice: *Haced morir á Jesucristo, y dadle á los que tienen necesidad de él.* La una salvó á su hijo cediéndolo; y este mismo hijo, y no la rival, fué quien cogió el fruto de la generosidad de su madre. María, al ceder á Jesucristo, lo entregó á la cruz y á la muerte; y nosotros los pecadores, y no su hijo; somos los que hemos cogido el fruto de la generosidad de su ofrenda. En la figura, la madre no tiene mas que un hijo; en lo figurado, María tiene dos, Jesucristo, su hijo segun la naturaleza, á quien ella concibió de su sustancia, y los hombres, sus hijos adoptivos, á quienes ella ha engendrado por su amor. Aquella ejecuta en su hijo único dos actos de amor maternal; ella se priva de él y le salva, ella lo cede y lo recobra. María ejecuta sobre dos objetos diferentes estos actos del maternal afecto; ella se priva del uno por salvar al otro, ella cede el uno á la muerte por volver á la vida el otro. Finalmente, aquella muger afortunada, por la cesion generosa que hizo de su hijo para no verle morir, fué reconocida y proclamada su verdadera madre; y María, por el acto generoso que ejecuta al dar un

hijo por salvar de la muerte al otro, es igualmente reconocida y proclamada nuestra verdadera madre. Y en efecto, asi como Salomon, á vista de la heroica generosidad de aquella muger, le dice: recibid este niño vivo; se conoce bien que es vuestro hijo, asi tambien, el verdadero Salomon, desde lo alto de su cruz, como desde su trono y su tribunal, dice á María: Muger, recibid en la persona de Juan á todos los hombres por hijos; en el precio que habeis dado para adquirirlos, se conoce bien que los amais mucho y que son vuestros verdaderos hijos. Espada formidable de la justicia divina, pronta á descargar sobre nosotros el último golpe, suspendeos! Divino juez, revocad por favor la sentencia que vuestra justicia habia pronunciado contra nosotros. Escuchad las tiernas súplicas de nuestra madre que os lo suplica encarecidamente. Vedla como al presenciar la muerte de su hijo único, se inmola en él y con él, y nos dá ese hijo por precio de nuestra salvacion.

Apaciguada con esta permuta, satisfecha con esta ofrenda, perdonadnos para siempre, confiadnos, vivos con la vida de la gracia, al amor maternal de María, que con tantas penas como ha sufrido, ha manifestado que ella era nuestra verdadera madre. (*Vease la nota veintiseis.*)

CAPITULO XI.

No podrá jamás admirarse suficientemente la magnanimidad y la tierna y profunda conmiseracion de María sobre la triste suerte de los hijos de los hombres. Estos sentimientos obligaron á esta madre de bondad á consentir generosamente en la inmolacion del Hijo de sus entrañas, para la redencion de los hijos de su

un misterio todavía mas tierno que María consume al pie de la cruz, y del título sagrado en cuya virtud se hace nuestra madre.

Esta muger generosa cede voluntariamente su propio hijo á la envidia de su injusta rival; y María cede tambien voluntariamente el suyo, al odio de los Judíos, por la salvacion de los pecadores. Asociándose á los sentimientos generosos de Dios Padre, esclama al pie de la cruz: Padre celestial, yo consiento en que mi Hijo sea entregado al género humano, enemigo nuestro. La muger del tiempo de Salomon cede á la inícuca pretension de su rival para salvar la vida á su propio hijo; María por el contrario consiente en la muerte de su propio Hijo, para dar la vida á los injustos que la reclaman. La una dice: *Dad el niño á la que lo pide; nas no le mateis.* María dice: *Haced morir á Jesucristo, y dadle á los que tienen necesidad de él.* La una salvó á su hijo cediéndolo; y este mismo hijo, y no la rival, fué quien cogió el fruto de la generosidad de su madre. María, al ceder á Jesucristo, lo entregó á la cruz y á la muerte; y nosotros los pecadores, y no su hijo; somos los que hemos cogido el fruto de la generosidad de su ofrenda. En la figura, la madre no tiene mas que un hijo; en lo figurado, María tiene dos, Jesucristo, su hijo segun la naturaleza, á quien ella concibió de su sustancia, y los hombres, sus hijos adoptivos, á quienes ella ha engendrado por su amor. Aquella ejecuta en su hijo único dos actos de amor maternal; ella se priva de él y le salva, ella lo cede y lo recobra. María ejecuta sobre dos objetos diferentes estos actos del maternal afecto; ella se priva del uno por salvar al otro, ella cede el uno á la muerte por volver á la vida el otro. Finalmente, aquella muger afortunada, por la cesion generosa que hizo de su hijo para no verle morir, fué reconocida y proclamada su verdadera madre; y María, por el acto generoso que ejecuta al dar un

hijo por salvar de la muerte al otro, es igualmente reconocida y proclamada nuestra verdadera madre. Y en efecto, asi como Salomon, á vista de la heroica generosidad de aquella muger, le dice: recibid este niño vivo; se conoce bien que es vuestro hijo, asi tambien, el verdadero Salomon, desde lo alto de su cruz, como desde su trono y su tribunal, dice á María: Muger, recibid en la persona de Juan á todos los hombres por hijos; en el precio que habeis dado para adquirirlos, se conoce bien que los amais mucho y que son vuestros verdaderos hijos. Espada formidable de la justicia divina, pronta á descargar sobre nosotros el último golpe, suspendeos! Divino juez, revocad por favor la sentencia que vuestra justicia habia pronunciado contra nosotros. Escuchad las tiernas súplicas de nuestra madre que os lo suplica encarecidamente. Vedla como al presenciar la muerte de su hijo único, se inmola en él y con él, y nos dá ese hijo por precio de nuestra salvacion.

Apaciguada con esta permuta, satisfecha con esta ofrenda, perdonadnos para siempre, confiadnos, vivos con la vida de la gracia, al amor maternal de María, que con tantas penas como ha sufrido, ha manifestado que ella era nuestra verdadera madre. (*Vease la nota veintiseis.*)

CAPITULO XI.

No podrá jamás admirarse suficientemente la magnanimidad y la tierna y profunda conmiseracion de María sobre la triste suerte de los hijos de los hombres. Estos sentimientos obligaron á esta madre de bondad á consentir generosamente en la inmolation del Hijo de sus entrañas, para la redencion de los hijos de su

corazon. No debe pues parecernos extraño ni inconducente que S. Buenaventura, como ya hemos dicho; aplique á María las palabras admirables que S. Pablo escribió con relacion al Padre Eterno; á saber, QUE NO PERDONÓ Á SU HIJO UNICO, SINO QUE LO SACRIFICÓ POR LA SALVACION DE TODOS. Hay ciertamente una diferencia inmensa, una distancia infinita entre el amor de Dios á los hombres y el amor de María; los dos sin embargo tienen un mismo principio y un mismo fin, supuesto que habiendo penetrado el corazon de María, como hemos dicho, la misma caridad que habia movido al Padre Eterno, la obligó á ejecutar este acto de una bondad inaudita é incomprendible.

Pero, no sin misterio en el pasage de S. Pablo, que S. Buenaventura aplica con tanta razon á María, hablando el Apóstol del exceso de caridad que obligó á Dios Padre al sacrificar á Jesucristo por nuestra salvacion, se valió de estas espresiones: NO PERDONÓ Á SU PROPIO HIJO. Estas espresiones tan enérgicas y tan tiernas al mismo tiempo, son las mismas que la Escritura usa hablando de Abraham despues del sacrificio de Isaac; en efecto, á este santo Patriarca se dijo: TU NO HAS PERDONADO Á TU HIJO UNICO. Por consiguiente, al decir el Apóstol de Dios Padre lo que se dijo de Abraham, quiso darnos á entender que entre estas ofrendas, entre estos dos sacrificios existe una union y una relacion de sentimientos, asi como hay en ellos una semejanza de espresiones; que el uno es la profecía, y el otro la realidad; el uno la imagen, y el otro el prototipo; el uno la copia, y el otro el original; y que el sacrificio de Isaac es la figura del sacrificio de Jesucristo.

Y si Isaac sacrificado es la verdadera figura de Jesucristo, Abraham que le sacrifica es la figura verdadera de María. Aunque las palabras de S. Pablo sean alusivas directamente al Padre Eterno que parece figura-

do por Abraham, sin embargo, supuesto que María estuvo, como hemos visto, perfectamente unida con el deseo, con la voluntad y con el amor al Padre celestial en la donacion que quisieron hacernos de su propio Hijo; y supuesto que esta noble criatura es como el representante, y el vicario de Dios Padre, y que obra en la tierra de una manera visible lo que él quiere y obra invisiblemente, en el cielo, no es dudoso que en Abraham que no perdonó á su propio hijo, debemos reconocer no solo la figura de la generosidad invisible del corazon de Dios, sino tambien la de la generosidad visible del corazon de María. Además, supuesto que en el sacrificio de Abraham se trata de su obediencia, de su fé, y de su prontitud en escuchar la voz de Dios, y que esto no es cierto literalmente sino en María, Abraham tiene por consiguiente mas puntos de semejanza con esta Madre generosa, y es con respecto á ella la figura mas espresiva y mas verdadera. Examinemos pues en sus circunstancias particulares esta bella figura, esta luminosa profecía, y veamos como se encuentra en ella indicado no solo el mérito de María en la ofrenda é inmolacion de su Hijo, para conformarse á los designios y á la voluntad de Dios, sino tambien su recompensa, supuesto que por este mérito se hizo nuestra Madre; y admiremos como, dos mil años antes de cumplirse el misterio que hemos explicado, se encuentra en ella espreso, y cuasi divinamente retratado.

Dios dice en efecto á Abraham: Toma á tu hijo Isaac á quien amas, vé con él á la tierra de la vision; y allí sacrifícamelo en holocausto perfecto sobre uno de los montes que yo te mostraré. Cada palabra de esta orden severa espresa, como observa S. Ambrosio, una circunstancia nueva que debe hacerle mas difícil y mas doloroso el sacrificio exigido á este tierno padre y pone su obediencia á una terrible prueba, porque pone su corazon en un tormento cruel. Se exige de él que

sacrifique, no á una persona cualquiera, sino á su propio hijo; no á un hijo cualquiera, sino el que mas ama y de quien es mas amado. Esto no es suficiente aun; no se pide á Ismael, sino á Isaac; no al hijo de la esclava sino al de la muger libre; no al hijo de la naturaleza, sino al de la promesa; no al hijo de la condescendencia, sino al del mérito; al hijo que Abraham ha tenido milagrosamente de Sara, de quien no puede esperar tener otro; por consiguiente á su primogénito; á su hijo único.

No solo se exige que un padre quite la vida por sí mismo á su propio hijo, sino tambien que lo ofrezca en sacrificio: es decir, que despues de haber visto con sus propios ojos espirar al hijo á quien haya degollado con su misma mano, le vea tambien consumido por el fuego, y que asista á toda esta lúgubre ceremonia, hasta tanto que el holocausto esté enteramente consumado. Mandamiento terrible, prueba delicada, precio funesto! dice San Amadeo. El espíritu de Abraham se turba, sus entrañas se conmueven, y su corazon se hiela de espanto. Sin embargo, su fé no cede á una prueba tan dura, su obediencia á Dios no se desmiente, ni su fortaleza vacila. El siente todo el dolor del sacrificio, pero no le rehusa; quanto mas duro es el mandato, tanto mas pronta es la obediencia.

En el templo dá Dios igualmente á Maria una orden semejante por boca de Simeon. Los decretos de Dios le dice este, destinan á vuestro hijo que veis aquí á la contradiccion y á la muerte. Vos misma, ó Madre! vos debéis criarle para este fin doloroso, vos debéis acompañarle al sacrificio, vos debéis ser la espectadora de su muerte, y el cuchillo que le arrancará la vida, atravesará vuestro corazon con un agudo dolor. Sin embargo, á una noticia tan sensible para el corazon de una tierna madre, Maria inclina su frente, se resigna, se somete, y principia á mirar á su hijo

como una víctima, y lo educa solo para el Calvario.

Desde el momento en que se mandò el sacrificio de Abraham hasta el de su ejecucion pasaron tres dias. Por espacio de estos tres dias, la imaginacion de Abraham retrocede continuamente espantada ante el pensamiento de que muy pronto vá á verse privado de una vida tan preciosa, de un objeto tan amado. Isaac morirá en un momento sobre el altar; pero Abraham muere á cada momento en su corazon. El no puede mirarle, ni pensar en él sin sentir su corazon desgarrado por la consideracion de que él mismo debe dar la muerte al hijo á quien dió la vida. Treinta y tres años pasaron desde la prediccion hecha solemnemente á Maria del sacrificio de Jesucristo, hasta su consumacion; y durante todo este tiempo el corazon de Maria está herido incesantemente por la espada de dolor que debe un dia, al inmolar al Hijo, atravesar tambien á Maria.

El dolor de Abraham crece á medida que vé acercarse el momento fatal en que debe poner fin á la vida de Isaac. Mas este acrecentamiento de dolor no hace otra cosa que aumentar la docilidad de su voluntad y la generosidad de su obediencia. Quanto mas afligido se siente, mas prisa se dá á cortar la leña y hacer por sí mismo los tristes preparativos del sacrificio.

El martirio de Maria se hace cada vez mas intenso, á medida que Jesucristo crece en edad y se aproxima al Calvario. Mas el deseo de ver consumado quanto antes el holocausto de su hijo se hace tanto mas vivo de dia en dia, quanto mas agudo se hace su dolor. Durante la gloriosa predicacion de Jesucristo, permanece oculta en Nazaret, mas cuando su hijo vá á Jerusalem, para ser allí crucificado, abandona su casa y su soledad, y camina en pos de él para no abandonarle hasta despues de haberle visto ofrecido en el altar de la cruz á la justicia de Dios, por la salvacion del mundo.

Cuanto mas se profundiza en esta figura misteriosa, mas luminosos se hacen los rasgos de semejanza con el objeto figurado. Y cómo es posible acordarse de Isaac llevando sobre sus hombros la leña sobre que debe ser colocado, sin pensar en Jesucristo llevando tambien sobre sus hombros el leño de la cruz al que debe ser enclavado? Cómo es posible acordarse de Abrahan que, lleno de fé, aunque inundado de amargura, sigue a su hijo encorvado bajo el peso de la leña y acercándose lentamente á la cumbre del monte Mória, sin pensar en María que penetrada de la idea de los misterios mas sublimes y sumergida en su dolor; triste y animosa, sensible y fuerte, resignada y llorosa, sigue á su hijo abrumado bajo el peso de su cruz y subiendo con mucho trabajo á la cumbre del Calvario? Qué mas puede decirse? El lugar de los dos sacrificios es el mismo, porque el monte Mória indicado á Abrahan para la inmolation de Isaac es una basta montaña dividida en colinas, una de las cuales es precisamente el Calvario, lugar indicado á María para la crucifixion de Jesucristo. Este es tambien el lugar, y sea dicho de paso, en el que segun la tradicion constante de los Hebreos, Abel, Noé y Melquicedec ofrecieron sacrificios á Dios. Cada uno de estos sacrificios, incluso el de Abrahan, espresaba uno de los diversos caracteres que debia reunir en sí el sacrificio de Jesucristo, término, fin último y perfecto de todos los sacrificios. Estos caracteres principales son cuatro. El primero, que este sacrificio debia ser mandado por su Padre y consumado en presencia de su Madre; y esta circunstancia está espresada en el sacrificio de Isaac. El segundo, que debia ser ofrecido voluntariamente por el mismo Jesucristo, sacerdote de su víctima, y víctima de su sacerdocio; esta circunstancia se haya indicada en el sacrificio de Melquicedec. El tercero, que debia consumarse por la envidia de los Judíos sus hermanos,

y esta circunstancia está figurada en Abel. El cuarto, en fin, que debia ser ofrecido por la reconciliacion del cielo con la tierra, del hombre con Dios; y esta circunstancia se haya simbolizada en Noé. Colina preciosa, santa y misteriosa, santificada por los sacrificios mas sublimes de los hijos de los hombres, y finalmente por el sacrificio por excelencia, que es el del mismo Hijo de Dios! Quiera Dios que mis ojos estén siempre fijos en tí, y que mi corazon esté siempre unido á tí, supuesto que de tí nació un dia la gracia que se esparció por el mundo, y que de tí espero tambien mi salvacion y los auxilios para conseguirla.

La Escritura refiere que Abrahan acompañaba á su víctima, llevando en una mano el cuchillo que debia inmolarla, y en la otra el fuego que debia consumirla. Pues bien, el cuchillo que hiere á Jesucristo y le dá la muerte, es su obediencia, y el fuego que le consume es su amor á los hombres; y estos instrumentos misteriosos del sacrificio de Jesucristo los lleva María, por decirlo así, en sus manos; pues que representando de una manera visible á su Padre invisible; aprobando con su presencia, ratificando con su autoridad materna, y secundando este sacrificio con toda la fuerza de sus santos y sublimes trasportes; acompañando á Jesucristo para cooperar á la salvacion de los hombres; manifiesta María y hace públicos y solemnes los dos grandes sentimientos de obediencia y de amor á los que Jesucristo se sacrifica voluntariamente.

Habiendo llegado Isaac al lugar del sacrificio, oye de su padre que él mismo debe servir de víctima. Sin embargo, él no se queja, él no lo repugna ni lo rehusa; verdadera figura por lo mismo de aquel que aceptó con una voluntad plena y perfecta el decreto de su muerte, que se ofreció él mismo á ella, y durante su vida estuvo como devorado por una santa impaciencia y por los deseos mas vehementes de verse cuanto antes inunda-

do en su sangre. El recibe despues con gozo la órden que Maria, en nombre del Padre celestial, le dá con su presencia de sacrificarse por nosotros; y los dos de comun acuerdo ratifican el sacrificio que la justicia de Dios y la salvacion del mundo exigen de la vida del Hijo y del corazon de la Madre.

Sin embargo, aunque Isaac consiente en ser sacrificado y se ofrece voluntariamente, no por eso deja Abraham de atarle sobre el altar que él habia levantado, para significar que el verdadero Isaac, aun euando debia morir entregando voluntariamente su vida, debia sin embargo ser asegurado con clavos al altar de la cruz; á fin de que su sacrificio voluntario tuviese la apariencia de un sacrificio forzado, supuesto que se ofrecia en nombre y en espiacion del hombre pecador. Y permaneciendo Maria espectadora inmóvil de la crucifixion de su Hijo, la aprueba, la quiere y consiente en ella en nombre del celestial Abraham; esto fué como si ella misma con sus maternas manos hubiera atado la víctima.

No era costumbre colocar la víctima en el altar antes que hubiese sucumbido bajo el cuchillo del sacerdote; y solo despues de su muerte era cuando debia ser consumida por el fuego. Sin embargo, Isaac fué colocado vivo en el altar del sacrificio antes de ser inmolado. Esta circunstancia era tambien necesaria para hacer la figura mas semejante al objeto figurado, el cual, segun la voluntad del Padre celestial, significada y confirmada por la presencia de la Madre terrena, debia ser colocado vivo en el altar de la cruz, y ser inmolado allí por la obediencia y consumido por el amor.

Despues de haber terminado Abraham todos estos preparativos, menos necesarios para consumir la inmolacion, que para dar á la imágen una conformidad mas perfecta con su original, estiendo la mano, desembaina el acero, levanta el brazo para descargar el golpe fatal,

y de repente un frio glacial corre por todos sus huesós, su corazon palpita en su pecho de una manera inusitada y parece que se despedaza por el dolor. Al descargar el golpe, inmola dos victimas, dice S. Pedro Crisólogo, la vida preciosa del hijo y el corazon afligido del padre. Abraham se inmolaba á sí mismo en la persona de Isaac. En aquel estado se termina el misterioso sacrificio; la obediencia de Abraham es perfecta, la docilidad de Isaac lo es igualmente; el uno y el otro habian hecho por la disposicion de sus almas; todo cuanto se les exigia. La mano es detenida cuando el corazon nada tiene ya que sufrir.

Mas esto que bastaba para la figura, no era suficiente para el original. No tan solo con las disposiciones del corazon era como Maria debia ofrecer su Hijo y este hijo debia ofrecerse á sí mismo, sino que esta obra debia consumarse tambien exteriormente. El antiguo Adan, al Adan pecador, el viejo hombre á quien Jesucristo representaba en el Calvario, debia ser inmolado visiblemente y morir, para dar lugar al jóven Adan, al Adan justo, al Adan nuevo. Armada Maria del heroismo de su resignacion, del fervor de su caridad, y del deseo de ver consumada la salvacion del mundo, amenaza tambien y hiere con golpes terribles á su víctima, hasta tanto que queda realmente sin vida. Ella espira en efecto, abrumada igualmente bajo el peso de la justicia de su Padre, y bajo el de la ternura de su Madre para con los hombres; y esta se inmolaba por lo mismo con su Hijo. Su sacrificio, dice S. Amadeo, fué mucho mas doloroso que si ella se hubiera sacrificado á sí misma, porque la vida de su Hijo víctima de su inmolacion y causa de su dolor, le era mas amada sin comparacion que la suya propia.

Pero si Abraham fué figura de la obediencia perfecta, de la generosidad sublime y de las crueles angustias que Maria sufrió en la oblacion de su Hijo, fué

igualmente figura de la amplia recompensa que merecieron sus virtudes. Por haber consentido Abraham en sacrificar á su hijo Isaac, se hizo el verdadero padre de un pueblo escogido; y por haber sacrificado María á Jesucristo, se hizo la verdadera madre del pueblo cristiano.

En efecto, apenas se terminó el sacrificio de Abraham, cuando oyó estas palabras sublimes, palabras que revelaban su mérito y su recompensa: Porque has consumado un acto tan sublime y tan grande, y por obedecerme, no has perdonado á tu hijo único, yo te juro por mí mismo, dice el Señor, que te colmaré de bendiciones, que multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como los granos de arena esparcidos en la orilla del mar.

María igualmente por haber puesto á su Hijo único en la cruz, con su voluntad asociada á la del Padre celestial, oyó de la misma boca de este divino Hijo las tiernas y misteriosas palabras que le anunciaron el mérito sublime y la amplia recompensa de su sacrificio. En la actitud mas bien de su Dios que de su Hijo, le manifiesta en la persona de San Juan la inmensa multitud de los fieles, la Iglesia, y le dice: Mujer, desde ahora he ahí tu hijo. Este hijo es único, porque toda la congregacion de los fieles, la Iglesia, no formará mas que un solo cuerpo, cuya cabeza soy Yo. Pero al mismo tiempo este cuerpo encerrará una multitud de hijos, que serán tantos cuantos sean los verdaderos creyentes. Hé ahí pues, ó Mujer, la posteridad numerosa que acabas de adquirir en este momento, que yo te prometo y te doy como un solo hijo.

Misterio grande y sublime! La promesa que Dios hace en estas circunstancias á Abraham, le habia ya sido hecha muchas veces en los mismos términos. Mira al cielo, se le habia dicho, y cuenta las estrellas, si puedes: pues bien, sabe que tu posteridad será igual-

mente numerosa. Yo te daré un hijo de Sara; yo le colmaré de bendiciones: naciones y reyes nacerán de él. Mas la ejecucion y el cumplimiento de esta promesa se referia al sacrificio del hijo que le estaba prometido; y la bendicion que debia multiplicar su descendencia, no debia bajar del cielo hasta tanto que Abraham hubiere dado esta prueba admirable de su fé maravillosa y de su obediencia perfecta.

La promesa que Jesucristo hizo desde la cruz á María de hacerla madre afortunada de la Iglesia, le habia sido hecha igualmente otra vez. Al saludarla el ángel, bendita entre todas las mugeres, aludia ciertamente á su fecundidad maravillosa y á la multitud inmensa de hijos que ella tendria, al concebir uno, supuesto que añade que la generacion de este Hijo seria eterna, así como su reino no tendria fin. Pero respecto á María, el cumplimiento de estas profecías está igualmente unido al sacrificio voluntario que se le anuncia, al cumplimiento de los actos perfectos y de los sentimientos sublimes que ella manifiesta en estas trágicas y dolorosas circunstancias.

Nada parecia á primera vista mas opuesto á la promesa de una numerosa posteridad, que el sacrificio de Isaac que debia ser el padre de ella. Y sin embargo el cumplimiento de esta profecía dependia del sacrificio de una vida tan preciosa. Si Abraham hubiera vacilado en inmolarse á su hijo hasta que este hijo hubiese tenido otros, por esto mismo Isaac hubiera quedado estéril, y la posteridad, por causa de esa tardanza, hubiera acabado en Isaac; por el contrario, al sacrificarle cuando es todavia virgen, le hace fecundo. Por un hijo que se espone á perder, adquiere una multitud de ellos, por un individuo que no perdona, se hace el padre de un pueblo entero; y llega á ser el padre de una innumerable multitud por aquello mismo que podia hacerle temer verse privado de hijos.

Nada parecía mas opuesto al cumplimiento de las magnificas promesas que el ángel hizo á María de la numerosa posteridad de su Hijo, de el establecimiento de su reino y de la perpetuidad de su imperio, que la muerte ignominiosa de él en un infame patíbulo. Sin embargo el Profeta le habia dicho: El no verá multiplicarse su descendencia hasta la posteridad mas remota, sino despues de haber sufrido voluntariamente la muerte por el pecado. María por consiguiente no verá germinar este grano de trigo escogido y divino que su tierra vírgen ha producido, ella no lo verá multiplicarse en una fecunda é inmensa cosecha de hijos, de los que ella será tambien madre, sino bajo la condicion, declarada ya por Jesucristo, de que este grano precioso muera, sea quebrantado y colocado por ella en las entrañas de la tierra. Asi pues María, por un Hijo que no perdona, que ofrece y que inmola, adquiere, en la persona de S. Juan, tantos hijos cuantos son los hombres por quienes se sacrifica en los trasportes de su caridad.

Finalmente, para que no pueda dudarse que la bendicion de una posteridad todavia mas numerosa fué prometida á María, el mismo S. Pablo observa que Dios no dijo á Abraham: Yo bendeciré *tus descendencias*, como si esta bendicion hubiera debido ser comun á todos sus hijos, sino *tu posteridad, tu descendencia*, la sola posteridad de Isaac; y la posteridad á que Dios hacia alusion es Jesucristo.

La fecunda posteridad de que Abraham fué padre por medio de Isaac es pues la verdadera profecía de la posteridad numerosa de que María fué Madre. Si pues la fecundidad y posteridad de Isaac son la profecía de la fecundidad y de la posteridad mucho mas noble y mucho mas extensa de Jesucristo, es claro que la bendicion concedida á Abraham en la persona de Isaac es la figura de la bendicion mucho mas preciosa concedi-

da de María en la persona de Jesucristo. Y asi como Abraham no obtiene esta bendicion que le hace el padre de tantos pueblos sino por medio del sacrificio de Isaac, María tampoco adquiere esta bendicion que la hace madre de tantas gentes, sino por medio del sacrificio de Jesucristo. Luego su maternidad sobre la posteridad de Jesucristo su hijo es al menos tan real, tan justa y tan fecunda, como la paternidad de Abraham sobre los descendientes de Isaac, ó sobre los israelitas.

Abraham, al inmolar á Isaac su hijo único, fué tambien una figura de Dios Padre que quiso que Jesucristo su hijo único fuese inmolado por nosotros. Pero María se asoció á la caridad inmensa del Padre celestial, y de acuerdo con él quiso darnos á su hijo santísimo. Su maternidad pues tiene un origen mucho mas elevado y mucho mas noble, un titulo mas augusto y mas santo, supuesto que produce de la paternidad misma de Dios sobre nosotros. Los dos por un acuerdo admirable de generosidad, de misericordia y de amor, abandonaron y entregaron á la muerte su propio Hijo; ellos entregaron este Hijo nacido segun su doble naturaleza, de la sustancia respectiva del uno y del otro, para adquirir de este modo hijos adoptivos. Los dos ofrecieron un valor infinito para adquirir esta adopcion; los dos la adquirieron legitima y realmente. Nosotros hemos nacido verdaderamente del amor de los dos; y debemos mirar á María como nuestra madre, lo mismo que miramos á Dios como nuestro padre.

El apóstol S. Pablo creia tener un derecho sagrado á ser mirado como padre de los cristianos convertidos por él, cuando les decia: Yo os he engendrado en Jesucristo al predicaros el Evangelio. Pero, cuánto mas derecho tiene María á ser mirada como nuestra verdadera madre, supuesto que, aunque no nos anunció el Evangelio, nos dió, nos ofreció y sacrificó al autor del

Evangelio; á aquel de quien proceden todas las gracias del Evangelio?

No debemos pues contentarnos con decir como Tobias, que somos hijos de los santos; debemos decir tambien que somos hijos del Santo de los santos, y de aquella que fué enriquecida superabundantemente con la santidad, es decir, hijos de Dios y de María.

Y supuesto que en el orden de la gracia descendemos de Dios y de María, tan realmente como de nuestros padres terrenos en el orden de la naturaleza, y que por otra parte esta filiacion es infinitamente mas noble, mas sagrada y mas importante, debemos tener el mayor cuidado en cumplir respecto á nuestros padres celestiales las obligaciones que la ley nos impone respecto á nuestros padres terrenos. Debemos pues creer que con respecto á Dios y con respecto á María se nos ha dicho igualmente: Honra y respeta á tu padre y á tu madre. Este precepto con respecto á nuestros padres naturales, no solo contiene la obligacion de estimar y venerar sus personas, sino que nos impone tambien el deber de respetar su nombre y su descendencia en nosotros mismos. Luego con mucha mas razon debemos respecto á nuestros Padres celestiales, no solo manifestarnos sumisos y obedientes, sino respetar tambien y hacer respetar en nosotros la cualidad de hijos de Dios y de María, aborreciendo todo cuanto pudiera, á la faz del cielo y de la tierra, á los ojos de los ángeles y de los hombres, degradar este carácter augusto, y empañar un nombre tan bello.

Siendo nosotros una descendencia celestial y divina, como dice S. Pablo, debemos guardarnos de mancillar nuestro origen espiritual y celestial con una conducta mundana y terrena. Penetrados del sentimiento de la dignidad de nuestro origen, debemos mirar con un santo desprecio y aborrecer con un santo orgullo las bajezas de la vanidad, los cuidados escesivos de los inte-

reses temporales, las satisfacciones sensuales que no estan en armonía con los miramientos que debemos á nuestra posicion santa y divina, con la inocencia, la pureza y la santidad que ella nos impone, satisfacciones que nos degradan y nos hacen descender no solo asta el hombre, sino aun mas abajo del bruto. Cuando un hombre se hace notar en el mundo, por la elevacion de sus sentimientos, la finura de sus modales, la dignidad de su proceder y la generosidad de sus actos, se infiere con razon la elevacion de su origen y la nobleza de sus ascendientes. Por consiguiente vosotros debeis perfeccionar, dice Jesucristo en el Evangelio, vuestra conducta y vuestro corazon, vuestras acciones y vuestros sentimientos de tal manera, que todos puedan colegir vuestro origen celestial y divino.

Oh! si nos penetráramos bien de esta grande idea: *Yo soy hijo de Dios, y Dios es mi padre! Yo soy hijo de María, y María, la misma Madre de Dios, es tambien mi verdadera madre!* Qué pensamiento tan dulce, tan tierno y tan agradable por una parte, y tan capaz por la otra de ennoblecernos á nuestros propios ojos, y de alejarnos de todo aquello que es abyecto, vergonzoso y degradante!

En segundo lugar, nosotros debemos á nuestros Padres celestiales la ternura y el amor. El amor se paga con el amor. Ellos nos engendraron por amor, por un amor maravilloso é inefable, que les hizo sacrificar á su propio Hijo por nuestra salvacion. Nosotros debemos pues pagarles con nuestro amor. Ellos sacrificaron por nosotros todo cuanto tenían de mas amado y de mas precioso, su propio hijo; y nosotros debemos, cuando la ley divina lo exija, sacrificarles nuestras pasiones, nuestra voluntad, nuestros apetitos culpables, los objetos que mas nos interesan, aunque nos sean tan amados como nuestros propios hijos. Es verdad que no hay relacion alguna entre estas víctimas; porque, qué

relacion puede haber entre el Hijo de Dios que fué sacrificado por nosotros y una innoble pasion que nosotros podamos sacrificarle? Sin embargo, Dios nuestro tierno Padre y María nuestra amorosa madre se darán por satisfechos. Ellos no exigirán mas de nuestra miseria y de nuestra flaqueza; y con esto solo, hecho con intencion de satisfacerles, les abremos manifestado el reconocimiento y la gratitud que esperan de nosotros.

Finalmente, nosotros debemos nuestra confianza á estos augustos Padres. Aquel que nos ha hecho el don mas rico, no nos rehusará, dice S. Pablo, un don menor. Pues bien, si Dios, de acuerdo con María, ha sido con nosotros generosamente pródigo de su Hijo, cómo podremos sospechar ni un solo instante que puedan negarnos cosa alguna? Al darnos su Hijo, no se obligaron espresamente á darnos todo lo demas? Sí, Dios y María, al darnos su Hijo, nos legaron y pusieron en cierto modo á nuestra disposicion en el órden de la gracia, las riquezas de su amor y de su bondad. Nosotros les encontraremos siempre prontos á escucharnos, dispuestos á defendernos y á recibirnos con amor, siempre generosos en sus beneficios. Abandonémonos pues con confianza en su amor. A todas las culpas que podamos haber cometido contra ellos, no añadamos la de desconfiar de su misericordia, que seria la mas sensible para sus corazones. Y si nuestra miseria, si nuestra ingratitude, si el recuerdo de nuestras faltas nos impiden presentarnos con confianza ante Dios nuestro Padre, cuya indignacion hemos provocado, recurramos á María nuestra Madre. En su compañía presentémonos en el tribunal de Dios, y hagamos valer ante él su maternidad. Pidamos con instancia que salve al hijo de su sierva, es decir, de la que, en el momento de ser Madre de su Señor, se llamó su sierva. Ella sabrá apoyar nuestras súplicas, hacer valer nue-

tras razones, hacer aceptables nuestras oraciones, y probarnos que nuestra Madre no es menos tierna ni menos generosa en el cielo, que lo fué, y á tanta costa, en el Calvario. (*Véase la nota veintisiete.*)

CAPITULO XVII.

YA hemos visto como la pasion y la muerte de Jesucristo fueron comunes tambien á María. Ya hemos dicho como sintió ella verdaderamente todos sus dolores y todas sus penas. Antes de dejar un asunto tan digno de nuestra compasion y de nuestra ternura, es necesario detenernos todavia un poco á examinar la estension y la intensidad de las penas que María sufrió. Es necesario notar desde luego que María no es una madre como otra cualquiera, sino una madre que tiene á un Dios por hijo. Cualidad sublime sin duda, pero que fué para ella la causa de los mas acerbos dolores, asi como fué tambien el origen de los mas grandes privilegios. Esto es necesario, á fin de comprender cada vez mejor cuán dura fué la condicion con que nos adquirió por hijos, y las mortales angustias que le ocasionamos.

Ya hemos dicho que habiendo tomado el Hijo de Dios hecho hombre, en su misericordia, el empeño generoso de salvar al hombre, sacrificando por él su propia vida, prefirió la muerte de cruz á todo otro género de muerte, á fin de que recibiésemos la vida por el mismo medio que nos habia hecho morir á la gracia, para que el príncipe de las tinieblas fuese vencido con las mismas armas con que habia triunfado y para qué, habiendo comenzado nuestra ruina por un árbol, nuestra salvacion procediese tambien de un árbol. Tal es al menos la comun opinion de los santos Padres, de los

relacion puede haber entre el Hijo de Dios que fué sacrificado por nosotros y una innoble pasion que nosotros podamos sacrificarle? Sin embargo, Dios nuestro tierno Padre y María nuestra amorosa madre se darán por satisfechos. Ellos no exigirán mas de nuestra miseria y de nuestra flaqueza; y con esto solo, hecho con intencion de satisfacerles, les abremos manifestado el reconocimiento y la gratitud que esperan de nosotros.

Finalmente, nosotros debemos nuestra confianza á estos augustos Padres. Aquel que nos ha hecho el don mas rico, no nos rehusará, dice S. Pablo, un don menor. Pues bien, si Dios, de acuerdo con María, ha sido con nosotros generosamente pródigo de su Hijo, cómo podrémos sospechar ni un solo instante que puedan negarnos cosa alguna? Al darnos su Hijo, no se obligaron espresamente á darnos todo lo demas? Sí, Dios y María, al darnos su Hijo, nos legaron y pusieron en cierto modo á nuestra disposicion en el órden de la gracia, las riquezas de su amor y de su bondad. Nosotros les encontraremos siempre prontos á escucharnos, dispuestos á defendernos y á recibirnos con amor, siempre generosos en sus beneficios. Abandonémonos pues con confianza en su amor. A todas las culpas que podamos haber cometido contra ellos, no añadamos la de desconfiar de su misericordia, que seria la mas sensible para sus corazones. Y si nuestra miseria, si nuestra ingratitude, si el recuerdo de nuestras faltas nos impiden presentarnos con confianza ante Dios nuestro Padre, cuya indignacion hemos provocado, recurramos á María nuestra Madre. En su compañía presentémonos en el tribunal de Dios, y hagamos valer ante él su maternidad. Pidamos con instancia que salve al hijo de su sierva, es decir, de la que, en el momento de ser Madre de su Señor, se llamó su sierva. Ella sabrá apoyar nuestras súplicas, hacer valer nue-

tras razones, hacer aceptables nuestras oraciones, y probarnos que nuestra Madre no es menos tierna ni menos generosa en el cielo, que lo fué, y á tanta costa, en el Calvario. (*Vease la nota veintisiete.*)

CAPITULO XVII.

YA hemos visto como la pasion y la muerte de Jesucristo fueron comunes tambien á María. Ya hemos dicho como sintió ella verdaderamente todos sus dolores y todas sus penas. Antes de dejar un asunto tan digno de nuestra compasion y de nuestra ternura, es necesario detenernos todavia un poco á examinar la estension y la intensidad de las penas que María sufrió. Es necesario notar desde luego que María no es una madre como otra cualquiera, sino una madre que tiene á un Dios por hijo. Cualidad sublime sin duda, pero que fué para ella la causa de los mas acerbos dolores, asi como fué tambien el origen de los mas grandes privilegios. Esto es necesario, á fin de comprender cada vez mejor cuán dura fué la condicion con que nos adquirió por hijos, y las mortales angustias que le ocasionamos.

Ya hemos dicho que habiendo tomado el Hijo de Dios hecho hombre, en su misericordia, el empeño generoso de salvar al hombre, sacrificando por él su propia vida, prefirió la muerte de cruz á todo otro género de muerte, á fin de que recibiésemos la vida por el mismo medio que nos habia hecho morir á la gracia, para que el príncipe de las tinieblas fuese vencido con las mismas armas con que habia triunfado y para que, habiendo comenzado nuestra ruina por un árbol, nuestra salvacion procediese tambien de un árbol. Tal es al menos la comun opinion de los santos Padres, de los

Doctores y de los intérpretes, opinion que la Iglesia ha consagrado en cierto modo por la manifestacion que de ella hace en el oficio de la Cruz y en el de la Pasion.

Pero si esta razon es verdadera, no es la única por que quiso ser crucificado el Redentor del mundo. S. Atanasio, como lo refiere Cornelio de la Piedra, afirma que Jesucristo eligió la muerte de cruz como el remedio mas oportuno, como la espacion mas natural de la concupiscencia que todos habiamos contraido por el primer pecado, y que es el origen funesto y la fuente emponzoñada de todos los demas.

Esta opinion parece estar apoyada en la autoridad de S. Pablo, que dice: Nosotros sabemos con certeza que Jesucristo quiso crucificar y crucificó verdaderamente en sí mismo nuestro hombre viejo, para la destruccion del cuerpo de pecado. Pues bien, este hombre viejo y este cuerpo de pecado no son otra cosa que la concupiscencia que se extendió hasta nosotros por consecuencia del pecado.

Para conocer la relacion que la concupiscencia del hombre puede tener con la muerte de Jesucristo en la cruz, es necesario observar que la concupiscencia es esa levadura funesta que corrompe toda la masa, ese veneno sutil y violento que se manifiesta en todas partes, que vicia, altera y deteriora al hombre, que por medio de los sentidos y de las pasiones ejerce sobre él el mas terrible imperio. Hija del primer pecado, engendra á su vez, y se reproduce en todos los pecados. Todos los pecados estan representados en ella y por ella, asi como todos se cometen en ella y por ella. Habiéndose encargado el Hijo de Dios de satisfacer, no solo por el primer pecado, origen de la concupiscencia, sino tambien por todos los pecados de los hombres que son sus consecuencias, debió tener presente con especialidad la concupiscencia que los comprende á todos, que los representa á todos, y á quien S. Pablo llama muy ló-

gicamente *el cuerpo de pecado*. El debió preferir un género de suplicio en el que este cuerpo de pecado y la concupiscencia fuesen condenados, castigados y vulnerados en todas sus ramas. Pues bien, el género de muerte mas á propósito para este fin era ciertamente el de la cruz, porque si la concupiscencia encierra en sí todos los pecados, la cruz tambien, como dice Cornelio de la Piedra, hace sufrir todos los tormentos. Ella es aun tiempo mismo un puñal que hiende las manos y los pies, un potro que estiende y disloca todos los miembros, un garfio que desgarrá, una bestia feroz que devora y despedaza, un fuego que rodea al hombre, lo abrasa y lo consume lentamente. Por esta causa, dice el mismo autor, sufrió Jesucristo todo cuanto es posible sufrir; todos los tormentos que han sufrido los mártires; el suplicio en fin que convenia á aquel que queria satisfacer por las culpas de todos los pecadores. Aquel que era la santidad misma, la inocencia por esencia, habia cargado voluntariamente con la odiosa responsabilidad de todos los crímenes; por consiguiente él se hizo el hombre de todos los pecados; y segun la enérgica espresion de S. Pablo, se hizo en cierto modo el pecado mismo. Del mismo modo, por su cruz se hizo el hombre de todos los dolores, de todas las miserias y de todos los padecimientos; el se hizo el dolor mismo, la miseria misma y el padecimiento por excelencia.

La concupiscencia, efecto y causa á un tiempo mismo del pecado, se habia propagado desde un principio por la culpa de los dos sexos, y habia sido despues para los dos sexos un germen, y una ocasion de pecado. Los dolores y los sufrimientos del Hombre-Dios hubieran sido mas que suficientes para espialla, como la espieron en efecto; sin embargo, para que la figura fuese completa esteriormente, quiso el Redentor que los dos sexos concurriesen á esta grande espacion, á

esta condenacion solemne; quiso que al lado de Jesus, el *Hombre de dolores*, se hallase tambien la *Muger de dolores*, es decir Maria; y que los padecimientos inefables del uno se comunicasen, de la manera posible al otro.

Y bien, qué entendimiento podrá jamás comprender, qué lengua podrá explicar jamás los tormentos del Hombre-Dios en la cruz? Su cuerpo es inocente, santo, puro y sin mancha; el nuevo Adán fué formado, lo mismo que el antiguo, de una tierra virgen, de una carne estraña al desorden de la concupiscencia y del pecado; sin embargo él tiene un verdadero cuerpo humano, compuesto de carne y de sangre, supuesto que lo tomó por los hombres sus hijos, que como observa el apóstol, están compuestos de carne y de sangre. Mas, como estos hombres son pecadores, esta carne, á fin de poderlos representar, es semejante á la carne de pecado; es decir, pasible, mortal, enferma como la carne del hombre despues de su caída, y por lo mismo representa muy bien esteriormente nuestro *viejo hombre*, nuestra concupiscencia, el *cuerpo de pecado*. La justicia de Dios la aflige y la castiga, imponiéndole penas severas, debidas tan solo á la carne pecadora, infestada por la concupiscencia y por la iniquidad. La concupiscencia tiene tres ramos principales, el amor de los bienes sensibles, el orgullo y la voluptuosidad; todas tres son castigadas y espiadas en esta carne por un despojo absoluto, por los oprobios de todo género y los tormentos mas atroces. Asi como la concupiscencia infesta todo el cuerpo sin dejar parte alguna exenta del desorden del pecado, asi tambien el patibulo en que Jesucristo es colocado, pone todo su sagrado cuerpo en un horrible tormento, y no deja parte alguna de él que no le haga sentir un dolor particular. Sus ojos no encuentran mas que objetos de compasion ó de horror; sus oidos no oyen otra cosa que insultos ó blasfemias; su frente es atravesada por las espinas; su len-

gua atormentada por la hiel; su cuerpo suspendido y asegurado con enormes clavos. La cruz en que están estendidos violentamente sus sagrados miembros, disloca los huesos, dilata los músculos, rompe los nervios, y desgarrá y destroza tambien las entrañas. Ni aun las partes mas internas, ni aun la médula de los huesos está exenta de tormento. Jesus no experimenta otra cosa que dolor, dolor el mas agudo y el mas refinado, dolor universal que le rodea y le penetra por todas partes, que le desgarrá, le atormenta y le consume; y que le hace en fin el hombre de dolores, porque quiso recibir la forma del hombre de pecado.

Qué estado tan violento, qué situacion tan cruel para la humanidad santa del Salvador! Con mucha razon nos decia por boca de un profeta: O vosotros todos los que me veis clavado en esta cruz, contemplad lo que sufro, y podreis decir despues si hubo jamás entre los hombres uno que fuese tratado con tanta crueldad, y si hay un dolor que pueda compararse al mio!

Observemos tambien que Jesucristo sufre todo esto en presencia de Maria; y que no solo vé ella, sino que calcula y penetra el esceso incomprendible de tantos padecimientos. Asi como ella es la persona que se encuentra mas próxima á la cruz, asi tambien es la criatura á quien esta cruz atormenta y aflige mas cruelmente.

Misterio profundo de la sabiduría y de la justicia divina en el orden de la gracia! Los tormentos de Maria están en proporcion de su dignidad, de su virtud y de sus privilegios. Llena de gracias y Madre de Dios, escede en dignidad, á todo lo que no es Dios. Ella se halla colocada, por decirlo asi, en los limites de la creacion; ella ha agotado todos los privilegios que una pura criatura es capaz de recibir; mas allá de ella no hay mas que lo infinito y lo increado. Ella es, dice S. Agustin, la obra maestra del poder divino;

superior á ella no hay mas que el que la formó. Esta es precisamente, dice S. Amadeo, la medida de sus padecimientos. Asi como no hay criatura alguna que, por el esplendor de sus privilegios y el mérito de sus virtudes, se haya aproximado mas al Dios hecho hombre, ninguna tampoco se aproximó mas á él por la multitud de los tormentos y la intensidad de los padecimientos.

No hay tormento alguno, no hay dolor ni padecimiento que pueda compararse á los tormentos, á los dolores y á los padecimientos de Jesucristo. De la misma manera jamás hubo en el mundo, añade el mismo Padre, una pasion que pueda compararse ni aun remotamente á la pasion de María, esceptuando la de su Hijo. Con mucha justicia exclamaba el profeta en su inspiracion: O vírgen incomparable! ó hija desolada de Sion! á quien podré comparar la inmensidad del dolor que ha quebrantado y destrozado vuestro corazon, sino á un mar inmenso y sin límites!

Ay! en María todo es misterio profundo, misterio impenetrable. Su concepcion inmaculada es un misterio, su virginidad purísima es un misterio, la abundancia de gracia es en ella un misterio y su dignidad eminente de Madre de Dios es un misterio. Asi pues, concluye S. Amadeo, el dolor de su corazon al pie de la cruz es tambien un misterio inexplicable é incomprendible. San Bernardino de Sena vá todavía mas lejos, pues asegura que ninguna inteligencia humana ni aun angélica ha podido jamás comprender ni explicar la violencia de la pasion de María: pero que como ella la dividió con Jesucristo, Jesucristo es el único que la comprendió, y que asi como sola la Madre penetró, en cuanto era posible á una criatura, los padecimientos de su Hijo, asi tambien este mismo Hijo es el único que comprendió los padecimientos de su madre, y conoció toda su intensidad.

Procuremos sin embargo formar una idea de la grandeza de su amor, porque su dolor en la pasion de Jesús fué proporcionado á su amor á Jesús; y la vehemencia de este amor fué, dice el mismo Padre, la materia que sirvió de pávulo á sus sufrimientos. Si pues el amor fué la medida de su dolor; examinemos, como dice Cornelio de la Piedra, cuánto fué lo que ella amó, á fin de poder deducir cuánto fué lo que sufrió.

Es cierto en primer lugar que la sensibilidad y el afecto está en la muger en proporcion de la delicadeza de su complexion y de la pureza de su corazon; esta es la razon por qué las personas delicadas, las mugeres puras, y sobre todo las vírgenes, tienen un temple de alma de una sensibilidad y de una amabilidad exquisita; ellas aman con un ardor vehemente y una ternura indecible. Y bien, jamás hubo complexion alguna mas delicada, mas graciosa ni mas noble que la de María, la criatura mas perfecta de todas las que, esceptuando la humanidad santísima de Jesucristo, han salido de la mano creadora de Dios, en quien la delicadeza de las facciones, la perfeccion de las formas y la escelencia de los órganos, lo mismo que la dulzura exquisita de sus sentimientos, no solo no fueron alteradas por el pecado original, sino que fueron embellecidas y perfeccionadas por los atractivos de la gracia, y por toda la riqueza de los dones celestiales de que fué colmada por la mano de Dios, desde el momento de su concepcion. Qué pureza pues, qué candor, qué belleza podria igualar á la suya que eclipsa con su esplendor la pureza misma de los ángeles y que atrae sobre sí las miradas y las complacencias de Dios! Espejo purísimo de la integridad virginal, que ningun aliento profano empañó jamás! Carne inmaculada, siempre bella, siempre pura! Vos sois la que con vuestro candor agradasteis de tal modo al Verbo eterno, que quiso arraigarse en vos y vestirse en vos de una forma humana! Paloma de Dios,

amiga de Dios, hermosa de Dios, lirio purísimo de los valles misteriosos! Vos sois la que hicisteis germinar en vuestro seno la flor de Nazaret que se recrea entre los lirios de vuestra virginal pureza; y que cuando le concebisteis, os hizo en cierto modo mas pura, mas cándida y mas virgen que os encontró. Por consiguiente si jamás hubo una virgen mas pura ni mas bella que María, jamás hubo tampoco un corazón mas dulce, un alma mas tierna, mas sensible, mas afectuosa, ni mas amante que la suya. Y si ella fué la mas perfecta de todas las vírgenes, también fué la mas abrasada de amor; y por lo mismo fué, dice S. Lorenzo Justiniano, la mas desolada y la mas afligida de todas las madres.

Ademas, María habia concebido sin concurso alguno humano, y habiendo suministrado su sangre purísima la materia de que el Espíritu Santo formó la humanidad santa de Jesucristo, la carne de Jesucristo es la misma carne de María. Por esta razon María, como dice Cornelio de la Piedra, fué mas Madre de Jesucristo que las otras madres lo son de sus hijos. María fué en cierto modo su padre y su madre á un tiempo mismo, supuesto que el Verbo eterno recibió de ella sola la sustancia que los demas hijos reciben de su padre y de su madre. María por consiguiente, añade el mismo autor, ama mucho mas á Jesucristo que las madres mas tiernas han amado y amarán á sus hijos; el amor que para los otros hijos se encuentra dividido entre el padre y la madre, se encuentra unido en María; y así como ella desempeñó para con Jesucristo el ministerio de padre y de madre, ella tiene también respecto á él el amor de padre y de madre. Considerad también, dice S. Amadeo, que las otras madres conciben sin saber el sexo ni las cualidades futuras de sus hijos. Ellas conciben sin reflexion y como por casualidad: ellas se vén obligadas á decir lo que la ma-

dre de los Macabeos decía á sus hijos: Yo no sé de qué manera aparecisteis en mi seno; vosotros fuisteis formados en él sin que yo lo supiese ó tuviese conocimiento alguno de ello. María por el contrario, antes de concebir en su seno purísimo al Verbo eterno de Dios, supo por el Angel quien era el que iba á concebir, es decir el Hijo unigénito del Padre, el mismo Hijo de Dios; y sobre esto le pidió su consentimiento. Por consiguiente este fué un hijo á quien ella habia conocido, á quien habia querido y á quien habia elegido antes de verle, y por lo mismo lo amaba mas que todas las madres aman á sus hijos. Si pues no hubo jamás hijo alguno concebido del modo que lo fué Jesucristo, prosigue San Lorenzo Justiniano, si jamás hubo una madre que engendrarse de la manera que María, jamás hubo tampoco un amor mas grande ni un dolor mas intenso. San Buenaventura dice en términos mas laconicos: Así como jamás hubo en el mundo un hijo mas amado, así tampoco hubo jamás un dolor mas agudo, mas vivo ni mas amargo.

De ahí nace la especie de dificultad en que se encuentran los padres cuando buscan palabras propias para expresar los padecimientos de María. Santo Tomás con su precision teológica se contenta con decir que los dolores de María fueron superiores á todos los que pueden espermentarse en esta vida. Pensamiento profundo en su aparente sencillez; es en efecto como si hubiera dicho, que así como María recibió de Dios todos los privilegios y todas las gracias que una pura criatura puede recibir en esta vida, así también sufrió todo lo que una pura criatura es capaz de sufrir en este mundo.

Esta es también la opinion de S. Amadeo que afirma que, así como la santidad reunida de todos los hombres virtuosos no igualaria á la santidad sola de María; así también todos los dolores y todos los padecimientos

reunidos de todos los hombres afligidos y desconsolados no igualarian á su dolorosa pasion.

Finalmente, de todo lo dicho deduce S. Bernardino de Sena una consecuencia que á primera vista puede parecer una piadosa exageracion, pero que en el fondo es de una rigurosa verdad, refiriéndola á la inmensidad de los dolores del hijo y á la inmensidad del amor que hace á su madre participe de ellos; dice pues que si los dolores que María sufrió en el Calvario se repartiesen entre todas las criaturas sensibles, ninguna podria sostener una sola porcion de ellos sin morir.

Y si este mar de amargura, encerrado en su tierno corazon, le dejó la vida, siendo así que dividido entre todas las criaturas seria mas que suficiente para causarles la muerte en el acto; esto no sucedió ni pudo suceder sin un grande y estupendo milagro. La pasion de María fué toda interior; ella fué del carácter y de la naturaleza de la que puso á Jesus en agonía y le hizo sudar sangre en el huerto de las Olivas. Aquel espíritu de fuerza sobrenatural que sostuvo la vida del Hijo y le hizo no sucumbir bajo el peso de su profunda tristeza, capaz por si sola de dar la muerte: aquel mismo espíritu conserva la vida á María en el Calvario y le libra de sucumbir bajo el peso de sus mortales angustias. Y, cosa admirable! El mismo Dios por quien ella sufre, la sostiene en su dolor, por él sufre ella sus tormentos y en sus tormentos no vive mas que por él.

Mas, no debemos admirarnos del rigor inaudito é incomprensible de los tormentos que Jesucristo y su Madre santísima sufrieron en el Calvario, si consideramos la malicia inaudita é incomprensible de Adan y Eva en el paraíso terrenal. Lo mismo en sus cuerpos que en sus almas, todo obedecia á la concupiscencia; por consiguiente en el alma y en el cuerpo de Jesucristo y de su Madre todo debia ser inmolado á la caridad. En aquellos todo fué sensualidad de la carne y per-

versidad del corazon; en estos todo debia ser un tormento terrible para el alma y para el cuerpo. En aquellos el desorden del pecado fué inmenso; en estos la pena debia ser inmensa, lo mismo que la satisfaccion que dieron por la culpa. Y así como Eva por su infidelidad se hizo en Adan y con Adan la reina de los apóstatas, así tambien María por el rigor de sus padecimientos se hizo en Jesucristo y con Jesucristo la Reina de los Mártires. Es necesario ver tambien con cuánta razon y justicia conviene este título á María por todo lo que sufrió por nosotros en el Calvario.

La Escritura dice del antiguo Salomon que despues de haberse sentado en su trono, hizo colocar otro junto al suyo, é hizo sentar en él á su derecha á Betsabé su madre. Esta es una figura de lo que el verdadero Salomon; el rey pacífico hizo en el Gólgota. La cruz es, segun la profecía de David, el trono verdadero, desde el que principió Jesucristo á conquistar al mundo y á reinar en él. Las espinas son su corona, los clavos su cetro, la sangre de que está cubierto su cuerpo, que es todo una pura llaga, la vestidura y el manto real que le sirven de adorno. Tales son las estrañas insignias de soberanía que recibió de la pérfida Sinagoga, su madre desnaturalizada, en medio de las ignominias y de los tormentos; estas son sin embargo las insignias de su verdadera magestad, de su verdadera gloria y de su verdadera grandeza, y el dia en que se adornó con ellas fué tan precioso para su corazon como penoso para su carne santísima. Este es el dia por el que suspiró su tierno corazon con una impaciencia indecible; este dia es para él el de una alegría indecible; porque en él celebra sus nupcias misteriosas con la Iglesia. Tales son al menos las palabras con que se habla de él en el Libro de los Cantares. Mas en un dia tan solemne y tan glorioso para él, no quiso sentarse sin su Madre en el trono de sus tribunales. El quiso que ella fuese co-

locada tambien á su derecha y que dividiese con el su honor y su dolor.

Cuán grande y cuán sublime es este espectáculo á los ojos de la fé, que son los únicos que pueden apreciarlo! Adán y Eva pierden al pie del árbol de la ciencia el imperio que Dios les habia dado sobre todos los seres; y Jesucristo y María reciben la investidura de él en el árbol de la cruz! Adán y Eva, por haber deseado revestirse de la gloria misma de Dios, son despojados de su vestidura real de inocencia; Jesús y María, por haber renunciado á la grandeza exterior que se les debia como al Hijo y á la Madre de Dios, son revestidos de gloria y de grandeza. Gloria adquirida por la ignominia! Grandeza, fruto de dolor! El Rey de los Mártires hace reflejar tambien sobre la Reina su Madre los rayos de su misteriosa magestad, colocada en el exceso de sus oprobios y de sus padecimientos. Ella los divide con él. Ella permanece inmóvil á su derecha, revestida de la caridad que desde el corazon de su Hijo se comunica al alma de María, y la adorna con la misteriosa variedad de sus tormentos y de sus angustias. (*Vease la nota veintiocho.*)

CAPITULO XIII.

El martirio de esta magestuosa Reina no es sangriento, como el del Rey; su cruz tampoco es visible; pero, deberemos creer por esto que son para ella menos sensibles y menos dolorosos? Es necesario recordar aqui, dice á propósito del asunto que nos ocupa S. Amadeo, que hay dos especies de martirio; uno público y otro privado; uno manifiesto, y otro invisible; uno corporal y otro espiritual. Los apóstoles y los mártires sufrieron en su carne; otros han sufrido en su espíritu y son

aquellos que han experimentado en el fondo de su alma cierta cosa mas sensible aún que los padecimientos corporales. Tal fué el martirio de Abraham, mientras se preparaba á inmolar, segun la órden que habia recibido de Dios, lo que mas amaba en el mundo, su hijo Isaac; y este gran patriarca, cuando se disponia para dar muerte á un hijo á quien amaba mas que á su propia vida, sufrió un martirio mucho mas doloroso que cualquier tormento que hubiera podido sufrir en su cuerpo.

El martirio de María al pié del santo árbol de la cruz fué precisamente de este género, es decir todo espiritual é interior. Ella bebió allí á grandes tragos el cáliz de la amargura; ella dividió con su Hijo su passion y su muerte; saciada y embriagada de un torrente de dolores, sufrió unas angustias tales como jamás las ha sufrido nadie, y á las que no pueden compararse ninguna otra. Los mártires, dice Guillermo, sufrieron y murieron por Jesucristo; María sufre y muere con él. Ella es la única que puede decir que dividió los sufrimientos con su Hijo, que dividió con él su martirio, y que su corazon fué desgarrado por el mismo dolor que él sufrió. Y mientras que los otros mártires fueron bañados en su propia sangre, que era una sangre humana, María fué regada con la sangre de su Hijo, que es una sangre divina. Las espadas, las hachas y los potros fueron los instrumentos que causaron los tormentos de los mártires; el instrumento que causó los padecimientos de María fué el mismo Jesucristo, cubierto de heridas, clavado en la cruz, insultado y espirando en un océano de oprobios y de dolores.

Cuanto mas amaban á Jesucristo los mártires, menos sentian el horror de los tormentos, cuyo término debia unirles á Jesucristo y ponerles en posesion de él. El amor divino que llenaba sus corazones les hacia mirar como las delicias de un agradable banquete los tormen-

locada tambien á su derecha y que dividiese con el su honor y su dolor.

Cuán grande y cuán sublime es este espectáculo á los ojos de la fé, que son los únicos que pueden apreciarlo! Adán y Eva pierden al pie del árbol de la ciencia el imperio que Dios les habia dado sobre todos los seres; y Jesucristo y María reciben la investidura de él en el árbol de la cruz! Adán y Eva, por haber deseado revestirse de la gloria misma de Dios, son despojados de su vestidura real de inocencia; Jesus y María, por haber renunciado á la grandeza exterior que se les debia como al Hijo y á la Madre de Dios, son revestidos de gloria y de grandeza. Gloria adquirida por la ignominia! Grandeza, fruto de dolor! El Rey de los Mártires hace reflejar tambien sobre la Reina su Madre los rayos de su misteriosa magestad, colocada en el exceso de sus oprobios y de sus padecimientos. Ella los divide con él. Ella permanece inmóvil á su derecha, revestida de la caridad que desde el corazon de su Hijo se comunica al alma de María, y la adorna con la misteriosa variedad de sus tormentos y de sus angustias. (*Vease la nota veintiocho.*)

CAPITULO XIII.

El martirio de esta magestuosa Reina no es sangriento, como el del Rey; su cruz tampoco es visible; pero, deberemos creer por esto que son para ella menos sensibles y menos dolorosos? Es necesario recordar aqui, dice á propósito del asunto que nos ocupa S. Amadeo, que hay dos especies de martirio; uno público y otro privado; uno manifiesto, y otro invisible; uno corporal y otro espiritual. Los apóstoles y los mártires sufrieron en su carne; otros han sufrido en su espíritu y son

aquellos que han experimentado en el fondo de su alma cierta cosa mas sensible aún que los padecimientos corporales. Tal fué el martirio de Abraham, mientras se preparaba á inmolar, segun la órden que habia recibido de Dios, lo que mas amaba en el mundo, su hijo Isaac; y este gran patriarca, cuando se disponia para dar muerte á un hijo á quien amaba mas que á su propia vida, sufrió un martirio mucho mas doloroso que cualquier tormento que hubiera podido sufrir en su cuerpo.

El martirio de María al pié del santo árbol de la cruz fué precisamente de este género, es decir todo espiritual é interior. Ella bebió allí á grandes tragos el cáliz de la amargura; ella dividió con su Hijo su passion y su muerte; saciada y embriagada de un torrente de dolores, sufrió unas angustias tales como jamás las ha sufrido nadie, y á las que no pueden compararse ninguna otra. Los mártires, dice Guillermo, sufrieron y murieron por Jesucristo; María sufre y muere con él. Ella es la única que puede decir que dividió los sufrimientos con su Hijo, que dividió con él su martirio, y que su corazon fué desgarrado por el mismo dolor que él sufrió. Y mientras que los otros mártires fueron bañados en su propia sangre, que era una sangre humana, María fué regada con la sangre de su Hijo, que es una sangre divina. Las espadas, las hachas y los potros fueron los instrumentos que causaron los tormentos de los mártires; el instrumento que causó los padecimientos de María fué el mismo Jesucristo, cubierto de heridas, clavado en la cruz, insultado y espirando en un océano de oprobios y de dolores.

Cuanto mas amaban á Jesucristo los mártires, menos sentian el horror de los tormentos, cuyo término debia unirles á Jesucristo y ponerles en posesion de él. El amor divino que llenaba sus corazones les hacia mirar como las delicias de un agradable banquete los tormen-

tos atroces de sus cuerpos, como se espresaban S. Marcos y S. Marcelino. María por el contrario sufre tanto mas al ver sufrir á Jesus, quanto es mayor su amor; y su martirio es tanto mas duro, quanto que debe terminar para ella con separarla de la vista y de la compañía de Jesus. El hijo que padece es el mismo Dios á quien ella adora; y la grandeza de su amor, lejos de mitigar su dolor, como observa S. Bernardo, no hace mas que aumentarlo, irritarlo y hacerlo mas vivo y mas intenso. Qué importa que se le perdone á ella, si vé espirar en medio de atroces tormentos á un Dios que es su Hijo? Ella le ama incomparablemente mas que á sí misma. No puede por consiguiente comprenderse, no puede espresarse, dice S. Anselmo, el rigor de su martirio; porque ella fué mucho mas dolorosamente martirizada por la muerte de su Hijo, que por la muerte que ella misma hubiera podido sufrir por él.

Está escrito de David que habiendo oido la funesta noticia de la muerte de su hijo Absalon, se abandonó á una tristeza profunda, y que, llorando amargamente, hizo resonar por mucho tiempo los salones de su palacio con los acentos de su dolor, no cesando de repetir: O hijo mio Absalon! Absalon hijo mio! Por qué no he muerto yo en tu lugar? Por qué me he librado yo de la muerte mientras tu la recibias? O hijo mio Absalon! Absalon hijo mio.

Pues bien, si David deseaba morir en lugar de su hijo, de aquel hijo ingrato y rebelde que habia atentado contra la corona y contra la vida de su padre, con quanto mas ardor no desearia María recibir la muerte en lugar de su Hijo, de ese Hijo santo, inocente, fiel y lleno de amor, de ese Hijo que tiene al mismo Dios por Padre, y que él mismo es Dios? En el exceso de su justo dolor repetiria ella arrebatada por un deseo mucho mas ardiente: O Jesus Hijo mio! Hijo santo, Hijo inocente, divino Jesus mio! Supuesto que se necesitaba una

victima, por qué no me ha sido dado serlo yo? Por qué no he sido yo crucificada en tu lugar? Por qué no te han perdonado á tí, y me han dado á mi la muerte? O hijo mio Jesus, ó Jesus mi amado Hijo.

No deben causarnos sorpresa los pensamientos enfáticos de que se valen los santos Padres, cuando quieren hablar del rigor del martirio de la tierna Madre. S. Basilio nos dice en efecto que María escedió tanto á todos los Mártires en la vehemencia de sus padecimientos, quanto el sol escede á los demas planetas en la abundancia de su luz. S. Gerónimo, por lo mismo que el martirio de María fué interior y oculto en el fondo de su dulce alma, dice que ella debe ser considerada como mas que mártir, porque un mártir, como ya hemos dicho, tiene la alegría en su corazon, mientras que su cuerpo está en los tormentos; y María, cuyo cuerpo se libra de los tormentos, tiene el corazon atravezado y desgarrado. S. Ildefonso sostiene que si se reunieran todos los tormentos que los mártires han sufrido, podria representarse un martirio horrible y espantoso; pero que este martirio no daría ni aun una pequeña idea del de María. Finalmente S. Anselmo asegura que no solo se deben considerar como pequeños, sino que se deben contar por nada todos los padecimientos de los mártires, en comparacion de los padecimientos de María.

No puede por consiguiente imaginarse una cosa mas grande que la violencia de los tormentos de que fué víctima el tierno corazon de María... Mas nó, no nos engañamos, dice S. Amadeo; sobre los padecimientos de María hay todavía una cosa mas grande y mas admirable, y es la fortaleza con que los sufrió. Caliz misterioso de aflicciones, mas amargo que la muerte! Sin embargo María lo acerca á sus labios con una fortaleza invencible y lo bebe hasta las heces. Una muger sostenida por la gracia pudo sufrir sola lo que todos

los hombres unidos no hubieran podido sufrir; ella triunfó de la flaqueza de su sexo. La muger venció al hombre, y se elevó por su valor sobre la humanidad entera, así como su dolor fué superior á todo cuanto la humanidad puede sufrir.

La Historia Sagrada nos ofrece en la valiente madre de los Macabeos una figura y una profecía al mismo tiempo de la fortaleza milagrosa y sobrenatural de la Madre de Dios. Ella vé con sus propios ojos á sus siete hijos á quienes amaba tiernamente y aun mas que á sí misma, sufrir uno despues de otro los tormentos mas crueles y la muerte mas atroz; porque les cortaron las estremidades de los pies y de las manos, les cortaron la lengua, les arrancaron cruelmente la piel de la cabeza con los cabellos, les tostaron el cuerpo en calderas ardiendo; y así mutilados, acabaron en el fuego y entregaron su espíritu en medio de los tormentos mas crueles. Ni la Historia Sagrada ni la profana ofrecen un ejemplo igual de barbarie. Jamás los ojos de una madre fueron afligidos por un espectáculo mas cruel; jamás el corazon de una madre fué traspasado por un dolor mas vivo. No debe pues llamarse á esta muger magnánima, dice S. Agustin, mártir una sola vez, pues que en seguida de sus hijos confesó ella misma la religion y la ley de Dios en medio de los tormentos, y coronó una vida santa con un martirio glorioso; sino que se debe llamar siete veces mártir, porque el martirio de cada uno de sus amados hijos fué para ella un martirio nuevo y distinto. Como ella los amaba á todos, fué atormentada en cada uno de ellos antes de serlo en su propia persona. Todos sus dolores, todos sus tormentos se le hicieron personales, y el amor maternal repetía cada vez en su corazon la horrible carnicería que veía hacer en cada uno de sus hijos. Muger admirable sobre toda espresion, como dice el testo sagrado. Madre verdaderamente estraor-

dinaria, heroica y digna del homenaje y de la veneracion de todas las almas generosas y piadosas, que tuvo el valor y la fortaleza de ver con ojos enjutos, con rostro sereno y con el alma, no solo tranquila sino alegre, la matanza cruel de sus siete hijos en un mismo dia. Y bien lejos de quejarse al ver á sus hijos privados de la vida uno despues de otro, del modo mas bárbaro, su espíritu se regocijaba; hecha superior á sí misma, llena de una sabiduría divina y de una fuerza celestial, y manifestando sentimientos nobles y un vigor enérgico, exhorta á cada uno de ellos con una atencion especial á sufrir religiosamente y á morir con valor. Ved con cuanta ternura y con cuanta fuerza se dirige su maternal elocuencia al mas jóven, al mas débil de sus hijos; ved como le ruega y le conjura, le insta y le persuade: Hijo mio, le dice, amado y tierno Hijo mio, ten piedad de esta viuda tu madre! Acuérdate, hijo mio de que te he llevado en mi seno, de que te he alimentado con mi leche; acuérdate de los cuidados y de las penas que me ha costado criarte y hacerte llegar á la edad que tienes. Mas, qué quiere, qué pide esta madre desolada con una súplica tan tierna? Es quizá que este último hijo le evite el dolor de verle morir, rindiéndose á las sacrílegas sugestiones del tirano? El tirano lo cree así y se atreve á lisonjearse de ello, y por esta causa recurre á la mediacion de la madre, para hacer caer al hijo en la apostasia.

Mas esta madre heroica teme mucho mas por la fé de este último hijo que le queda, que por su vida; ella teme mas la apostasia que puede corromper la inocencia de su alma, que los tormentos que van á desgarrar su delicado cuerpo. En ella está la Religion mas alarmada que la naturaleza. Lo que ella teme no es el furor del tirano, sino la flaqueza de la edad de este hijo que podria hacerle vacilar; por esta razon le invita con lágrimas y con las espresiones de un amor tan tier-

no á seguir el ejemplo de sus generosos hermanos y á morir mártir, antes que vivir impío; á temer á Dios y á despreciar los verdugos.

Pero, dónde ha adquirido esta generosa madre tal grandeza de alma? Quién ha podido inspirar á una muger, á una madre un valor tan extraordinario? La esperanza firme é incontrastable, dice la Escritura, que ella habia puesto en Dios de los felices resultados que estas palabras habian de producir, no solo en sus hijos que eran las víctimas, sino tambien en todo el pueblo que recogeria el fruto de ellas. Por esta causa el último de sus hijos decía al morir: Yo muero gustoso para hacer á Dios propicio á mi pueblo. Yo estoy cierto de que mi muerte y la de mis hermanos tendrá una fuerza de espacion en presencia del Dios todopoderoso. Nosotros somos unas víctimas por las que será satisfecho y apaciguado su justo furor contra nuestra nacion.

Y quién no vé en este ejemplo de sublime fortaleza, de generosidad extraordinaria y de una piedad profunda, dado por la invencible madre de los Macabeos, la figura sensible de un valor mucho mas noble, de una generosidad todavia mas extraordinaria y de una piedad mucho mas perfecta, cuyo ejemplo dió la Madre de Jesucristo en el Calvario? Es cierto que la primera vé á sus siete hijos inmolados en su presencia, y que María no vé mas que á uno solo; pero este Hijo único de María, no solo vale mas que los siete Macabeos, sino que vale infinitamente mas que todos los hijos de los hombres reunidos, supuesto que es tambien Hijo de Dios. María pues le tenia un amor mayor que el amor reunido de todas las madres á sus hijos; por consiguiente, como ya le hemos hecho notar segun la doctrina de los Padres, su corazon fué mas dolorosamente atormentado por la vista del suplicio cruel de su Hijo único, que el corazon de todas las madres que han sido

espectadoras de los padecimientos y de la muerte de sus hijos. Si la madre de los Macabeos es siete veces mártir, porque vió morir á sus siete hijos, María es infinitas veces mártir, porque vió morir á un Hijo que vale tanto como una infinidad de hijos.

Por lo demas, la figura tiene puntos de semejanza bastante claros con el objeto figurado. El dolor se renovó siete veces en el alma de la madre de los Macabeos, por causa de sus siete hijos; y el dolor se renovó otras siete veces de una manera especial en el alma de María por causa de Jesucristo su Hijo único; y si la primera fué martirizada siete veces, la segunda fué atravesada otras siete veces por la espada del dolor. La madre de los Macabeos piensa menos en la cruel catástrofe que la priva de todos sus hijos á la vez, que en la indignidad de Dios, provocada por las prevaricaciones de Israel, y que vá á ser apaciguada, satisfecha y alejada de su nacion por el sacrificio de esta santa y generosa familia; y el pensamiento de la salvacion de su pueblo le hace sufrir este espectáculo con tanta tranquilidad. María piensa menos en el acontecimiento doloroso que la priva de su Hijo único, como observa S. Ambrosio, que en la cólera de Dios, inflamada por las prevaricaciones de los hombres, y que vá á ser aplacada por la inmolation de su Hijo; este pensamiento de la redencion del mundo le hace sufrir con tanto valor la vista de las llagas de Jesucristo. La madre de los Macabeos, lejos de quejarse de ver que sus hijos están destinados á ser de víctimas espiatorias para un objeto tan noble, desea ardientemente, y llama con la mayor alegria el momento en que ha de consumir esta grande espacion con el sacrificio de su propia vida; ella se adelanta al furor del tirano y lo provoca; ella no está satisfecha hasta tanto que sea sacrificada tambien como sus hijos. María, dice S. Ambrosio, lejos de quejarse de ver que su Hijo, la santidad y la inocencia, misma,

es sacrificado por un mundo culpable, quisiera tambien sacrificarse ella misma con él; por esta razon, dice el mismo S. Ambrosio, procura escitar contra sí la rabia de los verdugos de Jesucristo, y se ofrece á su furor. Finalmente la madre de los Macabeos, dice San Agustín, se hace mas fecunda al entregar sus hijos á la muerte, que cuando les dió la vida, porque se hace espiritualmente como la madre de su pueblo, al que confirma en la verdadera Religion con el ejemplo de su heroica virtud. María igualmente se hace una madre mas fecunda cuando pierde á su Hijo con dolor, que cuando lo concibió con alegría; pues por un Hijo de que se priva, adquiere una multitud de hijos. Ella entrega á Jesus á la cruz, y en él y con él, se hace madre de todos los cristianos. Dolores fértiles, padecimientos verdaderamente fecundos de la Madre de Dios! Herida de su tierno corazon verdaderamente preciosa para nosotros! Nosotros hemos sido engendrados en este corazon por sus sufrimientos, como Jesucristo fué engendrado con su sangre en su seno purísimo. Este seno fué el tabernáculo del Hijo de Dios; este corazon es el arca de salvacion de los hijos de los hombres. (*Vease la nota veintinueve.*)

CAPITULO XIV.

Dos cosas muy distintas hubo en la catástrofe ocurrida en Eden, el pecado que Adan cometió, y el castigo en que por él incurrió; la culpa y la pena.

Materialmente no hubo mas que un pecado; pero moralmente, este pecado fué completo; fué un semillero de pecados; porque de parte del hombre hubo *rebelion manifesta, y desobediencia* al precepto de Dios;

hubo *orgullo, y orgullo* diabólico, en querer hacerse semejante á Dios; hubo *incredulidad*, en otorgar su confianza al demonio que prometia la divinidad, y en retirarla de Dios que amenazaba con la muerte; hubo *impiedad*, en creer que Dios mentia, y que solo habia prohibido comer el fruto misterioso para no encontrar un rival en Adan, y no para evitar que se hiciera culpable. Hubo finalmente un pecado de *sensualidad*, al preferir satisfacer la vista y el paladar, mas bien que respetar el precepto divino.

Habiendo sido múltiple el pecado, lo fué tambien el castigo. Los dos culpables, Adan y Eva fueron despojados al momento de su inocencia original y de la gracia santificante; ellos perdieron el imperio que tenian sobre su propia carne y sobre sus pasiones; desde aquel instante sintieron en sí una guerra interior que les hizo avergonzarse de sí mismos; finalmente incurrieron en la muerte del cuerpo, y en la muerte todavía mas funesta del alma, en la enemistad de Dios y en la condenacion eterna.

Pero ademas de estos castigos que fueron comunes á los dos, cada uno de ellos incurrió en otros que fueron propios y peculiares de su sexo. El hombre fué condenado particularmente á cultivar una tierra, que se habia hecho por su pecado maldita é ingrata, estéril en frutos y fecunda en espinas y abrojos, y alimentarse del fruto de su trabajo y de sus sudores. La muger fué condenada á una sujecion absoluta, á una perfecta dependencia de su marido, á concebir en la ignominia los hijos que habia de dar al mundo con dolor.

El hijo de Dios, el Adan verdadero, el nuevo Adan, habiéndose colocado, por un exceso de misericordia en el lugar del primer Adan, para curar sus males y reparar sus pérdidas, quiso no solo espíar la culpa, sino tambien incurrir voluntariamente en la pena y sufrirla. Para espíar el pecado, se hace obediente, se humilla

es sacrificado por un mundo culpable, quisiera tambien sacrificarse ella misma con él; por esta razon, dice el mismo S. Ambrosio, procura escitar contra sí la rabia de los verdugos de Jesucristo, y se ofrece á su furor. Finalmente la madre de los Macabeos, dice San Agustín, se hace mas fecunda al entregar sus hijos á la muerte, que cuando les dió la vida, porque se hace espiritualmente como la madre de su pueblo, al que confirma en la verdadera Religion con el ejemplo de su heroica virtud. María igualmente se hace una madre mas fecunda cuando pierde á su Hijo con dolor, que cuando lo concibió con alegría; pues por un Hijo de que se priva, adquiere una multitud de hijos. Ella entrega á Jesus á la cruz, y en él y con él, se hace madre de todos los cristianos. Dolores fértiles, padecimientos verdaderamente fecundos de la Madre de Dios! Herida de su tierno corazon verdaderamente preciosa para nosotros! Nosotros hemos sido engendrados en este corazon por sus sufrimientos, como Jesucristo fué engendrado con su sangre en su seno purísimo. Este seno fué el tabernáculo del Hijo de Dios; este corazon es el arca de salvacion de los hijos de los hombres. (Vease la nota veintinueve.)

CAPITULO XIV.

Dos cosas muy distintas hubo en la catástrofe ocurrida en Eden, el pecado que Adan cometió, y el castigo en que por él incurrió; la culpa y la pena.

Materialmente no hubo mas que un pecado; pero moralmente, este pecado fué completo; fué un semillero de pecados; porque de parte del hombre hubo *rebelion manifesta, y desobediencia* al precepto de Dios;

hubo *orgullo, y orgullo* diabólico, en querer hacerse semejante á Dios; hubo *incredulidad*, en otorgar su confianza al demonio que prometia la divinidad, y en retirarla de Dios que amenazaba con la muerte; hubo *impiedad*, en creer que Dios mentia, y que solo habia prohibido comer el fruto misterioso para no encontrar un rival en Adan, y no para evitar que se hiciera culpable. Hubo finalmente un pecado de *sensualidad*, al preferir satisfacer la vista y el paladar, mas bien que respetar el precepto divino.

Habiendo sido múltiple el pecado, lo fué tambien el castigo. Los dos culpables, Adan y Eva fueron despojados al momento de su inocencia original y de la gracia santificante; ellos perdieron el imperio que tenian sobre su propia carne y sobre sus pasiones; desde aquel instante sintieron en sí una guerra interior que les hizo avergonzarse de sí mismos; finalmente incurrieron en la muerte del cuerpo, y en la muerte todavía mas funesta del alma, en la enemistad de Dios y en la condenacion eterna.

Pero ademas de estos castigos que fueron comunes á los dos, cada uno de ellos incurrió en otros que fueron propios y peculiares de su sexo. El hombre fué condenado particularmente á cultivar una tierra, que se habia hecho por su pecado maldita é ingrata, estéril en frutos y fecunda en espinas y abrojos, y alimentarse del fruto de su trabajo y de sus sudores. La muger fué condenada á una sujecion absoluta, á una perfecta dependencia de su marido, á concebir en la ignominia los hijos que habia de dar al mundo con dolor.

El hijo de Dios, el Adan verdadero, el nuevo Adan, habiéndose colocado, por un exceso de misericordia en el lugar del primer Adan, para curar sus males y reparar sus pérdidas, quiso no solo espíar la culpa, sino tambien incurrir voluntariamente en la pena y sufrirla. Para espíar el pecado, se hace obediente, se humilla

y sufre toda clase de dolores, porque Adán había desobedecido, se había llenado de orgullo y se había abandonado á la gula y á la sensualidad; y para hacerse todavía mas semejante á aquel cuyo lugar ocupaba, se pone voluntariamente á cultivar, en el órden de la salvacion, una tierra ingrata, es decir la Sinagoga, que corresponde á los esfuerzos de su amor y de su celo con una esterilidad espantosa; que en vez de los frutos que tenia derecho á esperar de ella, no le produce otra cosa, como él mismo se queja por sus profetas, que persecuciones y amargas, cruces y espinas. Finalmente el quiere á fuerza de trabajo, de fatigas y de sudores adquirir su pan, es decir la conversion de las almas, que él llamaba el alimento agradable á su corazon, la obra de Dios por escelerencia.

Pero ya hemos visto que aunque Jesucristo, por la sola escelerencia y la dignidad de su sacrificio, espío los pecados del mundo, quiere sin embargo que María se asocie á este sacrificio espiatorio, á fin de que participe de la redencion en el Calvario, como Eva habia participado del pecado en el paraiso terrenal. El quiere, no solo que tome parte por su humildad, su piedad, su obediencia y sus dolores en la espiacion de su culpa sino que tambien sufra la pena. Y como ademas de la pena comun á los culpables, tomó tambien Jesucristo la pena particular impuesta á Adán como hombre, quiere tambien que María tome sobre sí y esperimente la pena impuesta á Eva como muger. Ved aquí por qué la madre de Dios, que á nadie reconocia superior á sí, escepto á Dios que es su Hijo, se sometió á su santo Esposo que no era mas que un puro hombre, y estuvo sujeta á él de la manera mas humilde y mas perfecta, y además de esto se sometió á la pena de dar al mundo hijos en su dolor.

El apóstol S. Juan en su apocalipsis habla del prodigio singular de una muger misteriosa rodeada del es-

plendor y de la gloria del sol, cuya cabeza estaba adornada con una corona de doce estrellas, y que colocando sus pies sobre la luna, lanzaba gritos lastimeros, y sufría horribles tormentos, para dar á luz el fruto que llevaba en su seno.

Pues bien, S. Agustin afirma que esta muger extraordinaria es María, que María fué verdaderamente revestida del esplendor del sol de justicia que tomó en ella la carne humana y reposó en su seno; que él adornó su cabeza con la corona de estrellas de los divinos privilegios con que la enriqueció; y que ella huella con sus pies inocentes la luna, es decir la inconstancia y el prestigio de las grandezas del mundo. Pero, cómo puede decirse tambien de María que parió en los sufrimientos y en el dolor, cuando la doctrina de la Iglesia y de los Padres respecto al parto milagroso de María es que fué exenta de la maldicion fulminada contra Eva, como lo fué de su pecado, es decir que parió sin dolor? Oigamos sobre este particular un pasage elocuente y sublime del Santo Obispo Amadeo: María, dice, parió á Jesucristo sin detrimento alguno de su virginidad, así como lo concibió sin detrimento de su pudor. Ella permaneció intacta al darle á luz, así como habia quedado pura al recibirle. Y así como su concepcion habia sido sin pecado, su parto fué tambien sin dolor; no habiendo causado en ella el parto alteracion alguna, así como la concepcion tampoco le habia dejado ninguna mancha. Si (lo que no se puede pensar sin hacerse culpable) ella hubiera concebido con una satisfacion carnal, no hubiera podido evitar el parto con dolor. De ahí nace que hasta el presente las infortunadas hijas de Eva paren en el dolor; y el fruto que una ignominiosa satisfacion hace germinar en su seno, no llega á su madurez sino con una amargura mayor, y con los dolores mas agudos. O bella y noble prerogativa de María! continúa el San-

to Obispo: ella no experimenta tormento alguno en su carne virginal, porque no sintió ninguna satisfaccion. Despues de haber concebido á su Hijo, permanece Virgen, y despues de haberle dado á luz, queda mas pura. Todo fué divino en este parto inefable; el hijo que nació fué divino; la mano que lo recibió en su nacimiento fué divina, y esto sin perjuicio de la que lo dió á luz.

Ved aquí pues, prosigue el mismo Padre, en lo que se diferencia el parto precioso de María de el parto de Eva: Eva parió en la corrupcion y María en la pureza; Eva parió en la miseria, y María en la santidad; Eva parió en la vejez del pecado, y María en la novedad de la inocencia, porque Eva parió al esclavo y María al Señor; Eva al culpable y María al justo; Eva al pecador, y María al que santifica y salva del pecado. En el parto de Eva la serpiente infernal tendia asechanzas á su fruto para devorarlo; los ángeles asisten al de María para servirle. Eva en su parto tiene el espíritu lleno de espanto, y el cuerpo lleno de dolores; María en el suyo se vé colmada, por la virtud misma de Dios, de un santo gozo y de la alegría mas pura.

Si pues María fué exenta de la maldicion que pesa sobre las demas mugeres, cuando dan á luz sus hijos en medio de padecimientos crueles y de gritos arrancados por el dolor; si María parió á su Hijo sin dolor, así como lo habia concebido sin mezcla alguna de concupiscencia; cómo nos la representa el discípulo amado y nos la manifiesta bajo la figura de una madre, víctima de todos los dolores y de todos los padecimientos de un parto difícil y laborioso?

Para resolver esta dificultad, recordemos que Jesucristo es llamado en la Escritura el primogénito de una familia compuesta de muchos hijos. Pues bien, si es de fé que María no concibió ni parió segun la carne mas que un solo hijo que es Jesucristo; es necesario

que pariese otros hijos segun el espíritu, y estos hijos son los cristianos.

Ved aquí pues en María dos generaciones y dos partos; el uno corporal, y el otro espiritual; el uno en Belen, y el otro en el Calvario; el uno de su carne purísima, y el otro de su tierno corazon; el uno segun la naturaleza, y el otro segun el amor; el uno que es santo, porque fué el del mismo Hijo de Dios y el otro pecador, porque son los hijos de los hombres.

En el primero de estos dos partos imitó María en la tierra la generacion del Padre Eterno en los cielos, porque engendró de su sola sustancia y sin padre al mismo Verbo divino que el Padre engendra tambien sin madre y de su sola sustancia. Al dar á luz al mismo Hijo de Dios, lo hizo con la misma condicion, es decir, sin sufrimientos, sin pena y sin dolor. Mas en su segundo parto, engendrando María hombres pecadores, renueva la generacion de Eva, que no dá á luz mas que hombres pecadores. Así pues, en esta segunda generacion no dá á luz María mas hijos que los mismos de Eva; por consiguiente no los pare sino con la misma condicion, es decir que así como Eva no dá á luz los hombres pecadores sino en medio de dolores, María los pare tambien en el dolor. Cuando S. Juan nos refiere las penas, los sufrimientos y los dolores de María, hace alusion á su segundo parto, y no al primero, pues que solo en el segundo fué cuando, desgarrado su corazon por los padecimientos y atravesado por la espada del dolor, lanzó hondos gemidos, arrancados por la tristeza y la compasion.

Jesucristo sufrió en su persona, y esto de una manera tanto mas dolorosa cuanto fué mas espiritual, la pena impuesta al hombre de cultivar una tierra ingrata, y de alimentarse del pan de su trabajo y de sus sudores. María igualmente experimentó en sí misma, y de una manera tanto mas sensible cuanto era mas espiritual,

la pena impuesta á la muger, de parir en el dolor. La sentencia pronunciada contra Adán, *que la tierra regada con su sudor y cultivada con sus afanes no le producirá mas que abrojos y espinas*, no tuvo su cumplimiento literal sino en Jesucristo, á quien la ingrata Sinagoga, en recompensa de sus milagros y de su celo, no dió otra cosa que hiel amarga y una corona de espinas; la sentencia pronunciada igualmente contra Eva, *que no veria multiplicarse sus hijos, sino para ver multiplicar y redoblar sus dolores*, no se verificó en toda su estension sino en María, en quien la inmensidad y la violencia de los dolores del parto estuvieron en proporcion de la multitud de los hijos de los hombres que dió á luz en el Calvario.

Ved aquí pues á María, dice Juan Damasceno, que al dar á luz sus hijos pecadores en el momento de la pasion de Jesucristo, experimenta los dolores que no experimentó al dar á luz su Hijo inocente. Pero esto no es bastante, prosigue S. Bernardo, porque no solo experimentó ella en su parto misterioso del Calvario los dolores que debió sufrir en el de Belen, si hubiera parido como las otras madres, sino que el dolor, de que entonces fué dispensada, lo sintió mil veces mas fuerte en el momento de la muerte de su Hijo por nuestra salvacion. San Bernardino de sena, que es entre todos los doctores el que mas ha examinado y sondeado el mar profundo de las amarguras ó de los dolores en que María se encontraba sumergida al pie de la cruz, añade que en la muerte de Jesucristo adquirió el título de madre de los Cristianos, á costa de sus dolorosas angustias; porque María al darnos á luz á la vida de la gracia, experimentó colectivamente, unidos en un mismo dolor y en un solo parto, todos los dolores, todas las angustias y todos los tormentos que han experimentado y experimentarán todas las madres al parir á la vida natural, sufrimientos y tormentos inauditos,

pues que de todas las criaturas animadas, la muger es la que mas sufre en el parto. Y la razon es clara; debiendonos María parir á todos, debió sufrir particularmente por todos.

De todas estas circunstancias se deduce claramente que la antigua Raquel es la figura y la profecía de María. En efecto Raquel es al principio estéril por naturaleza, y María lo es por eleccion y por voto. No obstante su esterilidad natural, Raquel se hace madre; pero esto no es sino por un milagro, pues que solo un milagro podia hacerla fecunda. María igualmente, no obstante su virginidad voluntaria, llega á ser madre, y lo es por el mayor de todos los milagros; porque solo Dios podia hacer que una vírgen fuese madre, permaneciendo vírgen, y sin concurso humano. El hijo de Raquel es José, el mismo José que entregado y vendido por sus hermanos, se hace despues el salvador de estos mismos hermanos que quieren quitarle la vida, y que por lo mismo es llamado el pastor y la piedra de Israel. El Hijo de María es Jesucristo que, entregado, vendido y crucificado por los hombres, se hace salvador de los hombres, y es llamado por lo mismo el buen Pastor por escelencia, la piedra angular que sostiene el edificio de la salvacion. El Hijo de Raquel valia por sí solo mas que todos los hijos de Lia; porque, qué hubiera sido, no solo de los hijos de Lia, sino de toda la familia de Jacob, sin el hijo de Raquel, que los salvó á todos del hambre y de la muerte? El Hijo de María, solo y pobre, vale mucho mas que todos los hijos de las demas madres, porque, qué seria de todos los hijos de los hombres sin el Hijo de María que los salvó de la esclavitud del pecado y de la muerte? Pero lo que conduce mas á nuestro propósito es que apenas Raquel dió á luz á José, cuando comprendió que este no seria el solo hijo que ella tendria, y que este primer hijo le prometia otro. Por esta razon se llamó José,

que significa *union y acrecentamiento*; despues exclamó ella en un raptó profético: Dios hará de una manera que mi primer hijo sea la prenda de otro segundo.

Jesús igualmente es para María la prenda, y la garantía de otro hijo, pues que hablando de su parto, se dijo que había dado á luz su HIJO PRIMOGÉNITO, lo cual significa claramente el parto de otro hijo segundo.

La una y la otra profecía, el uno y el otro presentimiento de estas dos madres misteriosas se cumplieron exactamente. En efecto, Raquel parió despues á Benjamin en Betel; y María parió á los hombres en el Calvario. Pero ay! qué diferencia tan grande entre el nacimiento de estos dos hijos segundos, y el de los dos primogénitos de estas dos madres! Raquel pare á José sin trabajo, sin sufrimiento y sin dolor, y María pare á Jesucristo sin trabajo y sin el mas leve dolor. El nacimiento de José llena á su madre del mas puro gozo; y el nacimiento de Jesucristo llena el alma de María de los mas santos trasportes de regocijo. Por el contrario, el nacimiento de Benjamin causa á su madre un dolor tan grande, unos tormentos tan violentos, que se vé reducida á la mas dolorosa agonía. Por esta razon Raquel le llamó *Benoni ó el hijo de su dolor*, el hijo de su amargura y de su duelo; y verdaderamente él fué un hijo de duelo y de amargura, pues que su nacimiento costó la vida á la que se la dió. El último hijo de María, es decir, la humanidad, la Iglesia, causó igualmente á su corazón tormentos inmensos, en el momento en que ella la parió en el Calvario; es por consiguiente el hijo de su dolor, de sus angustias, de su agonía y de su muerte, pues que el dolor que nuestro nacimiento causó á María era capaz de haberle dado mil veces la muerte, si, como ya hemos notado, un milagro no le hubiera conservado la vida. (*Vease la nota treinta.*)

CAPITULO XV.

CUÁN grandes y sublimes, cuán preciosos y tiernos son los misterios del Calvario! Jesucristo está en la cruz; y por los tormentos inauditos que padece en ella, por la muerte ignominiosa y cruel que sufre, destruye al hombre viejo, al hombre de pecado, al hombre condenado á la reprobacion y á la muerte, borrando con su sangre el funesto decreto que le condenaba; de este modo prepara en su próxima resurreccion una reforma completa, una creacion nueva y misteriosa del hombre. Nuestra salvacion procede pues de sus enfermedades y de sus tormentos, y nuestra vida de su muerte. El nos engendra en su cruz, nos prepara para un nacimiento nuevo, nos anima, nos vivifica, nos hace entrar en un nuevo orden de providencia y de gracia, y nos incorpora á una nueva naturaleza, justa con su justicia, santa con su santidad y gloriosa con su gloria; y así como todos morimos en Adán y con Adán junto al árbol fatal de la ciencia, todos tambien renacemos á la vida en Jesucristo sobre el árbol precioso de la cruz.

Pero debemos observar que esta sangre purísima, que derramada sobre la tierra, hace germinar como nuevas plantas, hijos de Dios; que esta carne inocente, que sin ser contaminada por el pecado, representa todos los pecadores; porque es semejante á la carne de pecado, en la que el pecado ha sido condenado y destruido; que este cuerpo santísimo en el que nuestro *viejo hombre* es crucificado, espia el pecado, destruye la condenacion y hace abolir el decreto de muerte; que esta humanidad angusta en la que todos los hombres experimentan los efectos de la maldiccion, para ser ben-

que significa *union y acrecentamiento*; despues exclamó ella en un raptó profético: Dios hará de una manera que mi primer hijo sea la prenda de otro segundo.

Jesús igualmente es para María la prenda, y la garantía de otro hijo, pues que hablando de su parto, se dijo que había dado á luz su HIJO PRIMOGÉNITO, lo cual significa claramente el parto de otro hijo segundo.

La una y la otra profecía, el uno y el otro presentimiento de estas dos madres misteriosas se cumplieron exactamente. En efecto, Raquel parió despues á Benjamin en Betel; y María parió á los hombres en el Calvario. Pero ay! qué diferencia tan grande entre el nacimiento de estos dos hijos segundos, y el de los dos primogénitos de estas dos madres! Raquel pare á José sin trabajo, sin sufrimiento y sin dolor, y María pare á Jesucristo sin trabajo y sin el mas leve dolor. El nacimiento de José llena á su madre del mas puro gozo; y el nacimiento de Jesucristo llena el alma de María de los mas santos trasportes de regocijo. Por el contrario, el nacimiento de Benjamin causa á su madre un dolor tan grande, unos tormentos tan violentos, que se vé reducida á la mas dolorosa agonía. Por esta razon Raquel le llamó *Benoni ó el hijo de su dolor*, el hijo de su amargura y de su duelo; y verdaderamente él fué un hijo de duelo y de amargura, pues que su nacimiento costó la vida á la que se la dió. El último hijo de María, es decir, la humanidad, la Iglesia, causó igualmente á su corazón tormentos inmensos, en el momento en que ella la parió en el Calvario; es por consiguiente el hijo de su dolor, de sus angustias, de su agonía y de su muerte, pues que el dolor que nuestro nacimiento causó á María era capaz de haberle dado mil veces la muerte, si, como ya hemos notado, un milagro no le hubiera conservado la vida. (*Vease la nota treinta.*)

CAPITULO XV.

CUÁN grandes y sublimes, cuán preciosos y tiernos son los misterios del Calvario! Jesucristo está en la cruz; y por los tormentos inauditos que padece en ella, por la muerte ignominiosa y cruel que sufre, destruye al hombre viejo, al hombre de pecado, al hombre condenado á la reprobacion y á la muerte, borrando con su sangre el funesto decreto que le condenaba; de este modo prepara en su próxima resurreccion una reforma completa, una creacion nueva y misteriosa del hombre. Nuestra salvacion procede pues de sus enfermedades y de sus tormentos, y nuestra vida de su muerte. El nos engendra en su cruz, nos prepara para un nacimiento nuevo, nos anima, nos vivifica, nos hace entrar en un nuevo orden de providencia y de gracia, y nos incorpora á una nueva naturaleza, justa con su justicia, santa con su santidad y gloriosa con su gloria; y así como todos morimos en Adán y con Adán junto al árbol fatal de la ciencia, todos tambien renacemos á la vida en Jesucristo sobre el árbol precioso de la cruz.

Pero debemos observar que esta sangre purísima, que derramada sobre la tierra, hace germinar como nuevas plantas, hijos de Dios; que esta carne inocente, que sin ser contaminada por el pecado, representa todos los pecadores; porque es semejante á la carne de pecado, en la que el pecado ha sido condenado y destruido; que este cuerpo santísimo en el que nuestro *viejo hombre* es crucificado, espia el pecado, destruye la condenacion y hace abolir el decreto de muerte; que esta humanidad angusta en la que todos los hombres experimentan los efectos de la maldiccion, para ser ben-

decidos de nuevo, y mueren, para renacer á una nueva vida; debemos repito, observar que esta sangre, esta carne, este cuerpo y esta humanidad pertenecen de una manera particular y propia á María. Se pertenecen en primer lugar porque, como dice S. Agustín y el venerable Beda, el verbo divino no tomó su carne humana sino de la carne y de la sangre de María. En segundo lugar, porque la recibió de María sin mezcla alguna de carne estraña. En tercer lugar porque María se la dió voluntariamente, cuando se le pidió su consentimiento para la encarnacion, y ella se ofreció con prontitud á suministrar al Verbo de Dios una carne tomada de la suya propia, para que sirviese de víctima en la cruz. María por consiguiente no solo padece con Jesucristo, es crucificada y muere con él, porque el amor hace comunes á la madre, y principalmente á la Madre tal, los padecimientos y la muerte del hijo, y sobre todo de tal Hijo, sino tambien porque este cuerpo en el que Jesucristo sufre los tormentos y la muerte es todo de María; por esta razon todos los misterios que se realizan en este cuerpo son comunes á los dos.

Es cierto que todo el mérito del sacrificio de la cruz por nuestra salvacion procede de que esta carne, verdaderamente humana está sustancialmente unida en Jesucristo á la persona divina del Verbo; y que en él y por él es elevada, ennoblecida y hecha capaz, en la fragilidad humana, de dar una satisfaccion de un valor infinito, digna por lo tanto de Dios.

Pero si en cuanto á la grandeza del mérito, la persona del Verbo lo es todo en la ofrenda de este sacrificio, la humanidad en la cual se ofrece lo es todo en cuanto á su cumplimiento exterior. Pues bien, esta humanidad es el fruto de las entrañas de María; ella la alimentó con su leche; ella la dió voluntariamente y la ofreció para la cruz por su conformidad y su obe-

diencia; la generacion espiritual que se obra por esta carne divina, se remota por consiguiente hasta Jesucristo y al mismo tiempo hasta María; hasta Jesucristo que ofrece el sacrificio y le dá un valor infinito, y hasta María que fué la que suministró la víctima.

En el paraiso terrenal Adan pecó mas gravemente que Eva; él pecó en cualidad de cabeza y padre de toda nuestra especie; su pecado es pues el que se trasmite á todos los hombres. Mas este pecado que todos cometimos en Adan, que todos recibimos en Adan, lo consumó el primer hombre en una fruta que Eva habia cogido, que Eva llevó, que Eva ofreció á su malhadado esposo, persuadiéndole que la comiese, y por lo mismo el pecado de Adan es tambien el de Eva. Aunque el pecado de Adan sea propiamente el que nos causa la muerte, esta muerte sin embargo procede de la cooperacion y de las manes de Eva. Ved aquí por qué Jesucristo padece en el Calvario mas que María; y como él padeció en cualidad de cabeza y de padre de la nueva raza que debia nacer de él, en cualidad de una cabeza y de un padre que es al mismo tiempo Dios, se nos comunica por lo mismo su justicia. Mas esta justicia que hemos obtenido en Jesucristo, y que recibimos de Jesucristo, la mereció el mismo en la carne que María le suministró, le ofreció y le dió voluntariamente. Por esta razon el sacrificio de Jesucristo es tambien el de María. Y aunque solo Jesucristo sea propiamente el que nos engendra y nos vivifica, sin embargo esta vida nos viene tambien por la cooperacion y por las manos de María.

Mas, qué hace María en el Calvario, en pie é inmóvil junto á la cruz? Ay! ella participa de los sufrimientos y de la generacion misteriosa de Jesucristo, en él, y con él, dice S. Bernardo, en la inmensidad de su dolor y en medio de los horrores y de las angustias de la muerte, nos dá á luz para la vida:

Así pues, Adán en el misterio de iniquidad que nos da la muerte, tiene una compañera; y Jesucristo tiene otra compañera en el misterio de gracia que nos vivifica. María no solo está asociada al amor generoso del Padre eterno en su adopción, sino que también lo está á los crueles tormentos del Hijo eterno en su generación. Un pueblo nuevo, un pueblo santificado recibe el ser, no solo del amor del Padre y de los sufrimientos del Hijo, sino también de los dolores y del amor de la Madre. Este pueblo afortunado tiene en María una verdadera madre para la vida; así como el pueblo antiguo, el pueblo corrompido, nacido de la desobediencia de Adán y el orgullo de Eva, tuvo una madre en la persona de Eva, pero una madre para la muerte. Por esta razón las palabras que Dios pronunció contra Eva: *Tu parirás en el dolor*, son á un tiempo mismo, una ley y un misterio, una condenación y una profecía. Desde este instante los padecimientos son una condición inevitable para ser madre, no solo en el orden de la naturaleza, sino también en el de la gracia. La ventaja de tener hijos espirituales, lo mismo que el consuelo de tener hijos terrenos, no puede adquirirse sino á precio del dolor. La cualidad de madre será inseparable de la de mártir. Eva que no se hace madre de los hijos del hombre si no sufriendo en su cuerpo los dolores más agudos es la figura de María que para ser madre de los hijos de Dios, sufre en su corazón los tormentos más atroces y más intensos.

Entonces fué cuando se cumplió á la letra el prodigio estupendo que el profeta Isaías había anunciado en los términos pomposos que le sugería su admiración: Quién ha visto jamás, quién ha oído referir jamás un acontecimiento tan singular y tan extraordinario? Como es posible que un solo día, un solo parto cubra la tierra, y que todo un pueblo nazca momentáneamente

de un solo parto! Sin embargo así es como Sion ha concebido y dado al mundo sus hijos. Hay más aun: el parto ha precedido á la concepción, y antes de cumplirse el tiempo necesario se la ha visto parir un hombre fuerte y robusto.

Y bien, cuál es esta misteriosa Sion, que de un solo parto engendra y se hace madre de un pueblo entero? Cuál es en este pueblo el que nace de repente, á un tiempo mismo, como sin haber sido concebido, que no conoce infancia ni juventud, y que en el instante mismo en que vé la luz, aparece en toda la fuerza de la edad viril? Es posible no reconocer á María en esta Sion, ni ver en este pueblo, adulto desde su nacimiento, el pueblo cristiano, la Iglesia, que de repente nació en el Calvario, de Jesucristo y de María, y que apenas nacida, hizo la conquista del mundo, y dió pruebas de un rigor y de una fuerza invencible en la persona de sus Apóstoles y de sus Mártires?

Tierna y generosa María, hecha fecunda milagrosamente al pie de la cruz! Reconozcamos que, después de Jesucristo debemos á ella nuestro nuevo nacimiento. En el Calvario, donde Jesucristo su primogénito tuvo su tumba, nosotros sus hijos segundos tenemos la cuna. Donde él muere, nosotros nacemos; pero renacemos por ella, porque ella nos concibió allí y nos parió en el dolor, como Jesucristo nos regeneró con su sangre. Los dolores de este parto fueron grandes sin duda; mas el pueblo que ella parió es innumerable.

Debemos deducir de todo esto que la antigua Eva, en lo que dice de ella la Escritura, es el tipo y la verdadera figura de María, así como Adán lo es de Jesucristo; que María es esa Eva misericordiosa para nosotros, porque es esa Eva fiel á Dios, esa Eva santa, esa Eva bendita, esa Eva fecunda por la justicia. Por el nombre mismo, María es la verdadera Eva.

En efecto, el nombre de *Eva*, en el lenguaje origi-

nal de los Hebreos, significa *viviente, vivificante*, ó simplemente *vida*, como traducen los Setenta, haciéndolo derivar de la palabra hebrea *havo* ó *hava*, y del imperativo *have*, que significa *vivid* ó *vivid muchos años*. Esta palabra fué adoptada en su integridad y en el mismo sentido por los Latinos, entre los que la palabra *ave* es una salutación, un deseo de vida y de felicidad.

Este hermoso nombre de Eva ó de *viviente* ó de *madre de los vivientes*, este nombre tan grande, tan noble, y tan glorioso, fué dado á la primera muger por Adan su esposo despues de la prevaricacion de esta muger infortunada, y despues que en castigo de su pecado habia ella oido de la boca misma de Dios la terrible sentencia que la condenaba, lo mismo que á su esposo y á toda su posteridad, á una muerte inevitable; porque apenas habia acabado el Criador de decir á Adan: *Tú eres mortal, y tú morirás*, cuando volviéndose Adan hácia Eva, le dice: *tú eres la vida*.

Pero, qué extraño contraste se verifica aqui! esclama S. Epifanio. Eva por su pecado acaba de morir tanto en el orden corporal como en el orden espiritual; sin embargo en estas circunstancias es cuando Adan le dá el nombre grande de Eva, es decir de *vida* ó de *viviente* Eva por su pecado acaba de causar una revolucion espantosa en toda la naturaleza; ella ha traído la muerte, no solamente sobre sí, sino tambien sobre su esposo y sobre toda su posteridad, por consiguiente desde este momento nos dá á luz para la muerte; y sin embargo entonces es cuando Adan la llama *madre de todos los vivientes*. Y no es una cosa muy singular que en el momento en que Dios hace resonar en los oidos de Eva la palabra de *muerte*, le dirija Adan un saludo, un deseo de *vida*?

Es indudable, dice el mismo Doctor, que al hablar así Adan á la primera Eva, tenia presente la segunda, es decir María. A esta segunda Eva fué á quien él

dirigió su saludo solemne, misterioso y profético, llamándola *vida y madre de todos los vivientes*. Este nombre solo se dió á Eva por enigmas y por figura, pero literalmente y en la realidad se dirigió á María.

Tierno y santo misterio de la misericordia divina, misterio admirable de la divina bondad! Apenas el hombre consuma su pecado, cuando la clemencia divina le previene y le ofrece el remedio y el perdón! Las palabras que anuncian y prometen la vida se mezclan y se confunden con las que amenazan con la muerte. En el instante mismo en que el hombre cae, y atrae sobre sí y su posteridad todos los anatemas, se abre el porvenir á sus ojos y á su esperanza; y en la muger que está á su lado, vé Adan la figura de otra muger semejante á la primera por su sexo y su fecundidad, aunque muy diferente por su santidad y su justicia, que dará la vida á los que la primera engendró para la muerte. Esclarecido con una luz divina el prevaricador, enemigo de Dios, se hace un profeta inspirado por Dios. Desde el paraíso terrenal se traslada en espíritu al Calvario. Desde el árbol funesto de la ciencia se vuelven sus miradas hácia el árbol santo de la cruz. Allí vé por una parte al Adan celestial, al Adan inocente y fiel que se coloca en el lugar del Adan terreno, prevaricador y rebelde, se somete al castigo que este ha merecido, espía su pecado, se sacrifica y sufre la muerte. Por otra parte vé á María asociada á los padecimientos de Jesucristo y que en él y con él engendra los hijos de la nueva alianza; él vé el número de sus hijos, vé su dignidad y su gloria, admira su santa fecundidad, la anuncia y la proclama. En la persona de Eva que concibe en el pecado, que pare para el sepulcro, que multiplica sus hijos para poblar el infierno, y á la que ningún otro nombre conviene mejor que el de *madre infortunada de los muertos*, saluda desde lejos á María que concibe á los hombres para la

gracia, que los pare para la inmortalidad, que multiplica sus hijos para poblar el cielo, y á la que por consiguiente el nombre de madre afortunada, de madre dichosa de todos los vivientes conviene propia y literalmente.

Mas ved aquí el modo con que los misterios del Calvario son, no solamente anunciados, sino tambien puestos por decirlo así en accion, y representados en el paraíso terrenal cuatro mil años antes que se cumplieren. Después que Adan incurrió en la muerte, despues que Eva fué condenada á las molestias y á los dolores del parto; cuando uno y otro principiaban á experimentar los efectos funestos de su condenacion respectiva, Adan proclama á Eva *madre de los vivientes*. Pues bien, esto es lo que sucede precisamente en el Calvario. Jesucristo muere allí, en cumplimiento de la sentencia pronunciada contra Adan, y María pare en el dolor, cumpliendo la sentencia pronunciada contra Eva; entonces es cuando el verdadero Adan se vuelve hácia la verdadera Eva, la *Madre de todos los verdaderos vivientes*. Porque en el momento en que, designándole á S. Juan, le dice: MUGER HE AHÍ TU HIJO, es como si le hubiera dicho: Muger, vé á Juan que está presente? El es puro, él es santo, él es fiel, él es viviente con la vida de la gracia. Pues bien! Hé ahí precisamente cuáles son los hijos de que te haces madre en este momento: hijos puros, santos, fieles, VIVIENTES. Los clavos que desgarran mi carne, atraviesan tambien tu corazón, tu alma participa de los sufrimientos de mi cuerpo. Por tu afliccion profunda has entrado conmigo en sociedad de penas y de tormentos, participa tambien conmigo de la recompensa. Tu has sufrido por mí, sé fecunda conmigo. Los hijos que reciben el ser de mí, lo reciben igualmente de tí. Ellos te pertenecen por la misma razon que me pertenecen á mí. Tu los has dado á luz con tu dolor, como yo con mis

llagas y mi sangre. He ahí pues que ya han nacido esos hijos queridos: hé ahí el tipo y el modelo en la persona de Juan; yo soy el Redentor, tu eres la Madre.

La salutacion que Adan dirige á Eva, el título que le dá de *madre de los vivientes* es pues la prediccion de la maternidad preciosa de María, y repetida como por un eco fiel, resuena en el calvario. Allí es en efecto donde el verdadero Adan constituye y declara á María Madre, especialmente de aquellos que son fieles como S. Juan, Madre de los hombres purificados con la sangre del Hijo de Dios y vivificados por su muerte, Madre de los verdaderos hijos.

Aunque la esclamacion de Adan, al dirigirse á Eva sea eminentemente misteriosa y profética, y aunque, como ya lo hemos hecho notar con San Epifanio, tenga ella su sentido real y completo en un porvenir lejano, tiene tambien una significacion inmediata y un sentido para el presente. Este sentido, aun cuando sea menos noble y menos importante que el primero, no por eso es menos verdadero; menos legítimo ni menos real. Adan pues al profetizar la maternidad de María, quiso tambien proclamar la de Eva; porque si María debia ser la verdadera *madre de los vivientes* que nacerian del segundo Adan, del Adan celestial, no es menos cierto que Eva debia ser madre de los vivientes que habian de nacer del primer Adan, del Adan terreno. Y no solo por una vez la llama *Eva*, sino que forma su nombre de esta magnífica palabra, y en adelante no debe ella ser distinguida ni llamada sino por este nombre. Este nombre no es arbitrario y comun, sino propio y particular de ella sola; él está fundado en la cualidad y en la condicion misma de la persona que lo recibe. Es un nombre característico que no conviene mas que á ella; es un nombre que no puede recordar ni pronunciar la persona que lo lleva, sin acordarse de la dignidad de que se halla investida, es decir,

que Adan quiere, no solamente que su esposa se considere á sí misma como la *madre de los vivientes*, sino que sea considerada, reconocida y honrada bajo esta cualidad por todos sus descendientes. Esto fué como si hubiera dicho á su posteridad: Vosotros todos los que nacereis de mí, y me mirareis como vuestro padre, considerad que no descendéis de mí si no por medio de Eva. Ved pues en ella la madre universal, la madre comun.

Lo que Adan dijo implícitamente en el paraíso con respecto á Eva, lo dijo Jesucristo explícitamente en el Calvario con relacion á María. Despues de haber mostrado á María sus hijos en la persona de S. Juan, muestra tambien á S. Juan ó á sus hijos la persona de su Madre en María.

Cuán clara es y cuán sensible la consonancia y la armonia del lenguaje de uno y otro Adan! El uno designa á Eva como la madre comun de todos los hombres que nacerian de él en orden de la naturaleza, y el otro designa á María como la madre comun de todos los hombres que habian de nacer de él en el orden de la gracia. Al lado de estos dos padres, que engendran, el uno en el pecado y el otro en la justicia; el uno un pueblo de réprobos, y el otro un pueblo de justos; ved aquí dos mugeres; ved aquí dos madres con las que cada uno de ellos divide la accion generadora de su respectiva descendencia, dividiendo los honores de la paternidad; y sin embargo, los dos dan á sus mugeres el título magnífico de *madre*, y de este título forman su nombre propio, su nombre distintivo y característico, que anuncia toda su dignidad y toda su grandeza; y este nombre que ellas deben llevar, es tomado de lo que ellas son en sí. Todos los hombres que nacen para la tierra, nacen de Adan por Eva; no hay pues nombre alguno mas adecuado que el de *madre de todos los vivientes*, que se le ha dado. Todos los hombres que

han de nacer para el cielo, nacerán de Jesucristo por María; no hay pues título mas exacto que el de *madre de todos los fieles*, que se le ha dado igualmente.

Estas consideraciones son tan instructivas, como nobles y elevadas. Al manifestar lo que Jesucristo y María hicieron por la salvacion de los demás, publicamos altamente lo que debemos nosotros hacer por la nuestra. Ya hemos visto como se sometió Jesucristo, para salvarnos, á la pena impuesta á Adan, *de adquirir el pan cotidiano con el trabajo de sus brazos y el sudor de su frente*; y cómo María, para cooperar á esta misma salvacion, se sometió igualmente á la pena impuesta á Eva, *de dar á luz sus hijos en el dolor*. Este ejemplo nos manifiesta, mejor que cualquiera otra instruccion, la necesidad en que nosotros, hijos de Adan y Eva, estamos de cultivar la tierra ingrata de nuestro corazon para arrancar de ella las malas yervas, las tristes espinas de las pasiones culpables y de las afecciones profanas de que es tan fecunda; de remover este suelo con aplicacion, de regarlo con nuestros sudores, luchando incessantemente con nosotros mismos, velando continuamente sobre nosotros, orando sin cesar para asegurarnos el pan de la gracia, que es la vida del espíritu, y producir, como nos lo advierte el Espíritu Santo, no un alimento defectuoso, sino un alimento sólido y durable, que nos fortifique para la vida eterna. Todo esto nos costará sin duda alguna mucha fatiga, mucho trabajo, muchos padecimientos y tal vez una agonía de sangre; porque la Escritura nos dice que debemos agonizar por nuestra alma, y que alguna vez hay necesidad de luchar con nosotros mismos hasta derramar sangre. Mas el ejemplo de María que nos dió á luz en medio de los dolores mas agudos y de las mas crueles angustias, nos dice que los sufrimientos son una

ley universal para todo parto espiritual, y que, como observa el venerable Beda, todos los que se aplican á concebir espiritualmente y á dar á luz en su propio corazon al verbo divino por medio de la fé, y á conservar por medio de las obras de virtud, deben sujetarse á la pena de los sufrimientos. Y qué! pudo Jesucristo hacerse el hombre del dolor, pudo Maria hacerse la Reina de los Mártires, y no he de poder yo participar de esos dolores y de ese martirio para salvarme? Es posible que me tenga yo mismo menos amor que me han tenido ellos, y que me parezca demasiado duro hacer por mí mismo una pequeña parte de lo que Jesucristo y Maria hicieron por mí? Es posible que mi salvacion, mi inmortalidad y mi felicidad eterna, que tanto costaron á Jesus y á Maria cuando me adquirieron el derecho á ellas, no deban costarme á mí nada para entrar á poseerlas?

Divinos personajes, que unidos á una misma cruz, fuisteis sumergidos en un mar de aflicciones y de amarguras para darme á luz á la gracia, para regenerarme á la vida! Ah! haced que vuestras penas y vuestros dolores no sean infructuosos para mí! Haced que yo sea de esas almas afortunadas que viven una vida puramente espiritual, y de quienes vos, ó Jesus mio! sois el esposo, y vos, ó tierna Maria sois la madre! Ah! haced que vuestras lágrimas preciosas y vuestra sangre ablanden mi miserable corazon! Triunfad de su dureza, penetradle del sentimiento de la mas tierna gratitud por el amor tan grande con que le habeis prevenido; animadme de una santa fortaleza, á fin de que me dedique enteramente á trabajar hasta la muerte en la adquisicion del alimento divino de la gracia, que no perece con el cuerpo, sino que nos dá derecho á la posesion de la vida eterna. (Vease la nota treinta y una.)

FIN.

NOTAS.

CAPITULO I.

Jesus al morir obra las mas grandes maravillas (a): designio de la providencia al conducir á Maria al pie de la cruz (b) testamento de Jesus Crucificado. (c).

(a) Jesus muere; pero en el momento de su muerte comienza un triunfo y su reinado. Desde lo alto del Calvario, repudia al antiguo pueblo y crea uno nuevo, destrona los falsos Dioses y los Césares, llama al Capitolio á los Apóstoles y á los Pontífices, y su último suspiro llena de terror á la Sinagoga y engendra á la Iglesia.

Jesus muere; pero al morir arroja un gran grito y la naturaleza admirada reconoce la voz de su Señor; el Sol se eclipsa, la tierra tiembla, el velo del templo se rasga, los sepuleros se rompen y la muerte vencida abre sus abismos y suelta sus víctimas.

Jesus muere; pero al morir mueve y convierte todo lo que se asocia á su suplicio: es reconocido por Dios por el compañero mismo de su muerte, triunfa de los corazones y su última mirada convierte el corazon de un malvado. &c. *Cambaceres. Sermón de la Pasión de Jesus Crucificado.*

(b) No creais, hermanos míos, que la santa Madre de nuestro Salvador sea llamada al pie de su Cruz solo para asistir al suplicio de su Hijo único, y para rasgar su corazon con este horrible espectáculo. Tiene intentos mas elevados la divina Providencia sobre esta afligida Madre, y debemos hoy entender, que es llevada y puesta en este abandono junto á su hijo; porque es voluntad del Eterno Padre, no solo el que se inmoló con esta víctima inocente, y sea clavada á la Cruz del

ley universal para todo parto espiritual, y que, como observa el venerable Beda, todos los que se aplican á concebir espiritualmente y á dar á luz en su propio corazon al verbo divino por medio de la fé, y á conservar por medio de las obras de virtud, deben sujetarse á la pena de los sufrimientos. Y qué! pudo Jesucristo hacerse el hombre del dolor, pudo Maria hacerse la Reina de los Mártires, y no he de poder yo participar de esos dolores y de ese martirio para salvarme? Es posible que me tenga yo mismo menos amor que me han tenido ellos, y que me parezca demasiado duro hacer por mí mismo una pequeña parte de lo que Jesucristo y Maria hicieron por mí? Es posible que mi salvacion, mi inmortalidad y mi felicidad eterna, que tanto costaron á Jesus y á Maria cuando me adquirieron el derecho á ellas, no deban costarme á mí nada para entrar á poseerlas?

Divinos personajes, que unidos á una misma cruz, fuisteis sumergidos en un mar de aflicciones y de amarguras para darme á luz á la gracia, para regenerarme á la vida! Ah! haced que vuestras penas y vuestros dolores no sean infructuosos para mí! Haced que yo sea de esas almas afortunadas que viven una vida puramente espiritual, y de quienes vos, ó Jesus mio! sois el esposo, y vos, ó tierna Maria sois la madre! Ah! haced que vuestras lágrimas preciosas y vuestra sangre ablanden mi miserable corazon! Triunfad de su dureza, penetradle del sentimiento de la mas tierna gratitud por el amor tan grande con que le habeis prevenido; animadme de una santa fortaleza, á fin de que me dedique enteramente á trabajar hasta la muerte en la adquisicion del alimento divino de la gracia, que no perece con el cuerpo, sino que nos dá derecho á la posesion de la vida eterna. (Vease la nota treinta y una.)

FIN.

NOTAS.

CAPITULO I.

Jesus al morir obra las mas grandes maravillas (a): designio de la providencia al conducir á Maria al pie de la cruz (b) testamento de Jesus Crucificado. (c).

(a) Jesus muere; pero en el momento de su muerte comienza un triunfo y su reinado. Desde lo alto del Calvario, repudia al antiguo pueblo y crea uno nuevo, destrona los falsos Dioses y los Césares, llama al Capitolio á los Apóstoles y á los Pontífices, y su último suspiro llena de terror á la Sinagoga y engendra á la Iglesia.

Jesus muere; pero al morir arroja un gran grito y la naturaleza admirada reconoce la voz de su Señor; el Sol se eclipsa, la tierra tiembla, el velo del templo se rasga, los sepuleros se rompen y la muerte vencida abre sus abismos y suelta sus víctimas.

Jesus muere; pero al morir mueve y convierte todo lo que se asocia á su suplicio: es reconocido por Dios por el compañero mismo de su muerte, triunfa de los corazones y su última mirada convierte el corazon de un malvado. &c. *Cambaceres. Sermón de la Pasión de Jesus Crucificado.*

(b) No creais, hermanos míos, que la santa Madre de nuestro Salvador sea llamada al pie de su Cruz solo para asistir al suplicio de su Hijo único, y para rasgar su corazon con este horrible espectáculo. Tiene intentos mas elevados la divina Providencia sobre esta afligida Madre, y debemos hoy entender, que es llevada y puesta en este abandono junto á su hijo; porque es voluntad del Eterno Padre, no solo el que se inmoles con esta víctima inocente, y sea clavada á la Cruz del

Salvador con los mismos clavos que le taladraron, sino también para ser asociada á todo el misterio que se cumple con la muerte de Jesús.—*Bosuet Sermon 1^o para el viernes de la semana de Pasión.*

(c) Aplicad vuestra atención, y advertireis que en este testamento establecido, como dice San Pablo (*) con las sanciones más nobles y excelentes, os léga Jesús moribundo no la grosura de la tierra, ni la duración de vuestras familias, como en el antiguo testamento, publicado entre la nube y el monte, el humo y el fuego, los relámpagos y truenos; sino unos bienes estables, y verdaderos, sobre los que no se extiende la jurisdicción del tiempo: *Testamentum condidit: Patri Spiritum, Matri Joannem, Latroni Paradisum, peccatoribus remissionem, Josepho et Nicodemo corpus.* A su Padre entrega el espíritu, á San Juan le da á María, al Ladrón el Paraíso, á los pecadores el valor de su sangre, á Josef y Nicodemus su cuerpo.—*Fr. Pantaleon García: Sermon del sepulcro de Jesús Crucificado.*

CAPITULO II.

Aprecio que hace Jesús Crucificado de la virginidad al escoger por madre una virgen (a): San Juan mereció por su virginidad y por su fidelidad á Jesús Crucificado que este le dejase á María por madre (b).

(a) A este intento me atrevo á asegurar una cosa, que aunque al pronto os parezca extraordinaria, no es menos cierta. Sé que toda la gloria de la santa Virgen, la resulta de ser Madre del Salvador; pero añadido, que resulta mucha gloria al Salvador de ser Hijo de la Virgen. No temais, cristianos, que intente rebajar la grandeza de mi Maestro con esta proposición. Pero

(*) *Ad Galat. cap. 4.*

cuando leo en los Santos Padres, que hablando de nuestro Salvador, se complacen en llamarlo por honor Hijo de una Virgen, no dudo, estimaron que este título le agradaba mucho, y le era muy honorífico: Y dá un gran peso á este pensamiento, en mi dictamen, una cosa que me enseña San Agustín. La concupiscencia, dice, que se mezcla, como sabeis en las generaciones comunes, corrompe de tal manera la materia que se junta para formar nuestros cuerpos, que la carne que de ella resulta contrae una corrupción necesaria. No me dilato en explicar esta verdad, contentándome con deciros, que la hallareis en mil hermosos pasajes de San Agustín. Y si el comercio ordinario, porque tiene algo de impuro, hace pasar á nuestros cuerpos una mezcla de impureza; al contrario puedo asegurar, que el fruto de una carne virginal, sacará de una raíz tan pura, una pureza sin igual. Esta consecuencia es cierta, y nace evidentemente de los principios de San Agustín. Y como el cuerpo del Salvador debía ser más puro que los rayos del Sol; por eso dice este grande Obispo, “Se escogió desde la eternidad una “Madre Virgen”: *Ideo Virginem Matrem... pia fide sanctum germen in se fieri promerentem... de qua crearetur elegit.* Porque era muy correspondiente que la santa carne del Salvador, estuviese, por explicarme así, hermosada con toda la pureza de una sangre virginal; para que fuese digna de unirse al Verbo divino, y de ser presentada al Eterno Padre como una víctima viva por la expiación de nuestras culpas; de modo que la pureza que hay en la carne de Jesús, deriva en parte de aquella pureza angélica, que derramó el Espíritu Santo en el cuerpo de la Virgen, cuando prendado de su inviolable integridad, la santificó con su presencia, y la consagró como un templo vivo al Hijo del Dios vivo.—*Bosuet Sermon 2^o para el 6^o viernes de cuaresma.*

(b) No nos admiremos, Cristianos, que siendo solo

San Juan entre todos los Discípulos del Salvador virgen por su estado, segun sabemos por la tradicion, hubiera tenido sobre los otros la preferencia y cualidad de Discípulo querido: en el órden de los divinos dones parece que el uno debiera ser consecuencia del otro, porque asi como San Bernardo, hablando del augusto Misterio de la Encarnacion, no temió sacar de él dos consecuencias, ó proferir estas dos proposiciones: es á saber, que si un Dios encarnado y hecho hombre debia nacer de una Madre, era propio de su dignidad que esta fuese Virgen; y que si una Virgen, permaneciendo Virgen, debió concebir un Hijo, era como natural que este fuese Dios: *Neque enim aut partus alius Virginem, aut Deum decuit partus alteri.* Asi tambien puedo yo decir hoy, que si un Dios que vino del Cielo debió tener un favorecido en la tierra, era conveniente que este válido fuese virgen; y que si el título de virgen era necesario para poseer el favor de un Señor, este no debia ser otro que Dios. Con efecto, ¿quién merecia mejor participar del favor de Dios, que el que entre todos, por el caracter de distincion que llevaba, esto es, por su virginidad, se hizo mas semejante á Jesucristo? ¿Quién debia mas bien descansar sobre el pecho venerable, en que habitaba corporalmente la plenitud de la Divinidad, que aquel Apostol, cuya santidad era en algun modo superior al hombre, por la profesion que hacia de una inviolable pureza? ¿Quién era mas digno de ser el depositario el confidente de los secretos del Verbo de Dios que este Discípulo, que habiendo purificado su corazon de todos los deseos carnales, era ya capaz de ver á Dios por una beatitud anticipada, segun el Evangelio, y por consecuencia lo que habia mas íntimo y mas oculto en Dios? Cualquiera, dice el Espiritu Santo, que ama la pureza del corazon, tendrá por amigo al Rey.—*Burdaluo.* Sermon de San Juan Evangelista.

CAPITULO III.
Admirables medios de la Providencia para unir las madres con sus hijos. (a) Cualidades de una madre, su ministerio y sus funciones en la familia. (b) Los hombres deben tener una madre en el órden espiritual (c).

(a) No se pueden admirar bastante los medios de que se sirve de la naturaleza para unir á las madres con sus hijos; porque es el fin principal á que atiende, y procura hacerlos una misma cosa; lo que es facil de advertir en todo el órden de sus obras. Por esta razon su primer cuidado es ligar los hijos al seno de sus madres; quiere que su alimento y su vida pasen por los mismos canales; corren juntos los mismos peligros; y son una misma persona. Ved, Señores, un enlace bien estrecho: pero quizas podrá alguno persuadirse, que al nacer los hijos rompen el nudo de esta union. No, Señores; no lo creais: no hay fuerza que pueda dividir lo que la naturaleza ató tan bien; su conducta sabia y prevenida, ha proveido por otros medios. Cuando se acaba esta primera union, forma otra en su lugar; produce otros lazos, que son los del amor y de la ternura: la madre lleva á sus hijos de otro modo: luego que salieron de sus entrañas estan mas presos al corazon. Tal es la conducta de la naturaleza, ó mejor diré del que la gobierna: ved el arte que emplea para unir las madres con sus hijos, é impedir que se desprendan; el alma los recobra por el afecto al mismo tiempo que el cuerpo los deja; nada los puede arrancar del corazon: el enlace está siempre tan firme, que al instante que son agitados los hijos, se conmueven las entrañas de las madres; sienten todos sus movimientos de un modo tan vivo y penetrante, que apenas les permite advertir que sus entrañas estan desocupadas.—*Bosuet.* Sermon 1.º para el viernes de la semana de Pasion.

(b) ¿A quién será confiado el hombre al nacer? ¿A quién será entregado para que le inspire un alma buena? ¿Cuál es la mano bastante delicada, bastante ingeniosa, bastante tierna para domesticar esa bestia salvaje que acaba de nacer entre el bien y el mal, que podrá ser un malvado ó un santo? No vayamos tan lejos. Ya ha comenzado su educacion en el seno mismo que le llevaba. Cada pensamiento, cada oracion, cada suspiro de su madre, ha sido una leche divina que corria hasta su alma y le bautizaba en el honor y la santidad. El padre no puede nada allí en él directamente. A la madre sola ha sido concedido que su alma tocase durante nueve meses al alma de su hijo, y le impusiese predisposiciones para la verdad, la bondad y la dulzura, gérmenes preciosos cuyo desarrollo acabará á la luz del sol, despues de haberlos sembrado en las profundidades desconocidas de la maternidad. El niño nace; sale de esta primera educacion por las entrañas de su madre; pero es recibido en manos que ha bendecido el Evangelio, y no tiene ya que temer el asesinato ó la exposicion; duerme tranquilo bajo la proteccion de su madre armada de Jesucristo. Y al abrir sus ojos, ¿cuál es la primera mirada que encuentra? La mirada pura y piadosa de una cristiana. Y luego que pueda una palabra, desliziéndose por los canales tortuosos de su oido, introducirse en su alma, ¿quién será el que se la diga? ¿Quién le arrojará la primera palabra, la primera revelacion, el primer grito de una inteligencia á otra inteligencia? ¿Quién? Antiguamente era Dios; ahora tambien es Dios, por nuestra madre purificada y santificada. La muger cristiana ha sucedido á Dios, en el ministerio sagrado de la primera palabra. Cuando Adan la oyó, y se encendió de un golpe la llama de su espíritu bajo el horizonte brillante del cielo, fué Dios quien le habia hablado. Y nosotros, cuando se despierta nuestro corazon al efecto, y nues-

tro espíritu á la verdad, se realiza este prodigio bajo la mano, bajo la palabra, bajo el peso del amor materno.

Bien pronto desaparece la infancia, y se anuncia la juventud con sus instintos de libertad. La educacion se hace mas peligrosa sin dejar de ser necesaria; toda potestad pesa sobre nosotros como un yugo. Solo hay una, sino intacta, al menos respetada. Aun oimos la verdad de los labios de una madre amada de Dios; su mirada no ha perdido toda la autoridad; su reprension no está sin aguijon para excitar los remordimientos, y cuando se halla enteramente desarmada, quédanle las lágrimas como un mandamiento final, al cual no resistimos. Ella se abre paso, sin advertirlo nosotros, por los pasajes que conducen á los sitios mas secretos de nuestro corazon, y nos admiramos de encontrarla allí en el momento en que nos creemos solos.—*Lucordaire. Conferencias sobre los efectos de la doctrina Católica en la sociedad.*

(c) Hemos recibido esta tradicion de nuestros padres: nos han enseñado, que precipitado el genero humano, en una muerte eterna por un hombre y una muger, avia Dios predestinado una nueva Eva, como tambien un nuevo Adan, para hacernos renacer: y de esta doctrina, que han enseñado todos los Antiguos con unanime consentimiento, me seria facil deducir, que como la primera Eva es la Madre de todos los mortales, asi la segunda, que es la santísima Virgen, debe ser estimada Madre de todos los fieles. Lo que podria confirmar por un hermoso pensamiento de San Epifanio, en que asegura, “Que esta primera Eva es llamada en el Genesis, Madre de los vivientes, en enigma; “esto es, segun lo expone él mismo, en figura, y como “representando á Maria.” Aquí pudiera añadir un pasage celebre de San Agustin, en el libro de la santa virginidad, donde este grande Doctor nos enseña, que la Virgen, “Segun el cuerpo, es Madre del Salvador que

“es nuestra cabeza; y segun el espiritu, de los Fieles “que son sus miembros?”.—*Bosuet: Sermón de los Dolores de Maria Santísima.*

CAPITULO IV.

Jesús Crucificado debió comprendernos en la donación que hizo de María á S. Juan por madre (a): razones por las que el Salvador en ciertas ocasiones se olvidó al parecer de María y le dá el nombre de muger (b).

(a) El Hijo de Dios nada tenía que fuese suyo sino su Madre, y sus Discípulos, pues que los compraba con el precio de su sangre: así es evidente que podía disponer de ellos, como de bienes muy bien adquiridos. Y como en esta tragedia los demás discípulos le abandonaron, solo le queda su amado Juan: á quien considero hoy como un hombre que representa á todos los fieles, y por esto debemos estar dispuestos á aplicarnos todo lo que pueda pertenecer á su persona. Advierto Salvador mío, que vos le dais vuestra Madre, y “Al instante toma posesion como un bien suyo.” *Et ex illa hora accepit eam discipulus in suam.* Entendamos esto, Cristianos. Sin duda tenemos buena parte en este legado pío: á nosotros nos dá el Hijo de Dios la bienaventurada María, al mismo tiempo que la dá á su amado discípulo. Este es el misterioso artículo del testamento de mi Maestro, que me ha parecido preciso referiros, para formar despues el asunto de mi discurso.—*Bosuet. Sermón sobre la compasion por la Santísima Virgen.*

(b) Porque notad primeramente que Jesucristo no llama á María por su nombre; no le dice: madre mía; le dice: muger, *mulier*. Un autor antiguo, mas piadoso que esclarecido, dijo que Jesucristo no habia llamado á María por su nombre, que no le habia dicho: madre mía, si no que le dijo: muger, *mulier*, por respeto á su

razon maternal, no queriendo desgarrarlo mas recordándole con la palabra de madre la pérdida que iba á tener, con la muerte de Jesucristo. *Ne materna pium laceraret viscera nomen.* Pero esta interpretacion, hermanos míos, se acerca mucho á lo humano; esta interpretacion no es noble, no es del todo digna de la grandeza de Jesucristo que es el hijo de Dios, ni de María que tiene á un Dios por hijo. Esta interpretacion trasforma las palabras de Jesucristo en una manifestacion de sentimientos puramente humanos, mientras que ellas son la declaracion, la revelacion de un misterio divino; del misterio que Dios reveló en el principio del mundo; porque Jesucristo diciendo á su madre: “Muger hé ahí á tu hijo” nos revela que María es esa muger profetizada, esa muger poderosa de la que Dios desde el principio del mundo anunció sus grandezas y celebró sus triunfos. Jesucristo diciendo á María: “Muger hé ahí á tu hijo,” le dice: María vos sois esa noble muger, sublime por excelencia, que debia ser el gefe, la madre de la raza santa de los elegidos, de los cristianos, de los fieles; y vedlo ahí, ese cristiano, ese fiel, esa Iglesia cuya madre sois vos, vedla ahí en la persona de Juan; vedla ahí, nacida ya de vuestro amor y de vuestro dolor, así como ha nacido en mí de mis penas: *Ecce filius tuus.* Notad tambien, hermanos míos, que Jesucristo no llama tampoco á San Juan por su nombre. En las grandes circunstancias, San Juan no es llamado por el nombre general de discípulo amado de Jesucristo, *discipulus quem diligebat Jesus*; luego esa particularidad del discípulo sin nombre es tan misteriosa como la particularidad de la muger sin nombre. La muger sin nombre es María, la muger por excelencia, la muger perfecta, la muger modelo de todas las mugeres, la muger por la cual y en la cual las mugeres son realzadas de su degradacion, de su esclavitud; del mismo

modo, el discípulo sin nombre, *discipulus quem diligebat Jesus*, es todo cristiano, todo fiel, es todo miembro de la Iglesia, dice San Amadeo, de modo que en la persona de Juan son representados y son declarados hijos de María todos los cristianos, y es de todos los cristianos de los que María queda hecha madre.—*El R. Padre Ventura de Raulica. Sermon de los Dolores de María Santísima.*

CAPITULO V.

Dificultades que hay para conciliar la realidad de la filiación de S. Juan con la nuestra: se responde á esta dificultad: varias interpretaciones de los Padres y Doctores de la Iglesia sobre el doble sentido de las palabras de los libros santos. (a).

(a) Cuando el Salvador del mundo resucitó á la hija del Príncipe de la Sinagoga, no hablo palabra, y se contentó con tomarla de la mano, y levantarla: *Tenuit manum ejus, &c. surrexit puella* (*) Cuando resucitó al hijo de la viuda de Nain, habló, y como Señor, con imperio: *Adolescens tibi dico, surge.* (**) Mancebo, contigo hablo, levántate, yo te lo mando; y obedeció el difunto en el mismo instante: *Et resedit, qui erat mortuus.* ¿Pero qué hace para resucitar á Lazaro? No solamente habla, sino alza la voz, pide á su Padre que le oiga, llora, se conmueve y se turba: *Clamavit, lacrimatus est, infremuit, turbavit se ipsum.* No nos admiremos, cristianos; de la diferencia de estas tres resurrecciones: ved aquí todo el misterio que encierran segun el pensamiento de San Agustin. La hija del Príncipe de la Sinagoga acababa de espirar; tenia aun, por decirlo así, el alma en los labios: darla la vida, era (á lo que

(*) *Matth. 9. v. 25.*

(**) *Luc. 7. v. 14.*

parece) un milagro fácil á Jesucristo: así, no le costó sino querer. El hijo de la viuda de Nain, no solamente estaba difunto, sino para ser sepultado; le llevaban ya á la tierra, y le hacian el funeral actualmente: el resucitarle era efecto de un poder mas absoluto: y por eso usó el Salvador del imperio. Pero Lazaro habia cuatro dias que estaba en el sepulcro: y hacer que reviviese un difunto de cuatro dias era la obra mas primorosa, y como el mayor esfuerzo de la Omnipotencia de Jesucristo.

Pues todas estas sombras, hermanos míos (dice San Agustin) nos representan unas grandes verdades: y estas resurrecciones visibles, si sabemos penetrar el secreto que encierran, son otras tantas reglas que nos propone Dios para otra resurreccion interior é invisible, pero mucho mas importante, que es la de nuestras almas.—*Burdaluo. Sermon, sobre el alejarse de Dios y el convertirse á su magestad.*

CAPITULO VI.

Otra regla de San Agustin en la interpretacion de los libros santos, y su aplicacion á las palabras que Jesus Crucificado dirigió á Maria y á S. Juan (a).

(a) Presupuesto, sobre la fé de la Iglesia, y sobre la doctrina de los Padres, aunque solo lo he tocado de paso; presupuesto digo, que María es verdaderamente nuestra Madre; si os preguntase, cristianos, cuando empezó á tener esta cualidad, sin duda me responderiais, que nuestro Salvador la hizo verosimilmente nuestra Madre, cuando la dió á San Juan por su Hijo. En efecto encontramos todas la razones imaginables de congruencia: porque ya os he advertido á la entrada de este discurso, y no será fuera de intento el recordarlo, que conducido San Juan por la mano de Dios al pie de la Cruz, representó la persona de todos los

Fieles; apunté la razon que me parece muy fuerte: que es, si os acordias, que dispersos los demas discipulos de nuestro Señor, solo dejó la Providencia cerca de su persona al muy amado de su corazon; para que pudiese representar á los demas, y recibir en su nombre las últimas voluntades de su moribundo Maestro. Y considerando no es verosimil que el Hijo de Dios, cuyas palabras y acciones son misteriosas, lo mirase como un hombre particular en ocasion tan importante, he inferido, con mucha razon á lo que me parece, que recibió la palabra que se nos dirigia á todos, y al instante en nombre nuestro se puso en posesion de María: y por consecuencia entonces fué cuando propiamente se hizo nuestra Madre.—*Bosuet. Sermon para el viernes de la semana de Pasion.*

CAPITULO VII.

La nueva alianza fué celebrada lo mismo que la antigua en forma de Testamento (a): formalidades y substancia del Testamento de Jesus Crucificado en el Calvario (b).

(a) Y por eso es Jesus mediador de un nuevo Testamento, á fin de que mediante su muerte para expiacion, aun de las prevaricaciones cometidas en tiempo del primer Testamento, reciban la herencia eterna prometida á los que han sido llamados *de Dios*.

Porque donde hay Testamento, es necesario que intervenga la muerte del testador.

Pues el Testamento no tiene fuerza sino por la muerte del que le otorgó: de otra suerte no vale, mientras tanto que vive el que testó.

Por eso ni aun aquel primer Testamento fué celebrado sin sangre.

Puesto que Moysés, despues que hubo leído todos los mandamientos de la Ley á todo el pueblo, tomando de la sangre de los novillos y de los machos de cabrío, mezclada con agua, lana teñida de carmesí ó de grana, y el hisopo, roció al mismo libro *de la Ley*, y tambien á todo el pueblo, diciendo:

Esta es la sangre *que servirá de sello* del Testamento que Dios os ha ordenado ó hecho en favor vuestro.

Y asimismo roció con sangre el tabernáculo, y todos los vasos del ministerio.

Y segun la Ley casi todas las cosas se purifican con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace la remision.—*San Pablo á los Hebreos, cap. 9. vs. 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, y 22.*

(b) En un Testamento hay tres cosas notables: en primer lugar se mira si el Testamento es bueno y valido: en segundo de que dispone el testador en favor de sus herederos: y ultimamente, se vé lo que manda. Apliquemos esto á la última voluntad de Jesus moribundo: veamos lo válido de este Testamento místico por la sangre y la muerte del testador: veamos la magnificencia de este Testamento, por los bienes que Jesucristo nos deja: y veamos la equidad de este Testamento, por las cosas que nos manda..... Para que un Testamento sea válido, debe ser conforme á las leyes: cada pueblo, y cada nacion tiene las suyas particulares. Jesus sumiso y obediente habia recibido la suya de su padre; y como en el órden de las cosas humanas hay Testamentos que deben estar escritos enteramente de la propia mano del testador, el de nuestro Salvador tiene de particular, que debia escribirse con su propia sangre, y ratificarse con su muerte, y muerte violenta. Dura condicion impuesta á este caritativo testador; pero condicion precisa que nos explicó San Pablo en su divina Carta á los Hebreos.

“Un Testamento, dice este grande Apostol, no tiene fuerza, sino por la muerte del que testa: mientras vive, no tiene efecto el Testamento: de modo que la muerte es quien lo hace fijo, é invariable”: Esta es la ley general de los Testamentos. “Luego era preciso, dice el Apostol, que Jesus muriese, para que el nuevo Testamento que hizo en favor nuestro, fuese confirmado con su muerte.” Una muerte comun no bastaba; debía ser trágica y sangrienta; era preciso que toda la sangre fuese derramada, y vaciadas todas sus venas, para que hoy nos pudiese decir: “Esta sangre que veis derramada, para perdonar los pecados, es la sangre del nuevo Testamento”, que se ha hecho inalterable con mi cruel é ignominiosa muerte: *Hic est enim sanguis meus novi testamenti....in remissionem peccatorum.*

Si me preguntais, por qué este amado Hijo recibió del Cielo una ley tan dura, como la de no poder disponer de alguno de sus bienes, sino con esta onerosa condicion; os responderé en una palabra, que así lo exigian nuestros pecados. Si, Jesus hubiera podido dar, pero nosotros no estabamos capaces de recibir nada; nuestro delito nos hacia infames, é incapaces de recibir bien alguno; porque las leyes no permiten disponer de los bienes en favor de los criminales sentenciados, como lo estabamos nosotros por una justa sentencia: antes era preciso expiar nuestros delitos: por esto el caritativo Jesus queriendo darnos sus bienes que nos enriquecen, nos dá antes su sangre que nos lava; para que purificados seamos capaces de recibir el don, que nos hace de todos sus tesoros.—*Bosuet: Sermon de Pasion.*

CAPITULO VIII.

El amor que Jesus Crucificado nos tiene se manifiesta por el legado que nos hace de su madre (a): con este legado cumple la promesa que nos habia hecho de no dejarnos huérfanos y pone el sello á la obra de la redencion (b).

(a) Si es ingenioso el amor, si alguna vez produce grandes y nobles esfuerzos, es preciso confesar que particularmente en el fin de la vida, es cuando manifiesta sus mas bellas invenciones, y sus mas generosos empeños. Como la amistad solo parece que vive en la compañía del objeto amado, cuando se vé amenazada de una eterna separacion, tanto procura fijarlo en su memoria, cuando una ley fatal lo aparta de su presencia. Por esto los amigos mezclan ordinariamente acciones y palabras muy notables, con los dolores y las lágrimas del último á Dios; y la historia nos dá observaciones muy curiosas, de las cosas que ha podido penetrar.

La historia sagrada no las olvida, y teneis de ello una hermosa prueba en el texto que he alegado. San Juan, el amado del Salvador, á quien podemos llamar el Evangelista del amor, cuidó de conservarnos las últimas palabras, conque su amado Maestro quizo honrar al morir á su santa Madre, y á su buen amigo; quiero decir, á las dos personas que mas amaba. O Dios mio! Qué dignas de ser meditadas son estas palabras, y cuanta materia pueden dar á buenas reflexiones! Por qué pregunto, hermanos míos, hay cosa mas agradable, que ver al Salvador Jesus, tan liberal aun en su extrema necesidad? Ha! Muchas veces ha dicho que su caudal no está en la tierra; que ni aun ha tenido donde reclinar su cabeza; y cuando está en la Cruz, cuando el Soldado avaro reparte sus vestiduras, y sorteá su misteriosa túnica; cuando parece que la rabia

“Un Testamento, dice este grande Apostol, no tiene fuerza, sino por la muerte del que testa: mientras vive, no tiene efecto el Testamento: de modo que la muerte es quien lo hace fijo, é invariable”: Esta es la ley general de los Testamentos. “Luego era preciso, dice el Apostol, que Jesus muriese, para que el nuevo Testamento que hizo en favor nuestro, fuese confirmado con su muerte.” Una muerte comun no bastaba; debía ser trágica y sangrienta; era preciso que toda la sangre fuese derramada, y vaciadas todas sus venas, para que hoy nos pudiese decir: “Esta sangre que veis derramada, para perdonar los pecados, es la sangre del nuevo Testamento”, que se ha hecho inalterable con mi cruel é ignominiosa muerte: *Hic est enim sanguis meus novi testamenti....in remissionem peccatorum.*

Si me preguntais, por qué este amado Hijo recibió del Cielo una ley tan dura, como la de no poder disponer de alguno de sus bienes, sino con esta onerosa condicion; os responderé en una palabra, que así lo exigian nuestros pecados. Si, Jesus hubiera podido dar, pero nosotros no estabamos capaces de recibir nada; nuestro delito nos hacia infames, é incapaces de recibir bien alguno; porque las leyes no permiten disponer de los bienes en favor de los criminales sentenciados, como lo estabamos nosotros por una justa sentencia: antes era preciso expiar nuestros delitos: por esto el caritativo Jesus queriendo darnos sus bienes que nos enriquecen, nos dá antes su sangre que nos lava; para que purificados seamos capaces de recibir el don, que nos hace de todos sus tesoros.—*Bosuet: Sermon de Pasion.*

CAPITULO VIII.

El amor que Jesus Crucificado nos tiene se manifiesta por el legado que nos hace de su madre (a): con este legado cumple la promesa que nos habia hecho de no dejarnos huérfanos y pone el sello á la obra de la redencion (b).

(a) Si es ingenioso el amor, si alguna vez produce grandes y nobles esfuerzos, es preciso confesar que particularmente en el fin de la vida, es cuando manifiesta sus mas bellas invenciones, y sus mas generosos empeños. Como la amistad solo parece que vive en la compañía del objeto amado, cuando se vé amenazada de una eterna separacion, tanto procura fijarlo en su memoria, cuando una ley fatal lo aparta de su presencia. Por esto los amigos mezclan ordinariamente acciones y palabras muy notables, con los dolores y las lágrimas del último á Dios; y la historia nos dá observaciones muy curiosas, de las cosas que ha podido penetrar.

La historia sagrada no las olvida, y teneis de ello una hermosa prueba en el texto que he alegado. San Juan, el amado del Salvador, á quien podemos llamar el Evangelista del amor, cuidó de conservarnos las últimas palabras, conque su amado Maestro quizo honrar al morir á su santa Madre, y á su buen amigo; quiero decir, á las dos personas que mas amaba. O Dios mio! Qué dignas de ser meditadas son estas palabras, y cuanta materia pueden dar á buenas reflexiones! Por qué pregunto, hermanos míos, hay cosa mas agradable, que ver al Salvador Jesus, tan liberal aun en su extrema necesidad? Ha! Muchas veces ha dicho que su caudal no está en la tierra; que ni aun ha tenido donde reclinar su cabeza; y cuando está en la Cruz, cuando el Soldado avaro reparte sus vestiduras, y sortea su misteriosa túnica; cuando parece que la rabia

de sus verdugos, nada le deja de que pueda disponer en favor de los suyos: ¿no os persuadís, Cristianos, que sale de este mundo, sin dejar alguna preciosa prenda de su amistad?

La antigüedad decantó mucho la acción de cierto Filósofo (*), que no dejando al tiempo de morir con que mantener su familia, advirtió legar á sus amigos en su testamento á su Madre y á sus hijos. Lo que la necesidad sugirió á aquel Filósofo, obliga el amor á hacer á mi Maestro, de un modo mucho mas admirable. No solo dá su Madre á su amigo, sino tambien el amigo á su santa Madre; dá á los dos, y los dá ambos, uno y otro se aprovechan igualmente.—*Bosuet. Sermon 2.º de los Dolores de María Santísima.*

(b) Allí se vió este espectáculo de caridad y de misericordia, en que nunca deberíamos pensar, sin derramar lágrimas. Un Hijo único, amable, que se pone en lugar de los enemigos! El inocente, el justo, la misma santidad que se carga de los delitos de los malhechores! El que era infinitamente rico se constituye fiador por los insolventes!

Pero, ó Padre, ¿consentireis vos en este cambio? ¿Podreis ver morir á vuestro Hijo, por dar la vida á extraños? Un exceso de misericordia le hará aceptar esta oferta; su Hijo se hace su víctima en lugar de todos los mortales. ¿Pero porque no usa enteramente de misericordia? Ya os lo he dicho; porque quiere hacer triunfar la misericordia en el orden de la justicia: Lo primero, para glorificar estos dos atributos en el misterio de nuestra salvacion, que es la gran obra de su poder; pero la razon mas importante, es que quiere así manifestar su amor á los hombres: *Sic Deus dilexit mundum*: „Tanto amó Dios al mundo”

En efecto ¿quién seria capaz de penetrar bien esta

(*) *Eudamidas de Corinto.*

inmensa caridad de Dios con nosotros? Dar el único heredero por los extraños ¡Dar el Hijo natural por los adoptivos! Derramemos nuestros corazones, almas santas, en la piadosa meditacion de estas palabras tan tiernas, y de un cambio tan maravilloso. Yá es una bondad incomparable el que Dios haya querido adoptar por hijos á hombres mortales; porque como advierte muy bien San Agustin, los hombres solo recurren á la adopcion, cuando no esperan tener hijos verdaderos; tanto que no está establecida, sino para socorrer y suplir el defecto de la naturaleza que falta. Y no obstante, ó misericordia ¡Dios engendró en la eternidad un Hijo, que satisface perfectamente su amor, como agota enteramente su fecundidad; y no obstante, ó bondad incomprendible! Teniendo un Hijo tan perfecto, por la inmensidad de su amor, por las infinitas riquezas de una caridad superabundante, dá hermanos á este primogénito, compañeros á este único, y en fin coherederos á este muy amado de su corazon. Algo mas que esto hace en el Calvario: no solo junta á su propio Hijo, hijos que adopta por misericordia; sino lo que excede toda capacidad, entrega su propio Hijo á la muerte para que nazcan los adoptivos. Quién adoptaria á este precio, y daria su Hijo por extraños? y sin embargo esto es lo que hace el Eterno Padre: *Sic Deus dilexit mundum*. Reflexionemos un poco estas palabras: „Tanto amó al mundo”, dice el Hijo de Dios: ved aquí el principio de la adopcion; „Que le dió á su Hijo único” ved aquí el Hijo único entregado á la muerte. Presentaos ahora hijos adoptivos, „Para que „los que creen no merezcan, sino que consigan la vida „eterna.” ¿No veis el admirable cambio? Dá su propio Hijo á la muerte para que nazcan los hijos adoptivos. Esta misma caridad del Padre, que le entrega, que le abandona, y que le sacrifica, es la que nos adopta, nos vivifica, y nos reengendra. Como si habiendo

visto el Eterno Padre, que no se adoptan hijos, sino cuando se han perdido los verdaderos, un amor santamente inventor le hubiese inspirado para nuestra felicidad este admirable consejo de misericordia, de perder en cierto modo á su Hijo, para dar lugar á la adopcion, y de hacer morir el único heredero, para hacernos entrar en sus derechos.

De consiguiente, ó hijos adoptivos, cuanto costais al Eterno Padre ¡Pero cuan queridos y estimados sois de este Padre, que dá á su Hijo, y de este Hijo que se entrega él mismo por vosotros! Ved á qué precio os compra. Un precio grande, dice el Apostol, un precio infinito: *Pretio empti estis, nolite fieri servi hominum*: „Estais comprados por un precio, esto es, infinito é inestimable; no os hagais esclavos de los hombres”. — *Bosuet. Sermon de la Pasion de Nuestro Señor J. Crucificado.*

CAPITULO IX.

Los verdaderos fieles forman un solo cuerpo con Jesus Crucificado (a). Siendo Jesus Crucificado hijo de María, los fieles unidos á el se hicieron en el mismo Calvario verdaderos hijos de María (b). Las sectas separadas del Catolicismo no conocen este misterio y cuan desgraciadas son por esto: solo los Católicos que forman la verdadera Iglesia tienen á María por madre (c).

(a) Pero hay mas: no solo somos imagenes vivas del Hijo de Dios, sino tambien sus miembros, y componemos con él un cuerpo del que es la cabeza: somós su cuerpo y su plenitud como enseña el Apostol; calidad que nos une con él de tal modo, que el que ama al Salvador, es preciso por necesidad, que ame á todos los Fieles, con el mismo movimiento de amor.

Esto nos atrae tan poderosamente el amor de la santa Virgen, que no hay madre que pueda igualarla. — *Bosuet. Sermon 2º de los Dolores de María Santísima.*

(b) Os he dicho, cristianos, que la maternidad de la Virgen no tiene ejemplo en la tierra, y lo mismo sucede á el amor que tiene á su Hijo, y como logra la de ser Madre de un Hijo, que no tiene otro Padre que Dios; de aqui es que dejando muy inferior á toda la naturaleza, hemos ido á buscar la regla de su amor al seno del Eterno Padre. Porque así como Dios Padre al ver que la naturaleza humana toca tan de cerca á su Hijo único, estiende su amor paterno á la humanidad del Salvador, y hace de este Hombre-Dios el único objeto de sus complacencias, segun lo hemos probado por el testimonio de las Escrituras; del mismo modo hemos dicho que la bienaventurada María tampoco separaba la divinidad de la humanidad de su Hijo, sino que las abrasaba ambas con un mismo amor. Sobre estas verdades hemos establecido la union de María con Dios; oid algunas otras que os harán ver su caridad con nosotros.

Las mismas Escrituras que me enseñan que Dios ama, en algun modo, con un mismo amor la divinidad y la humanidad de su Hijo, con motivo de la union inseparable que tiene en nuestro Señor Jesucristo, me enseñan tambien que nos ama con el mismo amor que tiene á su muy amado y único Hijo, porque estamos unidos á él como miembros de su cuerpo; y esta maxima entre todas las del cristianismo es la que mas debe elevar nuestros alientos y esperanzas. ¿Queréis un hermoso testimonio en la misma boca de nuestro Salvador? Oid estas bellas palabras que dirige á su Padre, rogándole por nosotros. *Dilectio, qua dilexisti me, in ipsis sit, et ego in eis*: „Padre mio, dice, estoy en ellos, „porque son mis miembros, os ruego que tengan el „amor con que me amais.” Ved, cristianos, ved, y re-

gocijaos. Nuestro Salvador teme que el amor de su Padre haga alguna diferencia entre la cabeza y los miembros; é inferid de aqui cuan unidos estamos con el Salvador, pues que el mismo Dios que ha distinguido todos los seres con una variedad tan admirable, no nos distingue de Jesucristo, y derrama gustoso sobre nosotros todas las dulzuras de su amor paterno. Y si es cierto que María solo regla su amor por el del Eterno Padre, acudid, ó Fieles, acudid en horabuena á esta Madre incomparable; creed que no os distinguirá de su amado Hijo: os tratará como „Carne de su carne, y „huesos de sus huesos,” como habla el Apostol, como personas sobre las que y en las cuales ha corrido su sangre; y por decir algo mas, os mirará María como Cristos en la tierra: el amor que tiene á su Hijo, será la medida del que os tenga, y asi no temais llamarla vuestra Madre porque tiene en supremo grado todo el amor que pide esta calidad.—*Bosuet. Sermon 2º de los Dolores de María Santísima.*

(c) Jesucristo ejerce tambien en la cruz las funciones de cabeza y fundador de su Iglesia. Debía separarse por algun tiempo de la tierra; pero deja á su santa Madre, para que ella sea la madre y protectora de sus discípulos y quiere que estos pongan en ella su confianza. Ocupado de este pensamiento, ve á sus pies á María y á uno de los Apóstoles en quien estaban representados los demas: se dirige á su Madre y le dice: ¡Oh Madre mia! yo te entrego á mis discípulos, á mis servidores á todos los que en este momento son engendrados á la vida de la gracia, y quiero tambien que ellos sean tus hijos no ménos que míos.—*MacCarthy. Sermon sobre la Pasion.*

CAPITULO X.

Continuacion de la materia precedente (a) Figuras del antiguo Testamento que confirman esta doctrina (b).

(a) Y esta sin duda alguna es la causa secreta, pero real y poderosa, de la profunda seguridad, de la tranquilidad perfecta en que viven, de la paz que disfrutan, del gozo que sienten los pueblos Católicos respecto á la religion; que se lee en su rostro, que se divisa en sus modales, que forma el carácter de sus solemnidades religiosas. El Católico tiene á Dios por padre, habita con Dios, puede ir á buscarlo, siempre que le parezca, puede recibirlo tambien en sí mismo, hablarle en el secreto de su corazon, entregarse todo á él y ser poseido por él. El Católico es el hombre constituido en la feliz condicion de poder satisfacer la necesidad íntima del corazon humano, de tener á Dios consigo y de estar con Dios. El Católico no tiene nada que desear respecto á la union recíproca con su Dios, porque no se puede dar una mas íntima que la que él posee. El Católico está en esta vida en su estado normal respecto á Dios, en el estado en que su corazon tiene cuanto desea; en que la primera, la mas íntima, la mas legítima y la mas importante de todas sus inclinaciones se halla satisfecha. El Católico se halla por consiguiente en el estado natural, en el estado perfecto; y por lo mismo, en el estado de la verdadera paz, de la verdadera tranquilidad, del verdadero gozo.

Los herejes se muestran escandalizados y nos reconvienen por la familiaridad y confianza con que tratamos con Dios, porque no comprenden ni pueden comprender el delicioso misterio de donde nacen estos

nuestros sentimientos, ni el Espíritu divino que los engendra y los inspira. Nos ponderan y nos presentan con la misma necedad é injusticia su seriedad, su recogimiento y su respeto á Dios en los dias y en las cosas santas. Pero esta su pretendida seriedad, este su pretendido recogimiento y respeto, no es otra cosa que una fria reserva, hija del secreto vacío de su corazon, de la profunda tristeza que su corazon experimenta en su privacion y en su separacion absoluta de Dios.—*El R. P. Ventura de Raulica, Escuela de los milagros.*

(b) Poniendo estas palabras en la boca de María, ha querido la Iglesia enseñarnos que el dogma de su maternidad es el grande pensamiento de Dios y del universo. Existia la bienaventurada Virgen en el consejo de la sabiduria eterna; estaba su nombre escrito en el pensamiento del Verbo antes que hubieran salido los siglos del seno de la eternidad; y desde el dia, en que empezó el tiempo su carrera, no han dejado los destinos preparados á María de consolar la tierra. „Fué criada desde los primeros tiempos y antes de los siglos, esclama, y vivirá hasta los siglos futuros.”

Llenan Jesus y María el tiempo pasado, el presente y el porvenir; el mundo tiene su gloria por causa final; los justos de la ley figurativa y los santos de la ley de gracia no han vivido mas que á la sombra de su amor. La Biblia, para quien sabe leer este libro venido del cielo, está llena de los destinos de la Reina de los ángeles; sus virtudes están luciendo en cada página, y cada palabra de este libro inmortal abraza, por decirlo así, alguno de los misterios cumplidos en su seno.

Por los doctores y teólogos católicos se ha notado en la Biblia un vasto simbolismo de los privilegios de Nuestra Señora; y Dios, para quien no tienen los siglos ni pasado, ni futuro, ha trazado en el Antiguo Testa-

mento todos los rasgos de la vida de su divina madre. *Combalot. Conferencias sobre las figuras del antiguo Testamento que se refieren á María.*

CAPITULO XI.

Al conferir Dios á María la dignidad de madre de los hombres le dió tambien el corazon y el afecto de madre (a).

(a) Por esto el Hijo de Dios, que habia resuelto darnos á la santa Virgen por Madre, para ser nuestro hermano de todos modos, admirad su amor, Cristianos, al ver desde lo alto de la Cruz, cuan enternecida estaba el alma de María, y que agitado su corazon la hacia inundar por sus ojos un torrente de amargas lágrimas, como si allí la hubiera esperado, aprovechó la ocasion de decirla, mostrandole á San Juan: “Muger aí tienes á tu Hijo”: *Ecce filius tuus.* Fieles, estas son sus palabras, y me parece que este es su sentido, si las sabemos penetrar: O muger afligida, la dice, á quien un desgraciado amor hace experimentar ahora hasta donde puede llegar la violencia del dolor de una Madre; este mismo amor que me teneis, y que tan vivamente os penetra, tenedlo á Juan mi amado discípulo, y tenedlo á todos mis Fieles que os recomiendo en su persona; porque todos son mis discípulos, y mis muy amados: *Ecce filius tuus.* Deciros como estas palabras impelidas del corazon del Hijo, bajaron profundamente al corazon de la Madre, y la impresion que en él hicieron, es cosa que no me atrevo á emprender. Comprended solo, que el que habla es el Hijo de Dios, que todo lo obra con su poderosa palabra, que esta debe producir un maravilloso efecto, y particularmente en su santa Madre; y que para darla mas fuerza, la anima con su sangre, y la profiere con una voz moribunda, casi entre sus últimos suspiros: todo esto junto,

no es creible lo que era capaz de causar en el alma de la santa Virgen. No bien habia acabado de pronunciar la palabra en que dijo á San Juan que María era su Madre, cuando al instante se sintió este Discípulo poseido de todos los afectos de un buen hijo, y desde aquella hora la llevó á su casa: *Ex illa hora accepit eam Discipulus in sua*: Con cuanta mas razon debia obrar su palabra en su santa Madre, y penetrarla de un amor extremo á nosotros, como que somos sus verdaderos hijos.—*Bosuet: Sermon 2º sobre los Dolores de María Santísima.*

CAPITULO XII.

Sentimientos de indecible ternura de que se animó el corazon de María á vista del ejemplo que Jesus Crucificado le ofreció de su infinita caridad para con los hombres (a) Impresion profunda que las palabras de Jesus Crucificado hicieron en el corazon de María. Amor que hicieron nacer en él, para con nosotros (b).

(a) A este intento me acuerdo de aquellas miserables madres, que las rasgan sus entrañas con el cuchillo, para sacar con violencia sus hijos al mundo. Una cosa semejante os ha sucedido, ó dichosa María; pues nos aveis parido por el corazon; porque nos aveis parido por la caridad: *Cooperata est charitate, ut filii Dei in Ecclesia nascerentur*: dice San Agustin. Y me atrevo á decir que estas palabras de vuestro Hijo, que eran su último á Dios, entraron en vuestro corazon como una espada de dos filos, y llevaron hasta lo mas profundo, con un dolor excesivo, una inclinacion de Madre á todos los Fieles. Asi, por explicarme de este modo, nos aveis parido de un corazon rasgado entre la vehemencia de una aflixion infinita; y siempre que los cristianos se os presentan, os acordais de aquella última palabra, y se conmueven vuestras entrañas con

nosotros, como con hijos de vuestro dolor, y de vuestro amor; tanto que no sabreis mirarnos, sin que os representemos á vuestro corazon aquel Hijo que tanto amais, y que se complace el Espíritu Santo en gravar su semejanza en el alma de todos los Fieles: y porque nos veis que somos Cristianos, cubiertos con la Sangre del Salvador, de la que estamos teñidos y blanqueados, y reconocéis en nosotros sus mismos lineamentos.

Esta es doctrina que me enseñan las divinas Escrituras, y es muy poderosa para exitarnos á la virtud, á mas de lo que ilustra la verdad que trato; por esto tengo gusto en deducirla: pues aprendo del Apostol San Pablo, y esta doctrina es muy digna de vuestra atencion; que todos los Cristianos que con su vida corresponden á la profesion que hicieron, llevan impresas en su alma las señas naturales, y la verdadera imagen de Nuestro Señor. Cómo se imprimen, me preguntareis? A la verdad de un modo admirable. Vivir cristianamente es conformarse á la doctrina del Hijo de Dios. Y como la doctrina del Hijo de Dios es un retrato exacto de su vida: la doctrina es la copia, y él mismo el original: en lo que se diferencia mucho de los demás Doctores que tratan de enseñar á vivir bien: porque estos serian muy temerarios si formasen las reglas de la buena vida sobre sus acciones: asi acostumbran figurarse bellas ideas, establecen ciertas reglas, y cuidan poco de guardarlas. Al contrario, el Hijo de Dios como enviado al mundo, para ser un ejemplar completo de la mas alta perfeccion, sus documentos naciañ de sus costumbres: enseñaba las cosas, porque las practicaba; y su palabra era una imagen de su conducta. ¿Qué hace el Espíritu Santo en el alma de un buen Cristiano? Hace que el Evangelio sea su consejo en todos sus intentos, y la única regla á que atiende en sus acciones. Asi pasa insensiblemente la doctrina del Hijo de Dios á sus constumbres; se hace, por explicar-

me así, un Evangelio vivo; todo manifiesta el Maestro que le ha enseñado, y como ha tomado su espíritu: y si penetráseis en lo interior de su conciencia, veriais los mismos lineamentos, y los mismos modos de obrar que en nuestro Salvador.

Esto penetra sensiblemente á la dichosa María, y me es fácil manifestarlo con un ejemplo familiar. Vereis alguna madre que acaricia algunas veces extraordinariamente á un niño, sin otra razon, que la de parecerse mucho á otro niño suyo. Así pone las manos, dice, así mira, de este modo anda, y se presenta: las madres son ingeniosas en observar hasta las cosas mas menudas. ¿Y qué es todo esto? sino como un corriente, si se puede hablar así, que tiene el afecto de una madre, que no contenta con amar á su hijo en su propia persona, le vá á buscar por donde quiera que puede descubrir alguna cosa. Y si cualquiera pequeña semejanza basta para moverla mucho; ¿qué diremos de María cuando vé en el alma de los Cristianos señas inmortales de la perfecta hermosura de su Hijo, que el dedo de Dios formó con toda perfeccion?—*Bosuet. Sermon 2.^o de los Dolores de María Santísima.*

(b) Jesus estaba en la cruz. No podia indicar con el dedo al que quería señalar; mas mira al discípulo y le dice: „Ved vuestra madre” Despues mira á su Madre. Ya no la llama madre, la llama muger, como si se despojara de su filiación en favor de todos los hombres, y la dice: „Muger ved vuestro hijo.” Estas son palabras testamentarias, y toda palabra de un moribundo es sagrada; palabras solemnes por cierto. A la verdad, ¿ha habido nunca circunstancia mayor ni mas solemne que la de la muerte del Salvador Jesus? Son palabras creadoras salidas de la boca del mismo que dijo: „Hágase la luz.” En seguida ¿qué es lo que veo? Veo los dolores terribles que atormentan el corazon de la santa Virgen. ¡Ah! esclama San Bernardo, Santísima Virgen

¿qué cambio! ¡el hijo de Zebedeo en lugar del Hijo de Dios! De todos los tiros que han atravesado el corazon de María, ninguno hay mas cruel. Sí, hermanos míos, lo que digo es verdad; pero lo que es tambien cierto es que la palabra ha creado en el pecho de María un corazon de madre para todos los hombres. Y notad en qué ocasion el Señor habla de este modo. Escoge el momento en que conforme á las profecias del viejo Simion, el corazon de la Santísima Virgen está traspasado por una espada afilada. En aquel momento hace caer, si así puedo espresarme, en ese corazon como en un abismo, todo el amor que el suyo encierra. Del mismo modo que se ven los torrentes precipitarse de lo alto de las montañas al fondo de los valles, el amor de Jesucristo que rebosa de su corazon, ese amor infinito se precipita en el corazon de María abierto y traspasado. Lo inunda, y ved cómo María se convierte en nuestra madre; y ved cómo despues de diez y ocho siglos es la madre del universo, la madre mas compasiva, la mas tierna, la madre cuyo afecto no se desmiente jamás; ella es la esperanza de los desesperados, y su poder es tan grande, tan misericordioso que se ha podido decir con verdad que su servidor, aquel que ponga en ella toda su confianza, no morirá nunca.—*Illmo. Sr. Marmien. Sermon de los Dolores de María Santísima.*

CAPITULO XIII.

María ejerce en la tierra el ministerio de madre respecto de la Iglesia; (a) y lo ejerce continuamente en el cielo. (b) Como le conviene el titulo de madre de misericordia (c).

(a) María fué la columna luminosa que guió los primeros pasos de la Iglesia naciente. A ella fué á

quien los Apóstoles presentaron en homenaje las numerosas espigas que arrancaban en el campo rebelde de la Sinagoga, para guardarlas en los graneros del Padre de familias. Ella aceptaba ese tributo en nombre de su Hijo, con una humildad llena de gracia; y se la veía continuamente rodeada de pobres, de desgraciados y de pecadores; porque amó siempre con predilección á aquellos á quienes podía hacer bien. Los evangelistas venían á pedirle luces, los apóstoles la unción, el valor y la constancia que eran necesarias para la predicación; y los afligidos el bálsamo precioso de los consuelos espirituales; todos al separarse de ella la llenaban de bendiciones. *El sol de justicia se había traspuesto en el horizonte sangriento del Gólgota; pero la Estrella de los mares reflejaba aun sus más lucidos resplandores sobre el mundo regenerado; y derramaba benignas influencias sobre la cuna del cristianismo.—Orsini. Historia de la Madre de Dios.*

(b) María hecha Madre de Dios, llegó á ser por esto mismo Madre y protectora de los hombres, y cooperadora de nuestra salvación; y una Madre, una protectora, y una cooperadora poderosa. Os ruego que atendais. Llegó á ser Madre de los hombres, por que todos son, no solamente hermanos, sino miembros del Dios-Hombre que llevó en su vientre. Llegó á ser protectora de los hombres, porque á favor de estos fué escogida, y en este sentido debe á los hombres su elevación. Llegó á ser cooperadora de la salvación de los hombres, porque dió forma de hombre al Salvador que vino á redimirlos, y porque le dió su sangre que había de ser el precio de esta redención y de esta salvación; á lo que yo añado, que llegó á ser Madre protectora y cooperadora poderosa, porque en cualidad de Madre de Dios halló singularmente gracia delante de su Magestad.

María, pues, nos alarga los brazos hoy para admitir-

nos en el número de sus hijos; y con este pensamiento debemos imitar el zelo y la piedad que manifestaron los cristianos de Epheso cuando recibieron el decreto de la Iglesia universal en gloria de esta Virgen en quien habían puesto su confianza. El hecho es digno de observarse; y yo quisiera que los hereges de nuestro siglo le atendiesen como debe, y conociesen, cuales eran más ha de mil y doscientos años los sentimientos de los fieles para con María, y cuales deben ser los nuestros. La historia nos enseña, que el día en que se había de decidir el punto de la Maternidad Divina, todo el pueblo se presentó en las calles, ocupó las plazas y sitios públicos, y rodeó el famoso Templo dedicado al culto de la Virgen, en donde los Padres del Concilio estaban congregados: y que luego que se publicó la decisión, y se oyó y supo, que María quedaba mantenida en la posesión justa del título de *Madre de Dios*, toda la Ciudad resonó con aclamaciones y gritos de alegría: que al salir los Padres del Concilio, y al separarse, fueron llenos de bendiciones, y llevados en triunfo; que el aire se iluminó con fuegos, y en fin, que nada faltó á la pompa de aquel regocijo comun, ni al lustre y esplendor de la gloriosa victoria que María había alcanzado. ¡Ah! cristianos: es verdad que aquel Pueblo fiel tenía mucha parte en los intereses de María, y en esto obraba por un espíritu de religión: pero interesándose por María, por sí mismo se interesaba; porque contaba con el socorro y protección de esta Madre de Dios, y sabía cuanto debía esperar de esto.—*Burdaluc. Sermon de la Anunciacion de Maria Santisima.*

(c) Desde el mismo instante en que María Santísima fué declarada Madre de Dios, tuvo perfecto y claro conocimiento del misterio que en ella se había de obrar: sabía, como dice San Agustín, que los mismos pecadores eran el motivo de que fuese elevada á tan

alta dignidad: sabia que si el hombre la debia de algun modo su redencion, ella era deudora al hombre de su maternidad divina. Si no hubiera habido pecado, tampoco hubiera habido redencion; ni hubiera sido madre del Redentor si no hubiera habido pecadores que redimir. Por eso desde entonces miró á su Hijo como víctima del mundo; y á sí misma como Madre, como Abogada y Protectora de los pecadores. En su parto dió al mundo á la misma misericordia, como se explica San Bernardo, y consiguientemente conoció que el afecto dominante de su corazon habia de ser siempre la misericordia: que su propio oficio y su verdadero empleo era el interceder por los pecadores.—*Santander. Sermon de los Dolores de María.*

CAPITULO XIV.

Asi como J. C. diciendo á María Hé ahí á tu hijo, le inspiró para con la Iglesia los tiernos sentimientos de una madre; del mismo modo al decir á San Juan Hé ahí á tu madre, inspiró á los fieles los sentimientos de un afecto filial, respecto á María (a) Conformidad maravillosa de todas las naciones católicas en su amor y veneracion á María (b).

(a) Y uno de los capítulos, uno de los artículos de ese testamento divino es la disposicion que Jesucristo ha hecho de su propia Madre destinándola para madre de todos sus discípulos, y de todos sus discípulos destinándoles á ser hijos de su propia madre: *Ecce filius tuus. Ecce mater tua.* Aun cuando María no nos hubiera dado á luz por su amor y por sus dolores, no seria por eso menos nuestra verdadera Madre, y nosotros no dejaríamos de ser sus verdaderos hijos, en virtud de la disposicion testamentaria de Jesucristo.

Porque notad bien que el testador no es tan solamente un hombre. Un testador hombre puede muy

bien, al morir, recomendar un amigo á su madre, á fin que esta lo mire como á un hijo, y su madre á un amigo, á fin que este la considere como á su madre. Pero ese testador hombre no puede, al espresar sus deseos, al manifestar su voluntad, no puede crear, hacer nacer sentimientos maternales en el corazon de su madre para el amigo, ni sentimientos filiales en el corazon del amigo para su madre. ¡Ay! semejantes deseos, semejantes voluntades de los testadores humanos son muy á menudo olvidadas, los deseos ineficaces, y las voluntades sin ejecucion.

Pero el testamento de Jesucristo es el testamento de un hombre que es al mismo tiempo Dios, cuya poderosa voluntad produce todo lo que quiere, cuya palabra taumaturga cumple todo lo que espresa, cuyos deseos son creaciones.

Pronunciando pues, no con el tono de un hombre que suplica sino con la autoridad de un Dios que ordena: „Muger hé ahí á tu hijo: discípulo, hé ahí á tu madre.” Jesucristo no tan solo declara, sino que hace á María nuestra madre; no le dá solamente el título de madre nuestra, sino tambien el corazon y los sentimientos. Y ved, hermanos míos, qué grandeza, qué autoridad hay en estas palabras: „Muger, hé ahí á tu hijo.” Olvida por un momento que María es su madre, que él es su hijo; no se acuerda mas de sus relaciones puramente humanas con María, se acuerda que es Dios, y en su cualidad de Dios, le dice: „Muger, hé ahí á tu hijo.” Es un Dios legislador que dicta una ley, y esa gran palabra será respetada. Por consiguiente, en el mismo momento, una gran creacion se obra en el corazon de la madre y en el del discípulo: da á María un corazon de madre para su Iglesia, y da á la Iglesia un corazon de hija para María. Da á Juan y á María un solo corazon y sentimientos conformes á la alta dignidad á que acaban de ser elevados.—*El R. P. Ventu-*

alta dignidad: sabia que si el hombre la debia de algun modo su redencion, ella era deudora al hombre de su maternidad divina. Si no hubiera habido pecado, tampoco hubiera habido redencion; ni hubiera sido madre del Redentor si no hubiera habido pecadores que redimir. Por eso desde entonces miró á su Hijo como víctima del mundo; y á sí misma como Madre, como Abogada y Protectora de los pecadores. En su parto dió al mundo á la misma misericordia, como se explica San Bernardo, y consiguientemente conoció que el afecto dominante de su corazon habia de ser siempre la misericordia: que su propio oficio y su verdadero empleo era el interceder por los pecadores.—*Santander. Sermon de los Dolores de María.*

CAPITULO XIV.

Asi como J. C. diciendo á María Hé ahí á tu hijo, le inspiró para con la Iglesia los tiernos sentimientos de una madre; del mismo modo al decir á San Juan Hé ahí á tu madre, inspiró á los fieles los sentimientos de un afecto filial, respecto á María (a) Conformidad maravillosa de todas las naciones católicas en su amor y veneracion á María (b).

(a) Y uno de los capítulos, uno de los artículos de ese testamento divino es la disposicion que Jesucristo ha hecho de su propia Madre destinándola para madre de todos sus discípulos, y de todos sus discípulos destinándoles á ser hijos de su propia madre: *Ecce filius tuus. Ecce mater tua.* Aun cuando María no nos hubiera dado á luz por su amor y por sus dolores, no seria por eso menos nuestra verdadera Madre, y nosotros no dejaríamos de ser sus verdaderos hijos, en virtud de la disposicion testamentaria de Jesucristo.

Porque notad bien que el testador no es tan solamente un hombre. Un testador hombre puede muy

bien, al morir, recomendar un amigo á su madre, á fin que esta lo mire como á un hijo, y su madre á un amigo, á fin que este la considere como á su madre. Pero ese testador hombre no puede, al espresar sus deseos, al manifestar su voluntad, no puede crear, hacer nacer sentimientos maternales en el corazon de su madre para el amigo, ni sentimientos filiales en el corazon del amigo para su madre. ¡Ay! semejantes deseos, semejantes voluntades de los testadores humanos son muy á menudo olvidadas, los deseos ineficaces, y las voluntades sin ejecucion.

Pero el testamento de Jesucristo es el testamento de un hombre que es al mismo tiempo Dios, cuya poderosa voluntad produce todo lo que quiere, cuya palabra taumaturga cumple todo lo que espresa, cuyos deseos son creaciones.

Pronunciando pues, no con el tono de un hombre que suplica sino con la autoridad de un Dios que ordena: „Muger hé ahí á tu hijo: discípulo, hé ahí á tu madre.” Jesucristo no tan solo declara, sino que hace á María nuestra madre; no le dá solamente el título de madre nuestra, sino tambien el corazon y los sentimientos. Y ved, hermanos míos, qué grandeza, qué autoridad hay en estas palabras: „Muger, hé ahí á tu hijo.” Olvida por un momento que María es su madre, que él es su hijo; no se acuerda mas de sus relaciones puramente humanas con María, se acuerda que es Dios, y en su cualidad de Dios, le dice: „Muger, hé ahí á tu hijo.” Es un Dios legislador que dicta una ley, y esa gran palabra será respetada. Por consiguiente, en el mismo momento, una gran creacion se obra en el corazon de la madre y en el del discípulo: da á María un corazon de madre para su Iglesia, y da á la Iglesia un corazon de hija para María. Da á Juan y á María un solo corazon y sentimientos conformes á la alta dignidad á que acaban de ser elevados.—*El R. P. Ventu-*

ra de Raulica. *Sermon de los Dolores de María Sma.*

(b) Transportaos á ese solemne momento en que esclama la Virgen celestial, al celebrar ella misma su gloria futura: „Todas las generaciones me han de llamar bienaventurada.”

Hace cerca de dos mil años, que en un oscuro rincón de este mundo, en el seno de una nación vencida y menospreciada, la esposa de un artesano, una pobre hija de la tribu de Judá, apenas conocida en su humilde pueblo, anuncia al universo que todas las generaciones la proclamarán la muger por excelencia, la Reina del cielo, la mas dichosa de todas las criaturas.

Si Dios, H. M. en cuya presencia los siglos venideros son como si ya hubieran pasado, no hubiera hablado por boca de María: si no hubiera sido esta divina Madre de la gracia el eco vivo de la verdad misma, ¿podía acaso prever ella, podía pronosticar que seria su nombre el mayor de los nombres, despues del que el universo adora? ¿Podía por ventura anunciar con la precision de un hecho cumplido, que inundaria su gloria la tierra y que seria su culto tan estendido como la humanidad misma? ¿Podía acaso una pobre doncella adivinar que los pueblos mas civilizados del mundo la proclamarian luego Reina de los ángeles y Madre de Dios? ¿Podía por ventura leer sin el socorro del cielo, y leer con infalible certeza los caracteres de sus grandezas escritos con letras inmortales en la frente de todas las generaciones? ¿A no haber estado abierto, delante de su profética vista, el libro del porvenir, podía descubrir en él la historia de sus destinos escrita de la mano del mismo Dios?

No olvidemos que en el acto en que, con una precision divina, cuenta la bienaventurada Virgen la historia de sus futuras grandezas, estaba el paganismo cubriendo el mundo entero. Acordémonos que en ese instante, único en los anales de los siglos, no tenia el verdadero Dios mas adoradores que en el país de Judea, en el seno

de una pequeña poblacion hecha tributaria de la idólatra Roma.

Pero, ¿profetizó acaso en vano la Virgen de Israel? ¿Y nosotros que estamos á diez y ocho siglos del dia en que se oyó este oráculo revelador en la humilde morada de Isabel, no sabemos por ventura que el culto de la Reina de las Vírgenes ha movido á la humanidad entera, y, en este mismo momento, se halla en todos los puntos del globo?

¿Es acaso posible el equivocarse en lo que toca al cumplimiento literal de esta divina profecía de María: „Todas las generaciones me han de llamar bienaventurada?”

Mas ¿cuál es pues esta muger que están invocando con un mismo amor, con una misma fé y una misma confianza el hombre de talento y el ignorante?

¿Cuál es esa Virgen que están llamando Reina del mundo y Madre de Dios los reyes y los pueblos, los grandes y los pequeños, el rico y el pobre y hasta el niño?

¿Cuál es esa que invoca el guerrero al ir al combate, á quien invoca el marinero mientras las olas del mar están haciendo zozobrar su navio, y cuando ve entreabrirse debajo de sus piés los abismos del Océano? ¡Ay! es la que decia hace dos mil años: „Porque ha tenido en consideracion la humildad de su sierva, todas las generaciones me han de llamar bienaventurada.”

¿Cuál es esa muger mas pura que los ángeles, mas grande que los reyes, mas elevada que el cielo, mas fuerte que los conquistadores, cuyas grandezas han celebrado á porfia la poesía y la elocuencia, la piedad y las artes? Es la que decia: „Todas las generaciones me han de llamar bienaventurada.”

Hijos de la impiedad, decís, que no podeis creer unos dogmas que no alcanza vuestro juicio. Está el catolicismo absorbiendo con sus misterios vuestra

ciencia, esa ciencia tan pobre, tan escasa, tan ruda, que se pierde como un átomo. Mas, oídos teneis para oír y no están cerrados vuestros ojos á la luz de los hechos vivos de la humanidad. Abrid pues vuestros oídos, impíos de la tierra, oid á una humilde vírgen, á una hija desconocida y pobre que está anunciando al universo que *todas* las generaciones la llamarán bienaventurada y la darán un culto.

¿Direis acaso que no la habeis oído, que no habeis sido testigos de esta sublime escena? Pero abrid los ojos. Mirad al rededor de vosotros: ved con una rápida ojeada los pueblos mas adelantados en la civilizacion. ¿Es verdad que haya la Vírgen María conquistado, no diré su admiracion, sino sus homenajes y su culto? ¿Negareis acaso la verdad de la profecía? Pero su cumplimiento, imposible de preverse, imposible de pronosticarse sin la luz eterna, esto es lo que os confunde. ¿Negareis por ventura que la Vírgen Santísima sea el objeto de un culto de piedad y amor en todas las naciones civilizadas de la tierra? Mas la voz de las generaciones pasadas y presentes, de rodillas al pié de los altares de María, cubriria vuestras blasfemias de una mengua sempiterna.

La Vírgen María, esposa de un pobre carpintero de Nazareth, profetizó su gloria, y está su gloria llenando á el universo. Pronosticó que todas las tribus de la tierra la habian de bendecir, y en el momento en que os estoy hablando, los ángeles del cielo están postrados delante de su trono, y la Iglesia del tiempo, á la par que los pueblos cismáticos la están llamando la muger por excelencia, la Madre de Cristo y la Vírgen sin mancha.

Emanando de las montañas de Judea, el culto de la Vírgen divina, semejante á un arroyuelo formado en su origen con las lágrimas de una roca desconocida, se ha ido aumentando en su curso; se ha ensanchado, se ha dilatado atravesando los siglos, y á estas horas, mas

vasto que el Océano, está cubriendo el universo con sus beneficios, y se va mas allá del tiempo para volver á hecharse con su gloria en la profundidad sin fondo de la eternidad.

Pregunto yo, ¿han dejado los primeros discípulos de Jesucristo, los santos concilios eucoménicos, la imponente voz de los Doctores de la Iglesia, las naciones que han recibido la buena noticia, los Pontífices de Roma, los obispos del universo cristiano, los sacerdotes y los fieles, han dejado, digo, de exaltar los loores y de celebrar las virtudes de la inmaculada Vírgen?

¿Ha dejado la bóveda de los templos, desde ha mas de diez y ocho siglos, de repetir los ecos de la palabra que profetizaba sus grandezas? ¿Y, recorriendo el curso de los tiempos, no encuentra el sol de la verdad católica un altar dedicado á María en todos los parages de la tierra donde ha edificado la fé un templo á la divinidad de su Hijo?

Luego se ha cumplido el oráculo virginal en todas sus partes, y á no ha haber hablado Dios por la boca de María, ¿podia ella dominar los acontecimientos venideros? ¿Podia ella plegarlos á medida de sus esperanzas? Podia acaso mandar á los reyes y á los pueblos, á los pontífices y á los sacerdotes, á las naciones civilizadas y bárbaras que se hicieran los panegiristas de sus grandezas y los adoradores de su gloria? ¿Podia por ventura, en una palabra, encargar á los tiempos venideros que escribieran, dictándolo ella, el acto inmenso, el acto dominante de la real dignidad de su gloria sobre todas las generaciones? María ha hablado, y la tierra ha obedecido. Luego, son las grandezas de María el milagro de la omnipotencia; luego, es divina la Iglesia, que es la sola que ha recogido este imponente oráculo; luego, solo el catolicismo, en cuyo seno se cumplió este hecho dominador del mundo, es la religion del cielo y la obra maestra de Dios.—*Com-*

balot. Conferencia 21 sobre las grandezas de la Virgen Sma. Comentario de la 3ª estrofa del cántico Magnificat.

CAPITULO XV.

El culto de María es una señal de la verdadera fé. Los hereges no entienden este misterio de amor (a).

(a) Así como por la palabra todopoderosa que Dios creador pronunció en el origen del mundo: „Creced y multiplicaos:” *Crescite et multiplicamini*, como digo, por esta palabra poderosa que tiene siempre un eco en la naturaleza, nacemos á la vida natural; del mismo modo por esta palabra omnipotente salida de la boca de un Dios redentor: „Muger, hé ahí á tu hijo; discípulo, hé ahí á tu madre,” por esta palabra del Dios redentor que se repite siempre en la Iglesia con un poderoso eco, renacemos todos á la vida de la gracia, á la filiacion de María, á los sentimientos tiernos y afectuosos por ella; por la misma gracia por la cual somos católicos, recibimos el sentimiento de tierna confianza en la proteccion y amor de María.

Es una ley que Jesucristo estableció en el Calvario y que ha impreso, que ha grabado, en el corazon de todos los verdaderos fieles, de todos los católicos. Así como no hay verdadero catolicismo sin el culto sincero á María, no hay tampoco culto sincero á María fuera del catolicismo. No os dejéis engañar, pues, por las astucias, sofismas y blasfemias de la incredulidad, del protestantismo y del jansenismo, que bajo el pretexto de celo por la gloria de Dios y de Jesucristo, ponen en ridículo el afecto, la ternura de los fieles hácia María, la confianza que tienen en su proteccion maternal. Cuando sus blasfemias no son efecto de la maldad, de la impiedad, de la hipocresía, estad seguros que nacen de una ignorancia profunda del Espíritu del Evangelio; porque el sentimiento filial de

ternura de la Iglesia hácia María está en el espíritu y en el sentido del Evangelio. Dejemos pues, hermanos míos, dejemos esos desgraciados con su religion de racionismo, y quedemos nosotros con la religion de la fé; dejemos á esos desgraciados con su religion del Sinai, y quedémonos nosotros con la religion del Calvario; dejemos á esos desgraciados con su religion de respeto, y quedémonos con la religion de amor; dejémosles con su religion tan fria como la razon, tan indiferente como el exámen, tan sombría como la duda, tan dura como el error, tan desoladora como los remordimientos y la desesperacion, y dediquémonos nosotros, á practicar con perseverancia nuestras devociones, y nuestro culto á María.—*El R. P. Ventura de Raulica. Sermon de los Dolores de María Santísima.*

CAPITULO XVI.

Misterios que encierran estas palabras de Pilatos: ved aquí al hombre: ved aquí á vuestro Rey (a) La verdadera humanidad está solo en J. C. (b). Misterios que encierran las palabras del titulo de la Cruz. Jesus Nazareno Rey de los Judíos (c). Admirables relaciones que hay entre estas palabras y las de N. S. J. C. Hé aquí á tu madre: Hé aquí á tu hijo. (d) Cuales deben ser los verdaderos hijos de María (e).

(a) Pilatos al presentar á Jesucristo á los Judíos, en el estado deplorable á que le habia reducido una ferocidad brutal, con una corona desgarradora en la cabeza, una caña en la mano y un andrajo de púrpura en los hombros, desfigurado por las salivas, cubierto de heridas y de sangre, no tuvo otro objeto que el de mover al pueblo á compasion. Cuando despues alzando la voz, dijo á los Judíos: Ved aquí el hombre, *Ecce homo*, quiso decirles, segun S. Gerónimo: Ved aquí el estado en que se encuentra el hombre á quien quereis hacer

balot. Conferencia 21 sobre las grandezas de la Virgen Sma. Comentario de la 3ª estrofa del cántico Magnificat.

CAPITULO XV.

El culto de María es una señal de la verdadera fé. Los hereges no entienden este misterio de amor (a).

(a) Así como por la palabra todopoderosa que Dios creador pronunció en el origen del mundo: „Creced y multiplicaos:” *Crescite et multiplicamini*, como digo, por esta palabra poderosa que tiene siempre un eco en la naturaleza, nacemos á la vida natural; del mismo modo por esta palabra omnipotente salida de la boca de un Dios redentor: „Muger, hé ahí á tu hijo; discípulo, hé ahí á tu madre,” por esta palabra del Dios redentor que se repite siempre en la Iglesia con un poderoso eco, renacemos todos á la vida de la gracia, á la filiacion de María, á los sentimientos tiernos y afectuosos por ella; por la misma gracia por la cual somos católicos, recibimos el sentimiento de tierna confianza en la proteccion y amor de María.

Es una ley que Jesucristo estableció en el Calvario y que ha impreso, que ha grabado, en el corazon de todos los verdaderos fieles, de todos los católicos. Así como no hay verdadero catolicismo sin el culto sincero á María, no hay tampoco culto sincero á María fuera del catolicismo. No os dejéis engañar, pues, por las astucias, sofismas y blasfemias de la incredulidad, del protestantismo y del jansenismo, que bajo el pretexto de celo por la gloria de Dios y de Jesucristo, ponen en ridículo el afecto, la ternura de los fieles hácia María, la confianza que tienen en su proteccion maternal. Cuando sus blasfemias no son efecto de la maldad, de la impiedad, de la hipocresía, estad seguros que nacen de una ignorancia profunda del Espíritu del Evangelio; porque el sentimiento filial de

ternura de la Iglesia hácia María está en el espíritu y en el sentido del Evangelio. Dejemos pues, hermanos míos, dejemos esos desgraciados con su religion de racionismo, y quedemos nosotros con la religion de la fé; dejemos á esos desgraciados con su religion del Sinai, y quedémonos nosotros con la religion del Calvario; dejemos á esos desgraciados con su religion de respeto, y quedémonos con la religion de amor; dejémosles con su religion tan fria como la razon, tan indiferente como el exámen, tan sombría como la duda, tan dura como el error, tan desoladora como los remordimientos y la desesperacion, y dediquémonos nosotros, á practicar con perseverancia nuestras devociones, y nuestro culto á María.—*El R. P. Ventura de Raulica. Sermon de los Dolores de María Santísima.*

CAPITULO XVI.

Misterios que encierran estas palabras de Pilatos: ved aquí al hombre: ved aquí á vuestro Rey (a) La verdadera humanidad está solo en J. C. (b). Misterios que encierran las palabras del titulo de la Cruz. Jesus Nazareno Rey de los Judíos (c). Admirables relaciones que hay entre estas palabras y las de N. S. J. C. Hé aquí á tu madre: Hé aquí á tu hijo. (d) Cuales deben ser los verdaderos hijos de María (e).

(a) Pilatos al presentar á Jesucristo á los Judíos, en el estado deplorable á que le habia reducido una ferocidad brutal, con una corona desgarradora en la cabeza, una caña en la mano y un andrajo de púrpura en los hombros, desfigurado por las salivas, cubierto de heridas y de sangre, no tuvo otro objeto que el de mover al pueblo á compasion. Cuando despues alzando la voz, dijo á los Judíos: Ved aquí el hombre, *Ecce homo*, quiso decirles, segun S. Gerónimo: Ved aquí el estado en que se encuentra el hombre á quien quereis hacer

morir. ¡Ah! si el título de rey que él se ha arrogado excita vuestra envidia y vuestra indignacion, que al menos la abyeccion profunda á que se ve reducido, pues que nada tiene ya de humano, excite vuestra piedad y atraiga sobre él vuestro perdon. Ya no puede ser objeto de vuestro odio, supuesto que su ignominia y su dolor han llegado á su colmo.

Mas esta expresion: *Ved aquí el hombre*, está fuera de todas las reglas ordinarias del lenguaje humano. El título de hombre que Pilatos da á Jesucristo en su sentido universal y absoluto es evidentemente misterioso, y supone que se ha hablado ya de este hombre. Y bien, ¿cuándo y dónde se ha anunciado jamas que debía venir al mundo este hombre extraordinario que Pilatos declara hoy haber venido ya? *Ecce homo*.

Para comprender la significacion de estas sublimes palabras, recordemos que desde el instante en que el hombre desobedeció á Dios, el temor y el miedo de Dios se apoderó de los corazones de todos. Los antiguos, al solo nombre de Dios, temblaban como tiembla el vasallo al oír el nombre del soberano contra quien se ha rebelado, ó como el culpable al nombre del juez que debe condenarle. La alegría estaba entonces desterrada de las fiestas religiosas. La religion era el culto del temor, pues por medio de ceremonias lúgubres y de ritos bárbaros se apresuraba el género humano á aplacar á la divinidad encolerizada. Los Hebreos, mas familiarizados con Dios, no experimentaban un terror tan grande, pero sus corazones se abrian mas fácilmente al temor y al miedo que á la confianza y al amor. La desgraciada humanidad conocia que tenia necesidad de que el mismo Dios descendiese á salvarla; pero necesitaba un Dios bueno, dulce, humilde, pobre y misericordioso, un Dios semejante al hombre, hijo y hermano del hombre, y que fuese verdadero hombre á fin de que pudiese calmar su temor, inspirar la confianza

y excitar el amor. Ved aquí por que la humanidad, representada en la Sion llorosa, suspiraba continuamente por la venida del Salvador, y en sus sentidas preces no cesaba de llamar al Hombre que la reconciliase con Dios, y por esta razon le decia Dios por boca de David: „no llores Sion, porque tu sosten y tu Salvador tarda en venir. Porque nacerá ciertamente en tí y de tí ese hombre tan suspirado; y será el Altísimo, el Hombre-Dios, el que te asentará sobre los fundamentos de la confianza y del amor (*).”

Pues bien, este hombre tan deseado y prometido tantos siglos ántes, habia venido al fin; este era Jesucristo, que se llamó á si mismo *el hijo del hombre*, su amigo y su hermano, y que se hizo verdaderamente hombre para salvar al género humano. Y aunque este hombre tan lleno de ternura, de compasion y de amor se haya ocupado de la salvacion del hombre desde su nacimiento, se muestra mas principalmente el hombre salvador del hombre en medio de los dolores, de los azotes, de la coronacion de espinas y de las demás ignominias de su pasion. Cuando Pilatos le presenta en este estado á los Judíos y á los Gentiles que asisten á tan triste espectáculo, cuando le presenta así al mundo entero, cuando finalmente esclama: Ved aquí el hombre, *Ecce Homo*, es, no solo el representante del César, sino tambien el vicegerente de Dios. No solo un hombre movido á compasion, sino un profeta inspirado por el Espíritu Santo, que en nombre de Dios y por su orden dice á la humanidad paciente: Hombres, enjugad vuestras lágrimas; cesad de elevar preces al Señor para obtener de él el hombre de quien teneis necesidad. Este hombre, objeto de tantos deseos, ha venido ya; vedle, yo os le presento: *Ecce homo*. Ved

(*) *Num quid Sion dicet: Homo? Et homo natus est in ea. Et ipse fundavit eam Altissimus. (Ps.)*

aquí el verdadero hombre que tiene la naturaleza humana sin tener sus manchas, que tiene la carne sin la concupiscencia, y la miseria sin el pecado: *Ecce homo*. Ved aquí por consiguiente el hombre que es la imagen perfecta de Dios, el hombre tipo, el hombre modelo, el hombre perfecto, el único que puede rehabilitar al género humano porque es verdadero Dios, sin embargo de ser verdaderamente lo que aparece: el verdadero hombre, *Ecce homo*. Mortales, contempladle; y en ese rostro digno de compasión, en esas miradas amorosas, en esa actitud humilde, dulce y paciente en medio del Océano de oprobios y de dolores, en que está sumergido por nosotros, reconoceréis á el hombre que es el verdadero Salvador del hombre: *Ecce homo*. ¡Ah! si la justicia de Dios, que habeis provocado tantas veces con vuestros extravios, os aterra, si la magestad de Dios os espanta, si la grandeza de Dios os amedrenta y os hace temblar; ahora que este Dios se presenta á vosotros en la actitud amante y misericordiosa del hombre, y que en este Dios que os rescata no veis más que el hombre que os ama, *Ecce homo*, desterrad el temor de vuestros corazones para dar lugar en ellos á la confianza y á el amor; adoradle como Dios, y si Dios es demasiado grande en sí mismo, amadle en este hombre en quien está encerrado, y que sin dejar de ser verdadero Dios, es al mismo tiempo verdadero hombre, amigo y hermano del hombre: *Ecce homo*.

O admirable providencia de Dios! Del mismo modo que el Señor se había valido del odioso Caifás para profetizar al mundo la eficacia de la muerte de Jesucristo; así tambien se sirve ahora del injusto Pilatos para manifestarnos la ternura de su amor. Caifás nos muestra en Jesucristo á el hombre que debía morir para conquistar la vida de todo al género humano: *Prophetavit: expedit ut unus moriatur homo pro*

populo, et non tota gens pereat; Pilatos nos hace ver al hombre que nos ofrece su corazón y nos reclama el nuestro: *Ecce homo*. ¡Qué dulzura y qué encanto no se encuentra en esta palabra, *Ecce homo*, que nos presenta á el hombre en nuestro Dios y en nuestro Salvador! ¡Oh! ¡cómo arrebató nuestro corazón! ¡cómo lo anima, lo alienta y lo eleva á la amistad y á el amor de Dios!—*El R. P. Ventura de Raulica. Conferencia 24 sobre la pasión de J. C.*

(b) La verdadera humanidad no está en ningún hombre; estuvo en el Hijo de Dios, y allí es donde se nos revela el secreto de su naturaleza contradictoria, porque por un lado es altísima y escelentísima, y por otro es la suma de toda indignidad y de toda bajeza. Por un lado es tan escelente, que Dios la tomó por suya uniéndola con el Verbo; tan alta, que fué desde el principio y antes de que viniera, prometida por Dios, adorada por los patriarcas en silencio, denunciada á veces por los profetas, revelada al mundo hasta por sus falsos oráculos, y figurada en todos los sacrificios y en todas las figuras. Un ángel se la anunció á una virgen, y el Espíritu Santo la forma por su propia virtud en sus virginales entrañas, y Dios entró en ella y la unió á sí perpetuamente, y unida perpetuamente á Dios aquella humanidad sacratísima fué celebrada en su nacimiento por los ángeles, publicada por las estrellas, visitada por los pastores, adorada por los reyes; y cuando Dios junto con esta humanidad quiso ser bautizado, se abrieron las bóvedas del cielo, y se vió venir sobre él al Espíritu Santo en figura de paloma, y sonó en las encumbradas alturas aquella gran voz que decía: Este es mi Hijo muy amado en quien me agradé siempre; y luego, cuando comenzó á predicar, tales maravillas obró sanando á los dolientes, consolando á los afijidos, resucitando á los muertos, mandando con imperio á los vientos y á los mares, descubriendo las cosas escondi-

das y anunciando las venideras, que causó espanto, y puso en admiracion á los cielos y á la tierra, á los ángeles y á los hombres. Ni pararon aquí aquellos prodigios, porque aquella humanidad fué vista de todos hoy muerta y tres dias despues gloriosa y resucitada, vencedora del tiempo y de la muerte, y hendiendo calladamente los aires, se la vió subir á lo alto como mas divina aurora.

Y esta misma humanidad por un lado gloriosísima, era, por otro, ejemplar de toda bajeza como predestinada por Dios, sin ser ella pecadora, á padecer por la sustitucion de la pena del pecado. Por eso camina tan abatido por el mundo aquel en cuyo rostro divino se miran los ángeles: por eso está tan pesaroso y tan triste aquel en cuyos ojos toman los cielos su alegría: por eso anda por este bajo suelo desnudo aquel que en las divinas cumbres viste un manto arrebolado de estrellas: por eso anda, como si fuera pecador, entre los pecadores, siendo el santo de los santos: aquí conversa con el blasfemo, allí platica con la adúltera, mas allá discurre con el avaro. A Júdas dá un ósculo de paz, y á un ladrón le ofrece su paraíso, y cuando conversa con los pecadores, lo hace con tanto amor, que las lágrimas se asoman en sus ojos. Este hombre debe ser gran entendedor de dolores, cuando así se apiada de los doloridos, y gran sabedor de padeceres, cuando así se apiada de los miserables. En cuanto baña el sol y en cuanto se dilata la tierra no hubo hombre ninguno puesto en tan grande orfandad y en tan grande desamparo. Un pueblo entero le maldice; de sus discípulos uno le vende, otro le niega; y los otros le abandonan; ni tiene agua para humedecer sus labios, ni pan para aquietar su hambre, ni almohada para reclinar su frente. Ninguna agonía hubo igual á la agonía que padeció en el huerto, porque todos sus poros manaron sangre: su rostro fué luego herido con bofe-

tadas, sus carnes cubiertas con una púrpura de escarnio, y su frente coronada con una punzante corona: cargó con su propia cruz, y se derrivó en el suelo muchas veces, y subió la ladera del Gólgota seguido de delirantes muchedumbres que iban llenando los aires de vociferaciones siniestras: cuando fué puesto en lo alto, creció su abandono á punto que su mismo Padre apartó sus ojos de él: los ángeles que le servian, por no verle, se cubrieron con sus alas temerosos y turbados: hasta la parte superior de su alma dejó á su humanidad en aquel trance de su muerte, permaneciendo á todo indiferente y serena. Y las turbas meneando la cabeza le decian: Si eres el Hijo de Dios descende de esa cruz.

¿Cómo creer, sin una especial gracia de Dios, en la divinidad del que está puesto en aquel trance y estado? ¿Como no habian de ser entonces tenidas sus palabras por escándalo y locura? Y sin embargo, aquel hombre puesto allí en tan grande desamparo y en mortal agonía, sujetó el mundo á su ley, ganándole como por asalto con el esfuerzo de unos pobres pescadores, desamparados de todos, peregrinos en la tierra y miserables. Por él mudaron los hombres sus vidas, por él dejaron sus haciendas, por su amor tomaron su cruz, y salieron de las ciudades, poblaron sus desiertos, y dieron de mano á todos los placeres, y creyeron en la fuerza santificante del dolor, y vivieron vida limpia y espiritual, y dieron á su carne castigos atroces trayéndola siempre sujeta; y á mas de esto creyeron con firmísima fé poco despues de su muerte cosas estupendas é increíbles.—*D. Juan Donoso Cortéz. Ensayo sobre el Catolicismo.*

(c) Por fin, hermanos míos, se ha cumplido de una manera bien sorprendente este oráculo del profeta: la iniquidad se ha mentido á si misma. La inocencia del Hombre-Dios sucumbe, y el juez que le condena escribe por si mismo la inscripcion que motiva su muerte:

Quien no esperaba que Pilatos hubiera escrito que Jesus era un Sedicioso, un impostor, el perturbador del reposo público y el destructor del templo? Así lo debió haber hecho, sin duda, para no hacerse responsable del oprobio de un juicio inicuo. Mas, una fuerza desconocida guía su pensamiento y encadena su mano. El, ciego dirá la verdad sin pensarlo: él mismo atestiguará con solemnidad tanto la infamia de su decreto, como la grandeza de la víctima que manda inmolar. El escribirá este título contra sus propios intereses: lo escribirá en tres idiomas distintos para que sea leído igualmente por los Hebreos, por los Griegos y por los Romanos, y lo escribirá apesar de los clamores formidables de un pueblo enfurecido. El vil adulador de César, el débil complaciente de una nación pérfida, dará, en este punto, el ejemplo de una firmeza valerosa; y sus manos, todavía teñidas en la sangre del justo, trazarán por si mismas el testimonio nada sospechoso del sacerdocio y del reinado de J. C. *Jesus Nazarenus Rex Judæorum.*

Así se verifica! O gran Dios! que no hay consejo contra vos. No, no son aquí ni los discípulos de Jesus, ni los enfermos que ha curado, ni los muertos que ha resucitado los que atestiguan en sus últimos momentos la eminencia de sus títulos y la sublimidad de su carácter: es su juez bárbaro, es el representante de un monarca infiel, es una mano pagana la que fija en el infame patíbulo esta inscripcion profunda, que espresa en substancia las inefables oposiciones de luces y de tinieblas, de grandezas y abatimientos que se encuentran en el misterio de la Cruz. *Boulogne, Sermon sobre la pasión de J. C.*

(d) En efecto, Pilatos no hace otra cosa que confirmar por escrito en esta inscripcion las magnificas declaraciones que habia hecho hasta entonces del carácter y de la dignidad de Jesucristo

El habia declarado en voz alta que Jesucristo era el verdadero hombre, el hombre perfecto, el hombre modelo de todos los hombres, y por consiguiente no solo verdadero hombre sino tambien verdadero Dios, porque solo Dios podia ser el Salvador del hombre. Pues bien, esta doble declaracion fué precisamente la que formuló en la inscripcion de la cruz, que, segun los Evangelistas, fué redactada en estos terminos: „Este es Jesus Nazareno. Este es el rey de los Judios: *Hic est Jesus Nazarenus (Matth.) Hic est rex Judæorum (Luc.)*” Mas al decir *Nazareno*, esto es originario de Nazaret segun la carne, no hizo mas que repetir que era verdadero hombre: *Ecce-Homo*; y al escribir *Jesus, rey de los Judios*, formuló por segunda vez esta sentencia que habia ya pronunciado: Pueblo judío, ved aquí vuestro rey: *Ecce rex vester.*

A vista del título de *rey de los Judios*, título augusto y sagrado que constituia la soberanía de Jesucristo, y que, á escepcion del Mesías, no podia, sin cometer un gran crimen, aplicarse á ningun hombre, aun cuando fuese rey ó emperador; á vista de este título misterioso, repito, colocado en lo alto de la cruz de aquel á quien habian querido hacer morir como un malhechor, los príncipes de los sacerdotes se escandalizaron y se llenaron de confusion y de horror. Este era en efecto un magnífico testimonio tributado á la inocencia y á la dignidad de Jesucristo por el mismo juez á quien ellos habian confiado esta célebre causa; porque esta inscripcion atestiguaba claramente que Jesus era el Mesías: *Hic est Jesus, rex Judæorum*; ella acusaba á los Judios y los presentaba, á los ojos de toda la nacion y del mundo entero, capaces de haber solicitado la muerte de su rey y su Mesías que les estaba prometido. Ya preveian ellos mismos que el recuerdo de tal crimen los cubriría de un oprobio eterno. Al momento el Sanhedrin se presenta en cuerpo á Pilatos, y con

un acento de rabia y un tono de amenaza le hace observar que segun costumbre debia escribirse sobre el patibulo de los sentenciados los crímenes que los habian llevado al suplicio; que la inscripcion que él habia puesto sobre la cruz daba á entender que Jesus era verdaderamente rey de los Judíos, debiendo espresar por el contrario que él habia usurpado este título; que ella indicaba la soberania de Jesucristo sobre los Judios como un derecho legítimo y no como un atentado; que por consiguiente de esta inscripcion resultaba que Jesus non era culpable de crimen alguno, pues que ninguno designaba, y que por lo mismo este escrito demostraba la infamia del pueblo que habia pedido su muerte, y la de Pilatos que la habia sancionado.—
El P. Ventura de Raulica. Conferencia 24. J. C. proclamado por Pilatos Rey y Mesias.

(c) Porqué no os persuadais, cristianos, que admite indiferentemente á todos en el número de sus hijos: es preciso pasar por una prueba muy difícil, para merecer esta calidad. ¿Sabeis que hace la bienaventurada Maria, cuando alguno de los Fieles la llama su Madre? Lo lleva á la presencia de nuestro Salvador: aquí, dice, si sois mi hijo, es menester que os parezcáis á mi amado Jesus: Los hijos, aun entre los hombres, llevan las mas veces impresos en su cuerpo los objetos que han ocupado la imaginacion de sus madres; la bienaventurada Maria, está enteramente poseida del Salvador Jesus: él solo domina en su corazon, él solo reyna en todos sus deseos, él solo ocupa y mantiene todos sus pensamientos; nunca podrá creer que sois sus hijos, sino teneis en vuestra alma alguna semejanza de su hijo. Y si despues de averos considerado atentamente no os encuentra alguna señal que tenga relacion á su Hijo, ¡ó Dios! Cual será vuestra confusion, cuando os veais vergonzosamente deshechados de su presencia, y os declare, que no teniendo nada de su Hijo, y lo que

es mas horrible, siendole contrarios, le sois insoportables!

Al contrario, verá una persona, contraigamonos á algun particular ejemplo, que durante las calamidades públicas, como las que ahora experimentamos, al considerar tantos pobres reducidos á estrañas extremidades, siente enternecida su alma, y abriendo su corazon á la miseria del pobre con una compasion verdadera, alarga al mismo tiempo las manos para aliviarle; ó dice Maria al instante, este ha copiado eso de mi Hijo, que nunca vió algun miresable de quien no se compadeciese. „Me compadezco de esta multitud,” decia, y al mismo tiempo les hacia dar todo lo que los Apostoles habian guardado para su subsistencia, y aun lo multiplicó con un milagro para socorrerlos con mayor abundancia. Verá á un joven de los que tienen pintada en su aspecto la modestia, que en la presencia de Dios está con una accion muy recogida; y que si le habla de alguna cosa que pertenezca á la gloria de Dios, se entrega á ella desde luego con todo corazon, sin buscar rodeos. O qué amable es! Dice la bienaventurada Maria; así era mi Hijo cuando tenia su edad, siempre recogido en la presencia de Dios: desde la edad de doce años, dejaba á sus parientes y amigos, para ocupar-se en los negocios de su Padre. Finalmente verá alguno cuyo principal cuidado será conservar su cuerpo y su alma en una entera pureza; que solo tiene castos deleites, y amores inocentes; Jesus posee su corazon, y forma en él todas las delicias. Habladle de una palabra de impureza, y dais una puñalada á su alma; al instante se arma de pudor y de modestia contra tales proposiciones. Ved, cristianos, un hijo de la Virgen: con este se regocija; se glorifica, y triunfa. Con que alegría le presenta á su muy amado, que ama con pasion á las almas puras sobre todas las demás!

Por esto deveis excitaros, Cristianos, al amor de la

pureza; particularmente vosotros, que por un santo afecto á María, venis atraídos de él, á una compañía que se juntó bajo su nombre, para perfeccionarse en la vida cristiana. Vuestro zelo ha adornado hoy este sagrado templo en que celebramos las grandezas de la magestad divina. Pero considerad que tenéis otro templo que adornar, en el que habita Jesús, y donde descansa el Espíritu Santo. Vuestros cuerpos son, amados hermanos míos, los que el Salvador ha santificado para que los respetaseis; en los que ha derramado su sangre, para que los tengáis limpios de toda mancha; y los consagró para ser templos vivos de su Espíritu Santo: á fin de que adornados en este mundo con la inocencia, y la integridad, pueda adornarlos en el otro con la inmortalidad y la gloria.—*Bosuet. Sermón 2º de los Dolores de María Santísima.*

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I.

Hay dos especies de paternidad, la una de naturaleza y la otra de adopción. Las dos pertenecen á Dios que por naturaleza es padre de su verbo y por adopción es padre de los hombres (a). El Padre Eterno asoció á María á una y á otra (b).

(a) Oigamos, al Discípulo amado, y sin perder nada de la humildad cristiana, aprendamos de él á conocer nuestra verdadera nobleza. Ved, hermanos míos, (nos dice en su primera Epístola Canónica) ved qué amor nos ha mostrado el Padre Celestial, queriendo que se nos llame, y que seamos en efecto hijos de Dios: *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut Filii Dei nominemur, et simus.* (*) Es verdad que S. Juan hablaba en particular á los fieles que han creído en Jesucristo y le han recibido; pero lo que decía en particular á los fieles, y lo que les conviene especialmente, puedo yo en general, y en un sentido mas extenso aplicarlo á todos los hombres; porque á todos ellos (según la expresión del Discípulo amado) se les ha dado el poder ser hijos de Dios, sin diferencia de meritos, sin distinción de cualidades, ni de sexos, ya sean pequeños, ya grandes, ya pobres, ya ricos, ya vasallos, ó ya Reyes: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri.* (**)

Quiero haceros ver, que esta filiación es una consecuencia natural de la Encarnación, y el tercer efecto

(*) *Joan. 1. cap. 3. v. 1.*

(**) *Idem. 1. v. 12.*

pureza; particularmente vosotros, que por un santo afecto á María, venis atraídos de él, á una compañía que se juntó bajo su nombre, para perfeccionarse en la vida cristiana. Vuestro zelo ha adornado hoy este sagrado templo en que celebramos las grandezas de la magestad divina. Pero considerad que tenéis otro templo que adornar, en el que habita Jesús, y donde descansa el Espíritu Santo. Vuestros cuerpos son, amados hermanos míos, los que el Salvador ha santificado para que los respetaseis; en los que ha derramado su sangre, para que los tengáis limpios de toda mancha; y los consagró para ser templos vivos de su Espíritu Santo: á fin de que adornados en este mundo con la inocencia, y la integridad, pueda adornarlos en el otro con la inmortalidad y la gloria.—*Bosuet. Sermón 2º de los Dolores de María Santísima.*

SEGUNDA PARTE
CAPITULO I.

Hay dos especies de paternidad, la una de naturaleza y la otra de adopción. Las dos pertenecen á Dios que por naturaleza es padre de su verbo y por adopción es padre de los hombres (a). El Padre Eterno asoció á María á una y á otra (b).

(a) Oigamos, al Discípulo amado, y sin perder nada de la humildad cristiana, aprendamos de él á conocer nuestra verdadera nobleza. Ved, hermanos míos, (nos dice en su primera Epístola Canónica) ved qué amor nos ha mostrado el Padre Celestial, queriendo que se nos llame, y que seamos en efecto hijos de Dios: *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut Filii Dei nominemur, et simus.* (*) Es verdad que S. Juan hablaba en particular á los fieles que han creído en Jesucristo y le han recibido; pero lo que decía en particular á los fieles, y lo que les conviene especialmente, puedo yo en general, y en un sentido mas extenso aplicarlo á todos los hombres; porque á todos ellos (según la expresión del Discípulo amado) se les ha dado el poder ser hijos de Dios, sin diferencia de meritos, sin distinción de cualidades, ni de sexos, ya sean pequeños, ya grandes, ya pobres, ya ricos, ya vasallos, ó ya Reyes: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri.* (**)

Quiero haceros ver, que esta filiación es una consecuencia natural de la Encarnación, y el tercer efecto

(*) *Joan. 1. cap. 3. v. 1.*

(**) *Idem. 1. v. 12.*

de la union del Verbo con nuestra carne: *Et Verbum caro factum est.* Porque el Verbo Divino no pudo vestirse de la carne del hombre sin contraher con los hombres la afinidad mas estrecha, y en el instante que nos unió á sí de tal modo que hacemos ya con él un mismo cuerpo, no hacemos usurpacion alguna diciéndole á Dios en un sentido propio y verdadero que somos sus hijos: *Ut filii Dei nominemur, et simus.* En este sentido, San Clemente Alexandrino (hablando del Misterio de Dios hecho hombre, y engrandeciendolo y magnificandolo las imponderables ventajas que de él sacamos) usó de aquella expresion tan fuerte cuando dixo, que Dios haciendose hombre, hizo de los hombres como otros tantos Dioses. En fin, esto no es decir que somos hijos de Dios con la misma perfeccion que el Hombre-Dios, pues él lo es por naturaleza, y nosotros por adopcion; pero ¿Acaso esta adopcion Divina no nos ennoblece bastante? ¿Podiera Dios distinguirnos mas, ni teniamos motivo para esperar un honor tan glorioso? Ni por el nacimiento, ni por ministerio de hombre alguno hemos llegado á conseguir esta grandeza. Pensar de este modo sería no conocer, ni la bajeza natural del hombre, ni la excelencia de la dignidad con que hemos sido honrados: *Non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis.* (1) Toda la gloria, pues, de este nacimiento espiritual nos resulta de la voluntad de Dios, de su predestinacion, de su eleccion, y de su gracia: porque (no separándose nunca de nuestro misterio) si somos hijos de Dios, es por este Dios hombre, que en un mismo hombre supo reunir tambien, y enlazar juntamente su Divinidad, y nuestra humanidad; *Verbum caro factum est.* Por eso dice San Juan Chrisostomo, que el Hijo único de Dios ha venido á ser hijo del hombre; para que los hijos de

(1) Joan. 1. v. 13.

los hombres llegarán á ser hijos de Dios: y no preguntéis (añade San Agustín) ¿cómo los hombres han podido nacer de Dios? Sabiendo que un Dios ha podido y querido nacer de los hombres.—*Burdaloue. Sermon 2.º de la Anunciacion de María Santísima.* (b) El Padre eterno no tiene mas que un solo hijo consustancial con él; es el Verbo eterno, puesto que por el Verbo eterno han sido creados todos los hombres, todo lo que existe: *Omnia per ipsum facta sunt.* Así, el Padre eterno, en ese solo Verbo que fué la causa inmediata, eficiente de la creacion de todos los hombres y de los hombres en particular, se hizo el padre de todos los hombres por la creacion. De la misma manera, María no tiene mas que un solo hijo consustancial con ella; es Jesucristo; mas puesto que de Jesucristo ha nacido la Iglesia; por Jesucristo, de su sangre, de sus dolores, han nacido los cristianos. María como Madre de Jesucristo, ella misma es tambien la madre de toda la Iglesia: *In Joanne intelligimus omnes Christi fideles quorum beata Virgo affecta est mater.* Mas no solamente María es madre y el gefe de la Iglesia y de todos los cristianos por su maternidad divina; lo es tambien por su divina caridad: San Agustín ha dicho: María es madre de Jesucristo, nuestro gefe, segun la carne; pero segun el espíritu, ella es la madre de todos los miembros de ese cuerpo divino de Jesucristo mismo, porque es por su caridad, por su amor por lo que ha hecho nacer los hijos de Dios, en la Iglesia. *María carne mater capitis nostri, spiritu mater membrorum ejus, quia cooperata est caritate, ut filii Dei nascerentur in Ecclesia.*—*R. P. Ventura. Sermon de los Dolores de María Santísima.*



CAPITULO II

Solo el amor pudo obligar á Dios á adoptar á los hombres por hijos. (a) El sacrificio de su hijo fué una condicion necesaria para esta adopcion (b) Dios consintio en él y de este modo se hizo rigorosamente nuestro Padre (c) María se conformó á los mismos sentimientos por la salvacion de el mundo, y de este modo se hizo rigorosamente nuestra madre. (d).

(a) Dios quiso hacerse amar: y como vió á la naturaleza humana de hielo para él, y de fuego para otros objetos; sabiendo quanto vale en el comercio de los afectos ser el primero, y mas en quien tiene el soberano poder no se desdenó de dar los primeros pasos, y hacernos todas las anticipaciones posibles dándonos á su Hijo único, el mismo que se dá á nosotros para atraernos á sí.

Quiso Dios hacerse amar: y porque es natural al espíritu humano, recibir mas facilmente las instrucciones por los ejemplos, que por los preceptos, propuso al mundo un Dios amando á Dios, para que viésemos en este hermoso modelo, qual es el órden, la medida, y las obligaciones del amor santo, y hasta donde debe impelerlas la criatura racional.

Dios quiso hacerse amar: y como era poco para nuestra flaqueza el mostrarle un grande ejemplar, si no se le daba al mismo tiempo un gran socorro, este Jesucristo que nos ama, nos enseña á amar á su Padre, para facilitarnos el camino del divino amor, se nos presenta como camino que nos guia: de modo que necesitando tres cosas para unírnos á Dios, que son un atractivo poderoso, un perfecto modelo, y un camino seguro; todo nos lo ofrece Jesucristo, todo lo encontramos en su persona, y él solo nos es á un mismo tiempo, el atractivo que nos lleva al amor de Dios, el

modelo que nos manifiesta las reglas del amor de Dios, y el camino para llegar al amor de Dios: quiero decir, si lo entendemos, que debemos en primer lugar darnos á Dios por el amor del Verbo encarnado, debemos en segundo lugar darnos á Dios á ejemplo del Verbo encarnado; y últimamente debemos darnos á Dios por el camino y mediacion del Verbo encarnado —Bossuet. Sermon 2.º sobre el misterio de la Encarnacion.

(b) Bajo cualquier punto de vista que se considere este gran misterio, ofrece al que se para y le mira, las mismas maravillosas conveniencias. Si todo el linaje humano padecié condenacion en Adan, nada mas razonable y conveniente sino que todo él se salvará en otro Adan mas perfecto, habiendo sido condenados como lo fuimos por la ley de la solidaridad que fué ley de justicia; nada mas razonable y conveniente sino que fuéramos hechos salvos por la ley de la reversibilidad que es una ley de misericordia. El padecer por los pecados de un representante no hubiera sido cosa justa y conveniente, si no nos hubiera sido dado el merecer por los méritos de un sustituto. Nada mas ajustado á ley de razon, sino que siéndonos imputables los pecados de aquel, los méritos de este nos sean reversibles. Y con esto se responde á los que llenos de arrogante soberbia mueven la lengua contra Dios por la condenacion con que fuimos condenados todos en la cabeza de nuestros primeros padres; porque aun suponiendo por via de argumentacion que en nuestros primeros padres no hubiéramos sido todos pecadores, ¿con cuál derecho se queja de haber sido condenado en un representante, el que ha sido hecho salvo por un sustituto? Volverse contra Dios por la ley de los pecados imputables, sin acordarse de aquella otra que la completa y la esplica, por la cual los méritos ajenos nos son reversibles, es grande temeridad, porque es insigne mala fé ó torpe ignorancia, y en todo caso califica-

da locura. — *D. Juan Donoso Cortés. Ensayo sobre el Catolicismo*. (c) En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que dió el Señor su vida por nosotros, y así nosotros debemos estar prontos á dar la vida por la salvacion de nuestros hermonos. — *San Juan cap. 3 v. 16.*

(d) Amó María tanto al mundo que para salvarlo, entregó á la muerte á su hijo único. No perdonó á su propio hijo; sino que lo entregó por todos nosotros. — *S. Buenaventura, libro 3.*

CAPITULO III.

La ofrenda que María hace de su hijo comenzó en secreto en el momento de la Encarnacion y se manifestó en público el dia de la Purificacion. Desde este momento comienza á ser nuestra madre. (a).

(a) María por un prodigio de caridad para con nosotros, y por una perturbacion aparente del orden, ha dirigido la ecsistencia de su mismo divino Hijo á nuestra salud, y siendo como es todo un Dios, le ofreció y sacrificó por nosotros. Cuando Jesucristo quiso darnos á entender el efecto mas admirable de la caridad de su Padre celestial, dijo: que habia aniado al mundo hasta entregar á la muerte por él á su hijo Unigénito: *Sic enim dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret* (1). Esto es lo que el grande apóstol llama exceso del amor de Dios para con los hombres; *Propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos* (2). Pues el Corazon de María fué capaz de este mismo exceso: Ella entregó á su Hijo único, adorable fruto de sus entrañas, para la redencion del mundo: *Sic dilexit . . . ut filium suum unigenitum daret* (3); con esta diferencia; que este sacrificio tan grande no pudo

(1) *Joan. III 16.* — (2) *Ephes. II, 4.* — (3) *Joan. III 16.*

costar dolor al Padre Eterno que es esencialmente impasible; pero que costó un dolor tan amargo y tan profundo á la mas tierna y dulce de las madres, que jamas encontraremos espresiones propias, para dar una justa idea de su martirio; martirio que no comenzó en el Calvario, sino desde que recibió la embajada del ángel. Luego que este le anunció que tendria un hijo llamado Jesus, es decir salvador, comprendió el significado de todo ese nombre, y vió que ella estaba destinada á dar á la luz del mundo, la victima del género humano: consintió en ello plenamente; y por este consentimiento voluntario, se entregó á todos los dolores, y si puedo espresarme así, á todas las amarguras inseparables de su destino. — *El R. P. Mac-carthy. Sermon del corazon de María Santísima.*

CAPITULO IV.

Cuadro de las penas interiores de María durante la vida de N. S. J. C. (a).

(a) Desde entonces ¿qué alegría pudo gustar, ó qué consuelo recibir en su pena? En todo el tiempo en que llevo en su seno al divino Niño, en que le alimentó con su leche, en que le vió crecer á su vista, no la abandonó la cruel idea de que crecía para el sacrificio, ni pudo apartar de su espíritu las dolorosas imágenes del Huerto de los Olivos, del Pretorio y del Calvario. Lo que consuela á otras madres, era tormento para ella; si el gracioso Niño le tendia sus inocentes manos, le parecia verlas cargadas de cadenas, ó taladradas con los clavos y fijadas á un infame madero: si se sonreia al verla, si fijaba en su rostro sus tiernas miradas, ó solicitaba sus caricias, ella anticipándose á lo futuro, se figuraba ver sus ojos apagados y moribundos, su rostro

inundado de sangre y lágrimas, y todo su cuerpo despedazado y hecho una llaga. Su suplicio era perpetuo, renovándose á cada instante; y solo su amor pudo hacérselo soportar. ¿Qué digo soportar? vedla cooperar ella misma á los sufrimientos de su adorado Hijo, y venir á hacer en nuestro favor el ministerio de los rigurosos designios de su Eterno Padre. ¿No es ella quien le entrega desde los primeros días de su vida al cuchillo de la circuncision, para que su sangre comience desde entonces á derramarse por nosotros? ¿No le lleva en sus brazos al templo para ofrecerle allí como nuestra víctima, y consagrarle con solemnidad á la muerte? ¿No escucha de la boca de Simeon, que sus penas serán cada vez mas crueles hasta que la espada del dolor traspase del todo su alma? *Et tuam ipsius animam pertransibit gladius* (1).

¡Oh! si me fuera permitido añadir aquí á lo que dice el Evangelio, lo que conjeturo con verosimilitud ¡qué diria de los treinta años de conversaciones íntimas y familiares entre Jesus y María en el retiro de Nazaret! ¿No fué su pasion de la que Jesus no cesó de hablar despues á sus discípulos, como objeto constante de todos sus pensamientos? ¡Ah! ¿Qué conversaciones para una madre! ¿Qué heridas para su corazon! Y sin embargo, jamás tuvo la debilidad de esclamar como Pedro: no quiera Dios, Señor, que venga sobre tí muerte tan cruel: *Absit á te, Domine*. Al contrario, inflamaba mas y mas los ardientes deseos de su Hijo; y anticipadamente se embriagaron ambos con el amargo vino del cáliz del dolor, y mutuamente se animaron á beber hasta sus heces por nuestra salvacion.—*El R. P. Mac-carthy. Sermon 2º del corazon de María Santisima.*

(1) Luc. 11. 35.

CAPITULO V. *Relaciones misteriosas entre el Paraiso terrenal y el Calvario.* (a).

(a) En medio de la sinagoga judaica se levanta un árbol, el árbol de la cruz, porque en medio del paraiso terrestre se levantaba un árbol, el árbol de la ciencia del bien y del mal. El nuevo Adan como llama á Jesucristo San Pablo, el nuevo Adan tiende sus manos para que sean atravesadas, clavadas á la cruz, porque el primer Adan habia alargado sus manos sacrílegas al árbol prohibido. Mas como el primer Adan se habia asociado una muger para cometer el pecado, el segundo Adan tambien debió asociarse una muger para expiarlo, á fin de que, dice San Pedro Crisólogo, los dos sexos concurriesen á nuestra salvacion, puesto que los dos habian conspirado á nuestra ruina: *Ut uterque sexus adesset ad salutem, quia neuter ad ruinam defuisset*. Así, Eva al pié del árbol prohibido nos esplica á María al pié de la cruz.—*El P. Ventura de Raulica. Sermon de la Virgen al pié de la Cruz.*

CAPITULO VI.

Mariu debe ser espectadora de la muerte de J. C. (a) *Su viaje al Calvario y su encuentro doloroso con su hijo* (b).

(a) El Hijo del hombre es condenado á muerte: henchido de indignos tratamientos, exhausto de sangre y fuerzas, cargado con una pasada cruz bajo la cual parece sucumbir, es mas bien arrastrado que conducido al lugar de su suplicio. Las piadosas mugeres que conocian su inocencia y le ven reducido á tan dolorosa situacion, no pueden contener sus gemidos, y llenan el aire de gritos lamentables: *Plangebant et lamenta-*

bantur eum (1) ¿Adónde está su madre? ¿Ha huido acaso del teatro de tan horrorosa tragedia? ¿Ha ido á sepultarse en las tinieblas de su profundo é intolerable dolor? ¿Ha permanecido moribunda y desolada en su habitacion? ¡Ah! está cerca de la víctima; sube con ella al monte del sacrificio, y el Evangelio no nos dice que llorase. Vé á los verdugos que despojan á su hijo de sus vestiduras, que lo estienden inhumanamente sobre el leño fatal, y que con redoblados golpes hincan los clavos en sus pies y manos; vé correr sus lágrimas, y arroyos de su sangre por el suelo; oye que sus suspiros y gemidos se confunden con los gritos de rabia y los bárbaros insultos de sus enemigos. No está distante como las santas mugeres y los tímidos amigos del Salvador: *Stabant omnes noti ejus á longé et mulieres* (2). sino que asiste á este espectáculo tan cruel al pié mismo de la cruz, entre los horribles aparatos del suplicio, entre los verdugos y soldados, y tan cerca de su hijo moribundo, que no pierde de vista ninguno de sus sufrimientos: *Juxta crucem* (3). ¿Acaso el mismo exceso de su dolor la hará perder los sentidos? ¿Acaso dejará de percibir lo que pasa? ¿Un sombrío velo cubrirá su vista, cayendo en tierra desmayada y sin vida? ¡Oh prodigio! Hermanos míos, la madre de Jesus está en pié en actitud de sacerdote y sacrificador, ante el altar en que se consume el holocausto: *Stabat juxta crucem Jesu mater ejus* (4) ¿Qué es lo que hace? mientras Jesus se ofrece á sí mismo á su Padre en espacion de nuestras culpas, su madre le ofrece tambien con el mismo fin: consiente en sus tormentos, en su ignominia, y en su muerte, para que nosotros obtengamos gracia, y conjura á un Dios ofendido, para que ejerza su venganza sobre el inocente Cordero, rogán-

(1) *Luc. XXXIII, 27.* — (2) *Luc. XXXIII, 49.* — (3) *Joan XIX, 25.* — (4) *Idid. XIX, 25.*

dole nos perdone.—*R. P. Mac-carthy. Sermón del corazón de María Santísima.*

(b) Al tiempo que Jesus bajaba penosamente la larga calle que conduce á la Puerta Judiciaria, una muger penetró por enmedio de la muchedumbre: esta muger notablemente hermosa y que llevaba el sello de la honestidad impreso en su dulce y modesta fisonomía, parecia enteramente absorta en un inesplicable dolor: sufría tanto, estaba tan pálida, sus ojos que habian ya derramado sus últimas lágrimas, dejaban caer una mirada tan moribunda, tan santamente triste sobre las horrorosas llagas del Salvador; que al verla las hijas de Jerusalem no pudieron menos de murmurar con acento de compasion: ¡Pobre madre! Ella se deslizó por entre el pueblo, que se apartaba por un instinto de lastima y de simpatía para abrirle paso. Algunos fariseos de corazón endurecido arrojaban sobre Jesus cubierto de sudor y espirante de fatiga bajo el peso de su cruz, los dicterios mas insultantes; ella no los oía; los soldados extranjeros que rodeaban á su Hijo, le dirigieron gestos amenazadores, ella no los veía; pero cuando un haz de lanzas con las puntas dirigidas contra su pecho se interpuso entre ella y Jesus, salió de sus ojos inmóviles y desencajados un relámpago que reveló la sangre real de David, y su cabeza hermosa é inspirada tomó tal espresion de grandeza dolorosa y de frío menosprecio de la muerte, que los soldados sintiéndose vencidos, bajaron lentamente sus armas ante aquella heroica y santa muger. Por duros y feroces que los hubiese hecho la vida de los campamentos, ellos se acordaron de sus madres!

María dirigió sus pasos vacilantes hácia el Salvador, detuvo sus miradas llenas de inesplicable angustia sobre aquella figura humillada que se doblegaba sangrienta y medio desnuda bajo la ponderosa carga que la oprimia, sobre ese rostro imponente y á la vez dulce

y misericordioso que ella hubiera temido mancillar tocándolo con sus castos labios, y que hinchado, cárdeno, y cubierto de polvo y de sangre, casi ya nada conservaba de la imagen del Criador. Ella pasó tristemente su mano sobre su frente, como para asegurarse de que no era aquello un ensueño horrible. Ningun gemido alivió su corazón comprimido; ningun gesto de desesperación inició á los espectadores en los misterios de su agonía; se creyó solamente que iba á morir; y en efecto, hubiera muerto durante esta pausa horrorosa y solemne, si *AQUEL que mide el viento á la lana de la oveja*, no la hubiese sostenido con todo su poder divino. Jesus percibió bien pronto á algunos pasos de él, esa figura muda é inmóvil, é inclinando ante ella su frente que encorbaba el peso de su cruz, pronunció con voz apagada el tierno nombre de: *Madre!* A esta palabra que resonó como un bronco fúnebre en los oídos de la Virgen Santa, un dolor agudo le traspasó el corazón; viósele vacilar, palidecer; y en seguida doblándose sus rodillas caer sobre aquellas losas desiguales y enrojecidas, en que Jesus al pasar habia dejado sus sangrientas huellas...! (1).—*Orsini. Historia de la Madre de Dios y su culto.*

CAPITULO VII.

Sola la vista de los tormentos de su hijo basta á María para participar de sus dolores (a) *Alusiones y figuras del antiguo testamento que confirman esta doctrina.*

(a) Si fiais al juicio de los ojos la idea que debeis formar de los dolores de María, extrañareis que yo sostenga, que sus tormentos fueron semejantes en la acerbidad á los del Hijo. Me preguntareis en ver-

(1) *La tradición, apoyada en la autoridad de San Bonifacio y de San Anselmo, refiere que Jesucristo sa-*

dad: ¿Donde están los azotes? Las espinas? ¿Donde aquella profunda agonía en que entregó el espíritu á su Padre? No me arguyais así. La Santísima Virgen no recibió heridas en el cuerpo, no derramó sangre, ni ménos sufrió la muerte. Solo el hombre Dios, segun el lenguaje de Isaías, cargó sobre su cuerpo con el peso de nuestros pecados, derramó su sangre preciosísima, porque solo él podia satisfacer condignamente á Dios irritado contra el pecador. ¿Mas qué? ¿No podré decir del dolor lo que escribió del deleite el Padre San Agustin? *¿An habent corporis census voluptates suas, et animus deseritur voluptatibus suis?* Tienen los sentidos del cuerpo sus propias delectaciones: ¿Y se oha de privar de ellas el espíritu? Qué, no hay mas dolor que el exterior que traspasa la carne, como agudas espinas? Hay dolor interior que es la angustia, que aflige al hombre en la porcion mas noble, en el espíritu. Tal fué el dolor de Maria, dolor interior, dolor del alma. Vendrá tiempo; le dijo el santo viejo Simeon, en que traspasará tu alma un profundo dolor,

ludó á su Madre con estas palabras: Salve, mater. Como se encuentra á la Santa Virgen al pié de la cruz, esa tradicion de los padres nada tiene de improbable. „La fé no se o pone á esas tradiciones, dice Mr. de Chateaubriand: ellas muestran hasta qué punto la maravillosa y sublime historia de la Pasion está grabada en la memoria de los hombres. Diez y ocho siglos han transcurrido; persecuciones sin fin y revoluciones sin número no han podido borrar ni ocultar las huellas de una madre que viene á llorar sobre su hijo.”—Construyóse en memoria del encuentro de la Santa Virgen una iglesia, que fué consagrada bajo el titulo de Nuestra Señora del Espasmo; allí fué, dice el P. de Gueram, donde María rechazada por los soldados encontró á su Hijo arrastrando el leño ignominioso sobre el cual iba á morir.

al modo de una espada de dos filos: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius* (1). Entendédlo, dice el Santo Obispo Paulino (2), que no anuncia Simeon dolores á la carne de María, sino á su tierno y afectuoso espíritu, que dominado de amor y piedad á su hijo moribundo, sintió tanto mas vivamente las impresiones del dolor, cuanto el acero, impelido con impulso, profundizó las heridas en el Hijo.

¡O corazón, ó corazón angustiado! Tú te sentiste en el Calvario embestido del mayor dolor, de que es capaz una pura criatura. El puñal que te traspasó medio á medio, fué aquel que hizo romper de sentimiento los peñascos, obscurecerse los cielos, abrirse los sepulcros, y llorar amargamente á los Angeles de paz.—Fray Pantaleon Garcia. Sermón 3.º de los Dolores de María.

CAPITULO VIII.

Las madres, en los males que suceden á sus hijos pueden más que si los sufriesen ellas mismas. Dolores agudos de María durante la crucifixion de su hijo. (a).

(a) Apareció al fin Jesus... Mas en qué estado! despojado hasta de sus últimas ropas, sin tener siquiera con que cubrir sus llagas sangrientas, sus carnes despedazadas; ¡El, tan casto y tan puro! Sus verdugos, arrastrándole con ignominia, le espusieron de este modo á las miradas curiosas y á las burlas del pueblo; despues, el Justo por excelencia se tendió sobre su cruz, este lecho de horror que por precio de su amor inmenso le ofrecia la ingratitud de los hombres! Era este un espectáculo demasiado cruel para que pudiesen presenciarle aquellos que tanto le amaban: lleváronse, pues, á María á algunos pasos de allí, en

(1) Luc. cap. I.—(2) S. Paulin. epist. 50. pag. 1.

una especie de gruta natural; en donde ella permaneció de pié blanca, fria, inmóvil como una estatua de mármol (1). Llegaba de la parte de afuera un rumor sordo, semejante al zumbido que forman las abejas de Engaddi, cuando el pastor de Israel las arroja del hueco de sus encinas. A veces elevábase de repente en medio de aquel murmullo sombrío una tempestad de gritos burlescos, de silbidos y de horribles carcajadas: el populacho de todas las naciones ha tenido siempre instintos feroces; pero el Hebreo se escedió á sí mismo en esta ocasion.

Durante un intervalo de profundo silencio, producido sin duda por alguna nueva barbarie, que cautivaba la atencion de la multitud, se oyó un golpe de martillo, un golpe sordo, pues que al taladrar el clavo la madera, despedazaba primero las carnes. Magdalena se estrechó temblando contra María, y el discípulo predilecto se arrimó instintivamente á las paredes de la gruta. Un segundo golpe mas sordo, mas apagado, se hizo oír todavia; á él siguieron dos ó tres mas que caian á intervalos iguales, y todo quedó terminado! „Ved cuál le elevan en la cruz,” observó friamente un soldado romano. Juan y Magdalena se cambiaron una mirada de desolacion; dominaba en ellos en aquel momento la impresion de un sentimiento semejante al que se experimenta en medio de una tempestad nocturna, cuando los gritos de los náufragos á quienes no se puede socorrer, llegan sobre las olas y se apagan uno tras otro en el fondo de las aguas. Y María!...

(1) Cerca del paraje en que la mano de los verdugos enclaxó á Nuestra Señora á la cruz, se vé una capilla dedicada á Nuestra Señora de los Dolores. Aquí fue donde se retiró la santa Virgen durante los preparativos sangrientos del suplicio de su hijo. (De Geramb, tom. I, pag. 151.)

al modo de una espada de dos filos: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius* (1). Entendédlo, dice el Santo Obispo Paulino (2), que no anuncia Simeon dolores á la carne de María, sino á su tierno y afectuoso espíritu, que dominado de amor y piedad á su hijo moribundo, sintió tanto mas vivamente las impresiones del dolor, cuanto el acero, impelido con impulso, profundizó las heridas en el Hijo.

¡O corazón, ó corazón angustiado! Tú te sentiste en el Calvario embestido del mayor dolor, de que es capaz una pura criatura. El puñal que te traspasó medio á medio, fué aquel que hizo romper de sentimiento los peñascos, obscurecerse los cielos, abrirse los sepulcros, y llorar amargamente á los Angeles de paz.—*Fray Pantaleon Garcia. Sermón 3.º de los Dolores de María.*

CAPITULO VIII.

Las madres, en los males que suceden á sus hijos pueden más que si los sufriesen ellas mismas. Dolores agudos de María durante la crucifixion de su hijo. (a).

(a) Apareció al fin Jesus... Mas en qué estado! despojado hasta de sus últimas ropas, sin tener siquiera con que cubrir sus llagas sangrientas, sus carnes despedazadas; ¡El, tan casto y tan puro! Sus verdugos, arrastrándole con ignominia, le espusieron de este modo á las miradas curiosas y á las burlas del pueblo; despues, el Justo por excelencia se tendió sobre su cruz, este lecho de horror que por precio de su amor inmenso le ofrecia la ingratitud de los hombres! Era este un espectáculo demasiado cruel para que pudiesen presenciarle aquellos que tanto le amaban: lleváronse, pues, á María á algunos pasos de allí, en

(1) Luc. cap. I.—(2) S. Paulin. epist. 50. pag. 1.

una especie de gruta natural; en donde ella permaneció de pié blanca, fria, inmóvil como una estatua de mármol (1). Llegaba de la parte de afuera un rumor sordo, semejante al zumbido que forman las abejas de Engaddi, cuando el pastor de Israel las arroja del hueco de sus encinas. A veces elevábase de repente en medio de aquel murmullo sombrío una tempestad de gritos burlescos, de silbidos y de horribles carcajadas: el populacho de todas las naciones ha tenido siempre instintos feroces; pero el Hebreo se escedió á sí mismo en esta ocasion.

Durante un intervalo de profundo silencio, producido sin duda por alguna nueva barbarie, que cautivaba la atencion de la multitud, se oyó un golpe de martillo, un golpe sordo, pues que al taladrar el clavo la madera, despedazaba primero las carnes. Magdalena se estrechó temblando contra María, y el discípulo predilecto se arrimó instintivamente á las paredes de la gruta. Un segundo golpe mas sordo, mas apagado, se hizo oír todavia; á él siguieron dos ó tres mas que caian á intervalos iguales, y todo quedó terminado! „Ved cuál le elevan en la cruz,” observó friamente un soldado romano. Juan y Magdalena se cambiaron una mirada de desolacion; dominaba en ellos en aquel momento la impresion de un sentimiento semejante al que se experimenta en medio de una tempestad nocturna, cuando los gritos de los náufragos á quienes no se puede socorrer, llegan sobre las olas y se apagan uno tras otro en el fondo de las aguas. Y María!...

(1) Cerca del paraje en que la mano de los verdugos enclaxó á Nuestra Señora á la cruz, se vé una capilla dedicada á Nuestra Señora de los Dolores. Aquí fue donde se retiró la santa Virgen durante los preparativos sangrientos del suplicio de su hijo. (De Geramb, tom. I, pag. 151.)

un sudor frío cubría su cuerpo, un temblor convulsivo agitaba sus miembros; ella también, pobre y débil mujer, acababa de ser crucificada; porque jamás ningún confesor estendido sobre el potro, jamás mártir alguno en medio de las llamas, han sufrido en el alma y en el cuerpo tan espantosos tormentos.

A poco se percibió el rozamiento agudo de las cuerdas sobre las poleas; la cruz se fué enderezando lentamente en los aires, y el Hijo del hombre, con la faz vuelta hacia las regiones del Occidente que aguardaban la luz tanto tiempo hacia, fué enarbolado como un estandarte á la vista de las naciones infieles. Así estaba escrito. En aquel momento, el pueblo réprobo lanzó un ronco y dilatado rugido de gozo, y oyéronse luego estas exclamaciones: ¡¡Salud al rey de los judíos!—Si Dios le ama, ¡que le salve!—Nazareno, si como dices, eres el Hijo de Dios, ¡baja de la cruz!'' Y el ladrón crucificado á su izquierda le maldecía también en medio del estoror de su agonía; el miserable se esforzaba en manifestarse judío hasta su último instante. Jesús, sosteniendo con una dignidad tranquila y sublime su gran carácter de profeta y de Dios salvador, sellaba silenciosamente con su sangre las altas doctrinas de la nueva ley. Ni una queja, ni un reproche se escapó de sus labios en medio del suplicio infame que se le hacía sufrir á la vista de una ciudad entera: él, al contrario, dejaba caer sobre aquel pueblo extraviado miradas de misericordia, y procurando aplacar la justicia divina en favor de los que le crucificaban: ¡Oh, Padre mio! exclamó con voz moribunda; ¡Padre mio, perdónales, porque no saben lo que hacen!—Orsini. *Historia de la Virgen.*

CAPITULO IX.

Fortaleza sobrehumana con que sufre María la crucifixion de J. C. De este modo concurre á la expiacion del pecado como Eva habia concurrido á su consumacion (a).

(a) En efecto, vedlo subiendo el Calvario, llevado en alas de la caridad. Acuestan al Salvador del mundo, lo acuestan encima de la cruz despues de haberle despojado de sus vestidos, despues de haberlos hechado ensangrentados á los piés de María. El Salvador del mundo es unido á la cruz de su suplicio con crueles clavos, y esos clavos, dice San Gerónimo, al propio tiempo que atraviesan los piés y las manos de Jesucristo, desgarran el corazon de la Madre. Todo lo que Jesucristo sufre en su corazon, el amor maternal, dice San Bernardo, mas cruel que los verdugos, lo repite en el alma de María. Solo un hombre que al mismo tiempo es Dios, puede morir como muere Jesucristo. Solo una mujer que tiene un Dios por hijo, puede asistir á esa muerte como lo hace María. En la actitud firme, intrépida, majestuosa de la madre, vais á ver una nueva prueba de la divinidad de su hijo: *Stabat non degeneri spectaculo mater.* Así la actitud del cuerpo de María, actitud sublime, conforme á lo elevado de su condicion y de su rango, esa actitud del cuerpo no es aventajada sino por la actitud, y elevacion de su alma. La Virgen mas delicada, la Madre mas desolada se muestra la mas fuerte, la mas heroica de todas las mugeres: *Stabat corpore excelsa, animo excelsior.*

No niego, dice siempre San Ambrosio, yo no niego que la Virgen ha llorado; niego solamente que María estuviera al pié de la cruz absorta como en un éstasis mezclado de una resignacion sublime. Lejos de temer, prosigue San Ambrosio, lejos de temer, el furor de los verdugos, se ofrece y se entrega á él. ¡Feliz si

pudiera morir con Jesucristo, puesto que no puede morir por él! *Pendebat in cruce filius; mater persecutoribus sese offerebat.* Separa un solo instante su mirada de esa escena tan lastimosa para el corazón de una madre, del espectáculo de su divino Hijo desgarrado de todo el cuerpo y hechando sangre por todas sus llagas; pero muy pronto dirige de nuevo la vista á esas llagas, con ternura y una especie de gozo, reflexionando que es de esas llagas, que es de esa sangre de donde brotará la gracia de la cual saldrá la redención del mundo: *Spectabat piis oculis filii vulnera ex quibus sciebat redemptionem hominis futuram.* Y tal era la violencia, el fervor de la caridad de María, dice otro santo padre, que sufrió con un dolor mezclado de alegría la muerte de su Hijo, porque sabía que era la condición necesaria, inevitable, para la redención de toda la humanidad: *Tanta fuit Mariae charitas, ut gaudenter sustinuerit mortem filii propter salutem generis humani!*—*El R. P. Ventura. Sermon de María al pie de la Cruz.*

CAPITULO X.

Fortaleza admirable de María durante la agonía de su hijo; ella renueva la ofrenda que había hecho de su vida por la redención del mundo. (a) muerte de J. C. (b)

(a) Finalmente, es tan atento y respetuoso su amor hasta su último suspiro, que encarga el cuidado de su afligida Madre al amado discípulo, y el discípulo á su Madre *Mulier ecce filius tuus, deinde dicit discipulo, ecce Mater tua.* Mira por la última vez aquella dolorosa Madre, la vé al pie de su cruz anegada en un mar de tribulaciones y amargura, y sus ojos casi apagados van á acabar de morir sobre ella; ¡cuáles serían estas recíprocas miradas de María Santísima, y su Hijo que agoniza! ¡Qué dolorosos y secretos los tes-

timonios de su recíproco amor en esta separación! ¡Qué espada de dolor atravesaría entonces el alma de aquella afligida Madre! ¡Qué sacrificios invisibles! ¡Qué inesplicables dolores no padecería en aquel instante! ¡Y cuánto la costaría á María Santísima el ser Madre de su Dios! pero en medio de sus angustias adora la mano que la hiere; ofrece aquella hostia inocente que expira, á la justicia de su Padre; se pone de parte de los intereses de todos los hombres, que necesitaban este grande sacrificio, y nos enseña que las grandes aflicciones tienen grandes utilidades, y que los motivos de la fé son un manantial inagotable de consuelos para las almas afligidas.—*Massillon. Sermon 2º de la Pasión de N. S. J. C.*

(b) Finalmente; no teniendo ya Jesucristo mas que hacer por nosotros en la tierra, estando consumado todo, tanto por parte de la justicia de su Padre, como por parte de la malicia de los hombres, y tambien por parte de su amor; habiéndose ofrecido ya el grande sacrificio, y cumplido las antiguas figuras, habiendo ya llenado Jerusalem la medida de sus padres; estando manifestos todos los oráculos de los Profetas, establecido el verdadero culto, vengada la gloria de su Padre, acabada la carrera de su ministerio, y no pudiendo dejar á los hombres mayores muestras de su amor, declara que todo está acabado: *Consummatum est.* Inclina la cabeza; embia hácia el cielo un fuerte clamor; expira, y entrega á su padre el espíritu que de él había recibido. Dejemos que se eclipse el Sol, que se cubra de tinieblas la tierra, que se rompan los peñascos, que se habran los sepuleros, que se confunda toda la naturaleza, que hasta los mismos enemigos del Salvador le confiesen y reconozcan; yo no quiero proponeros aquí estos grandes espectáculos: El único prodigio en que debemos pensar es en Jesucristo, á quien acaba de sacrificar su amor por nosotros: Miradle, pues, que expiran-

do en la Cruz, no se propone otro premio de sus trabajos mas que á vuestras almas: Muere vuestro Salvador, y muere por vosotros; muere en tiempo para que vosotros no murais eternamente; muere porque os ama; muere porque no le amais; ¿debiera tener limites en este punto vuestro amor, vuestro dolor, y vuestro agradecimiento? ¿No sois unos anatemas si no amais á Jesucristo crucificado?

Hoy le dicen los que asisten á su muerte en el Calvario. *Baja de la Cruz, y creéremos en tí.* (1) Pero nosotros debemos hablar en muy diferente estilo. Por lo mismo que estais en esa Cruz, ó Salvador nuestro, por lo mismo que hoy expirais en ella por nosotros, y que preferis ese trono de ignominia á la diestra de vuestro Padre, para ser en él nuestra hostia y nuestro Pontífice, por eso mismo, todo nuestro consuelo consiste en creer en vos, en adoraros como á nuestro reconciliador, y consagraros la vida que nos queda: No bajeis de ese sagrado leño, en el que os manifestais como la única esperanza de vuestro pueblo; llevadnos á él con vos, como nos lo habeis prometido; cuanto mas cargado de oprobios os manifestais, mas se aumenta nuestra fé, mas se confirma nuestra esperanza, y mas se inflama nuestro amor. ¿Podrán acaso sernos inútiles tantas penas y trabajos como padecisteis por nosotros? ¿Habiais de haber rescatado nuestras almas á tanta costa, si quisierais dejarlas perecer? ¿Habiais de haber muerto con tanta ignominia, si al mismo tiempo que participamos de vuestra Cruz, no hubieramos de participar algun dia con vos, de la gloria de vuestra inmortalidad? —*Massillon. Sermon 2º de la Pasion de N. S. J. C.*

(1) *Matth. 27. v. 42.*

CAPITULO XI.

El sacrificio de Isac, figura del sacrificio de J. C. en el Calvario: consecuencias morales de esta doctrina (a).

(a) Jesus es el Isac de la nueva ley, y asi es necesario que él mismo lleve la leña de su sacrificio; pues el Isac de la antigua ley solo fué figura de este, y solo llevó su propia hoguera para anunciar lo que en la plenitud de los tiempos acontecería al verdadero Mesias.

No solo fueron sus enemigos quienes le impusieron una obligacion tan rigurosa; tambien su Padre lo habia dispuesto de este modo, cuyas disposiciones eran para el Salvador otros tantos preceptos inviolables. Por esto Abraham tomó la leña del holocausto, segun la expresion de la Escritura, y habiéndola puesto sobre las espaldas de su hijo, le mandó que caminase en este estado hácia la montaña, donde se disponia á sacrificarle; *Tulit quoque ligna holocausti, & imposuit super Isaac filium suum* (1).

Ved pues, hermanos míos, á este verdadero Isaac en quien deben ser benditas todas las Naciones; ved á este Hijo único de Dios que se presenta, llevando el leño de su holocausto sobre sus sagradas espaldas, y en su corazon el fuego que debe servir para consumarle, esto es, el de su divina caridad. El que en la mansion y esplendores de su gloria celestial está sentado sobre todos los coros de los Angeles; el que se manifestó con tanto esplendor en el Tabor en medio de Moises y Elias, ahora se deja ver acompañado de dos infames ladrones. Todo el cielo está atento á este espectáculo, y en efecto jamas hubo otro mas digno de su atencion. —*Burdaloue. Exortacion sobre J. C. llevado su Cruz.*

(1) *Genes. 22. v. 6.*

CAPITULO XII.

J. C. quiso ser crucificado para hacerse el hombre de todos los dolores. El asoció á sus sufrimientos extremos é incomparables á María cuyos sufrimientos se hicieron por lo mismo extremos é incomparables (a).

(a) Ay, católicos! despues de Jesus en la Cruz, qué cosa mas digna de asombro que María al pié de ella: Es verdad que allí se halló el Discípulo amado, que allí estaba la Magdalena; pero en el Discípulo amado solamente se animaba un corazon de Apóstol; en la Magdalena un corazon de amante; pero en María además del corazon de Apóstol y de amante hay el corazon de la madre mas tierna. Aquel rio, por explicarme con expresiones de la Escritura; aquel rio, abrasador de amor puro que baña é inflama los santos, desaguaba casi entero en el alma de María, inundándola, abrasándola. Los santos aman, pero María era el amor mismo. Qué viene pues á buscar al Calvario: el espectáculo de un hijo moribundo, espectáculo digno de María, y espectáculo que á cualquiera otra madre se la vituperaria que no huyese de él. María es madre de un Dios: y oh! ella sabrá desempeñar dignamente esta grande y augusta calidad. No lo hará la madre de Moises, que riega con sus lágrimas la euna que arroja á la corriente del Nilo; no Jacob que baña con su llanto la túnica ensangrentada de Josef; no Jephthé que condena con su pesar y arrepentimiento la imprudencia de su temerario voto; no David que quiere enterrarse en el sepulero de Absalon. En fin todo lo que sucede en el monte Calvario es digno de aquel Dios que se ofrece en sacrificio. María ama á Jesus como á hijo suyo, pero todavía le ama mas como á su Dios: amale como él quiere ser amado, amale como él se ama á sí mismo; y si le mira como al objeto de su

amor, no menos le mira como á su ejemplar: porque cargando mas la consideracion sobre las virtudes de que en la Cruz le da ejemplo, que sobre el tristísimo suceso que la priva de su hijo, lo que con él padece, lo padece como él, hablando con la devida proporcion. Colocadas están entre ambas victimas sobre un mismo altar; un mismo golpe las hiere; un mismo fuego las consume; una misma constancia las sustenta. En la fortaleza de la madre se hecha de ver, dice San Ambrosio, la divinidad del hijo: *Stabat mater non degeneri spectaculo*. Si era propio de un Hombre-Dios morir como muere Jesus, solo era propio de la madre de un Hombre-Dios asistir con una constancia tan heroica al terrible espectáculo de un hijo moribundo, y de tal hijo: *Stabat mater non degeneri spectaculo*.

Si Magdalena mezcla sus lágrimas con la sangre de Jesucristo; si impelida del agudo é impetuoso dolor que la penetra, corre á buscar en el sepulcro el consuelo de llevar el cuerpo sacrosanto del Salvador, es porque el corazon humano no es capaz por lo comun de otro amor mas tierno, y porque un amor tan fino no puede residir en nuestro corazon con mayor sosiego. Pero el amor de María es mucho mas ardiente, y la madre de un Dios ama de un modo diverso. No hay amor mas triste ni desconsolado que el suyo, pero es el amor mas magnanimo; porque acendrado, ennoblecido, levantado por la santidad y magestad de su origen á mas sublime esfera, y grabado con el sello de la divinidad de su hijo, no se digna de pedir el menor alivio en sus penas, ni de desahogarse en gemidos, ni desatarse en lágrimas. Amor es este tan subido, que nosotros, como hombres que somos miserables, no tenemos idea alguna de él. El amor mas puro y mas ardiente siempre tiene alguna liga de la fragilidad del corazon donde habita. Pero supuesto que nosotros somos unos miserables pecadores; y María era madre

de un Dios, callemos, y llenemonos de asombro. Admiremos una alma superior á los tormentos á que la expuso el amor que tenia á su hijo; una alma superior á los tormentos á que la expuso el amor que su hijo la profesaba.—*Neville. Panegirico de Maria Santisima.*

CAPITULO XIII.

El rey de los Martires llamó á Maria al pié de la Cruz para que fuese la reina de los martires. Circunstancias particulares de el martirio de Maria y su admirable fortaleza. (a).

(a) Veis tocados aunque ligeramente algunos de los tormentos del hijo; recordad el amor de la madre que los presencia, y formareis una idea, aunque imperfecta, de su dolor. Pero en Maria hay un amor mas fuerte que el de madre, el amor divino, el amor hácia Dios; y este le causa un dolor tanto mas vehemente, cuanto las pasiones de la gracia exceden á las de la naturaleza. Y en efecto este amor hácia Dios fué tan grande en la madre de Jesus, que segun un célebre doctor ella solo fué la que en este mundo cumplió perfectamente y segun el sentido literal aquel gran precepto del Salvador: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo*: Amaras al Señor tu Dios de todo tu corazon; precepto que segun el doctor angélico solo en el cielo le cumplirán debidamente las demas criaturas. Y de tal modo le cumplió, que como dice un autor ascético, no tanto repetia los actos de caridad uno despues de otro, como hacen los demas santos, sino que con un acto continuo estaba siempre amando actualmente á Dios: cosa pasmosa á la verdad en una pura criatura; pero que no es mas que uno de los muchos privilegios y prerogativas con que el Señor quiso distinguir á la que fué concebida sin mancha para que en sus entrañas concibiera al mismo Dios. Sus ojos pues como los de

una águila soberana estaban siempre fijos en el divino sol de justicia y contéplaban de continuo sus perfecciones admirables; de modo que como dice san Pedro Damiano, ni aun las acciones mas indispensables de la vida podian interrumpir un momento su amorosa contemplacion: *Adeo ut nec actio contemplationem minueret*. Pues estando asi herida y abrasada siempre de este divino amor, ¿Porqué otra cosa habia de suspirar su corazon amante si no porque todas las criaturas se abrasasen en el fuego que á ella la consumia? O Dios, ¡qué dolor, qué angustia mortal sería la de su alma bendita, cuando en medio de estas ansias inexplicables viese tan inicuaamente tratado por los hombres al que venia á salvar á los hombres! O madre del dolor, ¿Qué sentiais al ver con los ojos de la consideracion atado á una columna y azotado como vil esclavo aquel que lleva escrito en la orla de su vestido rey de reyes y señor de los que dominan? ¿Qué pasaba en vuestro corazon al ver tratado como loco y mentecato la sabiduria del Padre, al ver traladradas ante vuestros ojos aquellas manos poderosas para sacar del caos los cielos y la tierra, y aquella sangre preciosa, de cuyas gotas una sola era bastante para salvar mil mundos, pisoteada por aquellos mismos por cuya salud se vertia? ¡Ah! Los cielos y la tierra se conmueven á la vista de tan horrendo espectáculo; lloran amargamente los ángeles de paz; tiemblan desquiciados los fundamentos del mundo; el sol se obscurece y se estremece el mismo infierno. Pues ¿Qué haria la madre de Jesus, que mejor que todos conocia la dignidad de la víctima que se estaba entonces sacrificando? Ella le amaba mas que todos los ángeles y los hombres; su dolor pues debió superar á todos los dolores juntos. Pues al dolor que le causa este su amor todo divino y celestial, unid ahora el que produce en su alma el amor de madre, y encontraremos un dolor tan intenso y

grande, que casi no cabe mas en una humana criatura: encontraremos un dolor sumo, supuesto que es sumo su amor, segun aquello que está escrito: *Ubi summus amor, ibi summus dolor.* Por eso no duda afirmar san Ildelfonso que no se dice bastante cuando se dice que el martirio que este dolor causaba á María sobrepujo á todo el dolor de los mártires juntos. Mas claramente se explica san Anselmo, quien asegura que los tormentos mas crueles ejecutados con los santos mártires fueron ligeros y realmente nada respecto del martirio de María. Y san Basilio dice que asi como el sol excede en resplandor á todos los demas astros, así María con su dolor excedió los dolores de todos los demas mártires. Y ¿qué extraño, católicos? Los mártires sufrían en su cuerpo, María sufre en su corazón. Los mártires se consolaban en sus tormentos á la vista de un Dios crucificado; y el amor de este mismo Dios crucificado es la causa del dolor de María, es su único y cruel verdugo que la hace padecer sin ningun género de consuelo. Ved pues con cuanta razon nos pregunta esta angustiada señora si hay dolor que pueda compararse con el suyo. *Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.*—Biblioteca Religiosa. Sermon de Fr. Vicente Hernandez sobre los Dolores de María Santísima.

CAPITULO XIV.

María habia concebido á Jesus sin concupiscencia y le habia parido sin dolor; pero experimentó cruelmente la pena de parir con dolor, al dar á luz espiritualmente á los hijos de los hombres. (a)

(a) Al discípulo muy amado de nuestro Salvador, al querido Hijo de la santa Virgen, y al primogénito de los hijos, que Jesucristo le dió en la Cruz, toca el representaros el misterio de esta maravillosa

fecundidad; y lo hace en el Apocalipsi por una excelente figura. „Apareció, dice, una gran señal en el „Cielo; una muger cercada del Sol, que tenia la Luna „á sus pies, y la cabeza coronada de Estrellas, y daba „grandes gritos en los dolores del parto”. San Agustin nos asegura que esta muger es la santa Virgen y sería facil hacerlo ver por muchas razones convincentes. ¿Pero como explicaremos este parto doloroso? Si sabemos, porque esta es la fé de la Iglesia, que María fué exceptuada de esta comun maldicion de todas las Madres, y que parió sin dolor, como concibió sin corrupcion, ¿Como explicaremos estas contrariedades aparentes?

Debemos entender dos partos de María: parió á Jesucristo, y parió á los fieles; quiero decir, parió al inocente y parió á los pecadores: pare al inocente sin fatiga; pero era menester que pariese á los pecadores entre dolores y penas; y os convencereis de ello, si considerais atentamente á que precio los compra. Es menester que le cuesten su Hijo único: no puede ser Madre de los cristianos, sino entrega á la muerte á su muy amado: ¡O fecundidad dolorosa!—Bosuet. Sermon 1^o de los Dolores de María Santísima.

CAPITULO XV.

Cumplimiento de la profecia de Isaias que anunciaba que una muger daría á luz á todo un pueblo. Deberes que resultan á los Cristianos hácia Jesus y María, de los misterios que se han expuesto y explicado en esta obra. (a) (b).

(a) Qué objeto tan lastimoso es ese que se ofrece á vuestros ojos? no otro que al mismo Jesus agoviado con el grave peso de la cruz; que oprimido de la sediciosa muchedumbre de un pueblo furioso que se congratula bárbaramente de su inhumano triunfo, cae á

grande, que casi no cabe mas en una humana criatura: encontraremos un dolor sumo, supuesto que es sumo su amor, segun aquello que está escrito: *Ubi summus amor, ibi summus dolor.* Por eso no duda afirmar san Ildelfonso que no se dice bastante cuando se dice que el martirio que este dolor causaba á María sobrepujo á todo el dolor de los mártires juntos. Mas claramente se explica san Anselmo, quien asegura que los tormentos mas crueles ejecutados con los santos mártires fueron ligeros y realmente nada respecto del martirio de María. Y san Basilio dice que asi como el sol excede en resplandor á todos los demas astros, así María con su dolor excedió los dolores de todos los demas mártires. Y ¿qué extraño, católicos? Los mártires sufrían en su cuerpo, María sufre en su corazón. Los mártires se consolaban en sus tormentos á la vista de un Dios crucificado; y el amor de este mismo Dios crucificado es la causa del dolor de María, es su único y cruel verdugo que la hace padecer sin ningun género de consuelo. Ved pues con cuanta razon nos pregunta esta angustiada señora si hay dolor que pueda compararse con el suyo. *Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.*—Biblioteca Religiosa. Sermon de Fr. Vicente Hernandez sobre los Dolores de María Santísima.

CAPITULO XIV.

María habia concebido á Jesus sin concupiscencia y le habia parido sin dolor; pero experimentó cruelmente la pena de parir con dolor, al dar á luz espiritualmente á los hijos de los hombres. (a)

(a) Al discípulo muy amado de nuestro Salvador, al querido Hijo de la santa Virgen, y al primogénito de los hijos, que Jesucristo le dió en la Cruz, toca el representaros el misterio de esta maravillosa

fecundidad; y lo hace en el Apocalipsi por una excelente figura. „Apareció, dice, una gran señal en el „Cielo; una muger cercada del Sol, que tenia la Luna „á sus pies, y la cabeza coronada de Estrellas, y daba „grandes gritos en los dolores del parto”. San Agustin nos asegura que esta muger es la santa Virgen y sería facil hacerlo ver por muchas razones convincentes. ¿Pero como explicaremos este parto doloroso? Si sabemos, porque esta es la fé de la Iglesia, que María fué exceptuada de esta comun maldicion de todas las Madres, y que parió sin dolor, como concibió sin corrupcion, ¿Como explicaremos estas contrariedades aparentes?

Debemos entender dos partos de María: parió á Jesucristo, y parió á los fieles; quiero decir, parió al inocente y parió á los pecadores: pare al inocente sin fatiga; pero era menester que pariese á los pecadores entre dolores y penas; y os convencereis de ello, si considerais atentamente á que precio los compra. Es menester que le cuesten su Hijo único: no puede ser Madre de los cristianos, sino entrega á la muerte á su muy amado: ¡O fecundidad dolorosa!—Bosuet. Sermon 1^o de los Dolores de María Santísima.

CAPITULO XV.

Cumplimiento de la profecia de Isaias que anunciaba que una muger daría á luz á todo un pueblo. Deberes que resultan á los Cristianos hácia Jesus y María, de los misterios que se han expuesto y explicado en esta obra. (a) (b).

(a) Qué objeto tan lastimoso es ese que se ofrece á vuestros ojos? no otro que al mismo Jesus agoviado con el grave peso de la cruz; que oprimido de la sediciosa muchedumbre de un pueblo furioso que se congratula bárbaramente de su inhumano triunfo, cae á

cada paso: seguidle por las sangrientas huellas que estampan sus sacrosantos pies, y acompañad á la víctima hasta el lugar del sacrificio, adonde llega desfigurada, cubierta de su propia sangre, exhausta de fuerzas, y casi moribunda: ya la colocan y mandan tender sobre el ara, y el infierno emplea contra ella los últimos esfuerzos de su diabolico furor; porque los Escribas, los Fariseos, los Sacerdotes, los Pontífices, los ciudadanos y los extranjeros sacian su odio implacable con la ejecucion de esta escena tragica, prorrumpiendo en injurias y en blasfemias. Desquiciada la naturaleza se estremece, se turba, se trastorna, pierde y invierte sus leyes ordinarias; el sol retira su luz por no alumbrar tantas abominaciones; substituyese la noche en la mitad del dia; la muchedumbre sin convertirse huye despavorida. Acercate tú, alma, siguiendo la melancólica y palida luz que, repugnandolo, despiden las amortiguadas estrellas sobre esa tierra sacrilega, y busca á Jesus. Ahí le tienes, considerale y examínale despacio: *attendite & videte*. Contempla á ese Hombre-Dios anegado en un mar de tormentos, bañado de sus propias lágrimas y sangre, solo entre las tinieblas de una noche obscura: envía al cielo y á la tierra amargos suspiros, y nadie le oye: cuanto le rodea observa un triste y profundo silencio. Tú, alma pérfida, tú cristiano ingrato le has arrojado á este mar de dolores; no piensa sino en tí, ni teme ni tiembla sino por tí, ni llora, ni gime sino por tí y sobre tí. Los oprobios, los tormentos, los verdugos, la cruz, ah! como si no los padeciese; porque ni sabe ni quiere saber otra cosa que rendir vuestro corazon, carisimos oyentes míos, satisfacer por vuestros pecados, ofrecer por ellos una satisfaccion superabundante, amaros, salvaros, cifrar todo su deleite en padecer y en morir por nosotros. Tampoco yo, Dios mio, quiero saber otra ciencia, ni aspirar á otra dicha que á sacrificarme por vos. ¡Ojalá

que se descontasen del número de los dias de mi vida los que infelizmente he vivido sin amaros! yo os prometo, Señor, llorarlos eternamente sin consuelo, repitiendo sin cesar con Agustin penitente: *sero te amavi: tarde he empezado á amaros, ó Jesus crucificado; pero ya os amo y os amaré eternamente*. O cruz santa! ó cruz adorable! vendrá dia en que huirán de nosotros el mundo y sus honras, los deleites y los amigos; dia en que el grande, el rico, el sabio, y aun el monarca mas poderoso del universo, se verá desamparado de todos, y solamente acompañado de tí: tú serás puesta entre nuestras debiles y casi difuntas manos, tú serás aplicada á nuestros cárdenos labios, y moribundos ojos: oh y qué consuelo sentirá entonces una alma que haya vivido crucificada contigo! O Dios mio! nada apetezco, nada anhelo, sino vivir y morir á la sombra de tu Cruz: esta gracia es el único objeto de mis deseos: dignate concedernosla, á mi y á este auditorio devotísimo.—*Neville. Sermon de Pasion.*

(b) Cristianos, hijos de María; pero hijos de sus penas, hijos de sangre y de dolores, ¿podreis oír sin lágrimas los males que habeis causado á vuestra Madre? ¿Podreis olvidar los ayes con que os ha dado á luz? El Eclesiástico decia en otro tiempo: „No olvides los „gemidos de tu Madre:” *Gemitus Matris tuae ne obliviscaris*. Cristiano, hijo de la Cruz, á tí se dirigen estas palabras: cuando el mundo te atrae con sus deleites; para desviar la imaginacion de sus perniciosas delicias, acuérdate de las lágrimas de María, y nunca olvides los llantos de esta caritativa Madre: *Gemitus Matris tuae ne obliviscaris*. En las violentas tentaciones, cuando ya casi te falten las fuerzas, que balanceen tus pies del camino recto, que la ocasion, el ejemplo, ó el ardor de la juventud te estreche, no olvides las lágrimas de tu Madre: *Ne obliviscaris*. Acuérdate de las lágrimas de María, acuérdate de los crueles dolores con

que rasgaste su corazon en el Calvario, déjate penetrar del grito de una Madre. ¿Miserable en qué piensas? ¿Quieres erigir otra cruz para clavar á Jesucristo? ¿Quieres mostrar á María crucificado su Hijo otra vez? ¿Quieres coronar su cabeza de espinas, pisar á su vista la sangre del nuevo testamento, y con un tan horrible espectáculo, abrir de nuevo todas las heridas de su amor materno? No permita Dios, hermanos míos, que seamos tan desnaturalizados! Dejémosnos penetrar de los gemidos de María.

Hijos míos, nos dice, hasta aquí nada he sufrido, por nada cuento todos los dolores que me han afligido en la Cruz; el golpe que me daís con vuestras culpas, es el que verdaderamente me hiera. He visto morir á mi amado Hijo: mas como sufría por vuestra salvacion; yo misma quise inmolarle, y bebi esta amargura con gusto. Hijos míos, creed á mi amor: me parece que no sentí aquella herida, cuando la comparo á los dolores que me causa vuestra impenitencia. Cuando veo que sacrificais vuestras almas al furor de Satanás; cuando veo perder la sangre de mi Hijo haciendo inútil su gracia, hacer un juguete de su Cruz con la profanacion de sus Sacramentos, ultrajar su misericordia, abusando tanto tiempo de su paciencia; cuando veo que añadís la insolencia al delito, que en medio de tantos pecados despreciáis el remedio de la penitencia, ó que lo convertís en veneno con vuestras continuas recaídas, amontonando sobre vosotros tesoros de odio y de furor eterno con vuestros endurecidos é impenitentes corazones: entonces, entonces me siento herida en lo mas íntimo, esto es, hijos míos, lo que traspasa mi corazon, y me arranca las entrañas.

Reparad, hermanos míos, en lo que María os dice en el Calvario. Estos gritos, estas palabras son las que oireis resonar en todos los ángulos de este monte, si os acercáis á él en estos santos dias. A este lugar

os convido todo este sagrado tiempo de la pasion: Aquí la sangre y las lágrimas, los crueles dolores del Hijo, la compasion de la Madre, la rabia de los enemigos, la consternacion de los discípulos, los gritos de las mugeres piadosas, las blasfemias que vomitan los judíos, la voz del ladron que pide perdon, la de la sangre que solicita misericordia, la de vuestros pecados que provoca la justicia, harán en vuestros corazones impresiones propias, para hacernos entrar en los sentimientos que os piden los grandes misterios que se obran para vuestra redencion: y despues de haber recogido el fruto, y haberlos cumplido en vosotros, recibireis la consumacion en la Gloria, que os deseo.—
Bosuet. Sermon 1.º sobre los Dolores de María Santísima.



Indulgencias concedidas por varios Sumos Pontífices á los devotos de María Santísima de los Dolores.

El Sumo Pontífice Clemente XII por su decreto de 4 de Febrero de 1736: el Sr. Benedicto XIV por su decreto de 14 de Julio de 1757, y el Sr. Pio VI por su decreto de 8 de Julio de 1785 concedieron indulgencia plenaria á todos los fieles que, despues de haberse confesado y recibido la sagrada comunión, en cualquiera dia del año, mediten una hora en los Dolores de la Santísima Virgen: tambien las conceden á los que empleen el mismo tiempo de una hora en oraciones relativas á aquel objeto, como la corona de los siete Dolores ó cualquiera otra de las oraciones aprobadas por la Igle-

sia: esta indulgencia es aplicable á las almas del Purgatorio. *Diccionario de indulgencias publicado por el Abate Migne.* Tomo 27 de su Enciclopedia Teológica, pag. 770.

El Sr. Pio VII durante su cautividad en Savona y en Fontainebleau no cesaba de recomendar la devocion hácia nuestra Señora de los Dolores, indicando su fiesta como el dia de su libertad y el de la de la Santa Iglesia Católica. Efectivamente en 1814 el dia de la fiesta de los Dolores de María Santísima se abrieron las puertas de su prision y fué restituido á sus súbditos. De vuelta á Roma publicó el 18 de Noviembre de 1814 un decreto mandando que en lo sucesivó, á mas de la fiesta que se celebra en todas partes el Viérnes de Pasion, se celebrase solemnemente en toda la Iglesia otra fiesta en honor de los Dolores de la Santísima Virgen el Domingo 3^o de Setiembre: el mismo papa concedió á los devotos de María Santísima de los Dolores otras muchas gracias é indulgencias que pueden verse en el citado Tomo 27 de la Enciclopedia Teológica, pag. 474.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NUB

NOT

Q